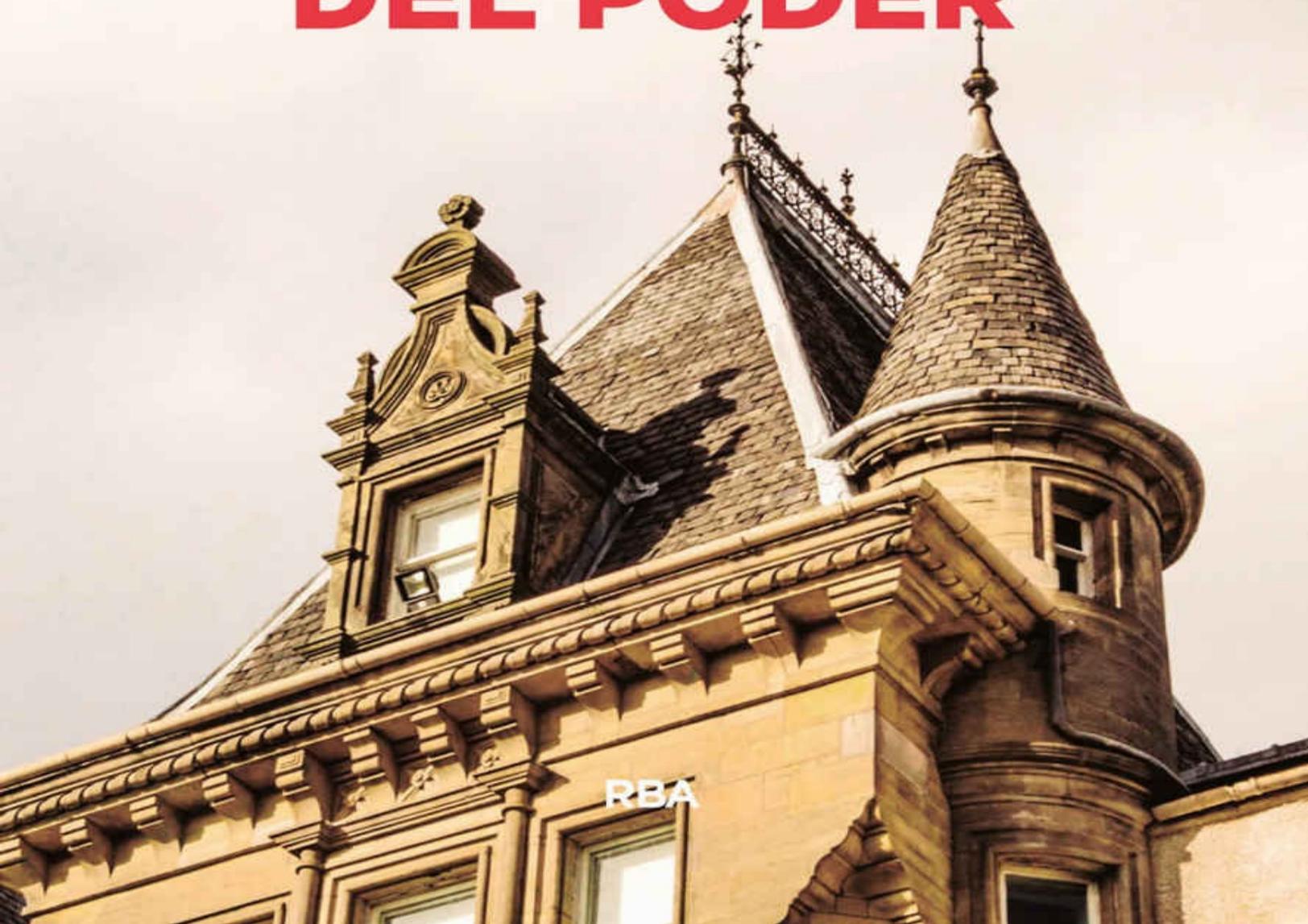


IAN RANKIN

LAS SOMBRAS DEL PODER



RBA

Título original: *The impossible dead*

© John Rebus Limited, 2018.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO337

ISBN: 9788491871521

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

UNO

- 1
- 2
- 3
- 4

DOS

- 5
- 6
- 7

TRES

- 8
- 9
- 10

CUATRO

- 11
- 12
- 13
- 14

CINCO

- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

SEIS

- 20
- 21
- 22

SIETE

- 23
- 24
- 25

OCHO

26

27

NUEVE

28

29

30

DIEZ

31

32

33

ONCE

34

35

DOCE

36

37

38

39

40

TRECE

41

42

43

CATORCE

44

RAIAN

RAIAN

OTROS TÍTULOS DE IAN RANKIN

NOTAS

EN MEMORIA DE DAVID THOMPSON

UNO

—No está aquí —dijo el sargento de recepción.

—¿Y dónde está?

—De servicio.

Fox miró fijamente al hombre, consciente de que no serviría de nada. El sargento era uno de esos veteranos que creían estar de vuelta de todo y se enfrentaban a lo que fuera. Fox buscó el siguiente nombre en la lista.

—¿Haldane?

—Está de baja.

—¿Michaelson?

—También ha salido con el inspector Scholes.

Tony Kaye se encontraba justo detrás de Fox, a su izquierda. Poco antes, Fox ya sabía lo que iba a decir su compañero.

—Esto es una tomadura de pelo.

Fox se volvió hacia Kaye. Ahora la noticia correría como la pólvora por toda la comisaría: misión cumplida. Asuntos Internos había llegado a la ciudad, sin haber encontrado a nadie en casa, dando muestras de irritación. El sargento del mostrador apoyó el peso en el otro pie, tratando de no parecer demasiado satisfecho ante el giro inesperado de los acontecimientos.

Fox se tomó unos instantes para estudiar el entorno. Los avisos colgados en las paredes no revelaban nada extraordinario. Aquella era una comisaría moderna, lo cual significaba que lo mismo podía ser la recepción de la consulta de un cirujano que una oficina de la Seguridad Social, siempre que se hiciera caso omiso del cartel que advertía que el nivel de alerta había pasado de bajo a moderado. Nada que ver con Fox y sus hombres: habían

llegado informes de una explosión ocurrida en los bosques de Lockerbie. Seguramente fuera obra de unos críos; además, había sucedido lejos de Kirkcaldy. No obstante, todas las comisarías del país debían de haber recibido la notificación.

Junto al botón del mostrador, un cartel escrito a mano rezaba pulse si desea ser atendido, cosa que Fox había hecho tres o cuatro minutos antes. Detrás colgaba un falso espejo a través del cual el sargento seguramente observaba a los recién llegados: el inspector Malcolm Fox, el sargento Tony Kaye y el agente Joe Naysmith. La comisaría esperaba su visita. De hecho, se habían programado entrevistas con el inspector Scholes y los sargentos Haldane y Michaelson.

—¿De veras cree que es la primera vez que nos la juegan? —le preguntó Kaye al sargento—. Quizá sea usted el primero al que entrevistemos.

Fox le echó un vistazo a la segunda hoja que llevaba en la carpeta.

—¿Y su jefa, la comisaria Pitkethly?

—Todavía no ha llegado.

Kaye consultó su reloj de forma exagerada.

—Está reunida en la central —explicó el sargento.

Joe Naysmith, que se encontraba a la derecha de Fox, parecía más interesado en los panfletos que había sobre la mesa. A Fox le gustó: denotaba tranquilidad y confianza, la seguridad de que esos agentes serían interrogados, de que las maniobras de evasión no eran nada nuevo para Asuntos Internos.

«Asuntos Internos»: el término estaba desfasado, aunque Fox y su equipo no podían evitar utilizarlo; al menos, entre ellos. Ese había sido el título oficial hasta hacía muy poco. Ahora se suponía que conformaban el Departamento de Ética Profesional. Al año siguiente volvería a cambiar de nuevo: se había barajado el nombre de Normativa y Valores, pero no había

gustado. Eran Asuntos Internos sin más, los policías que investigaban a otros policías. Por eso los demás policías nunca se alegraban de verlos.

Y rara vez cooperaban de buen grado.

—¿Por central se refiere a Glenrothes? —le preguntó Fox al sargento de recepción.

—Exacto.

—¿Cuánto se tarda en coche? ¿Veinte minutos?

—Si no se pierden...

En ese momento empezó a sonar el teléfono que había tras el sargento.

—Siempre pueden esperar —dijo mientras se volvía para alzar el auricular, darle la espalda a Fox y responder en voz baja.

Joe Naysmith sostenía un panfleto sobre seguridad nacional. Se repantingó en una de las sillas que había junto a la ventana y se dispuso a leer. Fox y Kaye se miraron.

—Y tú ¿qué opinas? —preguntó Kaye al fin—. Ahí fuera hay una ciudad entera esperando a que la exploren...

Kirkcaldy era una población costera de Fife. Kaye los había llevado en coche. Se hallaba a cuarenta minutos de Edimburgo, circulando casi siempre por el carril rápido. Mientras cruzaban el puente de Forth, habían comentado la larga hilera de tráfico que se divisaba al otro lado de la autovía, con destino a la capital, al comienzo de otra jornada de trabajo.

—Vienen aquí a robarnos el trabajo —bromeó Kaye, haciendo sonar el claxon y agitando la mano. Naysmith parecía conocer la región.

—Kirkcaldy era famosa por el linóleo. Y por Adam Smith.

—¿Con quién jugaba? —preguntó Kaye.

—Era economista.

—¿Y Gordon Brown? —añadió Fox.

—También es de Kirkcaldy —confirmó Naysmith, asintiendo despacio.

En ese momento, en la recepción de la comisaría, Fox sopesaba sus

opciones: o bien se sentaban a esperar, lo cual los pondría nerviosos, o bien llamaba a su jefe en Edimburgo para formular una queja. Luego, su jefe llamaría a la central de Fife y ya se vería qué ocurriría. Era el equivalente del mocoso que va corriendo a contarle a papá que su hermano mayor ha perpetrado una travesura.

O...

Fox miró de nuevo a Kaye. Este sonrió y golpeó el panfleto de Naysmith con el reverso de la mano.

—Ponte el salacot, joven Joe —dijo—. Nos vamos a la selva.

Aparcaron el coche en el paseo marítimo y contemplaron Edimburgo, que se erigía al otro lado del estuario de Forth.

—Parece que allí hace sol —protestó Kaye mientras se abotonaba el abrigo—. Ojalá te hubieras puesto algo que abrigara más que esa chaqueta de lanilla ¿eh?

Joe Naysmith ya estaba inmunizado contra los comentarios sobre su última compra de diseño, pero se levantó el cuello de la chaqueta. Soplaban un fuerte viento del mar del Norte. El agua estaba revuelta y los charcos que salpicaban el paseo dejaban a las claras que la marea solía rebasar el rompeolas. A las gaviotas parecía costarles mantener el vuelo. Había algo extraño en el trazado de aquel paseo marítimo: prácticamente no se había utilizado. Los edificios parecían darle la espalda al paisaje y mirar hacia el interior de la ciudad. Fox lo había visto en otros lugares de Escocia: desde Fort William hasta Dundee, los urbanistas parecían negar la existencia del litoral. Nunca lo había entendido, aunque dudaba que Kaye y Naysmith pudieran serle de ayuda.

Joe Naysmith propuso pasear por la playa, pero Tony Kaye se encaminaba ya hacia los senderos que subían la colina, en dirección a las tiendas y los bares de Kirkcaldy. Visto lo visto, Naysmith se dispuso a buscar ochenta y

cinco peniques sueltos para abonar el aparcamiento. La angosta calle principal estaba en obras. Kaye cambió de acera y continuó el ascenso.

—¿Qué hace? —protestó Naysmith.

—Tony tiene olfato —explicó Fox—. Cuando busca un bar, no se conforma con cualquier antigualla.

Kaye se detuvo frente a una puerta, se cercioró de que podían verlo y entró. El Pancake Place era luminoso y amplio y no estaba demasiado concurrido. Ocuparon una mesa en un rincón e intentaron parecer clientes habituales. Fox se preguntaba si era cierto que los policías de todo el mundo solían actuar así. Le gustaban las mesas esquineras, desde donde podía atisbar cuanto ocurría o estaba a punto de suceder. Naysmith aún no había aprendido esa lección y parecía satisfecho con sentarse de espaldas a la puerta. Fox se había apretujado junto a Kaye, escudriñando la sala; solo se encontró a varias mujeres absortas en sus conversaciones y que hacían caso omiso de los tres recién llegados. Estudiaron la carta en silencio, pidieron y esperaron unos minutos a que la camarera regresara con la bandeja.

—El bollito tiene buena pinta —dijo Naysmith, mientras cogía el cuchillo y se disponía a disfrutar de un alimento bajo en grasas, según anunciaba la etiqueta.

Fox había llevado la carpeta consigo.

—No quiero que os pongáis demasiado cómodos —dijo, y vació el contenido sobre la mesa—. Mientras se enfría el té, podéis refrescaros la memoria.

—¿Merece la pena correr ese riesgo? —preguntó Tony Kaye.

—¿Qué riesgo?

—Una mancha de mantequilla en la portada. No quedará muy profesional cuando hagamos las entrevistas.

—Hoy me siento con arrestos —repuso Fox—. Me la jugaré...

Tras un suspiro de Kaye, los tres empezaron a leer.

Paul Carter era el motivo por el que habían viajado a Fife. Carter ostentaba el cargo de agente y había sido policía durante quince años. Tenía treinta y ocho y pertenecía a una familia de policías: su padre y su tío habían servido en el Cuerpo de Fife. El tío, Alan Carter, había presentado la demanda original contra su sobrino. En ella lo acusaba de adicción a las drogas, de solicitar favores sexuales y de amiguismo. Después, dos mujeres salieron a la palestra y aseguraron que Paul Carter las había detenido por conducta ética, pero que se ofreció a retirar los cargos si se mostraban «complacientes».

—Pero ¿de verdad alguien dice «complacientes»? —farfulló Kaye mientras leía hacia la mitad de una página.

—Los tribunales y los periódicos —respondió Naysmith, apartando las migas de su copia con las notas del caso.

Malcolm Fox tenía algunos de esos artículos de prensa delante de él. Había fotos que mostraban a Paul Carter abandonando los juzgados al final de una jornada de declaraciones. Llevaba un corte de pelo de tazón y la cara picada de acné, mientras le lanzaba una mirada asesina al fotógrafo.

Habían transcurrido cuatro días desde que se dictara la sentencia de culpabilidad y el juez había comentado que los colegas del agente Carter parecían «deliberadamente estúpidos o deliberadamente cómplices», lo cual significaba que sabían desde hacía años que Carter era un mal policía, pero lo habían protegido, habían mentido por él, y tal vez incluso habían tratado de falsificar declaraciones de testigos y de presionarlos para que no hablaran.

Todo ello había empujado a Asuntos Internos a la ciudad. El Cuerpo de Policía de Fife necesitaba saber y, para garantizar a la ciudadanía (y, lo que es más importante, a los medios de comunicación) que la investigación iba a ser rigurosa, le había pedido a un equipo vecino que dirigiera las pesquisas. A Fox se le había entregado una copia con las *Consideraciones sobre el proceso de suspensión de Fife*, además de un informe por escrito del jefe de

Policía en el que resumía por qué los tres agentes investigados seguían en activo, lo cual, aseguraba, era «lo mejor para el Cuerpo».

Fox bebió un sorbo de té y leyó por encima otra página de notas. Casi todas las frases habían sido subrayadas o resaltadas. Los márgenes estaban llenos de preguntas, inquietudes y signos de interrogación garabateados por él mismo. Se lo había aprendido casi de memoria y podría haberse levantado para recitárselo a los clientes del bar. Puede que incluso estuviesen cuchicheando sobre el tema. En una ciudad de esas dimensiones debía de haber tomas de postura y hasta opiniones inconmovibles. Carter era un canalla, un sinvergüenza y un depredador. O acaso lo habían engañado un yonqui de baja estofa y un par de novias baratas. ¿Qué mal había causado con sus actos? Y en especial, ¿qué había hecho exactamente?

Poca cosa, salvo desprestigiar al Cuerpo de Policía de Fife.

—Me recuerda un poco a Colin Balfour —intervino Tony Kaye—. ¿Os acordáis?

Fox asintió. Era un policía de Edimburgo a quien le gustaba visitar las celdas cuando alguna mujer pasaba la noche allí. La acusación mostraba sus reservas, pero una investigación interna precipitó su expulsión del Cuerpo.

—Es curioso que acabara hablando su tío —comentó Naysmith, reconduciendo la conversación al caso que los ocupaba.

—Pero después de jubilarse —añadió Fox.

—Aun así... Debió de sembrar cizaña en la familia.

—Puede que tengamos una historia —dijo Kaye—. Ahí hay mala sangre.

—Tal vez —coincidió Naysmith.

Kaye dio un manotazo sobre el montón de papeles que tenía frente a él.

—¿Adónde nos lleva todo esto? ¿Cuántos días vamos a andar de un lado para otro?

—Los que haga falta. Quizá solo una semana o dos.

Kaye lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Solo para que el Cuerpo de Policía de Fife pueda decir que tiene una manzana podrida y no una fábrica de sidra entera?

—¿La sidra sale de las fábricas? —preguntó Naysmith.

—¿Y dónde crees que la hacen si no?

Fox no se molestó en intervenir. Estaba elucubrando de nuevo sobre el protagonista, Paul Carter. No tenía sentido intentar interrogarlo, aunque estuviera disponible. Había sido hallado culpable y arrestado, pero aún no le habían impuesto una condena. El juez de distrito estaba «deliberando». Fox opinaba que Carter iría a la cárcel un par de años y que tal vez lo incluyesen en el Registro de Delitos Sexuales. Sin lugar a dudas, estaría proponiendo una apelación a sus abogados.

Sí, hablaría con su equipo legal, pero no con Asuntos Internos. No conseguiría nada delatando a sus compañeros de comisaría, a quienes lo habían defendido. Fox no podía ofrecerle ningún tipo de acuerdo. A lo sumo, podían aspirar a que se le escapara algo. Si es que llegaba a hablar.

Cosa que no iba a hacer.

Fox dudaba que nadie fuese a abrir la boca. O, más bien, hablarían, pero no dirían nada que mereciera la pena. Los habían avisado con mucha antelación de que llegaba ese día. Scholes. Haldane. Michaelson. El juez los había señalado por sus testimonios contradictorios o confusos, por enturbiar las aguas, por sus lapsus de memoria. El comisario Laird, su superior inmediato en el Departamento de Investigación Criminal (DIC), había eludido las críticas, al igual que una agente llamada Forrester.

—Con quien tendríamos que hablar es con Forrester —dijo Kaye de repente, aparcando su discusión con Naysmith.

—¿Por qué?

—Porque su nombre de pila es Cheryl. Mis años de experiencia me dicen que eso la convierte en mujer.

—¿Y?

—Y si un compañero suyo fuera un moscón, seguramente habría tenido un pálpito, habría estado rodeada de tíos cuando empezaron a correr rumores... Tiene que saber algo. —Kaye se puso en pie—. ¿Otra ronda?

—Déjame comprobarlo primero. —Fox sacó el teléfono y buscó el número de la comisaría—. A lo mejor Scholes ha vuelto ya de hacer pipí.

Fox marcó el número y esperó, mientras Kaye le tocaba la nuca a Naysmith y le ofrecía sus servicios como peluquero.

—¿Sí?

Era una voz de mujer.

—Con el inspector Scholes, por favor.

—¿De parte de quién?

Fox miró a su alrededor.

—Llamo del Pancake Place. Ha estado aquí y pensamos que se ha dejado algo olvidado.

—Espere, le paso con él.

—Gracias.

Fox colgó el teléfono y se dispuso a recoger todos los documentos.

—Bien hecho —observó Tony Kaye. Después le dijo a Naysmith—: Ponte la chaqueta de lanilla, Joe, y arranca el martillo neumático.

El inspector Ray Scholes se tocó el cabello, corto y negro. Estaba sentado en la única sala de interrogatorios de la comisaría. Fox había dejado en sus manos la elección del lugar, siempre y cuando tuviera una mesa y cuatro sillas.

—Y un enchufe —añadió Joe Naysmith.

El enchufe era para el adaptador. Naysmith había montado la videocámara y acababa de terminar con la grabadora de audio. Había dos micrófonos. Uno de ellos apuntaba a Scholes y el otro estaba centrado, entre Fox y Tony Kaye. Este tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido. Ya le había dicho a Scholes cuánto le gustaba su pequeña argucia.

—Yo no calificaría de «argucia» un caso oficial de la policía —replicó Scholes—. Por otro lado, esto podría considerarse prácticamente una pérdida de tiempo.

—¿Solo «prácticamente»? —respondió Malcolm Fox, que estaba ocupado con la documentación.

—Todo listo —anunció Naysmith.

—¿Podemos empezar? —le preguntó Fox a Scholes.

Este asentía cuando le sonó el teléfono. Respondió identificándose como «Ray Scholes, enemigo público número uno». Por lo visto, al otro lado de la línea estaba su novia, quien le pedía que comprara algo para cenar. Pero sabía lo de Asuntos Internos.

—Sí, están aquí —contestó Scholes arrastrando las palabras, con la mirada clavada en Fox.

El aludido se pasó un dedo por delante de la garganta para indicarle que

colgara, pero Scholes no tenía prisa. Cuando por fin terminó la llamada, Fox preguntó si podía apagar el teléfono. Scholes meneó la cabeza.

—Nunca se sabe cuándo va a ocurrir algo importante.

—¿Cuánto tardará en sonar de nuevo? —preguntó Fox—. ¿Será ella todo el tiempo o ha repartido la tarea entre sus amigos? —Se dirigió a Tony Kaye —: ¿Cada cuánto suelen hacerlo? ¿Cada cinco o diez minutos?

—Diez —repuso Kaye con rotundidad.

Fox volvió a centrarse en Ray Scholes.

—Dudo que pueda hacer algo que no se haya intentado cien veces. Así que ¿por qué no apaga el teléfono?

Scholes logró esbozar una sonrisa e hizo lo que le pedían. Fox se lo agradeció con un cabeceo a modo de asentimiento.

—En su opinión, ¿era Carter un buen policía? —preguntó Fox.

—Lo sigue siendo.

—Ambos sabemos que no va a volver.

—¿Por qué odian tanto a los policías?

Fox miró al hombre que se sentaba al otro lado de la mesa. Scholes rondaba los treinta y cinco años, pero parecía más joven. Tenía el rostro pecoso y los ojos de color azul celeste. Una extraña imagen centelleó en la memoria de Fox: una gran bolsa de canicas que tenía de pequeño. Su favorita era una de color azul pálido, cuyas imperfecciones solo eran visibles al escrutarla, girándola lentamente entre los dedos...

—Es una pregunta original... —le contestó Tony Kaye a Scholes—. Dudo que nos la planteen más de varias docenas de veces al mes.

—No entiendo por qué quieren castigar a todos los que han trabajado con Paul.

—A todos, no —especificó Fox—. Solo a los que ha mencionado el juez. Scholes resopló.

—¿A eso lo llama juez? Pregúntele a cualquier miembro del Cuerpo. Colin

Cardonald es quien debe llevarse la puñalada. En diversos casos ha hecho todo lo posible por poner trabas al acusado...

—Siempre hay alguno de esos —reconoció Kaye.

—¿Hubo algún problema entre el juez Cardonald y el agente Carter? —preguntó Fox.

—Alguno.

—¿Y entre el juez y usted? —Fox esperó sin obtener respuesta—. ¿Me está diciendo que el juez Cardonald escogió algunos nombres por rencor?

—Sin comentarios.

—Hace casi un año se presentó una denuncia contra Paul Carter, ¿no es cierto? Incluso su tío dijo que Carter había reconocido que se aprovechó de una mujer. Se abrió una investigación.

Fox buscó de manera ostentosa la página en cuestión que contenían sus notas.

—No pudieron probar nada —aseveró Scholes.

—Al principio, no. Solo cuando Teresa Collins decidió que ya había tenido bastante... —Fox hizo una pausa—. ¿Conocía usted al tío de Carter?

—Era policía.

—Eso es un sí, entonces. ¿Por qué cree que dijo lo que dijo?

Scholes se encogió de hombros.

—¿Otra rencilla? ¿Y las tres mujeres: la denunciante original y las dos que salieron a declarar más tarde? ¿También lo hicieron por rencor? Muchos rencores me parecen contra su amigo, el «poli bueno» Paul Carter.

Fox se inclinó hacia delante, fingiendo interés en algunas páginas concretas. Los recortes de prensa estaban sobre la mesa, a la vista de todos. Kaye y Naysmith sabían que a veces el silencio resultaba útil y que cuando Fox volvió a recostarse en la silla no lo hizo porque se hubiera quedado sin preguntas. Naysmith comprobó el equipo; Kaye estudió su reloj de pulsera.

—¿Hemos terminado con los entrantes? —preguntó Scholes al final—.

¿Vamos a por los platos principales?

—¿Los platos principales?

—Cuando intentan arrastrarme con Paul. Cuando se inventan que mentí en el juicio, que traté de coaccionar a los testigos...

—Teresa Collins asegura que estaba usted en el coche con Carter cuando se le acercó y le dijo que iría a su casa ese mismo día para mantener relaciones sexuales.

—Eso no es cierto.

—Cuando presentó la denuncia, usted la telefoneó e intentó que la retirara.

—No.

—Su teléfono móvil aparecía en el de ella. Fecha, hora y duración de la llamada.

—Como ya dije en el juicio, fue una equivocación. ¿Cuánto duró la llamada?

—Dieciocho segundos.

—Exacto. En cuanto me di cuenta, colgué.

—¿Por qué tenía su número?

—Estaba anotado en un trozo de papel que había sobre una mesa de la oficina.

—¿Le entró la curiosidad y por eso llamó al número misterioso?

—Eso es.

Tony Kaye meneaba la cabeza lentamente; se mostraba incrédulo.

—Así que niega haberle dicho... —Fox consultó de nuevo sus notas— que «retirara la puta denuncia»?

—Sí.

—¿Salía con Carter cuando no estaban de servicio?

—Alguna cerveza de vez en cuando.

—Y algún club... Excursiones a Edimburgo y Glasgow en sus días libres...

—No es ningún secreto.

—Exacto. Trascendió todo en el juicio.

Scholes resopló.

—Unos polis se hacen amigos y, como les gusta tomarse una copa de vez en cuando, ya salen en portada.

—Carter era agente; usted, inspector.

—¿Y?

—Que nunca había conseguido un ascenso. Tenía el rango más bajo del Departamento de Investigación Criminal y llevaba tanto tiempo en el Cuerpo como usted.

—No todo el mundo quiere un ascenso.

—No todo el mundo se lo merece —espetó Fox—. En el caso de Paul Carter, ¿qué ocurrió?

Scholes se disponía a responder cuando se abrió la puerta de la sala de interrogatorios y apareció una mujer uniformada.

—Siento interrumpir —dijo, aunque no parecía sentirlo en absoluto—. Pensé que estaría bien saludar.

La agente vio que Naysmith apagaba las grabadoras. Se dirigió a la mesa y se presentó como la comisaria Isabel Pitkethly. Fox se levantó como a desgana y le tendió la mano.

—Inspector Malcolm Fox —dijo.

—¿Todo en orden? —Pitkethly miró en derredor—. ¿Disponen de todo lo que necesitan?

—Estamos bien.

Medía casi treinta centímetros menos que Fox, pero tenían más o menos la misma edad, poco más de cuarenta años. Llevaba una media melena castaña y sus ojos azules centelleaban detrás de las gafas. Lucía una blusa azul reglamentaria con charreteras en los hombros y una falda oscura que le llegaba justo por encima de las rodillas.

—¿Ray se está comportando?

Pitkethly soltó una carcajada nerviosa y Fox se percató de que las últimas semanas habían hecho mella. Probablemente se sentía como el capitán de un barco hermético y ahora la estructura se había visto dañada desde dentro.

—Acabamos de empezar —informó Tony Kaye sin molestarse en disimular su enojo.

—Es curioso. Pensaba que íbamos a comer queso con galletas —repuso Scholes.

—Inspector Scholes, debe asistir usted a otra reunión dentro de cinco minutos —dijo Pitkethly—. La fiscalía tiene que preparar un caso...

Scholes se puso en pie a toda prisa.

—Caballeros, ha sido un placer.

—¿Cuándo volverá a honrarnos con su presencia? —preguntó Fox a Pitkethly.

—Probablemente a media tarde.

—A menos que el fiscal tenga otros planes.

Scholes había vuelto a encender el teléfono y estaba leyendo los mensajes.

—¿Un par de llamadas perdidas?

Scholes miró a Fox y sonrió.

—¿Cómo lo ha adivinado?

Pitkethly parecía preguntarse lo mismo.

—¿Podemos hablar un momento en mi despacho, inspector?

—Iba a proponérselo ahora mismo —contestó Fox.

Un minuto después, Kaye y Naysmith se encontraban solos en la sala de interrogatorios.

—¿Lo recojo todo? —preguntó Naysmith, con la mano apoyada en el trípode.

—Será lo mejor. Vete a saber si Scholes y su equipo no piensan entrar con el propósito de pasear la polla por todas partes...

—Siéntese —indicó Pitkethly desde el otro lado de la mesa.

Fox permaneció de pie. La mesa estaba vacía. Había otra situada en ángulo recto, sobre la cual descansaban un ordenador y una bandeja atestada. La ventana daba al aparcamiento. No había cachivaches sobre el alféizar, ni tampoco fotografías de seres queridos. Las paredes estaban desnudas, salvo por un cartel de prohibido fumar y un almanaque.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó Fox.

—Unos meses.

—¿Y antes?

Fox notó que estaba molesta: por alguna razón era él quien formulaba las preguntas. Pero la educación exigía una respuesta.

—Glenrothes.

—¿Jefatura?

—¿No iría más rápido consultando mi expediente?

Fox alzó las manos a modo de disculpa y, cuando Pitkethly le indicó que se sentara, decidió no negarse por segunda vez.

—Lamento no haber estado aquí esta mañana —comenzó—. Esperaba poder mantener esta conversación con usted antes de que empezara su trabajo.

Parecía un discurso preparado... porque lo era. Con toda probabilidad, Pitkethly tenía amigos en la Jefatura de Glenrothes y había ido allí a pedir consejo para lidiar con Asuntos Internos. Fox podría haberle escrito el guion él mismo. En la mayoría de los casos, algún mandamás lo había invitado a su despacho para soltarle la misma historia.

La plantilla es muy buena.

Tenemos trabajo que hacer.

A nadie le interesa que los agentes sean apartados del servicio.

Por supuesto, nadie quiere tapaderas.

Pero daba igual...

—De modo que si pudieran trasladarme cualquier asunto a mí primero...

Pitkethly se había ruborizado. Fox imaginó lo mucho que debió de alegrarse cuando le ofrecieron estar al mando de una comisaría. Y ahora, eso.

Le habían explicado lo que debía decir, pero no había tenido tiempo de ensayar. Empezó a bajar el tono de voz y se aclaró la garganta, lo cual estuvo a punto de provocarle un ataque de tos. A Fox le gustaba todavía más por su aparente torpeza. Se dio cuenta de que tal vez no había echado mano de influencias, aunque la hubieran citado en Glenrothes.

«Esto es lo que debe transmitirle, comisaria...».

—¿Quiere que le traiga algo para beber? —preguntó Fox—. ¿Un poco de agua?

Pero ella declinó la invitación con un gesto. Fox se inclinó hacia delante.

—Por si sirve de algo —dijo—, intentaremos ser discretos. Y rápidos. Eso no significa que no vayamos a cuidar los detalles. Le prometo que seremos exhaustivos. Y no podemos facilitarle ningún dato. Nuestro informe irá directo a su jefe. Lo que haga con él ya es cosa suya.

Pitkethly se había recompuesto y asintió, con los ojos clavados en los de Fox.

—Causar problemas no es nuestro cometido —prosiguió.

También había pronunciado aquel discurso en numerosas ocasiones y en salas muy similares a aquella.

—Solo queremos la verdad. Queremos saber si se han seguido los procedimientos y cerciorarnos de que nadie cree estar por encima de la ley. Si puede ayudarnos a transmitir ese mensaje a sus agentes, estupendo. Si podemos utilizar una sala como base de operaciones, mucho mejor. Debe poder cerrarse con llave y necesitaré todos los juegos. Espero poder dejarla en paz en una semana.

Fox decidió no añadir «o dos».

—Una semana —repitió Pitkethly.

Fox no sabía si lo consideraba una buena o una mala noticia.

—Esta mañana me han dicho que el sargento Haldane está de baja...

—Tiene gripe —confirmó ella.

—Sea gripe, parálisis o peste, tenemos que interrogarlo.

Pitkethly asintió de nuevo.

—Me aseguraré de que esté al corriente.

—También nos sería útil un poco de información sobre la zona; dónde podemos comer decentemente o tomar un bocadillo. Pero que sean lugares que no frecuenten sus agentes.

—Pensaré en ello.

Pitkethly se puso en pie. Era su manera de anunciar el final de la reunión. Fox permaneció en su asiento.

—¿Alguna vez ha sospechado del agente Carter?

Le llevó unos momentos decidir si respondía, pero al final meneó la cabeza.

—¿Y alguna de las mujeres que trabajan aquí...? —insistió.

—¿Qué?

—Cotilleos en los baños... avisos sobre una mano demasiado larga...

—Nada —afirmó.

—¿Nunca ha tenido dudas?

—Ninguna —repuso con firmeza mientras se dirigía hacia la puerta y se la abría a Fox. Este se tomó su tiempo y le dedicó una sonrisa al pasar junto a ella. Kaye y Naysmith lo esperaban al final del pasillo.

—¿Y bien? —preguntó Kaye.

—Más o menos como esperaba.

—Puede que Michaelson ande por aquí. ¿Quieres que sea el próximo?

Fox negó con la cabeza.

—Volvamos a la ciudad a comer algo y a dar una vuelta en coche.

—¿Para habituarnos a este lugar? —aventuró Kaye.

—En efecto —confirmó Fox.

Kirkcaldy tenía estación de ferrocarril, equipo de fútbol, un museo, una galería de arte y una universidad que llevaba el nombre de Adam Smith. Había calles bordeadas por robustas casas victorianas de fina estampa, algunas de las cuales habían sido reconvertidas en oficinas y empresas. Hacia las afueras se alzaban las viviendas de protección oficial, algunas tan recientes que aún había solares en venta, un par de parques, al menos dos institutos y algunos edificios altos de los años noventa. El dialecto no era inescrutable y los tenderos se detenían a charlar frente a las panaderías y los quioscos.

—Me estoy quedando dormido —comentó Tony Kaye.

Viajaba de copiloto en su propio coche. Joe Naysmith iba al volante y Fox, en la parte trasera. El almuerzo había consistido en unos bocadillos y bolsas de patatas fritas. Fox había telefonado a su jefe en Edimburgo para referirle un informe preliminar. La llamada no había durado más de tres minutos.

—¿Y bien? —preguntó Kaye mientras se volvía en su asiento para establecer contacto visual con Fox.

—Me gusta —respondió este, contemplando la escena en movimiento.

—¿Quieres que te diga qué veo yo, Fox? Veo a gente que debería estar trabajando a estas horas del día. Gorriones y heridos de guerra, viejos con un pie en el otro barrio y condenados por conducta antisocial.

Joe Naysmith había empezado a tararear la melodía de *What a Wonderful World*.

—En todos los coches que hemos adelantado —prosiguió Kaye impertérrito—, el conductor o bien era traficante de drogas, o bien se lo había

llevado puenteándolo. Las aceras necesitan un manguerazo y la mitad de los niños también. Sabes todo lo que necesitas sobre un lugar cuando la tienda más grande parece llamarse Artículos con Tara. —Hizo una pausa para provocar un mayor efecto—. ¿Me estáis diciendo en serio que os gusta esto?

—Tú ves lo que quieres ver, Tony, y luego dejas volar la imaginación.

Kaye se volvió hacia Naysmith.

—Y en cuanto a ti, ni siquiera habías nacido cuando salió la canción, así que cállate.

—Mi madre tenía el disco. Bueno, el casete. O puede que el CD.

Kaye volvió a mirar a Fox.

—Por favor, ¿podemos volver, hacer nuestras preguntas, que nos respondan lo que les venga en gana y salir pitando de aquí?

—¿Cuándo empezaron a comercializar los CD? —preguntó Naysmith.

Kaye le propinó un puñetazo en el hombro.

—¿Qué haces?

—Estás torturando la caja de cambios. ¿Es la primera vez que conduces o qué?

—De acuerdo —se rindió Fox—, tú ganas. Joe, llévanos de vuelta a la comisaría.

—¿Izquierda o derecha en el próximo cruce?

—Ya estoy harto —dijo Tony Kaye y se dispuso a abrir la guantera—. Voy a conectar el navegador.

El sargento Gary Michaelson se había criado en Greenock pero había vivido en Fife desde que tenía dieciocho años. Había asistido al Adam Smith College y había realizado su formación policial en Tulliallan. Era tres años más joven que Ray Scholes, estaba casado y tenía dos hijas.

—¿Los colegios son buenos aquí? —le había preguntado Fox.

—No están mal.

Michaelson no mostró reparos en hablar de Fife, de Greenock y de su familia, pero cuando el tema derivó hacia el agente Paul Carter, se mostró tan parco en palabras como Scholes.

—Si no estuviera mejor informado —comentó Fox en un momento dado—, diría que lo han puesto a prueba.

—¿A qué se refiere?

—Que le han sugerido qué no debía decir. Puede que lo haya instruido el inspector Scholes.

—Eso no es cierto —insistió Michaelson.

Tampoco era cierto que hubiese alterado o borrado las notas que había tomado durante una entrevista realizada en casa de Teresa Collins, y en la misma sala de interrogatorios en la que se hallaban sentados en ese momento. Fox recitó parte del testimonio de Teresa Collins:

—«Puedes acusarme de lo que quieras, Paul, pero no creas que vas a volver a ponerme la mano encima». ¿No dijo eso?

—No.

—El veredicto dice otra cosa.

—No puedo hacer nada al respecto.

—Pero hubo cierta historia personal entre Carter y la señorita Collins. Es imposible que usted no estuviera al corriente.

—Es ella quien dice que fue una historia.

—Los vecinos lo veían ir y venir.

—Conocemos a la mitad, por cierto.

—¿Me está diciendo que son unos mentirosos?

—¿Usted qué cree?

—Lo que yo crea o deje de creer carece de importancia. ¿Qué ocurre con la página que faltaba en su cuaderno de notas?

—Derramé café encima.

—Las páginas de debajo parecen estar bien.

—No puedo hacer gran cosa al respecto.

—Así pues, ¿sigue manteniendo...?

Durante toda la entrevista, Fox se cuidó de establecer contacto visual con Tony Kaye. Sus infrecuentes contribuciones al interrogatorio denotaban una irritación en aumento. No estaban llegando a ninguna parte y era muy poco probable que lo hicieran. Scholes, Michaelson y Haldane, que supuestamente había contraído la gripe, no solo disponían de mucho tiempo para coreografiar sus respuestas, sino que también habían conseguido dominar la rutina de los tribunales.

Teresa Collins mentía.

Las otras dos demandantes eran unas oportunistas.

El juez había ayudado a la fiscalía siempre que había podido.

—La cuestión —dijo Fox pausadamente, cerciorándose de que captaba la atención de Michaelson— es que cuando el equipo local de Ética Profesional estudió las alegaciones, reconoció que ahí podía haber algo. Y no lo olvide: fue la señorita Collins quien inició todo el proceso...

Fox dejó que el mensaje calara unos instantes. Michaelson seguía concentrado en un tramo de pared situado sobre el hombro izquierdo de su interlocutor. Este era enjuto, presentaba una calvicie prematura y en algún momento de su vida le habían roto la nariz. Además, una cicatriz de unos tres centímetros le recorría la barbilla. Fox se preguntaba si habría sido boxeador aficionado.

—Fue otro agente de policía —prosiguió—. El tío de Paul Carter. ¿También está llamándolo mentiroso?

—No es policía; es expolicía.

—¿Y qué diferencia hay?

Michaelson se encogió de hombros y se cruzó de brazos.

—Hay que cambiar la batería —terció Naysmith antes de apagar la cámara.

Michaelson se estiró y Fox oyó cómo le crujían las vértebras. Tony Kaye estaba de pie, moviendo las piernas como si tratara de facilitar el riego sanguíneo.

—¿Falta mucho? —preguntó Michaelson.

—Eso depende de usted —respondió Fox.

—Bueno, nos pagarán igualmente a todos al final de la jornada, ¿eh?

—¿No tiene prisa por volver a su puesto?

—No tiene ninguna importancia, ¿verdad? Esclarecen un delito y hay dos o tres más a la vuelta de la esquina.

Fox vio que Joe Naysmith rebuscaba en la bolsa de material. Él se sabía observado, levantó la cabeza y tuvo el acierto de mostrarse contrito.

—La de recambio todavía está cargándose —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Tony Kaye.

—En la oficina. —Naysmith hizo una pausa—. En Edimburgo.

—¿Eso significa que ya hemos terminado? —preguntó Gary Michaelson con los ojos clavados en Malcolm Fox.

—Eso parece —repuso Fox de mala gana—. Por ahora...

—Vaya manera de perder todo el día —rezongó Tony Kaye, y no era la primera vez que lo hacía.

Habían desandado el camino hacia Edimburgo sin apenas abandonar el carril rápido. En esa ocasión, el grueso del tráfico se dirigía hacia Fife y el embotellamiento afectaba a la parte del puente de Forth que daba a Edimburgo. Su destino era la Jefatura de Policía situada en Fettes Avenue. El inspector jefe Bob McEwan seguía en la oficina. Señaló el cargador de batería que se hallaba junto a la tetera y las tazas.

—Me estaba preguntando qué hacía ahí —dijo.

—Ya no es necesario que lo haga —respondió Fox.

La sala no era grande, ya que Anticorrupción formaba un equipo reducido. La mayoría de los agentes de Asuntos Internos trabajaba en una oficina más espaciosa, en el mismo pasillo donde Ética Profesional gestionaba las tareas de enjuicia. Ese año, McEwan parecía pasar gran parte del tiempo en reuniones dedicadas a la reestructuración de todo el departamento.

—Básicamente doy por perdido un trabajo —dijo—. Nada que debáis considerar un quebradero para esas cabecitas vuestras...

Kaye había echado el abrigo sobre el respaldo de la silla y estaba sentado a su mesa, mientras Naysmith se dedicaba a cambiar las baterías del cargador.

—Hemos realizado dos entrevistas —le anunció Fox a McEwan—. Ambas, un poco breves.

—Me figuro que habrán encontrado cierta resistencia.

Fox hizo una mueca con la boca.

—Tony cree que estamos hablando con las personas equivocadas, y empiezo a estar de acuerdo con él.

—Nadie espera un milagro, Malcolm. Antes me ha llamado el subinspector. Esto lleva su tiempo.

—Si es más de una semana, a lo mejor conecto una manguera al tubo de escape —musitó Kaye.

A la postre se sentaron a repasar las grabaciones. A medio proceso, McEwan consultó su reloj y dijo que debía marcharse. Entonces Kaye recibió un mensaje de texto.

—«Reunión urgente con tu mujer y una botella de vino» —recitó y le dio una palmada en el hombro a Fox—. Cuéntame qué tal va, ¿de acuerdo?

Durante cinco minutos, Fox notó que Naysmith se mostraba inquieto. Eran las cinco pasadas, así que le dio a su joven colega permiso para marcharse.

—¿Estás seguro?

Fox señaló la puerta y pronto se quedó solo en la oficina, pensando que tal vez debería haber elogiado a Naysmith por su trabajo detrás de la cámara.

Tanto la imagen como el sonido eran impolutos. Tenía un cuaderno en el regazo, pero estaba en blanco, con la salvedad de espirales, estrellas y otros garabatos. En ese momento recordó algo que había dicho Scholes sobre Asunto Internos: que querían «castigar a todos los que han trabajado con Paul [Carter]». Carter era historia. ¿Qué razón había para suponer que Scholes y los demás iban a seguir incumpliendo las normas? Por supuesto, se protegerían los unos a los otros, mostrarían lealtad, pero tal vez habrían aprendido la lección. Fox sabía que podía poner la investigación en modo crucero, que podía formular las preguntas, anotar las respuestas y no llegar a grandes conclusiones. De todos modos, tal vez fuera ese el desenlace. Por tanto, ¿qué sentido tenía dejarse la piel? Para Fox, ese era el subtexto de la jornada, lo que Tony Kaye rabiaba por decir. Los tres agentes habían sido nombrados y sometidos a escarnio ante el tribunal. Ahora eran objeto de una investigación interna. ¿Acaso no era castigo suficiente?

En el Pancake Place, Kaye había mencionado a Colin Balfour. Asuntos Internos había armado una acusación lo bastante sólida como para que lo expulsaran del Cuerpo, pero en el último momento no implicaron a los dos o tres agentes que habían intentado organizar una tapadera. Esos agentes seguían trabajando. Nunca más hubo un solo atisbo de problemas.

No hay queja, como suele decirse.

Fox detuvo la grabación con el mando a distancia. Lo único que demostraba era que estaban haciendo lo que se esperaba de ellos. Albergaba serias dudas de que los jefes de la comisaría de Fife necesitaran recibir peores noticias; solo aspiraban a decir que los comentarios del juez no habían caído en saco roto. Scholes, Haldane y Michaelson debían seguir negándolo todo. Y eso significaba que Tony Kaye tenía razón. Era con los otros agentes del Departamento de Investigación Criminal con quienes debían hablar si querían ser exhaustivos. ¿Y el tío de Carter? ¿No debían escuchar también su versión de los hechos? A Fox le intrigaban las motivaciones de aquel hombre. En el

juicio, su testimonio había sido breve pero efectivo. Según contó, su sobrino lo había visitado una tarde después de tomar unas copas. Se había mostrado locuaz, charlando de cómo había cambiado la profesión desde los tiempos de su tío. No se podía economizar tanto y había menos incentivos.

«Pero yo recibo una gratificación que quizá tú y mi padre nunca tuvisteis...».

Fox recordó que llevaba un par de días sin hablar con su padre. Su hermana y él se turnaban para visitarlo. Probablemente estaría en la residencia de ancianos en aquel momento. Al personal le gustaba que la gente evitara las horas de la comida y, a media tarde, muchos de los «clientes» (como insistían en llamarlos los trabajadores) ya estaban preparados para acostarse. Fox se dirigió hacia las ventanas y contempló la ciudad crepuscular. ¿Era Edimburgo diez veces más grande que Kirkcaldy? Desde luego, sí era mayor. De vuelta a su mesa, encendió el ordenador y se sentó a realizar una búsqueda.

Casi una hora después, iba en el coche con rumbo a Oxfords. Había un supermercado cerca de su casa y se detuvo el tiempo suficiente para comprar un curry que calentar al microondas y una botella de Appletiser, además del periódico vespertino. La noticia de portada trataba sobre un traficante de drogas que, tras ser declarado culpable, había sido encarcelado. Fox conocía al agente que había llevado el caso; Asuntos Internos lo había investigado dos años antes. Ahora sonreía ante las cámaras. Misión cumplida.

«¿Por qué odian tanto a los policías?». Era la pregunta que había formulado Scholes. Hace mucho tiempo, el Departamento de Investigación Criminal podía actuar con negligencia y salir airoso. La labor de Fox consistía en impedirlo. No seguiría allí siempre; en un año o dos regresaría al DIC, trabajaría codo con codo con aquellos a quienes había escrutado, e intentaría meter entre rejas a traficantes sin interpretar las normas a su manera, temeroso de Asuntos Internos, llegando a despreciarlos. A veces se

preguntaba si podría trabajar con agentes que conocían su pasado, llevar lo que todo el mundo tildaba de casos «como es debido»...

Dejó el periódico en el fondo de la cesta, cubierto por el resto de la compra.

El bungalow estaba a oscuras. Había pensado en comprar un reloj de esos que se encendían al anochecer, pero sabía que no lograría disuadir a los ladrones. Tenía pocas cosas de valor: después de la tele y el ordenador, buscarían en vano. Cerca de allí, un par de casas habían sufrido robos en el último mes. Incluso llamó a su puerta un agente, preguntando si había visto u oído algo. Fox no se molestó en identificarse como policía. Se limitó a negar con la cabeza y el agente asintió y se fue a otro sitio.

Cumpliendo con su deber.

Preparar el curry le llevó seis minutos. Fox encontró un canal de noticias en la televisión y subió el volumen. El mundo parecía asolado por guerras, hambrunas y desastres naturales. Un terremoto aquí, un tornado allá... Estaban entrevistando a un experto en cambio climático, que advirtió a los espectadores de que debían acostumbrarse a esos fenómenos: a las inundaciones, sequías y olas de calor. El entrevistador se las arregló para devolver la conexión al estudio con una sonrisa en los labios. Puede que, una vez fuera de foco, empezara a correr de un lado a otro, arrancándose mechones de pelo y dando voces, pero Fox tenía sus dudas. Pulsó el botón interactivo del mando a distancia y ojeó los titulares de Escocia. No había nada nuevo relacionado con la explosión frente a Lockerbie. El estado de alerta en Fettes era moderado, al igual que en Kirkcaldy. Lockerbie: como si ese pozo de ignorancia no hubiera visto suficiente a lo largo de su historia... Fox puso un canal de deportes y estuvo viendo los dardos mientras engullía la comida que quedaba.

Acababa de terminar cuando sonó el teléfono. Era su hermana, Jude.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Se llamaban por turnos y era el suyo, no el de Jude.

—Acabo de ir a ver a papá.

La oyó sorber una lágrima.

—¿Está bien?

—Se le olvida todo.

—Lo sé.

—Uno de los cuidadores me ha dicho que esta mañana no ha llegado a tiempo al cuarto de baño. Le han puesto pañal.

Fox cerró los ojos.

—Y a veces se le olvida mi nombre o del año en que estamos.

—También tiene días buenos, Jude.

—¿Y cómo lo sabes? ¡El hecho de que pagues las facturas no significa que puedas desentenderte!

—¿Quién se desentiende?

—Nunca te veo por allí.

—Sabes que no es cierto. Lo visito cuando puedo.

—No es suficiente. Ni por asomo.

—No todos podemos llevar una vida ociosa, Jude.

—¿Crees que no estoy buscando trabajo?

Fox volvió a cerrar los ojos con fuerza: «Te has metido en un jardín, Malc».

—No me refería a eso.

—¡Te referías exactamente a eso!

—No empecemos, ¿eh?

Se impuso el silencio unos instantes. Jude suspiró y empezó a hablar de nuevo.

—Hoy le he llevado una caja de fotografías. Pensé que podríamos verlas juntos, pero parecía inquieto. No dejaba de decir: «Están todos muertos. ¿Cómo pueden estar todos muertos?».

—Iré a verlo, Jude. No te preocupes por eso. Quizá lo mejor sea llamar antes, y si el personal cree que no merece la pena visitarlo ese día...

—¡No estoy diciendo eso! —Volvió a alzar la voz—. ¿Piensas que me importa ir a verlo? Es nuestro padre.

—Ya lo sé. Tan solo...

Fox hizo una pausa y entonces formuló la pregunta que creía que se esperaba de él.

—¿Quieres que vaya?

—No es a mí a quien tienes que ir a ver.

—Tienes razón.

—¿Lo harás?

—Por supuesto.

—¿Aunque estés ocupado?

—En cuanto cuelgue —le aseguró Fox.

—¿Y volverás a llamarme para contarme qué te ha parecido?

—Estoy convencido de que se encuentra bien, Jude.

—Tú quieres que se encuentre bien. Así no tendrás mala conciencia.

—Voy a colgar, Jude. Voy a colgar el teléfono e iré a ver a papá.

Sin embargo, el personal de Lauder Lodge tenía otros planes.

Fox llegó allí pasadas las nueve. Se oía un televisor atronando en el salón. Había trasiego de gente; por lo visto, se trataba del cambio de turno.

—Su padre está acostado —le anunciaron a Fox—. Debe de estar durmiendo.

—Entonces no lo despertaré. Solo quiero verlo un minuto.

—Procuramos no molestar a los clientes cuando están acostados.

—¿Antes no se quedaba despierto hasta las noticias de las diez?

—Eso era antes.

—¿Están dándole alguna medicación nueva? ¿Hay algo que yo no sepa?

La mujer se tomó unos momentos para sopesar si la estaba acusando de algo y luego suspiró resignada.

—¿Solo un minuto, dice?

Fox asintió y ella hizo lo propio. Cualquier cosa con tal de no complicarse la vida.

La habitación de Mitch Fox se encontraba en un nuevo anexo junto a la propiedad victoriana original. Fox pasó frente al dormitorio que, hasta hacía un par de meses, había sido el hogar de la señora Sanderson. Esta y el padre de Fox habían trabado una honda amistad durante su estancia en Lauder Lodge. Fox había acompañado a Mitch al funeral; apenas si se congregaron más de doce personas en la capilla del crematorio. No asistió ningún familiar, pues no se había podido localizar a ninguno. Había un nuevo nombre en la puerta de su vieja habitación: D. Nesbitt. Fox tuvo la sensación de que, si

arrancaba la pegatina, habría otra debajo con el nombre de la señora Sanderson y tal vez otro debajo de esa.

No se molestó en llamar. Tan solo giró el pomo y entró. Las cortinas estaban echadas y la luz apagada, pero la farola procuraba una buena iluminación. Fox podía distinguir la forma de su padre bajo el edredón. Casi había llegado a la silla situada junto a la cama cuando una voz seca le preguntó qué hora era.

—Y veinte —le dijo Fox a su padre.

—Y veinte, ¿qué?

—Las nueve.

—¿Y qué te trae por aquí? —Mitch Fox encendió la lámpara y se dispuso a incorporarse. Su hijo se le acercó para ayudarlo—. ¿Ha ocurrido algo?

—Jude estaba un poco preocupada.

Fox vio sobre la silla una caja de zapatos llena de viejas fotos de la familia. La cogió, tomó asiento y se la apoyó en el regazo. El cabello de su padre, ralo, casi como el de un bebé, había adquirido un tono amarillento. Tenía la cara más delgada que nunca y la piel parecía un pergamino. Sin embargo, los ojos resultaban nítidos y apacibles.

—Ambos sabemos que a tu hermana le gusta montar pequeños dramas. ¿Qué te ha dicho?

—Que tu memoria ya no es la que era.

—¿Acaso lo es la de alguien? —Mitch señaló la caja de zapatos con la cabeza—. ¿Porque no pude decirle el lugar exacto en el que se tomó una foto hace cincuenta años?

Fox levantó la tapa de la caja y sacó un puñado de instantáneas. Algunas incluían leyendas al dorso: nombres, fechas y lugares. Pero también había interrogantes. Muchos interrogantes... y lo que parecía la mancha de una lágrima. Fox pasó un dedo por encima y le dio la vuelta a la fotografía. Su madre, sentada al borde de una rocalla, mecía a dos niños en su regazo.

—Esta es de hace treinta años —dijo Fox, sosteniendo la foto en alto para que la viera su padre.

Mitch la observó.

—Podría ser Blackpool —aventuró—. Sois Jude y tú...

—Y mamá.

Mitch Fox asintió lentamente.

—¿Hay agua por ahí? —preguntó.

Fox miró, pero no había ninguna jarra en el armario situado al lado de la cama.

—¿Me puedes traer un poco?

Fox se dirigió al cuarto de baño contiguo. La jarra estaba allí, junto con un vaso de plástico. Entonces comprendió que el personal no quería que Mitch bebiera agua por la noche, al menos si ello podía causar problemas por la mañana. La bolsa de pañales para la incontinencia se encontraba junto a la piletta, a la vista de todos. Fox llenó la jarra y el vaso y se los acercó a su padre.

—Buen chico —dijo este.

Varias gotas le recorrieron la barbilla al beber, pero no necesitó ayuda para depositar el vaso al lado de la cama.

—¿Puedes decirle a Jude que no se preocupe?

—Claro.

Fox volvió a sentarse.

—¿Y podrás hacerlo sin discutir?

—Lo intentaré.

—Hacen falta dos para pelearse.

—¿Estás seguro? Creo que Jude podría apañárselas bastante bien en una habitación vacía.

—Puede, pero tú no siempre ayudas.

—¿Ahora estamos discutiendo tú y yo? —Fox vio a su padre esbozar una

sonrisa cansada—. ¿Quieres que me vaya para que puedas dormir?

—Yo no duermo. Tan solo estoy aquí tumbado, esperando.

Fox sabía cuál sería la respuesta a la siguiente pregunta, de modo que no la formuló. En lugar de eso, le contó a su padre que había pasado un día infructuoso en Fife.

—A ti te encantaba —le dijo Mitch.

—¿El qué?

—Fife.

—¿Cuándo he estado yo en Fife?

—Solíamos visitar a mi primo Chris.

—¿Dónde vivía?

—En Burntisland. La playa, la piscina al aire libre, los campos de golf...

—¿Cuántos años tenía?

—Chris murió joven. Echa un vistazo, tiene que andar por ahí.

Fox se dio cuenta de que su padre se refería a la caja de zapatos, así que volcó el contenido sobre la cama. Algunas fotos estaban sueltas, y otras, guardadas en sobres con sus negativos correspondientes. Eran una mezcla de imágenes en color y blanco y negro, algunas de ellas de boda. (Fox desdeñó aquellas en las que aparecían Elaine y él; su matrimonio no había durado mucho). Había instantáneas borrosas de vacaciones, navidades, cumpleaños y salidas de trabajo. A la postre, Mitch le tendió una en particular.

—Ese de ahí es Chris. Lleva a Jude sobre los hombros. Era un tipo grande, alto y fornido.

—Entonces ¿esto era Burntisland?

Fox estudió la fotografía. Jude tenía la boca abierta y le faltaban algunos dientes. Era imposible dilucidar si estaba riéndose o aterrorizada por la distancia que mediaba hasta el suelo. Chris sonreía a cámara. Fox trató de recordarlo, pero fue incapaz.

—Puede que fuera su jardín trasero —dijo Mitch Fox.

—¿De qué murió?

—Accidente de moto. Era un tarado. Míralos a todos. —Mitch pasó la mano sobre las fotografías esparcidas—. Muertos y enterrados, y prácticamente olvidados.

—Pero algunos seguimos aquí —matizó Fox—. Y me gusta que sea así. Mitch golpeó a su hijo en el dorso de la mano.

—¿De verdad me encantaba Fife?

—Había un parque cerca de Saint Andrews. Fuimos un día allí y nos montamos todos en un tren. Si buscamos bien, puede que encontremos alguna foto. También había muchas playas, y una vez al año, un mercado en Kirkcaldy...

—¿Kirkcaldy? Precisamente vengo de allí. ¿Cómo es posible que no lo recuerde?

—Una vez ganaste un carpín. El pobrecillo estaba muerto al día siguiente. —Mitch clavó la mirada en su hijo—. ¿Tranquilizarás a Jude?

Fox asintió y su padre volvió a darle un golpecito en la mano antes de tumbarse de nuevo sobre las almohadas. Permaneció allí sentado una hora y media más, viendo fotografías, y apagó la lámpara justo antes de irse.

DOS

—Será una broma, ¿no?

—Es cuanto podemos ofrecerles —dijo el sargento que estaba sentado detrás del mostrador.

Parecía tan complacido por el desenlace que había tenido aquella mañana como el día en que les informó de que ninguno de los entrevistados estaba disponible.

—La puerta cierra y la llave es suya si la quieren.

—Es un almacén —dijo Joe Naysmith cuando encendió la luz.

—Con una bombilla de cuarenta vatios —observó Tony Kaye—. Podemos traer unas antorchas.

Alguien había colocado tres sillas desvencijadas en el centro de la habitación y no quedaba espacio para una mesa, por pequeña que fuese. Las estanterías estaban repletas de cajas, viejos archivadores identificados con un código y el año, además de material de oficina roto y desechado.

—¿Sería posible hablar con la comisaria Pitkethly? —le preguntó Fox al sargento.

—Está en Glenrothes.

—Qué raro.

El sargento llevaba la llave colgando del dedo.

—Al menos podemos dejar el material aquí —razonó Naysmith.

Fox soltó un resoplido y cogió la llave al sargento.

Mientras Naysmith iba en busca del material que guardaban en el coche, Fox y Kaye se quedaron contemplando el interior del almacén. De repente, el

pasillo se llenó de agentes uniformados o vestidos de paisano que pasaron ante ellos con una sonrisa de suficiencia.

—Yo no pienso meterme ahí de ninguna manera —dijo Kaye meneando lentamente la cabeza—. Parecería un maldito conserje.

—Pero Joe tiene razón. Aquí podemos guardar las cosas entre entrevista y entrevista.

—¿Podemos acelerar el proceso de algún modo, Malcolm?

—¿A qué te refieres?

—Tú y yo podríamos hacer una entrevista cada uno y acabaríamos en la mitad de tiempo. Los únicos a los que debemos grabar son Scholes, Haldane y Michaelson. El resto son solo charlas informales, ¿no?

Fox asintió.

—Pero solo hay una sala de interrogatorios.

—No todos los entrevistados trabajan en la comisaría.

Fox miró a Kaye.

—Tú lo que quieres es terminar con esto cuanto antes.

—Es una manera básica de gestionar el tiempo —replicó Kaye con un destello en la mirada—. Y resulta más rentable para el contribuyente en apuros.

—¿Y cómo nos los repartimos? —preguntó Fox cruzándose de brazos.

—¿Tienes algún favorito?

—Me gustaría intercambiar unas palabras con el tío del imputado.

Kaye lo meditó y asintió.

—Coge mi coche. Yo probaré con Cheryl Forrester.

—Me parece bien. ¿Qué hacemos con Joe?

Se volvieron justo cuando Joe Naysmith abría la puerta al final del pasillo con la pesada bolsa negra colgada del hombro.

—Lancemos una moneda al aire —propuso Kaye, mostrando una pieza de cinco peniques—. Quien pierda se lo queda.

Minutos después, Malcolm Fox se dirigía al Ford Mondeo de Kaye. Naysmith no lo acompañaba. Ajustó el asiento del conductor y buscó el navegador por satélite en la guantera, lo conectó y lo fijó en el salpicadero. El código postal de Alan Carter figuraba en el registro y lo encontró tras una breve búsqueda. El navegador realizó un rastreo rápido y le indicó la dirección correcta. Pronto se encontró en la carretera del litoral en dirección al sur, hacia un lugar llamado Kinghorn. Según los carteles, la siguiente localidad era Burntisland. Pensó otra vez en Chris, el primo de su padre. Tal vez la motocicleta se hubiera estrellado en ese mismo tramo. El trayecto debía de ser una gozada para los motoristas, con sus curvas suaves, el mar a un lado y una pronunciada colina al otro. ¿Aquello era una foca cabeceando en el agua? Fox aminoró un poco la marcha. El conductor que llevaba detrás le dio una ráfaga de luz y lo adelantó haciendo sonar el claxon.

«Sí, sí», murmuró Fox mientras consultaba el navegador. Su destino estaba cerca. Pasó junto a un camping de caravanas y puso el intermitente para tomar un desvío a la derecha. Era un camino empinado, con surcos, y se formaban nubes de polvo detrás del coche. No quería abollar el preciado coche de Kaye, así que acabó circulando en primera, a ocho kilómetros por hora. El ascenso continuó. Según el navegador, estaba en medio de ninguna parte y se había pasado de largo. Fox detuvo el coche y se bajó. Tenía una buena panorámica de la costa, con hileras de caravanas a la izquierda y un hotel a la derecha. Consultó la dirección de Alan Carter: Gallowhill Cottage. La carretera estaba a punto de adentrarse en una zona boscosa. Algo llamó la atención de Fox: una voluta de humo por encima de los árboles. Se sentó de nuevo al volante y puso primera.

La casa se hallaba cerca de la cima de la colina, justo donde moría el camino, frente a una barrera que conducía a los campos. Había algunas ovejas desperdigadas. Los cuervos, silenciosos, se deslizaban entre los

árboles. El viento era cortante, aunque el sol asomara por detrás de un banco de nubes.

La chimenea seguía escupiendo humo. Había un Land Rover de color verde oliva aparcado a un lado, junto a un gran montón de troncos ordenados con esmero. Entonces se abrió la puerta principal emitiendo un chirrido. El hombre que apareció en el umbral representaba casi la parodia de un policía corpulento y alegre. El rostro de Alan Carter era rubicundo, y en las mejillas y la nariz se entrecruzaban delgadas venas rojas. Le brillaban los ojos, y los botones de la rebeca estaban tensados al límite de su capacidad. Debajo llevaba una camisa de cuadros con el primer botón desabrochado, lo cual daba cierto respiro a la copiosa mata de vello gris que asomaba. Aunque era prácticamente calvo, conservaba unas patillas pobladas que casi se juntaban a la altura del mentón.

—Sabía que tendría visita —gritó Carter con una de sus manos rechonchas apoyada en el marco de la puerta—. Debería haber pedido cita. Por lo visto, de un tiempo a esta parte ando más ocupado que nunca.

Fox llegó hasta él y se dieron la mano.

—¿No forma usted parte del gremio, entonces? —preguntó Carter.

—No.

—Hace tiempo, la mayoría de los polis a quienes conocía eran masones. Si hubiera venido entonces, muchacho...

El pasillo era corto y estrecho, y buena parte de él estaba ocupado por estanterías, una hilera de abrigos y una selección de botines. El salón era pequeño y sofocante, merced a un fuego avivado con abundantes troncos.

—Tiene que estar caliente para Jimmy Nicholl —dijo Carter.

—¿Quién?

—El perro.

Un decrepito border collie de ojos legañosos miró a Fox desde una cesta situada cerca de la chimenea.

—¿Por qué se llama así?

—Es el entrenador de Raith. No ahora, claro, pero Jimmy nos llevó a Europa. —Carter se interrumpió y miró a Fox—. ¿Tampoco le gusta el fútbol?

—Antes, sí. Me llamo Fox, por cierto. Inspector Fox.

—«La Brigada de la Suela de Goma». ¿Todavía lo llaman así?

—O eso, o Asuntos Internos.

—Y seguro que a la espalda cosas peores.

—Y a la cara también.

—¿Le apetece una taza de té o prefiere tomar algo más fuerte?

Carter señaló con la cabeza una botella de whisky que reposaba sobre una estantería.

—Un té bastará.

—Es un poco temprano para la «criatura» —concedió Carter—. Tardo solo un minuto.

Carter se dirigió a la cocina. Fox lo oyó verter agua en una tetera. Su voz retumbó por el pasillo.

—Cuando leí el alegato de Cardonald supe que tendrían que iniciar una investigación. Pero usted no es de aquí. Alguien de la zona habría conocido el nombre de Jimmy Nicholl. Además, su coche es de Edimburgo...

Carter había regresado al salón y parecía satisfecho de sí mismo.

—¿Por la matrícula? —preguntó Fox.

—Por la pegatina del concesionario que lleva en la ventanilla de atrás — corrigió Carter—. Siéntese, muchacho.

Carter señaló una de las dos butacas.

—¿Con leche y azúcar?

—Solo leche. ¿Todavía se dedica a la seguridad, señor Carter?

—¿Ahora me está demostrando que ha investigado? —dijo sonriendo—. La empresa sigue siendo mía, sí.

—¿Y qué hacen exactamente?

—Porteros para bares y clubes, guardias de seguridad, protección para dignatarios que llegan de visita.

—¿Pasan muchos dignatarios por Kirkcaldy?

—Lo hacían cuando Gordon Brown era primer ministro. Y toavía les gusta jugar al golf en Saint Andrews.

Carter abandonó el salón para ir en busca de las bebidas y Fox se acercó a la ventana. Había una mesa con montones de documentos y revistas. Los papeles estaban guardados en carpetas, y sobre un mapa de Fife varias localizaciones aparecían señaladas con círculos negros. Las revistas parecían ser de los años ochenta y, al coger una, Fox vio que debajo había un periódico fechado el lunes, 29 de abril de 1985.

—Debo de parecerle una urraca —dijo Carter al entrar en el salón con una bandeja.

La colocó en una esquina de la mesa y sirvió té para ambos. Sobre un plato con motivos decorativos había media docena de galletas de mantequilla.

—¿Es usted soltero? —preguntó Fox.

—Su investigación es decepcionante. Hace dos décadas, mi mujer se fue con otro, a quien yo doblaba en edad por aquel entonces.

—Lo cual la convierte en una asaltacunas.

Carter movió un dedo.

—Tengo sesenta y dos años. Jessica tenía cuarenta, y el niño, veintiuno.

—¿No ha habido nadie desde entonces?

—Por Dios, ¿esto es una entrevista de Asuntos Internos o un servicio de citas? De todos modos, está muerta. Que Dios la acoja en su seno. Tuvo un hijo con el niño.

—¿Y ninguno con usted? —Carter torció el gesto—. ¿Le dolió?

—¿Y por qué iba a dolerme? Puede que mi hijo o mi hija hubiera salido tan mal como mi sobrino.

Carter señaló las sillas y ambos se sentaron con su bebida. Fox notaba una leve picazón en los ojos, que intentó mitigar parpadeando.

—Es por el humo de la chimenea —explicó Carter—. No se ve, pero está ahí. —Extendió el brazo y le ofreció a Jimmy Nicholl media galleta de mantequilla—. Tiene los dientes en condiciones. Piénselo, los míos no están mucho mejor.

—¿Lleva quince años retirado?

—Sí, llevo fuera del Cuerpo todo ese tiempo.

—¿Su hermano fue policía en la misma época que usted?

—Le faltaba un año para jubilarse cuando su corazón se dio por vencido.

—¿Fue más o menos entonces cuando su sobrino ingresó en la policía?

Alan Carter asintió.

—Puede que lo hiciera por eso. Nunca pareció tener un... don para ello. ¿Cuál es la palabra que estoy buscando?

—¿Vocación?

—Exacto. Eso es lo que Paul no tuvo nunca.

—¿No se alegró de que siguiera la tradición familiar?

Alan Carter guardó silencio unos instantes; luego se inclinó hacia delante lo mejor que pudo y apoyó la taza en una rodilla.

—Paul nunca fue un buen hijo. Tuvo a su madre como una esclava hasta que el cáncer se la llevó. Después, le llegó el turno al padre. Durante el funeral, lo único que parecía interesarle era el valor de la casa y cuánto esfuerzo le supondría vaciarla.

—Entonces no eran ustedes amigos, precisamente. Sin embargo, acudió a visitarlo...

—Creo que había estado de fiesta toda la noche. Era pasado mediodía. A saber cómo trajo el coche hasta aquí sin destrozarlo... —Carter miró la hoguera—. Quería fanfarronear un poco. Pero también era un sensiblero. Ya sabe cómo nos sienta a veces la bebida.

—Es una de las razones por las que no puedo beber.

Fox le dio un sorbo al té. Era oscuro y fuerte, y le recubrió la lengua y la garganta.

—Vino aquí a alardear. Decía que era mejor policía que ninguno de nosotros. Él era el dueño de Kirkcaldy y no debía pensar que lo fuera yo, aunque me escondiera tras un ejército de guardaespaldas.

—Tengo la sensación de que son palabras literales.

—Hay que tener buena memoria. Cada vez que me citaban para prestar declaración, me lo sabía de memoria. Es una manera de impresionar a un jurado.

—¿Así que al final le habló de Teresa Collins?

—Así es. —Carter asintió para sí, todavía observando el chisporroteo del fuego—. Solo mencionó su nombre, pero dijo que había habido otras. Pensaba que en el Cuerpo ya no quedaban hombres de su ralea. A lo mejor es usted demasiado joven para recordarlo.

—¿Estaba lleno de racistas y machistas? —Fox hizo una pausa—. Y masones...

Carter soltó una leve carcajada.

—Todavía lo está —continuó Fox—. Tal vez no sea tan generalizado como antes, pero sigue igual.

—Supongo que, debido a su trabajo, ve más cosas que la mayoría.

Fox respondió con un encogimiento de hombros, dejó la taza vacía en el suelo y rechazó el ofrecimiento de Carter de llenársela de nuevo.

—Cuando vino aquí su sobrino, ¿mencionó a Scholes, Haldane y Michaelson?

—Solo de pasada.

—¿No dijo que se tomaban la justicia por su mano?

—No.

—¿Y no había oído rumores en ese sentido?

—Yo diría que su labor termina ahí.

—Hummm...

Pareció que Fox estaba plenamente de acuerdo.

—El Cuerpo de Policía querrá seguir adelante.

—Eso mismo pienso yo. —Fox cambió de postura y la silla crujió—. ¿Puedo preguntarle algo más sobre su sobrino?

—Dispare.

—Bueno, una cosa es desaprobar lo que, según usted, hizo...

—¿Y otra ir más allá? —Carter frunció los labios—. No hice nada al respecto..., al menos, no en aquel momento. Pero al tumbarme en la cama por la noche, pensaba en el padre de Tommy (Paul. Era un buen hombre. Un hombre extremadamente bueno. Y la madre de Paul también; era una mujer encantadora). Me preguntaba qué pensarían ellos. Luego estaba Teresa Collins. No la conocía, pero no me gustaba cómo hablaba de ella, así que mantuve una conversación en privado.

—¿Con quién?

—Con el comisario Hendryson. Ya no trabaja allí. Creo que está jubilado.

—Su sustituta es una mujer apellidada Pitkethly.

Carter asintió.

—Fue Hendryson quien echó el balón a rodar.

—Pero no pasó nada, ¿verdad?

—Teresa Collins no hablaba; al menos, al principio. Sin ella, la gente de Asuntos Internos de Fife no tenía nada que investigar.

—¿Tiene alguna idea de por qué cambió de opinión?

—A lo mejor, tampoco podía dormir.

—¿No le quedan amigos en el Cuerpo, señor Carter?

—Se han jubilado todos.

—¿Y el comisario Hendryson?

—Él llegó después, más o menos.

—De modo que usted acudió a Hendryson y él trajo al equipo local de Asuntos Internos. No llegaron muy lejos. Pero esas dos mujeres dieron un paso al frente y fue entonces cuando Teresa Collins decidió cooperar.

—Algo así.

Fox permaneció sentado un momento. Alan Carter no parecía tener prisa por que se fuera, pero no había nada que lo retuviera allí, excepto el calor del fuego y la compañía silenciosa.

—De aquí a Edimburgo hay un buen trecho, ¿verdad, inspector? —dijo Carter en voz baja—. Estas son las tierras baldías, donde las cosas suelen resolverse con discreción.

—¿Lamenta lo que le ha ocurrido a su sobrino?, ¿que apareciera en todos los medios de comunicación?

—Dudo que le haya «ocurrido» nada. —Carter se golpeó la sien con los dedos—. Al menos aquí.

—Pero está en la cárcel. Eso es duro para la familia.

—La familia soy yo. Soy el único que queda. —Carter hizo una pausa—. ¿Siguen con vida sus parientes?

—Mi padre, sí —repuso Fox.

—¿Tiene hermanos?

—Solo una hermana.

—¿Se llevan bien? —Fox prefirió no responder—. Si es así, tiene más suerte que la mayoría. A veces hay que trazar una línea entre uno y los seres queridos. —Carter dibujó una horizontal imaginaria con el dedo—. Puede que duela un tiempo, pero eso no significa que no haya que hacerlo.

Fox permaneció sentado unos momentos; entonces se levantó y su anfitrión hizo lo propio. El hombre estaba casi embutido en la butaca, pero Fox no creyó que fuera a aceptar su ayuda.

—Macarrones con queso: esa es mi perdición, ¿eh, Jimmy?

El perro irguió las orejas al oír su nombre. Fox se había detenido junto a la

mesa del comedor.

—Si tuviera que describirlo —comenzó Fox—, diría que es usted ordenado. Los abrigos en el perchero, las botas dispuestas en fila. Las galletas tienen que servirse en un plato, no directamente del paquete. Y eso me lleva a preguntarme una cosa... —Pasó la mano por encima de la mesa—. No acapara cosas porque sí, ¿verdad? Hay cierto criterio...

—Un poco de investigación histórica.

—¿En 1985?

—Más o menos.

—¿Finales de abril, tal vez?

—Continúe. Cuénteme qué ocurrió.

—¿En abril de 1985? —Fox intentó pensar, pero al final se rindió.

—Dennis Taylor derrotó a Steve Davis en el billar inglés —respondió Alan Carter mientras lo acompañaba hasta la puerta.

A la agente Cheryl Forrester le gustaba formular preguntas del tipo: «¿Cuánto tiempo lleva en Asuntos Internos? ¿Existe un proceso de selección? ¿Cuántas personas trabajan allí? ¿Es para toda la vida o durante un período estipulado? ¿Por qué son agentes, pero no se dirigen a ustedes como tales? ¿Cuál ha sido el caso que más le ha sorprendido? ¿Cómo es la vida nocturna en Edimburgo?».

—Está muy cerca en tren, ¿sabe? —le dijo Joe Naysmith.

—He estado allí muchas veces.

—Entonces, seguramente conoce la vida nocturna mejor que nosotros —terció Tony Kaye.

—Me refiero a los lugares que visita la gente de allí...

—Agente Forrester, no hemos venido aquí a dar consejos turísticos.

—A mí me gusta el Voodoo Rooms —interrumpió Naysmith, quien al ver la mirada de su compañero se guardó para sí otro comentario.

El problema era que el entusiasmo de Forrester era casi contagioso. El calificativo de «efervescente» debió de acuñarse para ella. Tenía el pelo castaño y rizado, la piel bronceada y una cara redonda con pecas y grandes ojos también castaños. Llevaba seis años en el cuerpo, los dos últimos en el DIC. Desde el principio les dijo que estaba demasiado ocupada para tener novio.

«Estoy convencido de que lo habrán intentado muchos», había observado Kaye, tratando de sacar a relucir el nombre de Paul Carter, pero ella había desviado la conversación preguntándole a Naysmith si Asuntos Internos

trabajaba de nueve a cinco, a lo cual respondió hablándole de la furgoneta de vigilancia y de que una operación podía dilatarse incluso un año.

—¿Un año de su vida? Espero que se vean resultados al final.

Y así prosiguió, hasta que, a la postre, Kaye golpeó la mesa con los nudillos. Volvían a encontrarse en la sala de interrogatorios, pero sin el equipo de grabación. Forrester, al percatarse de que era digna de censura en algún sentido, cerró la boca con fuerza y juntó las manos.

—Como ya sabe —dijo Tony Kaye—, se han presentado ciertas alegaciones contra algunos compañeros suyos. ¿Le importaría decirnos qué opina al respecto?

—¿De las alegaciones o de mis colegas?

—¿Por qué no de ambos?

Forrester hinchó las mejillas.

—Me quedé boquiabierta cuando me enteré. Creo que nos pasó a todos. Había trabajado con el agente Carter durante casi dieciocho meses y jamás... Bueno, nunca me había parecido que fuera así.

—¿Ha llevado a cabo alguna misión con él?

—Sí.

—¿Ha viajado en coche con él?

—Sí.

—¿Y nunca dijo nada? ¿Nunca le pidió que esperara mientras entraba en una casa o un piso?

—Con ese propósito, no.

—Las comisarías de Policía son lugares terribles para el cotilleo...

—No puedo decir que nunca oyera nada.

Forrester miró a Kaye con sus ojos grandes y presuntamente inocentes.

—Sus colegas del DIC: Scholes, Haldane, Michaelson...

—¿Qué les pasa?

—Cuando empezaron a investigar a Carter, debieron de hablar del tema.

—Supongo que sí.

—¿Hubo algo que le llamara la atención? ¿Hicieron piña?

Forrester adoptó un semblante reflexivo y negó con la cabeza lentamente pero con aplomo.

—¿Alguna vez se sintió excluida? ¿Tal vez cuando iban al pub juntos?

—Algunas noches vamos al pub, sí.

—Debieron de hablar del caso.

—Sí, pero no se mencionaba cómo falsificar pruebas.

—¿Estaba usted allí cuando Michaelson derramó café sobre su cuaderno?

—No.

—¿Y nunca vio a Teresa Collins ni oyó a Carter hablar por teléfono con ella?

—No.

—¿Cómo es posible que no tuviera que comparecer usted en el juicio como testigo? Me da la sensación de que le habría venido muy bien a Carter.

—La verdad es que no lo sé. Lo único que podría haber declarado es lo que acabo de contarle.

—¿Carter nunca intentó seducirla?

Se impuso el silencio en la sala. Forrester se miró las manos y volvió a levantar la cabeza.

—Jamás —aseguró.

—¿Y esa es la verdad y no lo que le han pedido que diga?

—Es la verdad. Tráigame una biblia y juraré sobre ella.

—Si no encontramos una biblia —interrumpió Naysmith—, ¿le serviría una carta de cócteles?

Cheryl Forrester se echó a reír, mostrando su dentadura anacarada y perfecta.

Al final de la entrevista, Naysmith se ofreció a acompañarla al DIC.

—No la van a atracar —dijo Kaye en tono de reprimenda, pero Naysmith

desoyó el comentario.

Kaye decidió salir a tomar el aire. En el aparcamiento, una gaviota estuvo a punto de colisionar con él, pero al final impactó contra el parabrisas de un MG. No había rastro del Mondeo, ni tampoco de Fox. Kaye sacó el teléfono móvil y comprobó los mensajes. Tenía tres, uno de ellos de Malcolm. De vuelta a la comisaría, mantuvo el dedo en el timbre hasta que llegó el sargento al mostrador con la misma mirada negra y cordial de siempre.

—Me llevaré al comisario Laird si está por aquí —dijo Kaye.

—No estoy seguro.

—De acuerdo, no importa.

Kaye recorrió el pasillo y subió las escaleras hasta el segundo piso. El Departamento de Investigación Criminal comprendía varias oficinas. Cheryl Forrester se encontraba en una y Naysmith hablaba con ella desde el umbral, con los brazos cruzados y un pie delante del otro. Kaye le dio un golpecito al pasar y abrió la puerta de una oficina diáfana adyacente. Scholes y Michaelson levantaron la mirada de su escritorio. Scholes estaba al teléfono y Michaelson rastreaba la pantalla del ordenador con un ratón. Otro hombre, ligeramente mayor que ellos, se hallaba en el centro de la sala. Se había quitado la americana y llevaba una camisa remangada. Tenía una piel cerosa de un tono aceitunado, el pelo canoso a la altura de las sienes y bolsas en los ojos. Estaba leyendo un fajo de papeles.

—¿Comisario Laird?

Kaye le tendió la mano, pero Laird aún no lo había mirado. Anotó un par de palabras en el margen de una hoja y se guardó el bolígrafo en el bolsillo.

—¿Es usted Fox? —preguntó arrastrando las palabras.

—Sargento Kaye —corrigió él mientras retiraba la mano.

—¿Dónde está Fox?

—Probablemente pidiendo una segunda opinión sobre la gripe de Haldane.

—Bien... —Laird por fin se dignó a mirar a Kaye a los ojos—. Es usted un

cabrón impertinente, ¿no?

—Depende de la situación, señor.

Kaye vio que tenía delante a un hombre que creía en las tropas que capitaneaba y que las defendería hasta el final. Forrester no había sido de utilidad porque no podía serlo, pero Laird era otra cosa. No les diría nada porque no se lo merecían. Lo dejaba entrever en su tono, en sus maneras y en su porte, con los pies muy separados. Kaye se había encontrado con tipos así muchas veces. Se los podía desarmar, pero requería tiempo y esfuerzo; semanas y un empeño incesante.

El mensaje de Fox fue: «Preguntadle a Laird por qué trajeron a Pitkethly». Era una pregunta razonable y Kaye sabía por qué era mejor no trasladársela a la propia Pitkethly: probablemente lo ignoraba. Laird había servido en el régimen anterior. Era veterano. Si había una historia que mereciera la pena contar, Laird podía ser el indicado para hacerlo.

Pero tras unos segundos en compañía de aquel hombre, Kaye se dio cuenta de que eso no iba a suceder.

—Mi jefe —dijo— me ha pedido que le pregunte una cosa.

—Pues escúpala.

Pero Kaye se limitó a menear la cabeza.

—Creo que no lo haré.

Entonces se dio la vuelta y se fue. A medio pasillo, agarró a Naysmith del cuello de la camisa y se lo llevó.

La plaza de aparcamiento del Mondeo estaba ocupada por un Astra con el motor encendido. De hecho, el único espacio que quedaba libre era el reservado a la comisaria y Fox dejó el coche allí. Al llegar a la entrada del edificio, miró en dirección al conductor del Astra. Su cara le resultaba familiar.

—Ya iba siendo hora —dijo Tony Kaye mientras salía de allí con Naysmith detrás—. Recibí el mensaje, pero me di cuenta de que Laird no iba a darme ninguna alegría.

—Pero la inspectora Forrester ha estado simpática y cooperadora —apostilló Naysmith.

Kaye lo fulminó con la mirada.

—¿Cooperadora? —repitió—. Nos ha dado la raíz cuadrada de un rebuzno. —Luego, volviéndose hacia Fox—: Dime que te ha ido peor que a nosotros. Nos hemos perdido al menos cinco veces. Encontramos al tío, pero está chiflado... Foxy, ¿me estás escuchando?

Fox seguía concentrado en el Astra.

—Ese es Paul Carter —dijo.

—¿Qué?

Fox echó a andar hacia el coche, que dio marcha atrás y enfiló la salida del aparcamiento. El inspector dio unas cuantas zancadas y se detuvo. Kaye lo alcanzó y ambos vieron cómo se alejaba con el estruendo de un tubo de escape modificado.

—¿Estás seguro?

Fox lo miró fríamente.

—De acuerdo —dijo Kaye—. Estás seguro.

Fox sacó el teléfono y llamó a la oficina del fiscal. Le hicieron saltar de una extensión y de una oficina a otra hasta encontrar a quien pudiera facilitarle las respuestas necesarias. Paul Carter había sido puesto en libertad bajo fianza a las ocho y cuarto de la mañana, a falta del dictamen judicial.

—Las celdas están abarrotadas —informaron a Fox—. El juez Cardonald pensó que era una de las apuestas menos arriesgadas. Sus movimientos están restringidos. No puede acercarse a ninguna de las tres mujeres.

—¿Quién ha pagado la fianza?

—No era muy elevada.

—¿Y ha sido idea del juez? ¿De Colin Cardonald?

—Supongo que sí.

—¿Al juez no le cae bien la policía?

—Tranquilícese...

Pero Fox había colgado.

—Está en la calle —confirmó a sus compañeros.

—¿Quieres que lo traigamos para charlar un rato? —preguntó Naysmith.

Fox negó con la cabeza.

—¿Qué demonios estaba haciendo aquí? —añadió Kaye.

—Poniéndose al día con sus colegas —dedujo Fox.

Entonces se volvió hacia las ventanas del primer piso de la comisaría. Ray Scholes estaba asomado a una de ellas con una taza en la mano y ofreció un brindis imaginario a Fox antes de dar media vuelta.

—Eso no cambia nada —afirmó Tony Kaye.

—No —coincidió Fox.

—Y todavía no nos has contado qué tal te ha ido con su tío.

—Pues me parece un buen tipo. —Fox hizo una pausa—. Me ha caído bien.

—Ni la mitad de bien que Forrester a Joe. —Kaye estudió el aparcamiento

—. ¿Dónde está mi Mondeo?

—He tenido que ocupar la plaza de Pitkethly.

—Pues será mejor que lo mueva, ¿no?

Kaye extendió el brazo para que le entregara las llaves.

—Mejor aún —dijo Fox—. Vamos a buscar un sitio donde comer. Corre de mi cuenta.

Kaye lo miró.

—¿Dónde está la trampa?

Fox torció la boca.

—Primero daremos una vueltecita por la ciudad.

—¿Por si vemos un Astra plateado? —preguntó Kaye.

Fox le dio la llave.

Después de media hora infructuosa, acabaron de nuevo en el Pancake Place. Como pagaba Fox, Kaye pidió sopa y panqueque de pescado con salsa Mornay. Estaba libre la misma mesa de antes.

—¿Dónde vive Carter? —preguntó Joe Naysmith.

—En la urbanización Dunnikier —dijo Fox—. Pasamos ayer por allí.

—Ayer atravesamos muchas urbanizaciones.

—La de las casas adosadas, con pavimento y antenas parabólicas.

—Así no estás acotando mucho las opciones.

—Podríamos ir y ver qué le parece que aparquemos delante una hora o dos —propuso Kaye.

—¿Con qué fin? —preguntó Fox.

—Molestar. Podríamos instalar la furgoneta de vigilancia y pincharle el teléfono y el ordenador.

Naysmith parecía interesado.

—Necesitaríamos el permiso de jefatura —afirmó Fox—. Y no nos lo darán.

—¿Por qué no? —preguntó Naysmith frunciendo el ceño.

—Porque estamos aquí por Scholes, Haldane y Michaelson. Carter queda fuera de nuestra competencia.

—Bueno, ¿y si les pinchamos el teléfono a ellos? —sugirió Naysmith.
Fox lo miró.

—La vigilancia es un juego totalmente nuevo, Joe. Dudo que nadie en jefatura los considere peces lo bastante gordos para merecerlo. Además, no somos de aquí. Tendría que ser una operación conjunta de Fife y el departamento local de Asuntos Internos.

Naysmith reflexionó unos momentos y volvió a probar su caldo escocés. El teléfono de Fox empezó a sonar. Era la comisaria Isabel Pitkethly.

—Paul Carter ya no se encuentra bajo custodia —le dijo ella.

—Lo sé.

—Parece que el juez sigue teniendo un poco de fe en él.

—Sí.

—Si decide apelar, las alegaciones contra mis agentes pueden ser cuestionadas en el juicio.

—No es asunto mío, comisaria.

—¿A qué se refiere?

—Yo no trabajo para el tribunal o la acusación. Sus jefes en Glenrothes me dan instrucciones, y hasta el momento no han dicho nada de cancelar la investigación. —Fox hizo una pausa—. ¿Ha hablado con Carter?

—Por supuesto que no.

—Hace una hora estaba enfrente de la comisaría.

—No lo sabía.

—Pues Scholes sí. Tal vez debería usted preguntarle por qué lo ocultó.

—No hace mucho que he vuelto de jefatura.

—Parece que pasa mucho tiempo allí. ¿Poniéndolos al día en persona?
Pitkethly lo ignoró.

—¿Todavía no han terminado aquí?

—Ni de lejos.

—Lo veré luego, entonces. A propósito, inspector...

—¿Sí, comisaria?

—Ni se le ocurra volver a aparcar en mi plaza.

La tarde consistió en una sesión estéril en la sala de interrogatorios con el comisario Laird —no había nada inusual en la jubilación del comisario Hendryson; había llegado su hora, eso era todo— y una visita al achacoso sargento Haldane. Lo encontraron repantingado en el sofá del salón, tapado con un edredón mientras su madre le procuraba té, remedios fríos y consejos avezados.

—¿No pueden esperar a que se encuentre mejor? —dijo a los tres intrusos.

Al final pactaron que Haldane se personara en la comisaría al cabo de un par de días para poder llevar a cabo una entrevista al uso.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Kaye después de subirse al coche.

—A la urbanización Dunnikier —respondió Fox.

Kaye sonrió, como si conociera la respuesta con antelación. Su destino se hallaba en la otra punta de la ciudad y el tráfico era lento.

—Es la hora de salida de los colegios —comentó Naysmith, observando a los alumnos uniformados en la acera.

—Estás hecho un auténtico Hércules Poirot —farfulló Kaye.

Finalmente doblaron la calle de Carter.

—Es esa casa de ahí —dijo Fox.

—¿La del Astra plateado a la entrada? —dijo Kaye—. Hércules Poirot y Sherlock Holmes.

—¿De quién es el otro coche? —preguntó Naysmith.

—Es de Ray Scholes —respondió Fox.

—¿Estás seguro?

—Si el que sale de la casa es él...

Y lo era. Scholes y Carter se abrazaron, y este desapareció en el interior y cerró la puerta. Scholes se percató de la presencia del Mondeo, pero no pareció sorprendido ni molesto. Fox lo vio montarse en su VW Golf negro por el espejo retrovisor.

—¿Le presentamos nuestros respetos? —preguntó Kaye al aminorar en un cruce.

—No.

—Entonces ¿qué?

—Volvemos a Edimburgo.

—Estoy de acuerdo.

—Y para pasar el rato haremos un concurso. —Fox se inclinó hacia delante y asomó la cabeza entre los dos asientos delanteros—. ¿Qué recordáis de 1985? Concretamente, de finales de abril...

La manera que tuvo Kaye de insistir en que tomaran algo en el Minter's antes de separarse fue ir directamente al pub y aparcar enfrente.

—Pago yo —dijo, y pidió una pinta para él, media para Naysmith y un zumo de tomate para Fox.

Por su experiencia, el camarero sabía que la «media» de Naysmith era broma y sirvió dos pintas de Caledonian 80. Llevaron las bebidas a una mesa y Kaye preguntó a Fox cuánto tiempo hacía que no se tomaba una copa.

—He perdido la cuenta.

—De acuerdo —respondió Kaye enjugándose una franja de espuma del labio superior.

—¿Sabéis? —dijo Joe Naysmith—. La operación de vigilancia no es mala idea.

—Eh —advirtió Kaye moviendo un dedo—, no estamos trabajando.

—Yo solo digo que así plantearíamos normalmente un caso.

—Pensaba que ya lo había explicado... —argumentó Fox.

Naysmith asintió.

—Pero, corregidme si me equivoco, es el único camino viable. Pongamos que pedimos permiso a Bob McEwan y lo preparamos todo sin que nadie en Fife lo sepa. Luego, cuando tengamos algo...

—Si es que llegamos a tener algo —corrigió Fox.

—Vale, si llegamos a tener algo.

—Y eso es mucho suponer —añadió Kaye.

—Sí, pero lo que haríamos entonces es presentarlo en la Jefatura de Fife como un hecho consumado.

—Este muchacho me está despistando con tanta verborrea —protestó Kaye a Fox.

—Para empezar, ¿qué te hace pensar que McEwan aceptaría? —le preguntó Fox a Naysmith.

—Se lo pediríamos de manera educada.

—Claro, la educación es su debilidad —replicó Kaye con una sonrisa socarrona.

—Insisto —le dijo Fox a Naysmith—, tendría que ser una misión de Fife.

—¿Y qué tiene de malo preguntárselo? Tú debes de conocer a alguien en Asuntos Internos...

Fox dudó unos momentos antes de responder.

—No creo que seamos santos de su devoción. Estamos trabajando en el que debería ser su territorio.

—Pero ¿conoces a alguien o no? —reiteró Naysmith.

—Sí —respondió Fox, volviéndose hacia Kaye.

Este se encogió de hombros.

—No creo que funcione.

—¿Y por qué no?

—Una operación de vigilancia precisa la aprobación de arriba. ¿No habíamos quedado en que Glenrothes no quiere que descubramos nada?

—Pero si se niegan ante su propio Departamento de Asuntos Internos —adujo Naysmith—, levantarán sospechas.

Kaye seguía con la mirada fija en Malcolm Fox.

—¿Tú qué dices, Foxy?

—Es un campo de minas protocolario.

—Con un poco de suerte, no saltaremos por los aires al primer paso que demos.

—Solo teléfonos fijos y móviles —terció Naysmith— para escuchar qué dice Carter a sus colegas del DIC.

—Tendré que pensarlo —dijo Fox a la postre.

Kaye dio un manotazo a Naysmith en la rodilla.

—Eso significa que lo hará. Bien jugado, Joseph. Y, por cierto, la próxima ronda la pagas tú...

Una vez en casa, Fox calentó otra comida preparada en el microondas y se la llevó a la mesa. No encendió el televisor; estaba absorto en sus pensamientos. Después de recogerlo todo, llamó a su hermana y se disculpó por no haberlo hecho antes.

—A ver si lo adivino: has estado ocupado.

—Pues resulta que es cierto.

Fox se pellizcó la piel del tabique nasal.

—Pero ¿has ido a ver a papá?

—Ayer por la noche, como te prometí. Volvía a ser él cuando yo llegué.

—Ah, ¿sí?

—Estuvimos viendo algunas fotografías.

—¿Y no se puso nervioso?

—No demasiado.

—Entonces, a lo mejor es cosa mía. ¿Es ahí donde quieres llegar? ¿Crees que exagero?

—No, Jude, estoy seguro de que no. Y vi la bolsa de pañales en el cuarto de baño.

—Si empieza a hacérselo encima, lo echarán.

—Lo dudo.

—Querrán que esté en casa con uno de nosotros.

—Escucha, Jude...

—¡Yo no puedo, Malcolm! ¿Cómo voy a arreglármelas?

—No se lo van a quitar de encima.

—¿Por qué? ¿Porque sigues soltando pasta para pagar la cama y la comida? Eso está bien mientras no les cause molestias.

—¿Te quedarías más tranquila si fuésemos a verlos?

—Ve tú. A mí me odian.

—No es cierto.

—Me tratan como a un perro. Tú no lo ves porque eres el que saca la chequera. Pero ya está bien, ¿no? Serás tú quien se lleve casi toda la herencia. Es a ti a quien quiere, es de ti de quien siempre habla cuando estoy allí. De mí no habla nunca. Yo solo soy un mulo de carga, ¡como los putos cuidadores!

—¿Te estás oyendo, Jude?

Sin embargo, era Fox quien oía a su hermana al tiempo que sus quejas se prolongaban y ganaban en intensidad. Recordó la fotografía de cuando era niña, encaramada a los hombros de Chris, rebosante de una energía desenfadada que ahora había destilado en aquello.

«A veces hay que trazar una línea...».

Fox colgó y conectó el teléfono al cargador. Se tiró del labio inferior,

contemplando el aparato y preguntándose si sonaría, con Jude encolerizada al otro lado.

Pero no sonó, así que preparó un té y pensó si podría haberle dicho algo para arreglar las cosas: ofrecerse a visitar a su padre más a menudo; organizar una comida para los tres un fin de semana... «Es a ti a quien quiere... Yo solo soy un mulo de carga».

Con un suspiro, encendió el ordenador, preguntándose qué información podría recabar sobre el año 1985, mientras el doloroso recuerdo de la llamada telefónica empezaba a desvanecerse.

TRES

—Entonces ¿no eres un fantasma?

—La última vez que me miré al espejo era de carne y hueso.

Fox se disponía a extender una mano, pero vio las de ella acercándose. Hizo ademán de cogerlas, pero se dio cuenta de que era el preludio de un abrazo. Con torpeza, la correspondió.

—¿Han pasado tres años o cuatro? —preguntó ella.

Tres o cuatro años desde su escarceo en la conferencia «Criterios de conducta» celebrada en la Academia de Policía de Tulliallan, de todos los lugares posibles.

—No llega a cuatro. No has cambiado nada.

Fox dio un paso atrás para sopesar mejor qué tenían de cierto sus palabras. Se llamaba Evelyn Mills y eran más o menos de la misma edad, pero ella envejecía muy bien. Estaba casada en el momento de su aventura y, a juzgar por el anillo que llevaba en la mano izquierda, seguía estándolo. Se encontraban en el paseo marítimo de Kirkcaldy. Había llovido copiosamente, pero la tormenta se había disipado. Sobre ellos se deslizaban unas nubes gruesas desmenuzadas. Se atisbaban dos cargueros en el horizonte. Fox lo interiorizó todo, a la espera de que ella hiciera algún comentario sobre su aspecto.

—Entonces ¿sigues en Asuntos Internos? —preguntó Evelyn.

Fox se metió las manos en los bolsillos y luego se encogió de hombros.

—Y tú también.

—Hummm...

Evelyn pareció estudiarlo con atención. Entonces entrelazó un brazo con el

de Fox y echaron a andar en silencio.

—Lo de Paul Carter te ha beneficiado —dijo Fox final mente.

—Pero no fue culpa nuestra, ¿verdad? Fueron los testigos. Aun así... Otro día, y ante otro tribunal, quizás habrían cambiado las tornas.

—No habría cambiado nada —insistió Fox.

—No habría cambiado nada... Somos tan buenos en nuestro trabajo que tienen que arrastrarte hasta aquí desde la bulliciosa metrópolis.

—Guarda las distancias, Evelyn. Así nadie podrá acusarte de investigar por tu cuenta.

—¿Crees que haríamos algo así?

—No seré yo quien señale a nadie. —Fox hizo una pausa—. Si te sirve de consuelo...

—No busco consuelo, Malcolm.

Con la mano que le quedaba libre le apretó el antebrazo, con lo que Fox supo que estaba postulándose como aliada y no como enemiga.

—Carter ya está en la calle —le informó Fox—. ¿Lo sabías?

Evelyn asintió. Se dirigían hacia el muelle situado en el extremo norte del paseo marítimo. Había un solitario barco pesquero amarrado, pero ni rastro de vida, salvo algunas gaviotas de aspecto feroz.

—Hemos pensado que estaría bien saber qué les dice a Scholes y a los demás.

—Ah, ¿sí?

—Fijo y móviles.

—¿De cuatro agentes?

—Tres: la apelación de Carter (suponiendo que la presente) sería un festín si lo espiamos.

—No sé si podemos llegar a tanto, Malcolm.

—¿Es una cuestión de personal o de recursos?

Evelyn exhaló ruidosamente.

—Si te soy sincera, ambas cosas. Tienes delante de ti al Departamento de Asuntos Internos de Fife: soy yo. Siempre puedo solicitar algunas unidades en caso de emergencia...

—¿Es lo que hiciste cuando Alan Carter presentó la demanda original?
Evelyn asintió, y se apartó el pelo de la cara.

—El mejor amigo de Scholes es Carter. Si tuviera que investigar a alguien, sería a él.

—Ayer lo vimos saliendo de casa de Carter.

—¿Me estás diciendo que la vigilancia ya está en marcha?

Fox meneó la cabeza de nuevo.

—Pasábamos por allí.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Pasabais por la urbanización Dunnikier?

—Es un decir.

Evelyn escrutó su rostro y soltó una risotada.

—Dios mío, qué cosas hacemos... —dijo.

Fox no sabía si se refería a su trabajo o si estaba rememorando aquella noche en Tulli Allan, pero prefirió no arriesgarse a preguntar.

—¿Eres consciente de que tendría que consultarlo con mi jefe? —dijo Evelyn tras meditar unos instantes—. ¿Y de que él tendría que acudir al suyo?

Fox asintió.

—¿Puedo decirles que ha sido idea tuya?

Fox asintió de nuevo.

—¿Y todo esto para demostrar que unos compañeros cerraron filas en torno a uno de los suyos?

—Y que fue perjudicial para ellos —le recordó Fox.

Evelyn se deslizó un dedo por la nariz; una nariz que, de repente, Fox recordó haber besado. Aquella noche había bebido mucho. Él era el que

estaba sobrio, el que solo debería haberla acompañado hasta la puerta del dormitorio. Pero tenía una tetera en la habitación y sobres de café instantáneo. Y una cama individual muy estrecha...

—¿En qué piensas? —le preguntó Fox.

—En que me estoy congelando.

—Sea cual sea la respuesta, gracias por reunirme conmigo.

Esta vez, Evelyn le dio una palmada en el brazo y se dirigieron hacia el coche. Llegaron hasta él en silencio, y ella le preguntó dónde había aparcado. Fox señaló con la cabeza en dirección al centro de la ciudad. Evelyn abrió el coche y se subió. Era un Alfa Romeo con el interior azul oscuro.

Fox le cerró la puerta y Evelyn encendió el motor y bajó la ventanilla.

—Hace unos meses estuve en Fettes dirigiendo una misión. Me planteé llamar a tu puerta.

—Deberías haberlo hecho.

Evelyn quitó el freno de mano, lo saludó y se fue. Fox se quedó allí hasta que el coche desapareció de su campo visual. Entonces, cruzó la calle y se dirigió al bar del centro comercial Mercat. Kaye y Naysmith lo esperaban allí, tomando un café y leyendo sus periódicos de cabecera: *The Daily Record* y *The Guardian*, respectivamente.

—No pidas nada —le advirtió Kaye a Fox—. Ni punto de comparación con el otro bar.

—Pero está más cerca del coche —le recordó Fox.

Kaye tenía la mirada clavada en él, a la espera de su informe.

—Es un quizá —reconoció mientras se sentaba a la mesa.

Kaye abrió las fosas nasales y se inclinó para olisquear el abrigo de Fox.

—Chanel número 5, a menos que esté perdiendo el olfato. Por tanto, tu contacto no es un tío.

—¿Quién es Hércules Poirot ahora? —musitó Joe Naysmith sin molestarse en apartar la mirada del periódico.

«En la sala de interrogatorios, no», había insistido Teresa Collins. De hecho, no quería que fuese cerca de «ese lugar apestoso», motivo por el cual Fox propuso su casa. Era el piso superior de un dúplex en Gallatown. Gary Michaelson había informado de que no era la zona más recomendable de la ciudad. A Fox no le disgustaba: había barrios mucho peores en Edimburgo. Eran casas adosadas y semiadosadas, muchas de ellas compartidas, con muros salpicados de guijarros y abundantes antenas parabólicas. Madres jóvenes, algunas de ellas embarazadas otra vez, empujaban los cochecitos de sus bebés mientras hablaban por teléfono. Unos cuantos adolescentes con gorras de béisbol fruncieron el ceño cuando el Mondeo se detuvo junto al bordillo y gruñeron por instinto cuando los tres hombres se apearon. Fox pulsó el timbre que llevaba el nombre de «Collins».

—¡Está abierto! —exclamó una voz.

Fox giró el pomo y empezó a subir el pronunciado tramo de escaleras. Alguien estaba celebrando una fiesta en el primer piso.

—Eminem —dijo Naysmith.

—A mí me suena a ruido —farfulló Tony Kaye.

Teresa Collins estaba sentada en una butaca en un salón despejado, balanceando una pierna sobre el reposabrazos, con un cigarrillo encendido en la boca. Llevaba unas mallas negras de licra y una camiseta púrpura con la inscripción porn star en lentejuelas.

—No hacía falta que se acicalara para nosotros —le dijo Kaye mientras estudiaba un póster tridimensional de Beyoncé que había colgado sobre la chimenea.

La música que llegaba del piso de abajo hacía vibrar los cristales de las ventanas.

—Olvidé preguntar —intervino Collins— si debería haber llamado a mi abogado.

—Aquí es usted la víctima —le recordó Fox y presentó a los visitantes.

Había otra butaca, pero estaba cubierta por la colada. En materia de ropa interior, Teresa Collins parecía decantarse por los tangas.

—«Víctima» suena bien —dijo y dio otra calada al cigarrillo.

Había un televisor de pantalla plana y una caja de Freeview* en una esquina del salón. En un estante, por lo demás vacío, descansaban la base y los altavoces de un reproductor de MP3. La alfombra beis había acumulado un impresionante número de quemaduras de cigarrillo.

—Todo el mundo necesita buenos vecinos, ¿eh? —anunció Kaye, mientras taconeaba en el suelo.

—Son majos.

El pie que colgaba del reposabrazos seguía el ritmo, y el otro se agitaba frenéticamente.

—¿Estimulantes para contrarrestar los efectos de la metadona? —conjeturó Fox.

—No encontraréis nada sin receta —replicó ella.

—No estamos buscando nada. Como le dije por teléfono, estamos investigando a los colegas de Carter.

—Eso decís vosotros.

—Estaría bien que me creyera.

Parecía como si Collins tuviera problemas para centrar su atención en él.

—Adelante, pues —dijo al fin—. Hacedme las puñeteras preguntas de siempre...

—¿Solía venir por aquí el agente Carter?

—Sí.

—¿Le vio algún vecino?

—Eso dijeron, ¿no?

—No fue muy discreto por su parte. ¿Y sus compañeros no la visitaban nunca?

—Scholes lo hizo una vez. Pero eso fue al principio, cuando querían que

me convirtiera en una soplona.

—¿Scholes no estuvo aquí cuando Carter le pidió uno de esos favores?

Collins negó con la cabeza.

—A lo mejor lo esperaba en el coche. —Parecía agitada—. Cuando los vuestros se enteraron de todo, fue Scholes quien me llamó para intentar advertirme.

—Sé que no es fácil volver a hablar de esto.

—Creía que se había acabado. ¿Ahora qué pasará? Como él está en las últimas, ¿no dejaréis de perseguirme hasta que pierda la chaveta o me suicide?

Fox guardó silencio unos instantes.

—¿Sabe que existen organizaciones benéficas que podrían ayudarla?, ¿números a los que llamar?

—¿Rape Crisis* y toda esa historia? —Teresa Collins meneó la cabeza con determinación—. Yo solo quiero que me dejen en paz. —Exhaló una voluta de humo y se limpió los restos de ceniza de la camiseta—. Ahora está en la cárcel. Es lo único que pido...

—¿Y si no lo estuviera?

En cuanto las palabras salieron de su boca, Naysmith supo que había cometido un error. Las miradas fulminantes de Fox y Kaye se lo confirmaron.

—¿Me estáis diciendo que anda suelto?

Los pálidos ojos de aquel rostro aún más pálido estaban a punto de salirse de las órbitas.

—Tendrían que habérselo comunicado —intervino Fox en voz baja.

—¿Está...?

Collins se levantó y miró por la ventana.

—Le han advertido que no se acerque a menos de medio kilómetro de usted —dijo Fox para intentar tranquilizarla—. Si lo hace, volverá a prisión de inmediato.

—Qué chachi —respondió ella en un tono cargado de sarcasmo—. Seguro que cumple, ¿verdad? Ese gilipollas es un ciudadano ejemplar...

Collins se apartó de la ventana.

—¿Y si digo que todo era mentira, que me lo inventé para meterlo en un lío?

—Entonces será usted la que acabará entre rejas —advirtió Fox, que dejó su tarjeta de visita sobre el reposabrazos—. Ese es mi número. Si lo ve rondando por aquí, llámeme.

—Habéis venido a amenazarme —afirmó Teresa Collins, señalando con un dedo tembloroso—. Para intimidar a alguien, tres son suficientes. Y esa historia de que está en la calle... Estáis aquí para contármelo, ¿verdad? Primero Scholes, Haldane y Michaelson, y ahora vosotros tres.

—Le aseguro que somos...

—¡Iré a los periódicos! ¡Eso haré! ¡Armaré un escándalo!

—¿Quiere calmarse, Teresa?

Fox levantó las manos en señal de rendición. Dio un paso al frente, pero ella se volvió otra vez y abrió la ventana.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Fox se dio cuenta de que Kaye estaba esperando a que tomara una decisión.

—La llamaré —dijo Fox a Collins, alzando el tono de voz con la esperanza de que lo oyera—. Más tarde, cuando haya tenido la oportunidad de...

Con un ademán les indicó a Kaye y Naysmith que se marchaban. Los vecinos del piso de arriba estaban curioseando desde el rellano.

—Está histérica —explicó Fox antes de bajar las escaleras.

Ninguno de los asistentes a la fiesta del primer piso los había oído, y, si lo hicieron, no movieron un dedo. Pero los niños estaban en la acera, plantados frente a Fox y sus compañeros. El inspector les mostró su identificación.

—Atrás —ordenó.

—La habéis violado —dijo una voz en tono acusador.

—Solo está enfadada.

—Claro, ¿y de quién es la culpa? Vuestra...

—Por el amor de Dios —espetó Tony Kaye—. ¡Mirad mi coche!

Alguien había volcado el contenido de una papelera sobre el capó y el parabrisas: envases de comida rápida, colillas de cigarrillo, latas de cerveza aplastadas y lo que parecían restos de una paloma muerta.

—Hay un lavado de coches en esta misma calle. Cuesta solo tres libras —sugirió un miembro del grupo.

—Cinco, si les decís que sois de la bofia —añadió otro.

Se oyó una risa, que Fox agradeció. La situación empezaba a calmarse, y Teresa Collins había dejado de chillar y había cerrado la ventana.

Sin embargo, Tony Kaye parecía furioso. Embistió contra los jóvenes, pero Fox lo agarró del brazo.

—Tranquilo, Tony, tranquilo. Vámonos de aquí, ¿eh?

—Pero esos gilipollas...

—Al coche —ordenó Fox.

Kaye tardó un poco en obedecer. Utilizó los limpiaparabrisas para apartar algunos escombros, y al dar marcha atrás, pisó el acelerador a fondo para desplazar otros del capó.

—Te juro por Dios que pienso volver aquí con un bate —masculló, mientras la banda pasaba junto al coche propinándole alguna que otra patada o manotazo.

Kaye aceleró y puso primera, luego realizó un giro de ciento ochenta grados para desembarazarse de casi toda la basura que quedaba.

—Olvídalo, Kaye —dijo Joe Naysmith—. Esto es Gallatown.

—Te crees muy gracioso, ¿no?

Tony Kaye se inclinó y le dio un fuerte puñetazo en la cabeza.

—Ríete ahora, imbécil...

—Ha sido rápido —dijo Malcolm Fox.

Evelyn Mills estaba al otro lado de la línea. Habían autorizado el dispositivo de escuchas.

—Mi jefe cree que no es necesario dar parte a los de arriba —explicó.

—¿Por qué no?

—Supongo que sabe que habrían puesto trabas.

—Me cae bien tu jefe.

—La verdad es que me recuerda un poco a ti.

—Entonces me siento halagado. ¿Cuándo estarás operativa?

—Necesito un ingeniero de telecomunicaciones que nos ayude con la línea terrestre.

—¿«Nos»?

—Colaborarán dos jóvenes del DIC. El teléfono móvil llevará más tiempo. Primero tendremos acceso a los números marcados y las llamadas recibidas...

—Evelyn hizo una pausa—. Ya sabes cómo funciona.

—Cierto.

Fox la oyó suspirar.

—Hoy terminarán con la línea fija; mañana, en algún momento, harán todo lo demás. Es improbable que Scholes envíe correos electrónicos a Carter, así que tenía pensado obviar la vigilancia informática.

—Me parece bien. Y gracias de nuevo, Evelyn.

—Para eso están los amigos abandonados, ¿no?

—Correcto.

—Solo una cosa: Scholes no es idiota. Eso podría explicar por qué fue a

casa de Carter. Así mantienen conversaciones en privado. Puede que lo único que consigamos sean mensajes de texto para organizar más encuentros.

—Lo sé.

Evelyn suspiró de nuevo.

—Por supuesto que lo sabes. Siempre me olvido de lo mucho que nos parecemos. Quizá por eso conectamos tan bien en aquella ocasión.

—¿Estás segura de que quieres añadir algo más? Puede que no sea una línea tan segura como nos gustaría.

Evelyn estaba riéndose cuando Fox finalizó la llamada.

—Parece que tenemos algo —dijo Kaye.

Los tres estaban hacinados en el almacén con la puerta ligeramente entornada para que Joe Naysmith vigilara a posibles espías y holgazanes.

—Todo debería estar listo mañana. Puede que tengamos el teléfono fijo esta misma noche.

—Qué eficiencia. ¿Podrías compartir con nosotros el secreto de tu éxito?

—No.

—Al menos el nombre de la chica...

—Además —añadió Naysmith, volviéndose hacia sus compañeros—, fuera lo que fuese, pensaste que no debía decirlo a través de una línea poco segura.

Naysmith se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta y la abrió. Allí estaba la comisaria Pitkethly, y parecía enfurecida.

—O mucho me equivoco, o ustedes tres acaban de hacerle una visita a Teresa Collins, ¿cierto?

Fox se puso en pie.

—¿Se ha quejado? —preguntó.

—Podríamos decirlo así. Encontraron su nombre en una tarjeta de visita que había en la butaca cuando entraron con la camilla.

Pitkethly vio de inmediato el efecto que habían tenido sus palabras y

guardó silencio para saborear mejor la incomodidad de los tres rostros que tenía ante sí.

—Un transeúnte la vio embadurnando la ventana con la sangre de los cortes que se había hecho en las muñecas y llamó a una ambulancia.

Ahora los tres estaban de pie, mirando a Pitkethly. Kaye fue el primero en hablar.

—¿Está...?

—Está en el hospital. Las heridas no parecen demasiado graves. La cuestión es qué la empujó a hacerlo y, por su mirada, diría que acabo de averiguarlo.

—Estaba histórica —espetó Naysmith—. La dejamos sola...

—Después de tranquilizarla, obviamente —dijo Pitkethly, hurgando en la herida—. Esa mujer ha vivido una experiencia traumática. Es frágil por naturaleza, y tiene un historial de consumo de drogas. Supongo que no se fueron así por las buenas.

—No responderemos —afirmó Fox, recuperando un poco la compostura.

—Puede que tengan que hacerlo.

—Redactaremos un informe.

—¿Lo pactarán de antemano?

La pregunta provenía del comisario Peter Laird, que acababa de aparecer junto a Pitkethly. Fox intuyó que había otros espectadores en el pasillo, así que esquivó a la comisaria y se asomó para comprobarlo. Laird no se molestó en disimular el placer que sentía ante aquel giro de los acontecimientos.

—O sea —prosiguió Laird, cruzándose de brazos—, que querrán cerciorarse de que las versiones encajan.

—Pero ¿se pondrá bien? —le preguntó Joe Naysmith a Pitkethly.

—Ahora ya es un poco tarde para hacerse el preocupado —repuso ella.

Fox se plantó delante de la comisaria.

—Ya basta —dijo. Luego, a Kaye y a Naysmith—: Larguémonos de aquí.

—¿Tan pronto?

Laird agitaba los dedos de una mano mientras recorrían el pasillo.

—Necesitaré esas declaraciones —exclamó Pitkethly.

Cuando Fox abrió la puerta que daba al mundo exterior, vio a Scholes entrar a toda prisa desde el aparcamiento.

—Parece que me he perdido la fiesta —dijo con una sonrisa.

Fox no le hizo ningún caso, pero Kaye le propinó un empujón con el hombro que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Scholes no reaccionó. Sus carcajadas los siguieron hasta el Mondeo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kaye.

—A casa —dijo Fox.

No cruzaron palabra en varios kilómetros. Fue Naysmith quien rompió el silencio.

—Pobre mujer.

Kaye asintió.

—¿Pensáis que deberíamos habernos quedado?

Kaye miró a Fox, pero vio que no iba a responder. Estaba observando por la ventanilla del acompañante, casi rozándola con la frente.

—Yo no veo que hayamos hecho nada malo —dijo Kaye, forzando más la certidumbre de la que sentía—. Éramos nosotros los que estábamos poniéndola frenética, así que nos fuimos.

—Pero ¿no fui yo al decirle que Carter había quedado libre...?

—Nuestro cometido no consiste en ocultarle los hechos, Joe.

—Parece que os habéis aprendido los informes al dedillo —interrumpió Fox.

—Era su manera de pedir ayuda a voces —insistió Kaye—. Todos lo hemos visto.

—Yo no —precisó Naysmith.

—Pero ya sabes cómo es ese tipo de gente. Si hubiera querido matarse de verdad, no se habría asomado a la ventana para enseñarle a todo el mundo lo que había hecho.

—¿Y si no hubiera pasado nadie?

—Entonces habría llamado ella misma a la ambulancia. Como te decía, suele ocurrir.

—No puedo evitar pensar...

—¡Pues no pienses! —le espetó Kaye a Naysmith—. Volvamos a la civilización y redactemos lo sucedido. —Miró de nuevo a Fox—. Venga, Malcolm, apóyame con esto. Podía explotar en cualquier momento. Tuvimos la mala suerte de que ocurrió cuando ocurrió.

—Podríamos haber intentado tranquilizarla.

—Por si lo has olvidado, estaba desgañitándose. Dos minutos más allí y nos habrían arrinconado todos los chalados del barrio. —Kaye asió el volante con ambas manos—. Yo no creo que hiciéramos nada malo —insistió.

Fox vio que circulaban de nuevo por la M90 y que ya habían pasado Inverkeithing.

—Tienes que hacerme un favor —susurró.

—¿Cuál?

—Justo antes del puente hay un área de descanso. Para y déjame bajar.

—¿Vas a vomitar?

Fox negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Tú para.

Kaye puso el intermitente para desplazarse al carril central, vio el cartel del área de descanso e indicó de nuevo la maniobra. Era una zona para vehículos de gran tonelaje; desde allí trasladaban su carga al otro lado del estuario. Fox

se bajó del coche y sintió que el tráfico lo succionaba hacia la calzada. Sin embargo, una acera conducía a un camino que cruzaba el puente.

—Estás de broma —le gritó Kaye.

—Necesito un poco de aire, eso es todo.

—¿Y qué demonios se supone que debemos hacer?

—Esperadme al otro lado, tan cerca de las antiguas cabinas de peaje como podáis.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Naysmith, pero Fox meneó la cabeza, cerró la puerta y se subió el cuello de la chaqueta.

Había recorrido treinta o cuarenta metros cuando el tráfico le permitió al Mondeo pasar junto a él haciendo sonar la bocina una vez. Fox los saludó y siguió andando. Nunca había cruzado el puente de Forth de aquella manera, pero sabía que lo frecuentaban corredores y turistas. El ruido de la autovía era atronador, y la caída al estuario de Forth parecía vertiginosa; pero Fox siguió adelante, inhalando aire contaminado. En sentido contrario se le acercaba una mujer paseando un perro. Llevaba el pelo envuelto en una bufanda y lo saludó con un gesto y una sonrisa, a los cuales Fox correspondió sin demasiado acierto. A su izquierda divisaba el puente del ferrocarril, en gran parte cubierto por obras de mantenimiento. También había islas allí abajo, y a la derecha, el puente de Rosyth. El viento le azotaba las orejas, pero tenía la sensación de que se lo merecía. Kaye tenía razón, por supuesto: era un grito de auxilio más que un intento de suicidio serio. Pero daba igual. Le arrojaron una bomba con la noticia de Paul Carter y luego se fueron. Ni una sola llamada a los servicios sociales o a quienquiera que estuviese dispuesto a cuidar de ella. ¿Un vecino? ¿Un familiar que viviera por la zona? No: se habían preocupado más por ellos mismos y por el maldito Mondeo.

Fox no se había topado con tanta violencia ni con tanta tragedia en los años que llevaba en el cuerpo. Unas cuantas peleas entre borrachos cuando lucía uniforme y un par de casos desagradables de asesinato en el DIC. Parte del

atractivo de Asuntos Internos era que al departamento no le interesaba que se quebrantaran huesos, sino normas. Investigaban a los agentes que cruzaban líneas rojas, pero no eran hombres violentos. ¿Lo convertía eso en un cobarde? A su juicio, no. ¿Era menos policía por ello? Tampoco. Pero por naturaleza evitaba los enfrentamientos, o se cercioraba de que no llegaran a aflorar. Por ese motivo sentía que le había fallado a Teresa Collins. Cada momento que pasó con ella podría haber sido distinto y haber deparado un desenlace más provechoso.

Fox se frotaba la cara con las manos al caminar. Apretó el paso. El viento parecía incluso más cortante al acercarse al tramo central del puente. Ahora se hallaba en medio del estuario de Forth, y unos cables de acero lo sostenían en el aire. Dependía de que ellos desempeñaran su labor y no se rompieran repentinamente. Sin saber muy bien por qué, echó a correr, primero al trote y después más rápido. ¿Cuándo había corrido por última vez? No se acordaba. La carrera se prolongó solo unas docenas de metros y, al final, se quedó sin resuello. Dos corredores de verdad lo miraron al pasar.

—Estoy bien —les dijo, gesticulando con la mano.

Puede que él también se lo creyera. Sacó el teléfono e hizo una fotografía de la panorámica como recuerdo. Ahora tenía bajo sus pies South Queensferry, con sus tempestuosos trayectos en yate y barco hasta Inchcolm Abbey. Empezó a buscar el Mondeo, pero no lo veía. ¿Se habrían hartado de él y lo habrían abandonado? Volvió a observar los pocos vehículos que había aparcados y entonces oyó un claxon a su espalda. Al volverse vio a Kaye, que acababa de cruzar el puente.

Fox abrió la puerta del copiloto.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó.

—Joe estaba preocupado por si saltabas —explicó Kaye—. Así que seguimos la rotonda, volvimos a Fife e hicimos lo mismo al otro lado... Y aquí estamos.

—Me alegra saber que os preocupáis.

—Fue Joe, recuerda. Yo te habría dejado en paz.

Fox sonrió, se montó en el coche y se puso el cinturón de seguridad.

—Gracias de todos modos —dijo.

—¿Ha sido un paseo agradable? —preguntó Naysmith desde el asiento trasero.

—Me ha despejado un poco la cabeza.

—¿Y? —preguntó Kaye.

—Estoy bien.

—Juraría que te hemos visto corriendo.

Fox miró fijamente a Tony Kaye.

—¿Tengo pinta de corredor?

Kaye esbozó una media sonrisa.

—La verdad es que no.

—Entonces no estaba corriendo, ¿no?

—Esa es su versión de los hechos, inspector. —Kaye miró a Joe Naysmith por el retrovisor—. Nosotros siempre tendremos la nuestra. Pero mientras tanto, ¿debo suponer que volvemos a la base?

—A menos que quieras pasar antes por un lavado de coches. —Fox vio que Kaye meneaba la cabeza—. De acuerdo. Vamos a comprobar si la noticia llega a Bob MacEwan antes que nosotros.

—¿Y bien? —preguntó McEwan cuando entraron en la oficina. Tenía la cintura apoyada en la mesa de Fox y las manos metidas en los bolsillos.

—Se ha enterado, ¿no?

—Por el subinspector de Policía de la comisaría de Fife, el mismo hombre que nos pidió ayuda en su momento.

—Pero ¿está satisfecho con el resto de nuestros progresos? —preguntó Kaye.

—No es momento para ocurrencias, sargento Kaye —le espetó McEwan—. Supongo que alguno de ustedes me explicará qué diablos ha ocurrido.

—Fuimos a interrogarla a su casa —empezó Fox—. Cuando se enteró de que Carter ya no estaba bajo custodia, se puso histérica.

—Nos dimos cuenta de que nuestra presencia no ayudaba —añadió Kaye—. La prudencia es la madre de la ciencia y tal...

—¿En qué estado se encontraba cuando la dejaron?

—Temblaba un poco —decidió responder Naysmith.

—¿Que temblaba un poco? —repitió McEwan—. ¿Y el griterío que oyeron los vecinos?

—Es cierto que gritaba un poco —reconoció Fox.

—¿Dijo que la policía la estaba intimidando?

—Malinterpretó la situación, señor.

—Me parece que no fue la única. —McEwan se pellizcó la nariz y cerró los ojos. Siguió hablando sin abrirlos—. Eso les da alas ¿lo saben?

—¿El subinspector quiere que nos sustituyan?

—Creo que se lo está pensando.

—No habría aceptado que la entrevistáramos en comisaría, Bob —explicó Fox con tono pausado—. Teníamos que acudir nosotros a ella.

McEwan abrió los ojos de nuevo, parpadeando como si necesitara enfocar.

—¿Le dijisteis vosotros que Carter estaba en la calle?

—Fue culpa mía —admitió Naysmith.

McEwan gesticuló con la cabeza.

—Bien —dijo—, será mejor que plasméis sobre el papel vuestra versión de los hechos y ya veremos qué opina Glenrothes. ¿Hay algo más que deba saber?

Fox y Kaye se miraron.

—No, señor —respondió Fox.

Las noticias sobre la operación de vigilancia a Scholes podían esperar: seguro que el jefe ya tenía bastante con una pequeña bomba cada vez.

Más tarde, Fox fue a la cantina a tomar café, y recordó que no había probado bocado desde el desayuno. Lo único que quedaba del almuerzo eran bocadillos de huevo y berros, así que puso uno en la bandeja, además de un Kit Kat y una manzana golden. Cuando sonó el teléfono, no pensaba responder, pero reconoció el nombre que aparecía en pantalla.

—Hola, Evelyn —dijo.

—Ay —respondió Mills.

—¿Te has enterado?

—Aquí prácticamente no se habla de otra cosa. La prensa local también parece estar al tanto. Ya sabes cómo lo tergiversarán todo.

—Pueden intentarlo.

—¿Mostraba tendencias suicidas?

—No más que cualquiera de nosotros. —Fox se limpió con una servilleta el chocolate fundido que se le había pegado a los dedos—. ¿Todavía podrás ayudarnos?

—Espero que sí.

—En ese caso..., ya veremos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mi jefe podría echarse atrás.

—Dale un empujoncito.

Se hizo el silencio hasta que Evelyn le preguntó cómo se encontraba.

—Bien.

—Pues no lo parece.

—No pasa nada.

Fox miró la bandeja. Solo había dado un mordisco al bocadillo, pero el Kit Kat ya era historia. El café despedía un lustre aceitoso y no le apetecía comerse la manzana.

—No te queda más remedio que contar la verdad —dijo Mills—. Dales tu versión de los hechos.

Fox podría haberle dicho: «Ese es el problema». Todas las historias tenían varias versiones. La propia podía diferir de las de todos los demás. En el piso de Collins, ¿habían sido pragmáticos, cobardes o insensibles? Otros decidirían cuál era la respuesta, y podía no ser cierta en absoluto.

—¿Malcolm?

—Sigo aquí.

—¿Necesitas hablar con alguien? Podemos quedar para tomar una copa.

—No bebo.

—¿Desde cuándo?

Parecía sorprendida de veras.

—Desde mucho antes de conocerte.

—He debido de olvidarlo. —Hizo una pausa—. Aun así, podríamos vernos.

—En otra ocasión, ¿de acuerdo?

Fox le dio las gracias y colgó. Luego empezó a deslizar la manzana por la mesa, de la mano izquierda a la derecha y vuelta a empezar.

Nadie propuso un viaje a Minter's después del trabajo. Pero cuando salían de la oficina, Naysmith hizo algo poco corriente: les tendió la mano a Fox y a Kaye. Después, Fox cayó en la cuenta de que era una reafirmación de la idea de equipo. Sacó el Volvo del aparcamiento y puso rumbo a casa. Casi había llegado a Oxbgangs cuando se descubrió tomando un desvío hacia la carretera de circunvalación. Era hora punta, pero ahora que había aclarado sus ideas, no tenía prisa. Siguió las señales en dirección al puente de Forth.

Habían pasado frente al Hospital Victoria en uno de sus recorridos por Kirkcaldy. Parecía un terreno en obras, y en realidad lo era: junto al vetusto complejo original, se alzaba un nuevo edificio reluciente a medio terminar. Fox mostró su identificación a la entrada y dio el nombre de Teresa Collins. Le indicaron a qué pabellón debía dirigirse y le mostraron dónde se encontraban los ascensores. Por fin llegó a un control de enfermería.

—Las visitas están prohibidas —le contestaron cuando preguntó por Teresa, así que mostró de nuevo su identificación.

—No quiero molestarla si está despierta —explicó.

La enfermera se quedó mirándolo. Tal vez se preguntaba de qué le serviría Teresa dormida. Pero a la postre dijo que iría a comprobarlo. Fox le dio las gracias y la observó mientras se alejaba. Detrás de él había seis sillas de plástico alineadas junto a las puertas batientes de la sala. En ellas estaba sentado un joven, enfrascado en unos mensajes de texto. Entonces se levantó, se acercó al dispensador y se aplicó espuma antibacteriana.

—Toda prudencia es poca —dijo, frotándose las manos.

—Cierto —coincidió Fox.

—¿Policía? —aventuró el joven.

—¿Y usted es...?

—Tiene pinta de policía, y me precio de conocer la mayoría de las caras

del Departamento de Investigación Criminal en esta ciudad. Edimburgo, ¿no? ¿Ética Profesional? Oí que andaban por aquí.

El joven estaba hurgando en la pantalla de su teléfono. Cuando se lo mostró, Fox se dio cuenta de que también hacía las veces de grabadora.

El muchacho de cabello rubio rojizo y anorak negro era periodista.

—Si no le importa que le pregunte, ¿ha estado hoy en el piso de Teresa Collins?

Fox se mantuvo impertérrito y no contestó.

—Me han descrito a tres agentes de policía vestidos de paisano... —El periodista lo miró de arriba abajo—. Y es usted el calco de uno de ellos. ¿Inspector Malcolm Fox?

Por más que trató de evitarlo, el semblante de Fox debió de cambiar. El periodista dibujó una sonrisa asimétrica.

—Su nombre aparecía en una tarjeta que dejaron en una butaca —añadió.

—¿Qué tal si me dice cómo se llama? —susurró Fox.

—Me llamo Brian Jamieson.

—¿Trabaja para un periódico local?

—A veces. ¿Puedo preguntarle qué ocurrió en el piso?

—No.

—Pero ¿estuvo usted allí? —Aguardó la respuesta durante unos instantes—. Y ahora ha venido aquí...

Fox se volvió y siguió la dirección que había tomado la enfermera, que apareció por una esquina.

—Está adormecida por los sedantes. Nos la quedaremos solo una noche. Servicios Psicológicos la evaluará por la mañana.

Tras lo cual, Fox sabía que la enviarían a casa o la trasladarían a otro lugar.

—Si espera veinte minutos —añadió la enfermera—, es probable que se quede frita.

Fox miró a Jamieson.

—¿Sabe que es periodista?

La enfermera asintió.

—¿Qué le ha preguntado?

—No le he dicho nada.

—¿Seguridad no puede echarlo de aquí?

La enfermera volvió a fijar su atención en Fox.

—No está molestando a nadie.

—¿Ha pedido hablar con ella?

—Ya le han informado de que eso es imposible.

—¿Y por qué sigue aquí?

El tono de la enfermera se tornó más frío.

—¿Por qué no se lo pregunta usted? Y ahora, si me disculpa...

La enfermera pasó junto a él y regresó a su mesa, donde estaba sonando el teléfono. Fox siguió allí medio minuto más. Jamieson se había sentado de nuevo y no paraba de teclear. Cuando vio que Fox se acercaba, levantó la cabeza.

—¿Qué espera sonsacarle? —preguntó el policía.

—Eso es justamente lo que iba a preguntarle yo a usted, inspector.

—¡Otro no! —protestó la enfermera al teléfono.

Al sentirse observada, se volvió y tapó el auricular con una mano. Jamieson iba a apuntar a Fox con el micrófono del teléfono, pero bajó el brazo en el último momento. Entonces se dio la vuelta y se marchó. Fox no se movió. La enfermera estaba terminando la llamada y agitando la cabeza ligeramente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fox.

—Un hombre acaba de intentar suicidarse —respondió—. Puede que no sobreviva.

—Espero que no todas las noches sean así —observó Fox.

La enfermera hinchó las mejillas y resopló.

—Normalmente ocurre un par de veces al año. —En ese momento se percató de la ausencia de Jamieson—. ¿Se ha ido?

—Creo que ha sido gracias a usted.

La joven puso los ojos en blanco.

—Debe de estar en urgencias, si conozco bien a Brian.

—Parece que sí lo conoce.

—Salía con una amiga mía.

—¿Para quién trabaja?

—Para gente de todo tipo. ¿Cómo se denomina a sí mismo...?

—¿Periodista a tiempo parcial?

—Eso es.

El teléfono volvió a sonar. La enfermera hizo un gesto de exasperación y levantó el auricular. Fox se planteó qué opciones tenía ante sí, le dedicó una leve inclinación a modo de saludo y se dirigió a los ascensores.

En la máquina expendedora de la planta baja compró una botella de plástico de Irn-Bru. «A partir de mañana, nada de azúcar», se prometió a sí mismo al salir. El cielo estaba oscuro. Fox sabía que no podía hacer otra cosa que marcharse a casa. Se preguntó si el presupuesto de la investigación daría para una habitación de hotel en la zona. Había visto un lugar tras la estación de trenes, cerca del parque y del campo de fútbol. Así se ahorraría el trayecto a la mañana siguiente. Pero ¿qué haría durante el resto de la noche? Un restaurante italiano... Un pub, quizá... Había algunas ambulancias aparcadas a la entrada del hospital. Dos enfermeros vestidos de verde estaban echando a Brian Jamieson. El periodista levantó las manos en un gesto de rendición y se dio la vuelta, llevándose el teléfono a la oreja.

—Lo único que sé es que ha intentado volarse la cabeza. El disparo no puede haber sido muy grave, porque seguía con vida en el trayecto hacia aquí. No sé si todavía respira... —Jamieson vio que estaba a punto de pasar junto a Fox—. Un segundo —le dijo a su interlocutor.

Parecía que iba a darle la noticia, pero Fox se lo impidió.

—Ya lo he oído —dijo.

—Es espantoso.

Jamieson meneaba la cabeza. Tenía los ojos abiertos como platos y no parpadeaba. Los pensamientos se agolpaban en su mente.

—¿Hay muchas armas en Kirkcaldy? —preguntó Fox.

—A lo mejor era granjero. Tienen armas, ¿no? —Vio que Fox estaba mirándolo—. Ha ocurrido a las afueras de la ciudad —explicó—. En algún punto de la carretera de Burntisland.

Fox intentó dejar de mostrar interés.

—¿Sabe cómo se llama la víctima?

Jamieson negó con la cabeza y miró de nuevo a los enfermeros.

—Pero lo averiguaré —respondió con la misma sonrisa de suficiencia de antes—. Observe.

En efecto, Fox observó a Jamieson. Lo vio llegar a las puertas del hospital hablando de nuevo por teléfono. Hasta que no desapareció en el interior del edificio, Fox no se dirigió presuroso hacia el coche.

El cordón policial se encontraba en el cruce de la carretera principal con el sendero que conducía a la casa de campo de Alan Carter. Fox notó cierta acidez entre el estómago y la garganta. Maldijo en voz baja, se detuvo en el arcén y salió. El coche patrulla aparcado tenía las luces de sirena encendidas, y bañaba la noche de un azul frío y eléctrico. Un agente solitario trataba de tender una cinta entre los postes situados a un lado y otro de la carretera para delimitar el escenario del crimen. El viento le había arrebatado un extremo de la cinta y trataba de dominarlo. Fox ya había sacado su identificación.

—Inspector Fox —le dijo al agente—. Antes de que haga eso, tengo que pasar.

Fox se subió al coche y vio al policía maniobrando para abrirle paso. El inspector lo saludó con la mano e inició el lento ascenso por la colina.

Había luces encendidas en la casa y solo un vehículo fuera, el Land Rover de Carter. Cuando Fox cerró la puerta del Volvo, oyó una voz que le gritaba:

—¿Qué demonios está haciendo usted aquí?

Ray Scholes se hallaba en el umbral con las manos en los bolsillos.

—¿Es usted Alan Carter? —preguntó Fox.

—¿Y qué pasa si lo soy?

—Estuve ayer aquí.

—Pues es un cenizo, ¿no?

—¿Qué ha ocurrido?

Fox estaba justo delante de Scholes, mirando hacia el pasillo.

—Ha intentado suicidarse.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Si yo viviera aquí, a lo mejor haría lo mismo.

Scholes olisqueó, miró de nuevo a Fox, se dio la vuelta y entró.

Fox dudó.

—¿No necesitamos...?

Miró a Scholes a los pies.

—No es el escenario de un crimen, ¿verdad? —respondió Scholes mientras entraba en el salón—. El cordón es solo para impedir que algún rarito venga a meter las narices. Lo que sí me pregunto es qué haremos con el perro.

Fox había llegado hasta la puerta del salón. La hoguera había quedado reducida a unas pocas ascuas. A su izquierda, Jimmy Nicholl yacía jadeando en su cesta, con los ojos entreabiertos. Fox se agachó y le acarició la cabeza y el lomo.

—No ha dejado ninguna nota —dijo Scholes, y se llevó una tira de chicle a la boca—. Al menos, yo no la he visto. —Pasó una mano por encima de la mesa—. Es difícil saberlo con todo este desorden.

Desorden.

Había papeles por todas partes, fuera de sus carpetas, arrugados, algunos cortados en tiras y otros esparcidos por el suelo. Los que quedaban sobre la mesa presentaban manchas de sangre, y había un charco más oscuro en la silla que ocupaba Carter.

—¿Una pistola? —preguntó Fox, que tenía la boca seca.

Scholes señaló la mesa con la cabeza. Estaba medio oculta bajo una revista. Al inexperto Fox le pareció un revólver anticuado.

—¿Cómo se encontraba cuando habló con él? —preguntó Scholes.

—Parecía estar bien.

—Hasta que usted llamó a su puerta.

Fox hizo caso omiso de la observación.

—¿Quién lo encontró?

—Un amigo suyo que siempre da un paseo desde Kinghorn. Toman un par de vasos de whisky y después se larga. Pero hoy entró tan pancho y se encontró con esto. Pobre cabrón...

Fox quería sentarse, pero no podía. No sabía por qué; sencillamente, no le parecía apropiado. En ese momento sonó el teléfono de Scholes. Escuchó unos momentos, soltó un gruñido y colgó.

—Ha muerto en la ambulancia —dijo.

Ambos guardaron silencio. El único sonido era el de la fatigosa respiración del perro.

—¿Hablaron los dos sobre Paul? —preguntó Scholes al final.

Fox hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Dónde está ese amigo suyo?

—Michaelson se lo ha llevado a casa. —Scholes consultó el reloj—. Espero que se dé prisa. Tengo una cerveza esperándome en el pub.

—Usted conocía a Alan Carter. ¿No le entristece?

Scholes seguía mascando chicle cuando miró a Fox a los ojos.

—Sí, me entristece —respondió—. ¿Quiere verme gimiendo y apretando la mandíbula? ¿Tengo que levantar el puño? Era policía... —Hizo una pausa—. Y luego dejó de serlo. Y ahora está muerto. Que tenga suerte allá donde esté.

—También era el tío de Paul Carter.

—Eso es cierto.

—Y el primer demandante.

—Quizá lo hizo por eso, por un sentimiento de culpa abrumador. Podemos fingir que somos psicólogos de salón toda la noche si le apetece, pero acaba de llegar mi transporte.

Fox también oyó el motor de un coche que se acercaba a la casa.

—¿Qué van a hacer? —preguntó—. ¿Precintar el lugar?

—No tenía pensado quedarme a dormir. Hemos echado un vistazo y hemos visto lo que teníamos que ver. A partir de ahora, los agentes pueden ocuparse de todo.

—¿Quién es su familiar más cercano?

Scholes se encogió de hombros.

—Puede que fuera Paul.

—¿Se lo han comunicado?

Scholes asintió.

—Viene hacia aquí.

—¿Qué sensación tuvo cuando se lo dijo?

El silencio se fue adueñando del salón mientras Scholes miraba a Fox.

—¿Por qué no se larga de una vez a Edimburgo? Porque yo, de usted, no estaría aquí cuando llegue Paul.

—¿Y usted no se queda? Creía que era amigo suyo.

Scholes inclinó la cabeza; obviamente, se le acababa de ocurrir alguna cosa.

—Espere un momento. ¿Qué está haciendo aquí?

—Eso no es asunto suyo.

—Ah, ¿no? —Scholes arqueó una ceja—. Me cercioraré de incluirlo en el informe. —Hizo una pausa—. Subrayado y en mayúsculas.

Gary Michaelson se encontraba en el umbral de la sala, mirando a Fox.

—Ya decía yo que aquí olía mal —observó. Luego, dirigiéndose a Scholes—: ¿Cómo le permites pasearse por el escenario de un crimen?

—¿Un qué?

—El amigo de Carter asegura que no se habría suicidado jamás. Dice que habían hablado de ello, de lo que harían si padecían un cáncer o algo así. Carter le dijo que se aferraría a la vida.

—Pues algo lo hizo cambiar de opinión —especuló Scholes.

—Y otra cosa: su amigo dice que, si Carter hubiera tenido un arma, él lo sabría. También hablaron de disparar a las gaviotas por el ruido que hacían. —Michaelson miró la cesta—. ¿Qué vamos a hacer con el perro?

—¿Lo quieres? —preguntó Scholes—. ¿Sabemos cómo se llama, al menos?

—Jimmy Nicholl —intervino Fox—. Se llama Jimmy Nicholl.

El perro levantó las orejas.

—Jimmy Nicholl —repitió Scholes, cruzándose de brazos—. Tu dueño podría haber tenido un poco de decencia y haberte llevado con él, ¿eh, Jimmy? —Y después, dirigiéndose a Michaelson—: ¿Listos?

Fox se debatía entre quedarse e irse, pero Scholes no iba a darle opción.

—Fuera, fuera, fuera —dijo.

—El perro —protestó Fox.

—¿Lo quiere?

—No, pero...

—Pues déjelo en manos de los profesionales.

Al salir se toparon con el azul de las sirenas: era otro coche patrulla con una furgoneta sin identificar detrás.

—Todo vuestro —le gritó Scholes al conductor.

Pero había que maniobrar. Eran demasiados vehículos en muy poco espacio. Alguien tuvo la idea de abrir la verja que daba al campo contiguo. Dieron marcha atrás, un giro de tres cuartos y ya estaban de camino. Scholes y Michaelson se aseguraron de que el Volvo de Fox circulara delante de ellos. Al acercarse a la carretera principal, el mismo agente de antes retiró el cordón para permitirles pasar. Había un ciclomotor blanco aparcado junto a su coche. Brian Jamieson se hallaba sentado en el sillín, con un pie en el asfalto para mantener el equilibrio. Estaba hablando por teléfono otra vez, e interrumpió la conversación tras reconocer al conductor del Volvo. Fox mantuvo la mirada fija en la carretera, y Scholes y Michaelson lo siguieron a lo largo de tres kilómetros.

CUATRO

—Eres un gafe.

Fox miró a Tony Kaye.

—Eso dijo Scholes también.

Era la mañana siguiente y estaban de nuevo en Kirkcaldy. Habían descartado volver a utilizar el almacén, así que se adueñaron de la sala de interrogatorios.

—La necesitaremos todo el día —había informado Fox al sargento de recepción.

Este no había opuesto resistencia. Se limitó a asentir y volver a sus documentos.

Fox se preguntaba si no estarían regodeándose por lo de Teresa Collins.

—No —dijo en voz alta, sentado ya en la sala de interrogatorios—. «El hombre está de luto...».

—¿No? —repitió Joe Naysmith, que acababa de llegar con una silla que sobraba en el almacén.

—Da igual —contestó Fox.

Kaye había ido a un bar a por café, que les había llevado en vasos de cartón. Fox lo había llamado la noche anterior para contarle lo de Alan Carter.

Kaye fue directo al grano.

—¿Casualidad? —preguntó.

—Tiene que serlo —respondió Naysmith mientras le retiraba la tapa al vaso y añadía dos cartones de leche del tamaño de un dedal.

—No lo sé —repuso Fox—. Anoche, Scholes insinuó que podía sentirse

culpable. A lo mejor se enteró de que su sobrino estaba en libertad y podía presentar una apelación.

—¿Y por eso se apunta a la cabeza con una pistola? —aventuró Kaye con aire de incredulidad.

—Un revólver —corrigió Fox.

—Tiene que haber algo más, Malcolm.

—O menos —apostilló Naysmith.

—No pensaste en grabar la entrevista, ¿verdad? —le preguntó Kaye a Fox.

—No fue algo tan formal como una entrevista... Pero la respuesta es que no.

—Imagino que esto nos dará un respiro. Si los tenemos ocupados, puede que Teresa Collins deje de copar los titulares.

—Puede.

—¿Nadie ha hablado contigo?

Fox negó con la cabeza.

—Que yo sepa, seguimos en el caso.

—Tal cual está.

Fox recibió la observación encogiéndose de hombros.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Naysmith.

—Buena pregunta —dijo Kaye, rascándose la cabeza—. ¿Foxy?

—Hay dos víctimas más con las que podríamos hablar —respondió Fox, incapaz de transmitir entusiasmo.

—¿Las chavalas borrachas? —Kaye sonó más apasionado—. Es una idea.

—¿Y qué hay de la operación de vigilancia? —añadió Naysmith.

—Puede que ya esté en marcha —respondió Fox.

—También podemos quedarnos aquí todo el día mirándonos el ombligo —propuso Kaye—. En el Mondeo tengo una baraja de cartas...

—Todavía hay montones de preguntas que hacerle al inspector Scholes —

les recordó Naysmith—. Apenas habíamos comenzado cuando tuvo que ausentarse.

—Eso es cierto.

Fox se terminó el café, tratando de percibir algún vestigio de sabor en el último trago.

—Y deberíamos hacerle otra visita al comisario Laird —añadió Kaye—. Aunque se mofe de nosotros.

—Siento mencionarlo —dijo Naysmith—, pero tampoco hemos terminado con Teresa Collins...

—Dejémosla en paz de momento —decidió Fox.

—¿Scholes, entonces? —preguntó Kaye mientras se levantaba—. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Yo lo haré, Tony. Acábate la bebida.

Pero cuando se dirigía a las escaleras, Fox divisó la silueta inconfundible de Ray Scholes caminando en dirección contraria. Lo acompañaba un anciano encorvado, en cuya espalda había posado el brazo. Iban camino de recepción. Sin embargo, Scholes no escoltó al visitante hasta la salida, sino que se limitó a indicarle adónde debía dirigirse antes de regresar a su oficina. En tonces vio a Fox y aminoró el paso. De pronto se le resaltó la mandíbula.

—Sigo pensando que me traerá mala suerte —dijo.

—Puede. Lo necesitamos en la sala de interrogatorios.

Scholes negó con la cabeza.

—Ahora no. Puede que haya movimiento con Alan Carter.

Fox no pudo evitar preguntar.

—¿Qué clase de movimiento?

—No es asunto suyo.

Dicho esto, Scholes se fue en dirección a la escalera. Fox lo observó, y luego se dio la vuelta y se encaminó hacia recepción. El visitante todavía

estaba allí, hablando con el sargento. Se estrecharon la mano y, cuando por fin abrió la puerta principal, Fox lo siguió.

—¿Adónde va? —le espetó el sargento de recepción, pero no le prestó atención.

El anciano había descendido las escaleras y parecía algo desconcertado.

—¿Necesita que lo lleve a Kinghorn? —preguntó Fox—. Puedo hacerlo si quiere.

El hombre lo miró. Era miope, pero no llevaba gafas. El poco pelo que le quedaba era negro como el azabache. Fox se fijó en que estaba teñido. Tenía los ojos pequeños y hundidos y la boca contraída, como si hubiera olvidado ponerse la dentadura.

—Puedo ir andando —dijo después de estudiar a Fox—. ¿Lo conozco?

—Me llamo Fox. Lo siento, no sé cómo se llama usted.

—Teddy Fraser.

—¿Fue usted quien encontró al señor Carter?

Fraser asintió con solemnidad. Fox se dio cuenta de que llevaba una estrecha corbata negra y una camisa raída. De nuevo, el luto.

—Es muy triste —murmuró para sus adentros.

—¿Acaba de estar con el inspector Scholes?

—Sí.

—Solo vi al señor Carter una vez, pero me cayó bien.

—Era difícil que cayera mal.

—¿Ha venido andando hasta aquí esta mañana, señor Fraser?

—Me gusta caminar. No está tan lejos.

—Es una carretera muy transitada.

—Hay algunos atajos.

—Encontrar a Carter debió de ser espantoso...

—¿Espantoso? —Fraser soltó una risotada fría—. Podríamos decirlo así.

—Me refiero a que... En realidad, no lo conocía, pero parecía estar bien.

Fraser asintió de nuevo.

—No tenía ningún problema. El inspector dice que están verificando su estado de salud, por si el doctor le dio una mala noticia. Pero me lo habría dicho, ¿no? Entre nosotros no había secretos.

—¿Se conocían desde hacía mucho?

—Fuimos juntos al colegio. Nos llevábamos dos años, pero formábamos parte del mismo equipo.

Fox no quiso mencionar que Fraser parecía mucho mayor. Si solo le llevaba dos años, no tendría más de sesenta y cuatro.

—¿Fútbol? —preguntó.

—Fuimos campeones de Fife dos años consecutivos.

Fraser parecía tan orgulloso de pronto que Fox se preguntó qué podría haberle procurado la misma satisfacción después de aquello.

—¿En qué posición jugaba el señor Carter?

—De delantero. Era un auténtico depredador. Veintinueve goles en una temporada. Batió el récord de la escuela. Si el pastor no lo menciona en el funeral, me pondré en pie para recordárselo a todo el mundo.

Fox sonrió.

—¿Qué quería el inspector Scholes?

—Ah, solo ha hablado de la pistola, y me ha preguntado en qué postura encontré a Alan y si había movido algo.

—¿Lo hizo?

—Cogí el teléfono y llamé a emergencias.

—Pero el señor Carter no estaba muerto, ¿verdad?

—Prácticamente.

—¿Intentó reanimarlo?

—Respiraba, aunque no estaba consciente. Pero ¿una pistola? Alan jamás tuvo una. ¿Y la puerta abierta? —Fraser meneó la cabeza con vigor—. Siempre la tenía cerrada, aunque supiera que yo iba a ir. Si me oía, me

esperaba en el umbral; de lo contrario tenía que llamar y Jimmy Nicholl se ponía a ladrar.

—¿La puerta no estaba cerrada?

—No oí ladridos cuando llamé. Pensé que habrían salido a dar un paseo, aunque el perro apenas podía recorrer unos metros sin que le fallaran las piernas. Así que esperaba que la puerta estuviera cerrada. —En ese momento pareció recordar algo—. De hecho, ni siquiera estaba cerrada del todo. Eso es... Cuando llamé, se abrió un poquito.

—Supongo —dijo Fox, ejerciendo de abogado del diablo— que, si planeaba hacer lo que hizo, pudo dejar la puerta abierta para que lo encontraran.

Fraser se planteó esa idea, pero la desestimó con un resoplido.

—¿Sabe que estoy cuidando de Jimmy Nicholl? Es lo menos que puedo hacer. Alan mimaba mucho a ese perro. ¿Me está diciendo que no lo habría llevado a un veterinario antes de quitarse la vida?

Fraser torció el gesto.

—¿Puedo preguntarle algo, señor Fraser?

—Me llamo Teddy, hijo. Todo el mundo me llama Teddy.

—¿En qué estaba trabajando? Todos esos papeles que tenía sobre la mesa...

—Historia antigua.

—El año 1985 no queda tan lejos.

—Para algunos, sí. Se lo demostraré ahora mismo.

Fraser hizo una pausa, preparado para calibrar la reacción de Fox. Juntó las manos y entonces mencionó un nombre.

—Me ha pillado —reconoció Fox al cabo de unos instantes—. ¿Quién es Francis Vernal?

—Será mejor que lo averigüe usted mismo.

—¿Por qué estaba el señor Carter tan interesado en él?

—Creo que no lo estaba; al menos, al principio.

—No le sigo.

—En aquella época, Alan era poli. Por eso recibió el encargo.

—¿Alguien le pagaba por estudiar el año 1985? ¿Era un caso en el que había trabajado?

Fraser hundió su dedo huesudo en el pecho de Fox, marcando el ritmo de las palabras que diría a continuación.

—Será-mejor-que-lo-averigüe-usted-mismo.

Dicho lo cual, realizó una leve inclinación a modo de saludo, dio media vuelta y echó a andar a un ritmo más brioso de lo que Fox habría pronosticado. En realidad, le dolía donde el hombrecillo le había atizado, y se frotó la zona con la palma de la mano. De nuevo en el interior de la comisaría, el sargento de recepción estaba esperando.

—Venga aquí —dijo desde el otro lado del mostrador.

Fox se acercó a él.

—Espero que no haya estado incordiando a Teddy...

—Me ha devuelto todos los golpes. ¿Lo conoce?

—Desde hace siglos.

—¿Y conocía también a Alan Carter?

—Trabajé con él. —El sargento hinchó el pecho—. Era de la vieja escuela.

—La única vez que lo vi tuve la misma sensación. Lo siento.

El sargento hizo una mueca.

—Ni siquiera sé cómo se llama —dijo Fox en tono de disculpa.

—Robinson. Alec Robinson.

Fox le tendió la mano y, después de un leve titubeo, Robinson se la estrechó.

—Es un placer —dijo Fox, arrancando una sonrisa al policía.

—Lamento haberle hecho sudar tinta —respondió el sargento—. Ya sabe cómo son estas cosas...

—Me he encontrado en peores situaciones, créame. —Fox hizo una pausa—. ¿Puedo preguntarle una cosa? ¿Vio muchas veces a Alan Carter en sus últimos años?

—Lo cierto es que no. En el fútbol o en alguna reunión...

—Pero le gustaba mantenerse ocupado, ¿no?

—Creó su empresa desde cero.

Robinson parecía impresionado, de modo que Fox asintió.

—El día en que lo vi parecía seguir estándolo —informó al sargento.

—Ah, ¿sí?

—Estaba realizando un trabajo sobre Francis Vernal.

El semblante del sargento se endureció.

—¿Le importaría arrojar un poco de luz sobre este asunto?

—No soy la persona indicada para hablar de ello —confesó finalmente Robinson.

—Entonces ¿quién lo es?

—¿Ahora? —Robinson ponderó la respuesta—. Probablemente, nadie.

De nuevo en la sala de interrogatorios, Fox señaló a Joe Naysmith.

—Necesito que me hagas un favor. ¿Tienes un portátil?

—No.

—Imagino que habrá algún ordenador libre por aquí.

—¿Qué necesitas?

—Buscar algo en Internet.

—Puedo hacerlo con el teléfono.

—¿Puedo imprimirlo?

Cuando Naysmith negó con la cabeza, Fox le dijo que solo le servía un ordenador.

—¿Qué hay que buscar?

—Francis Vernal.

—¿Te refieres al abogado? —preguntó Tony Kaye. Fox se volvió hacia él—. Murió en un accidente de tráfico en los años ochenta.

—Continúa.

Kaye se encogió de hombros.

—Yo era niño... —Hizo una pausa—. Ahora que lo pienso, ¿no se pegó un tiro?

—¿Antes o después del accidente?

Kaye volvió a encogerse de hombros y Fox desvió su atención hacia Naysmith, quien captó la indirecta y se marchó.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Kaye cuando Naysmith cerró la puerta.

—Algo en lo que estaba trabajando Alan Carter.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—Puede que nada.

—¿Puede que nada? Pensaba que ibas a traernos a Ray Scholes. Joe ha preparado la cámara y todo.

Fox reparó por primera vez en el trípode. La grabadora de audio estaba sobre la mesa, flanqueada por unos micrófonos.

—Dice que está ocupado.

—Bravo por él. Vámonos de vacaciones hasta que se digne honrarnos con su presencia.

—Las dos mujeres —dijo Fox—. ¿Por qué no vas a hablar con ellas?

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

—Creí que te apetecía.

—Supongo que es mejor que quedarme aquí sentado viendo cómo giran los engranajes en esa cabeza tuya.

—De acuerdo, entonces.

—Pero primero tienes que contarme qué está pasando.

—Nada. Ha muerto un hombre. Me caía bien, y su comedor era una especie de templo a una persona llamada Francis Vernal.

—¿Y quieres saber por qué?

—Y quiero saber por qué. —Fox hizo una pausa, con los ojos clavados en los de su colega y amigo—. ¿Te sirve?

—Lo que haga falta por llevar una vida tranquila. —Kaye se levantó de la silla y volvió a meter los brazos en las mangas de la americana—. ¿Me llevo a Junior conmigo?

—Si lo necesitas...

—¿No anda ocupado con un encargo tuyo?

—Puede esperar.

—Y mientras nosotros recorremos esas peligrosas calles, ¿qué harás tú exactamente?

—Controlar la operación de vigilancia, informar a McEwan del suicidio, tratar de arrinconar a Ray Scholes... No estaré holgazaneando.

—De acuerdo. —Kaye asintió lentamente—. Pero te echaremos de menos, ya lo sabes. Joder, puede que incluso te mandemos una postal.

Fox no tenía la culpa de que Evelyn Mills no cogiera el teléfono. Con Bob McEwan sucedía lo mismo, y Ray Scholes se hallaba en paradero desconocido. Fox se encontraba una vez más en la recepción de la comisaría, leyendo una notificación colgada en la pared. Era un anuncio de una empresa local de taxis. Cinco minutos después viajaba en el asiento de copiloto de un Hyundai blanco abollado. El conductor ardía en deseos de saber más acerca del suicidio, pero Fox no soltó prenda. Habían retirado el cordón y no había actividad alguna fuera de la casa. El taxista le preguntó si quería que esperara.

—Buena idea.

El hombre apagó el motor. Parecía que iba a bajarse del coche, pero Fox se lo impidió.

—Aquí no hay nada que ver —le dijo.

El conductor encendió la radio y Fox oyó música de baile mientras se encaminaba hacia la puerta principal.

Estaba cerrada.

Rodeó la casa, pero no había puerta trasera. Miró a través de la ventana del salón. Vio salpicaduras de sangre en el interior de dos cristales. Fox rozó con los dedos un pequeño tiesto apoyado en el alféizar. Lo levantó y vio que debajo había una llave. O bien era una copia, o bien la había dejado la policía. Abrió la puerta y entró.

La cesta de Jimmy Nicholl ya no estaba en el salón. Fox pensó si debería haberle preguntado a Teddy Fraser cómo se encontraba el perro. ¿Las mascotas no acostumbraban a morir poco después que sus propietarios? La

habitación olía a hoguera. En la chimenea yacían los restos de un tronco calcinado y una capa de ceniza cubría el mantel. Fox empezó a ojear los documentos que descansaban sobre la mesa. Obviamente, los recortes de prensa guardaban relación con la vida y la muerte de Francis Vernal. Un extenso artículo llevaba por título «La agitación interior del patriota activista». A Fox le pareció que los medios de comunicación de la época no habían tardado en sustituir los elogios por algo más enjundioso: la vida privada del difunto. Había una foto borrosa de su atractiva esposa y se mencionaba «el abuso de la bebida y una serie de romances» de Vernal. Varios periódicos recogían la misma foto del abogado, en donde se lo veía pronunciando un discurso en un mitin del PNE, el Partido Nacional Escocés. El acto se había celebrado frente a una fábrica condenada al cierre. En la imagen, Vernal aparecía en plena ebullición, con el puño apretado, la boca abierta y mostrando los dientes. Fox miró por la ventana para comprobar si el taxista seguía dentro del coche. Estaba silbando y había abierto un periódico.

Francis Vernal había fallecido la noche del domingo 28 de abril de 1985, el mismo día en que Dennis Taylor se enfrentara a Steve Davis en la final del Mundial de Billar Inglés. Su coche había sido encontrado por el conductor de una furgoneta tras salirse de la carretera cerca de Anstruther. Era un Volvo 244, y debía de circular a gran velocidad. Vernal ocupaba el asiento del conductor. Trasladaron su cuerpo sin vida al Hospital Victoria, momento en el que el agujero de bala que presentaba a un lado de la cabeza fue identificado como tal. Bebía y fumaba mucho, y también era proclive a brotes de depresión. Sus queridos nacionalistas se habían estancado en las encuestas, y parecía que no iba a vivir lo bastante para ver cumplido su sueño de una república socialista escocesa. Fox hojeó el periódico y encontró algunos pasajes subrayados. Las notas manuscritas de Alan Carter eran prácticamente ilegibles. Algunas constituían auténticas diatribas. No había rastro alguno de ordenador de sobremesa o portátil, lo cual significaba que

nada había sido mecanografiado. Fox se preguntaba quién le habría encargado el trabajo y por qué. De repente, una fotografía le llamó la atención. Era otro mitin, pero anterior. A juzgar por su estampa, Vernal debía de rondar los veinte años. Tenía un poco más de cabello, y el pecho y la cintura más delgados, pero también aparecía con la boca bien abierta y el puño apretado. Junto a él había otro joven, y Fox se sorprendió mucho al reconocerlo: era Chris —el primo de su padre—, con el mismo aspecto que en la instantánea en la que llevaba a Jude sobre los hombros. Fox cogió la foto de la mesa y la observó. Vernal la había recortado de *The Fife Free Press*. No había fecha, tan solo unas líneas explicativas: un pícnic del PNE en el campo de golf de Burntisland: «El destacado abogado Francis Vernal, de Edimburgo, pronuncia el discurso de la tarde». Y Chris Fox a su lado, riendo y liderando los aplausos.

Fox recorrió el salón un par de veces con la fotografía en la mano. Luego se la guardó en el bolsillo y miró a su alrededor por temor a que alguien se hubiera dado cuenta. Había un teléfono sobre una cómoda situada detrás de la puerta y, al dirigirse hacia el aparato, vio una agenda junto a él. Estaba abierta y le habían dado la vuelta. Fox la cogió y vio que estaba abierta por la página de los apellidos comenzados por C. El nombre de Paul Carter estaba allí, con sus números fijo y móvil. Fox hojeó la agenda sin saber muy bien qué buscaba. Cayeron varias tarjetas de visita y se agachó a recogerlas. Una era de un restaurante indio, y otra, de un taller mecánico. Pero la tercera pertenecía a un hombre llamado Charles Mangold, socio del bufete de abogados Mangold Bain, con dirección en la Ciudad Nueva de Edimburgo. Fox anotó los detalles en su cuaderno, golpeó el auricular del teléfono con el bolígrafo y volvió a escrutar la página de la letra C. Había tres nombres allí, uno tachado con una línea gruesa, lo cual significaba probablemente que la persona ya no formaba parte de la vida de Alan Carter o que había fallecido. Eso le dejaba solo dos nombres.

Uno de ellos era el de Paul Carter.

Fox levantó el auricular y marcó el 1471. La voz computarizada le informó de que el último número que había llamado a ese teléfono era el móvil de Paul Carter. Dicha llamada se había producido la noche anterior, apenas una hora antes de que encontraran el cuerpo de Alan Carter. Fox colgó el teléfono y empezó a abrir los cajones de la cómoda que había debajo. Estaba limpia y ordenada: Alan Carter archivaba los extractos bancarios y los recibos de servicios domésticos. Las facturas de teléfono eran detalladas. Nada apuntaba a que Alan hubiera llamado a su sobrino en los últimos seis meses. No lo hizo porque no estaban unidos. ¿Acaso no lo había dicho el propio Alan? Pero Paul, poco después de su puesta en libertad, había sentido la necesidad de hablar con su tío. Fox se preguntaba por qué. Examinó otra vez la habitación. ¿De dónde provenía aquel caos? ¿Se habría enojado Alan Carter por algún motivo y eso lo llevó a arrojar los papeles de la mesa? ¿Tal vez lo había hecho otra persona?

Fox se estremeció al oír que alguien repiqueteaba en la ventana. Era el taxista. Fox asintió para hacerle saber que ya salía. El hombre se entretuvo a contemplar la escena. El inspector dejó la agenda en su sitio, asegurándose de que todo quedaba tal como lo había encontrado —a excepción de la fotografía que había tomado prestada—, y se fue.

El conductor se excusó.

—No es que me importe, pero el taxímetro marca ya treinta libras...

—No hay problema —le dijo Fox.

Cerró la puerta principal de la casa y deslizó la llave bajo el tiesto.

—¿Volvemos al punto de partida? —preguntó el taxista.

—Eso es —respondió Fox mientras se acomodaba en el asiento del acompañante.

Ahora, las llamadas realizadas a casa de Ray Scholes y desde ella quedarían registradas y grabadas. La noticia llegó a través de un mensaje de texto remitido por Evelyn Mills. También habían contactado con el proveedor de red de su teléfono móvil, y dentro de poco tendrían acceso a la información de las llamadas entrantes y salientes, pero no a las llamadas propiamente dichas, a menos que llevaran la solicitud más allá e invirtieran dinero y personal en ello.

Fox había logrado hablar con Bob McEwan, a quien le anunció la muerte de Alan Carter. McEwan parecía distraído —salía de una reunión presupuestaria y le aguardaba otra—, y agradeció a Fox el *input*, una palabra que probablemente había aprendido en la reunión anterior.

Fox le dijo a Kaye que intentaría localizar a Ray Scholes, pero que ahora tenía otro cometido: el despacho de la comisaria Isabel Pitkethly.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó esta, quitándose las gafas y frotándose los ojos.

—Me resulta un poco incómodo —respondió Fox.

Pitkethly mostró un interés repentino, y se resituó las gafas para estudiarlo mejor. Cuando le indicó con gestos que se sentara, Fox hizo lo que le pedía, y restregó las manos contra la pernera del pantalón.

—¿Y bien? —preguntó la comisaria, con los codos apoyados en la mesa y las palmas de las manos juntas.

—Al parecer, el tío de Paul Carter se ha suicidado.

—Estoy al corriente de ello.

—Ocurrió poco después de recibir una llamada telefónica de su sobrino...

Pitkethly meditó sus palabras unos instantes.

—¿Y eso qué importa?

—No tenían una relación muy estrecha —continuó Fox—. Sería bueno averiguar por qué Paul realizó esa llamada.

Pitkethly se recostó en la silla.

—¿Por qué? ¿Qué cambia eso?

—Puede que nada —reconoció Fox.

—Y, en todo caso, ¿cómo sabe que se produjo esa llamada?

—Marqué el 1471.

—¿Desde la casa del difunto? ¿Y qué demonios lo llevó hasta allí, inspector?

Fox no encontraba una respuesta, de modo que guardó silencio.

—Eso está fuera de sus competencias —le advirtió Pitkethly.

En ese momento alguien llamó a la puerta y asomó la cabeza el sargento Michaelson. Iba a decir algo, pero rectificó al ver que Pitkethly estaba acompañada.

—Volveré en otro momento —dijo.

—¿Qué sucede, Gary?

Michaelson pareció sopesar sus opciones, pero no le entusiasmaba decirlo.

—La cuestión es que Alan Carter no puede estar muerto, señora.

Pitkethly lo miró.

—¿Qué?

—Que no puede estar muerto.

—¿Por qué no?

Fue Fox quien formuló la pregunta y no Pitkethly.

—Porque la pistola que utilizó no existe. No está en circulación desde hace unos veinte años.

—Eso que dice no tiene ningún sentido.

Michaelson le mostró una hoja de papel. Fox no pudo distinguir si se trataba de un fax o de un correo electrónico impreso. El agente se acercó a la mesa de la comisaria y se la entregó. Pitkethly se tomó su tiempo para leer el texto completo y entonces miró a Fox.

—Terminaremos nuestra pequeña charla más tarde.

Pitkethly se puso en pie y Michaelson se fue con ella. Fox los siguió unos

pasos hasta que ella lo detuvo.

«No es competencia suya» fue todo cuanto dijo antes de dirigirse al DIC. Michaelson volvió la vista y dedicó a Fox una enorme y fría sonrisa de satisfacción.

Fox frunció los labios mientras los veía alejarse. Entonces tuvo una idea.

Alec Robinson tardó un rato en responder al intercomunicador. Fox dedujo por qué.

—¿Se ha enterado? —dijo Robinson.

—De algo —trató de escabullirse Fox—. Me ha sorprendido lo rápido que ha ocurrido todo.

Robinson asintió.

—No hay tantas armas en Fife —explicó—. El registro se informatizó el año pasado. No entiendo por qué lo fecharon con antelación, pero así fue.

Fox no acababa de comprenderlo.

—Hace veinte años... —dijo.

—Como le indicaba, no salimos a la calle con muchas armas de fuego.

—No, pero cuando lo hacen... —Fox todavía daba palos de ciego.

—Se desguazaban y se fundían; así se hacía antes, una o dos veces por año, cuando había suficientes como para que mereciera la pena.

Fox asintió.

—Y según los archivos ¿esa pistola fue desechada?

Robinson lo miró.

—Creí que lo sabía.

—Solo estoy parcialmente informado. —Fox se cruzó de brazos—. Entonces ¿cómo es posible que aparezca de repente en casa de Alan Carter? A lo mejor la robó...

Robinson se encogió de hombros.

—No sabría decirle si llegó a estar en el arsenal. De todos modos, las armas no se guardaban aquí. Diría que estaban en Glenrothes.

Fox exhaló ruidosamente.

—Es un misterio —dijo.

—Exacto —coincidió Robinson. Luego, clavando la mirada en Fox—: No me diga que ahora se abrirá otra investigación. Lo que nos faltaba...

—Unas chicas muy simpáticas —observó Tony Kaye.

—Mucho —añadió Joe Naysmith.

Se encontraban de nuevo en la sala de interrogatorios, los tres sentados en torno a la mesa con vasos de té.

—Son peluqueras.

—Aunque Billie es jefa de estilismo y Bekkah aún no ha llegado tan lejos.

—Suerte que la peluquería estaba tranquila. Pudimos arrancarles veinte minutos en la privacidad de la cabina de rayos uva. Pero no te preocupes, no estaba encendida.

—Parece que Bekkah se ha pasado un buen rato allí —dijo Naysmith.

—Tiene buen tipo, si no es un comentario sexista.

Fox vio que sus compañeros habían disfrutado.

—Le gustaría probar en el mundo de la moda —le informó Naysmith.

—Id al grano —masculló Fox.

—Bueno... —comenzó Naysmith, pero Kaye se hizo con las riendas de la historia.

—Noche de farra. Empieza con el equipo de la peluquería al completo. Hay pocas bajas por el camino. Comida china y luego unos pubs y una discoteca. Es pasada la medianoche, y proponen volver a casa dando un paseo. Bekkah tiene que hacer sus necesidades y se mete en un callejón. Llega un coche. Es Paul Carter. Se identifica y dice que están detenidas por escándalo público o algo así. Billie pregunta si en lugar de eso no las puede llevar a casa. Carter dice que tal vez sí, pero que tendrían que pasar un rato con él en el asiento trasero. La agarra de sus partes. Ella lo aparta y entonces

él le pregunta si quiere pasarse la noche entre rejas. Les plantea la misma oferta. Le dicen que se vaya a paseo, y él vuelve al coche y llama por radio. Aparece un coche patrulla y las meten en una celda para que se recuperen de la borrachera. En ese momento vuelve Carter y les reitera su oferta: se retirarán todos los cargos si le «rascan la espalda». Se niegan en redondo.

—Billie le dijo que su novio era guardaespaldas —intervino Naysmith.

—Como si eso amedrentara a Carter.

Fox se rascó la barbilla.

—El tío de Carter dirigía una empresa de seguridad —dijo.

—¿Y?

Fox se encogió de hombros.

—Conjeturas.

—Siempre podemos visitar de nuevo a las chicas y preguntarles. —Kaye miró a Naysmith, quien no parecía del todo reacio a la idea—. En cualquier caso, eso es más o menos todo. Por la mañana salieron en libertad sin cargos. Ni rastro de Carter.

—Pero ¿no presentaron denuncia?

—Hasta que leyeron lo de Teresa Collins, no. —Kaye hizo una pausa—. ¿Cómo está, por cierto? ¿Hay noticias?

—No he preguntado. Han ocurrido algunas cosas por aquí.

Fox les contó lo sucedido. Naysmith parecía el más interesado, formulando preguntas y pidiéndole que repitiera algunos fragmentos para comprenderlo mejor. Kaye se mostró abatido en todo momento.

—¿Qué? —le preguntó Fox al final.

—Odio tomar partido por Pitkethly, pero lleva razón. ¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros?

—Paul Carter regresa a la ciudad y al día siguiente su tío se suicida. ¿No te parece que hay algo sospechoso?

—Lo haya o no, estamos aquí para investigar a tres agentes, y resulta que

ninguno de ellos es Paul Carter. Informamos de nuestras averiguaciones y nos vamos a casa.

—De modo que la pistola —se dijo Joe Naysmith— debía destruirse pero es evidente que no fue así. Tienen que llevar registros de esas cosas.

Kaye extendió los brazos a modo de falsa súplica.

—Este caso no es nuestro —dijo poniendo igual énfasis en cada palabra—. No lo es.

—Puede que esté relacionado —replicó Fox—. Hay que indagar un poco, nunca se sabe...

—¿Trabajaba Alan Carter en el equipo de destrucción de armamento? —preguntó Naysmith.

—Estoy seguro de que el Departamento de Investigación Criminal lo está investigando —dijo Kaye—. Porque a eso se dedica el DIC. En cambio, nosotros somos Asuntos Internos.

En ese instante se abrió la puerta. Fox estaba a punto de protestar cuando de pronto se dio cuenta de que era la comisaria Pitkethly.

—Tengo que hablar con usted —anunció, señalando a Fox. Luego, dirigiéndose a Kaye y Naysmith—: ¿Alguno de ustedes vio o habló con Alan Carter antes de su muerte?

—Ni antes ni después —respondió Kaye meneando la cabeza.

Pitkethly le lanzó una mirada fulminante.

—Pues venga solo usted —le dijo a Fox—. A mi despacho... A menos que prefiera hablar aquí.

Fox le confirmó que prefería el despacho. La comisaria se dio la vuelta y Fox la siguió. Ya estaba sentada a su mesa cuando el inspector llegó. Le pidió que cerrara la puerta y, cuando ya se disponía a sentarse, ella le ordenó que se quedara de pie. Sostenía una pluma en la mano, que estudió mientras hablaba.

—Puede que sea usted la última persona que vio a Alan Carter con vida, inspector. Eso significa que al DIC le gustaría hacerle unas preguntas.

—No lo veo muy factible teniendo en cuenta que dirigió una investigación contra tres de ellos.

—Por eso lo interrogaré yo misma. —Hizo una pausa—. Siempre que todo esté en orden.

Fox no contestó y Pitkethly alzó la vista. Entrecerró los ojos y desvió de nuevo la atención a la pluma.

—¿Por qué lo visitó?

—Porque él presentó la demanda original contra Paul Carter.

—Eso no lo relaciona con Scholes, Haldane y Michaelson. Y, a propósito, Haldane se encuentra mucho peor desde su visita, así que gracias.

De nuevo, Fox decidió no hacer comentarios.

—¿De qué habló con Alan Carter? ¿Qué impresión le causó?

—Me cayó bien. No fue esquivo. Un anfitrión hospitalario.

—¿Lo vio inquieto en algún sentido?

—Yo diría que no. —Fox hizo una pausa—. Hay algo más, ¿verdad?

—Por lo visto, alguien en el Departamento Forense ha estado viendo *CSI*. Fue ella la que encontró el revólver...

—¿Y...?

—Y tiene algunas dudas sobre las huellas.

—¿Las huellas de la pistola?

—No se emocione demasiado. Son solo un par de anomalías.

Fox rememoró la escena: Ray Scholes ya estaba allí; había cosas tiradas por el suelo y el revólver se encontraba parcialmente oculto bajo una revista... Recordó a Alan Carter deambulando por el salón, preparando el té, ofreciéndole una taza...

—Carter era diestro —dijo Fox.

—¿Qué?

—¿La pistola estaba a su izquierda? Se desplomó sobre la mesa, y tenía la pistola a la izquierda, no a la derecha.

Pitkethly miró a Fox.

—¿No es una de las anomalías? —trató de adivinar.

—No —reconoció ella mientras anotaba algo.

—Entonces ¿qué...?

—Las huellas encontradas en la pistola son las de Alan Carter, y de nadie más. Justo en medio de la culata se aprecia una huella del pulgar.

Fox fingió coger un revólver y colocó el dedo en lo alto de la empuñadura. Intentó bajarlo, pero el gesto resultaba torpe.

—Y se ve parte de una huella en medio del cañón —apostilló Pitkethly antes de depositar la pluma sobre la mesa y cruzarse de brazos.

—¿No hay más huellas?

—¿Está seguro de que no le preocupaba nada?

Fox negó con la cabeza.

—Pero es probable que en ese momento no supiera que a su sobrino lo habían puesto en libertad.

—No nos dejemos llevar, Malcolm.

Le sorprendió que se dirigiera a él por su nombre de pila. Lo necesitaba. Lo necesitaba a su lado.

—Tiene que traer a Paul Carter —susurró él.

—No puedo hacer eso.

No podía llevarlo a su propia comisaría para que lo entrevistaran sus amigos.

—Puedo hacer las preguntas yo —propuso Fox.

Pitkethly reiteró su negativa.

—Ustedes son Asuntos Internos. Esto... Esto es otra cosa.

Cuando la miró, ella le correspondió.

—No hay ninguna prueba de que Alan Carter no apretara el gatillo —dijo en un tono pausado.

—Pero igualmente...

—Hay anomalías —insistió Pitkethly—. Carter dirigía una empresa de seguridad. Puede que tuviese enemigos.

—Además, estaba investigando un viejo caso.

—¿Cómo?

—Estaba rodeado de la documentación cuando murió. ¿No se lo mencionó Scholes?

—Dijo que la casa era un vertedero...

—Estaba bastante ordenada cuando yo fui. Pero después parecía que alguien la hubiese registrado. Los primeros en llegar al escenario fueron Scholes y Michaelson. Este llevó a Teddy Fraser a casa y Scholes se quedó solo...

Pitkethly cerró los ojos y se frotó las cejas con el pulgar y el índice. Fox se sentó al otro lado de la mesa.

—Se acabó la luna de miel —le dijo—. Tiene que tomar algunas decisiones importantes. La primera probablemente sea llamar a Jefatura. Si conoce a alguien allí, hable primero con ellos.

Pitkethly asintió y abrió de nuevo los ojos. Entonces inspiró un par de veces y levantó el auricular del teléfono.

—Eso es todo, inspector —dijo con firmeza.

Pero hubo una sonrisa momentánea de agradecimiento cuando Fox se levantó.

En el coche, de camino a Edimburgo, Naysmith le preguntó a Fox si todavía necesitaba información sobre Francis Vernal.

—Puedo buscarla esta noche en casa —dijo.

—Gracias —respondió Fox.

—Y, por si Kirkcaldy te parece aburrido...

Naysmith sacó un impreso doblado del bolsillo y se lo entregó.

—Esto es lo que ya he descubierto sobre el lugar.

Era un artículo de prensa sobre un agente del servicio secreto yugoslavo, a quien habían enviado a Kirkcaldy en 1988 para asesinar a un disidente croata. La historia reapareció en las noticias porque el crimen se abortó, encarcelaron al pistolero y ahora este aseguraba disponer de información sobre el asesinato del primer ministro sueco, Olof Palme.

Fox leyó el artículo en voz alta a Tony Kaye.

—Increíble —fue su único comentario antes de encender la radio.

—Alex Harvey otra vez —protestó Naysmith.

—El sensacional Alex Harvey —corrigió Kaye, tamborileando con los dedos sobre el volante—. Un elemento básico de tu educación musical, joven Joseph.

—Terroristas y chiflados, ¿eh? —dijo Naysmith con la mirada clavada en Malcolm Fox—. No hay manera de quitárselos de encima.

—Cierto —respondió Fox mientras leía el artículo por segunda vez.

Decidieron tomar una copa en Minter's. Era media tarde y el lugar estaba muerto. Fox salió del local y llamó a las oficinas de Mangold Bain.

—Me temo que la agenda del señor Mangold está llena —le dijeron.

—Me llamo Fox. Soy inspector de Lothian y Borders. Si no puede hacerme un hueco hoy, dígame que es un asunto relacionado con Alan Carter.

Le dijeron que esperara. La voz cadenciosa de la mujer fue sustituida por *Las cuatro estaciones* de Vivaldi durante un minuto.

—¿A las seis? —preguntó—. El señor Mangold dice si le parece bien el New Club. Tiene otra reunión allí a las seis y media.

—Pues tendrá que parecerme bien entonces —repuso Fox, complacido en secreto.

El New Club era una de esas instituciones de Edimburgo de las que había oído hablar pero que nunca había tenido ocasión de visitar. Sabía que se encontraba en Princes Street y que estaba lleno de abogados y banqueros que huían de sus respectivas esposas.

Cuando volvió a entrar en el bar, Kaye y Naysmith querían saber si debían volver a la oficina o podían dar la jornada por terminada. Fox consultó el reloj. Todavía no eran las cuatro, pero asintió. Eran libres.

—Eso merece otra copa —aseguró Kaye antes de vaciar el vaso—. Y te toca pagar a ti, Joseph.

Naysmith se levantó de la mesa y preguntó a Fox si quería otro zumo de tomate. El inspector hizo un gesto afirmativo.

—Otro sitio al que ir —dijo, echando un vistazo al televisor que colgaba en lo alto del bar.

El presentador local estaba contando a los espectadores que no disponían de más información sobre la explosión que se había producido en los bosques de Lockerbie.

—Esa es la idea que tiene algún cabrón enfermo de lo que es una broma —farfulló Kaye—. A menos que pienses que los yugoslavos han vuelto, Joe...

Media hora después, Fox se encontraba en Lauder Lodge. Cuando abrió la puerta de la habitación de su padre, vio que Mitch tenía visita. Había media botella de Bell's abierta sobre la repisa de la chimenea.

—Eh, papá —dijo Fox.

Su padre parecía rebotante de vida. Iba vestido y le brillaban los ojos.

—Malcolm —dijo Mitch mientras señalaba con la cabeza al visitante—, ¿te acuerdas de Sandy?

Malcolm fue a estrechar la mano a Sandy Cameron. Los tres habían ido juntos a algunos partidos de los Hearts cuando Malcolm era apenas un niño, y a su padre le gustaba recordarle que, en su día, Sandy estuvo a punto de convertirse en jugador profesional. Años después, ambos habían jugado a la petanca en recintos cerrados con un equipo de la liga local.

—Es una medida decente —soltó Fox mientras Cameron cambiaba el vaso de mano para poder ofrecer la derecha.

—Whisky con limonada —explicó Cameron, e inclinó la cabeza hacia una botella de Barr's que había en el suelo, junto a la silla.

—No sé cómo puedes diluirlo —se quejó Mitch Fox antes de vaciar su vaso.

—A lo mejor deberías aprender a hacerlo, papá —le reprendió Malcolm, quien cogió otra silla y se unió a ellos—. ¿Qué tal está, señor Cameron?

—No me puedo quejar, hijo.

—Sandy estaba recordando la pista de patinaje —dijo Mitch.

Fox supo que eran historias que había oído al menos media docena de veces.

—Eras un patinador fantástico, Sandy. Podrías haber sido profesional.

—Me encantaba —respondió Cameron, y se sonrió—. Y el fútbol...

Pero Fox sabía que al final se había convertido en delineante. Se casó con Myra y tuvieron dos hijos. Una vida satisfactoria.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Mitch a su hijo—. Creía que estabas haciendo algo en Fife.

Fox rebuscó en el bolsillo y sacó la fotografía.

—He encontrado esto —dijo, y le tendió la instantánea.

Su padre intentó concentrarse con un gesto exagerado, sosteniendo la imagen tan lejos como le permitía su brazo. Entonces buscó en el bolsillo de su rebeca las gafas de lectura.

—Ese es Francis Vernal —afirmó.

—Pero ¿quién es el de al lado?

—¿Es Chris? —se preguntó su padre, alzando la voz ante tamaña sorpresa—. Es Chris, ¿verdad?

—Eso parece —respondió Fox.

Mitch le entregó la foto a su viejo amigo.

—Es Francis Vernal —confirmó Cameron—. ¿Quién dices que es el otro?

—Un primo mío —explicó Mitch—. Se llamaba Chris. Murió joven en un accidente de moto.

—¿Y cómo es que conocía a Vernal? —preguntó Fox.

—Chris era delegado sindical en los astilleros.

—¿Y miembro del Partido Nacional Escocés?

—Eso también.

—Una vez vi a Vernal pronunciar un discurso —añadió Cameron—. En un instituto de mineros no sé dónde. Lasswade, tal vez. «Alborotador» es la palabra que me viene a la mente.

—No lo recuerdo —reconoció Fox—. Yo era adolescente cuando murió.

—Por aquel entonces corrían rumores —continuó Cameron—. Su mujer...

—Malditas habladurías —dijo Mitch con tono despectivo—. Para lo único que sirven es para vender periódicos. —En ese momento miró a su hijo—. ¿Dónde has encontrado esto?

—Hay un expolicía en Fife que estaba interesado en Vernal.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. —Fox se detuvo a pensar unos instantes—. ¿En qué año murió Chris?

Su padre intentó recordar.

—Fue en el setenta y cinco o el setenta y seis... A finales de 1975, diría. Fuimos al crematorio de Kirkcaldy, y después, a comer a un hotel que estaba cerca de la estación. —Mitch había cogido la foto y estaba escrutándola—. Nuestro Chris era un muchacho fantástico.

—¿No llegó a casarse?

El padre de Fox negó con la cabeza.

—Siempre me decía que le gustaba vivir con libertad, en paz. Así podía montarse en la moto y salir a explorar.

—¿Dónde fue el accidente?

—¿Por qué estás tan interesado de repente?

Fox se encogió de hombros.

—¿Estás trabajando como los policías de verdad, para variar? —Mitch se volvió hacia Cameron—. Dentro de uno dos años, Malcolm estará otra vez en el DIC.

—Ah, ¿sí? Entonces ¿lo de Asuntos Internos no es un trabajo para siempre?

—Creo que Malcolm preferiría que fuese así.

—¿Qué se supone que significa eso?

Fox no pudo disimular su irritación.

—Allí nunca has sido feliz —le dijo su padre.

—¿Y quién lo dice?

—Estarás un poco oxidado para cuando tengas que volver al trabajo de investigador —intervino Cameron.

—Lo que hago ahora es investigar.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad? —prosiguió su padre.

—Es exactamente lo mismo.

Su padre meneó la cabeza lentamente y, por un momento, reinó el silencio en la habitación.

—Alborotador —repitió Cameron. Parecía estar pensando de nuevo en el

discurso de Francis Vernal—. Se te ponían los pelos de punta. Si nos hubiera pedido que avanzáramos hasta las líneas enemigas, lo habríamos hecho, armados o desarmados.

—Un año lo vi en la marcha de James Connolly —informó Mitch—. Yo no solía prestar atención a esas cosas, pero un amigo quería asistir al mitin. Leith Links, creo que se llamaba. Francis Vernal se levantó para hablar, y es cierto, Sandy, tenía un don. No digo que estuviese de acuerdo con él, pero lo escuché.

—La gente lo comparaba con Jimmy Reid —señaló Cameron.

—A mí me parecía mejor. No había «camaradería» en su discurso.

—Pero en aquel momento parecía una causa perdida, ¿no? —añadió Fox, aliviado por no ser ya el centro de atención—. Me refiero al nacionalismo.

—Eran tiempos extraños —dijo Mitch—. Había mucha rabia. Había explosiones... —Se había servido otro whisky y la botella estaba prácticamente vacía—. Yo siempre fui laborista, pero recuerdo que tu madre estaba obsesionada con el PNE. Solían reclutar a gente a las puertas de los conciertos de folk.

—Ocurría lo mismo en los cines cuando proyectaban *Braveheart* —añadió Cameron.

—Sin embargo, Malcolm siempre ha sido apolítico —dijo Mitch Fox—. Puede que le preocupara sacar la cabeza del agujero, o al menos de los libros de texto...

Fox estaba contemplando el whisky de su padre.

—¿Lleva un poco de agua? —preguntó.

—Al infierno con el agua.

El New Club era difícil de encontrar. Fox siempre había confundido el edificio con el de la Royal Overseas League, y la mujer de recepción le

indicó que debía desandar Princes Street. Amenazaba tormenta. Estaban construyendo una línea de tranvías, pero las obras iban con retraso, ya que los contratistas tenían problemas con el ayuntamiento por los pagos. Había trabajadores formando cola en las paradas de autobús, con ganas de llegar a casa. Tampoco ayudaba mucho que pocas tiendas de Princes Street tuviesen numeración. Él buscaba el 86, pero volvió a pasarse de largo y tuvo que deshacer lo andado una vez más. A la postre, junto a un cajero automático, vio una puerta oculta de madera barnizada. Tenía un ventanuco encima y apenas si alcanzaba a distinguir el nombre que había tallado en ella. Llamó al timbre y al final le permitieron entrar.

Esperaba encontrar unas salas pequeñas y recargadas de estilo victoriano, pero el interior era amplio y moderno. Un portero uniformado le anunció que estaban esperándolo y lo acompañó por una escalinata. Había varios ancianos, algunos de ellos sentados en una butaca leyendo el periódico. Fox pensaba que su destino sería un salón o un bar, pero en realidad era una sala de reuniones bien pertrechada. Encontró a Charles Mangold sentado a una gran mesa circular con una botella de agua frente a él.

—Gracias, Eddie —le dijo al portero, quien hizo una reverencia y los dejó solos.

Mangold se levantó y estrechó la mano de Fox.

—Charles Mangold —dijo, a modo de presentación—. Inspector Fox, ¿verdad?

—Así es.

—¿Le importaría mostrarme alguna identificación?

Fox satisfizo su demanda.

—Me temo que toda precaución es poca.

Mangold le devolvió la cartera y le indicó que tomara asiento.

—Olvidé decirle a Eddie que nos trajera algo para beber...

—El agua bastará, señor.

Mangold sirvió un vaso para cada uno mientras Fox lo estudiaba. Era corpulento, tenía poco más de sesenta años, se había quedado calvo y llevaba gafas. Lucía un traje oscuro, una camisa amarillo pálido con gemelos de oro y una corbata a rayas diagonales marrones y azules. Su aire confiado resultaba casi petulante. O puede que la palabra adecuada fuese «autoritario».

—¿Había estado aquí antes? —preguntó.

—Es la primera vez.

—La mayoría de los clubes han cerrado, pero por alguna razón este lugar sigue adelante. —Bebió un sorbo de agua—. Lamento no poder dedicarle mucho tiempo, inspector. Como le habrá informado mi secretaria...

—Tiene otra reunión a las seis y media.

—Sí —confirmó Mangold, consultando el reloj.

—¿Sabía que Alan Carter está muerto, señor Mangold?

El abogado guardó silencio unos momentos.

—¿Muerto?

—Anoche se pegó un tiro en la cabeza.

—Dios bendito.

Mangold miró hacia una de las paredes revestidas de madera.

—¿De qué lo conocía?

—Estaba realizando un encargo para mí.

—¿Sobre Francis Vernal?

—Sí.

—¿Hacía mucho que conocía al señor Carter?

—Apenas lo conocía.

Mangold pareció sopesar cuáles serían sus próximas palabras. Fox se tomó su tiempo, bebiendo del vaso.

—Hace algún tiempo apareció un artículo dedicado a él en *The Scotsman* que hablaba de varios intereses empresariales. Mencionaba que era expolicía y que había intervenido de algún modo en la investigación original.

—¿Se refiere a la investigación sobre Francis Vernal?

Mangold asintió.

—No es que averiguaran gran cosa. Todo el mundo dio por hecho que era un suicidio. Ni siquiera hubo una investigación sobre el accidente mortal.

—Un poco extraño —indicó Fox.

—Sí —coincidió Mangold.

—¿Diría que hubo tapadera de algún tipo?

—Esa es la verdad que he estado persiguiendo, inspector.

—¿Veinticinco años después? ¿Y por qué ha esperado tanto tiempo?

Mangold inclinó ligeramente la cabeza, como si reconociera la agudeza de la pregunta.

—Imogen no se encuentra bien —respondió.

—¿Es la viuda de Vernal?

—Dudo que siga con nosotros dentro de seis meses o un año, y sé que los periódicos volverán a sacarlo a relucir.

—¿Las historias que aseguran que fue ella la culpable?

—Sí.

—¿Usted no lo cree?

—Por supuesto que no.

—¿Trabajó usted con el señor Vernal?

—Mucho tiempo.

—¿Era amigo suyo o de su mujer?

Mangold miró a Fox con dureza.

—No sé si debo pasar por alto esa insinuación.

—Pues no lo haga.

—Mire, lamento que Alan Carter haya muerto, pero ¿exactamente qué tiene que ver eso conmigo?

—Imagino que querrá hacerse cargo de todo su material de investigación. Puede que deba acostumbrarse a unas cuantas salpicaduras de sangre, eso sí...

Fox parecía estar preparándose para levantarse de la silla y marcharse.

—A Francis Vernal lo asesinaron —espetó Mangold—. Y nadie ha hecho nada al respecto. Si no tuviera más conocimiento, diría que los agentes de la época fueron algo más que negligentes.

—¿Lo cual significa...?

—Lo cual significa que estaban implicados. Cuando descubrieron que había sido tiroteado, retiraron su coche del lugar y se eliminaron todas las pruebas. Tardaron un día entero en encontrar la pistola. ¿Lo sabía? Estaba en el suelo, a veinte metros del punto en donde se había detenido el coche. —Mangold hablaba rápido, como si necesitara exteriorizar las palabras—. Francis no tenía pistola, por cierto. Había documentos de su maletín esparcidos cerca de allí. La ventanilla trasera del coche estaba destrozada, pero el parabrisas no. Faltaban cosas.

—¿Qué cosas?

—Para empezar, el tabaco. Fumaba dos paquetes diarios. Y un billete de cincuenta libras que llevaba siempre. Eran sus honorarios desde el primer caso que llevó. —Mangold se pasó una mano por la cabeza y miró a Fox—. No es usted como esperaba... En absoluto.

—¿En qué sentido?

—Pensé que venía a advertirme. Pero es usted... demasiado joven como para haber formado parte de ello. Y su identificación dice Ética Profesional. Eso significa «corrupción policial», ¿verdad?

—Significa «quejas contra el Cuerpo de Policía».

Mangold asintió lentamente.

—Francis Vernal debería estar de actualidad, inspector. Hay muchas lagunas en la investigación original...

—¿Estaba realizando algún progreso el señor Carter?

—Alguno. —Mangold reflexionó unos instantes—. No demasiados —

reconoció—. Muchos implicados ya no están con nosotros. Dudo que hubiera aceptado el trabajo si Gavin Willis estuviera vivo.

—¿Quién es Gavin Willis?

—El mentor de Alan. Era inspector cuando murió Francis y dirigió la investigación. Solo tenía unos diez años más que Alan, pero este lo admiraba.

—Mangold se inclinó un poco hacia delante, como si estuviera preparándose para compartir una confidencia—. ¿Le habló Alan de la casa?

—No.

—Pertenece a Gavin Willis. Cuando murió, la compró Alan. Así de unidos estaban.

—En cuyo caso —dijo Fox—, Carter no iba a manchar el nombre de Willis.

—No estoy tan seguro. A la gente le gusta llegar al fondo de las cosas, ¿no le parece, inspector?

—¿Y qué va a hacer ahora que ha perdido a su investigador?

—Buscar a otro —respondió Mangold, taladrando con la mirada a Fox.

En ese momento llamaron a la puerta, y Eddie, el portero, anunció que había llegado el primer invitado de Mangold. Este se levantó, rodeó la mesa, le estrechó la mano a Fox y le agradeció la visita.

—Es una lástima que las circunstancias no hayan podido ser distintas...

Fox asintió de manera apenas perceptible y permitió que Eddie le mostrara el camino escaleras abajo.

Justo frente a la puerta principal, un recién llegado le estaba entregando su abrigo a un portero mientras hablaba del tiempo. Miró a Fox como si esperara un saludo. Al final, lo único que recibió Fox fue una breve inclinación de cabeza.

—¿Estará usted en su lugar habitual, juez Cardonald? —preguntó el portero—. Le llevaré su copa.

—Sí, donde siempre —respondió Cardonald.

Fox se detuvo y lo observó mientras subía las escaleras. El juez Colin Cardonald: el hombre cuya decisión había dejado en libertad a Paul Carter. No le apetecía comida para llevar o de microondas, así que decidió ir a un restaurante de Morningside, un italiano con abundante pescado fresco en el menú. El periódico vespertino lo mantuvo ocupado unos diez minutos, tras lo cual intentó fingir desinterés en los demás comensales. En realidad, estaba pensando. Trataba de no hacerlo, pero pensaba de todos modos.

En Ray Scholes y Paul Carter.

En Paul Carter y su tío.

En Alan Carter y Charles Mangold.

En Vernal y Chris Fox.

En Chris y Mitch.

En Mitch y en sí mismo.

Lo cual desembocó de nuevo en Scholes y Carter. Era normal que la cabeza le diera vueltas; en ella estaba celebrándose un baile, una danza tradicional escocesa con demasiadas parejas y poco espacio. Cuando llegó el camarero con semblante preocupado y preguntando si todo estaba bien, Fox se dio cuenta de que apenas había tocado el primer plato.

—Todo bien —respondió Fox, que luego se sirvió otra cucharada de rape.

«Allí nunca has sido feliz...».

«Entonces estarás un poco oxidado...».

¿Debería haber planteado un argumento más sólido? ¿Haberse defendido de semejante acusación? Eran dos hombres con un par de copas encima. ¿Qué sentido tenía? Volvió a recordar sus días en el Cuerpo de Policía, antes de ingresar en Asuntos Internos. Había sido diligente y escrupuloso. Nunca fue un haragán. Había invertido horas, lo habían alabado por su documentación intachable y por su capacidad para dirigir un equipo: sin egos ni héroes. No había sido infeliz. Había aprendido mucho y no tuvo

problemas. Si surgía uno, o bien lidiaba con él o bien se aseguraba de mantenerlo lo más lejos posible.

«Idóneo para Investigación de Conducta», concluían al final sus evaluaciones. Pero ¿era algo positivo o era la manera que tenía el DIC de decirle que no encajaba allí?

Demasiado escrupuloso.

Demasiado dispuesto a evitar los problemas.

Cuando logró llamar la atención del camarero, le dijo que había terminado.

—No tenía tanta hambre como pensaba —añadió, a modo de disculpa.

De vuelta en casa, encendió el televisor y encontró varios canales basura. Las noticias estaban dedicadas a una boda real y poco más. Fox aguantó diez minutos y fue en busca de su ordenador. Sabía que podía esperar al día siguiente: Joe Naysmith cumpliría su palabra. De todos modos, tecleó el nombre de Francis Vernal en el motor de búsqueda y accedió al primero de los 17.250 resultados.

Media hora después llegó un mensaje de texto de Tony Kaye.

Otra explosión. Un imitador. Esta vez en Peebles. ¡Malditos críos!

Fox no sabía qué responder, así que volvió a fijar la atención en la pantalla del ordenador.

«Imitador... Malditos críos...».

Como de costumbre, Tony Kaye veía lo que quería ver. Fox no estaba tan seguro.

CINCO

Había un área de descanso cerca del lugar donde el coche de Francis Vernal se había salido de la carretera. Se había erigido un monumento de piedra con una placa que conmemoraba a «un patriota». Alguien había dejado incluso un ramo de flores ya marchitas. Posiblemente estaban allí desde el aniversario del accidente. Tal vez fuese obra de Mangold, que lo entregara en su nombre y el de la viuda de Vernal.

Fox había llevado su coche a Fife aquella mañana y, tras desviarse de la M90 y evitar Glenrothes, se dirigió a lo que venía en llamarse el «East Neuk», una zona de pueblos pesqueros populares entre los pintores y los aficionados a las caravanas. Lundin Links y Elie, Saint Monans y Pittenweem, y luego Anstruther, pronunciado «Ainster» por los lugareños. Francis Vernal había fallecido en un tramo de la B9131, al norte de Anstruther. No jugaba al golf, pero tenía una casa de fin de semana a las afueras de Saint Andrews. Nadie sabía a ciencia cierta por qué se había apartado de la A915, una ruta más rápida. La única teoría era que quisiera realizar una parada para tomar unas fotos. Tras alejarse de la costa, todo eran tierras de cultivo y bosques. Era imposible averiguar con qué árbol había colisionado el coche. Otra teoría era que el vehículo había patinado a causa del barro que dejaban los tractores en la carretera. Bien, Fox podía aceptarla. Pero después había ocurrido algo. No todo el mundo que estrellaba su coche sentía el impulso de empuñar una pistola. ¿Era presa Vernal de su estilo de vida? Estrés, un matrimonio inestable, demasiada bebida. El alcohol le haría salirse de la carretera. Puede que quisiera acabar con todo. Pero seguía con vida, así que buscó el revólver en la guantera.

Un revólver: el mismo tipo de arma que utilizó Alan Carter.
Que utilizó o que utilizaron contra él.

Fox acarició el monumento con los dedos. A lo largo de los años, algunos niños habían grabado sus nombres en él. Varios kilómetros atrás lo habían adelantado a toda velocidad un par de coches trucados, con el equipo de música a todo volumen, tal vez pilotados por «Cambo», «Ali», «Desi» o «Pug». Fox se irguió y respiró hondo. No era mal sitio; irradiaba paz. A lo lejos se escuchaba el zumbido de la maquinaria agrícola y el graznido desganado de algunos cuervos. Se percibía el olor de la tierra recién removida. Nadie había dejado un ramo en los árboles. Ningún informativo había podido ofrecer una fotografía del coche *in situ* y parece que incluso las escasas imágenes monocromas del lugar eran especulativas. Mangold tenía razón: el Volvo había sido retirado y trasladado a un desguace local antes de que se pudieran realizar los exámenes forenses. Los primeros artículos de prensa ni siquiera mencionaban el suicidio. Fue un «trágico accidente» que arrebató al país «un talento político brillante». Las necrológicas eran abundantes, pero se ceñían al mismo guion anodino. Años después se había publicado un libro que dedicaba medio capítulo a la «misteriosa muerte» del «activista político Francis Vernal». El volumen era un sucinto compendio de crímenes escoceses sin resolver, pero no arrojaba pistas. Por el contrario, el autor formulaba nuevas preguntas, las mismas que Fox se había planteado la noche anterior leyendo en Internet. Había impreso numerosos artículos y había agotado un cartucho de tinta, que tuvo que cambiar. De nuevo en el coche, levantó la pesada carpeta del asiento del acompañante y pensó en abrirla. Pero entonces le vibró el teléfono, lo cual significaba que había llegado un mensaje de texto. Era de Tony Kaye.

Ha ocurrido algo.

Fox llamó a Kaye, pero este no respondía. Metió la llave en el contacto, dio

un giro de ciento ochenta grados y puso rumbo a Kirkcaldy.

El aparcamiento de la comisaría estaba abarrotado, así que dejó el coche en la calle. En el suelo había una línea amarilla. Cruzó los dedos para que no le pusieran una multa. El cartel situado junto al mostrador de recepción anunciaba que el estado de alerta había pasado de «moderado» a «considerable». El almacén se hallaba abierto y vacío, de modo que se dirigió a la sala de interrogatorios. Al abrir la puerta vio a Paul Carter repantingado en una silla. Al otro lado de la mesa se encontraba Isabel Pitkethly.

—Fuera —ordenó Pitkethly.

Fox se disculpó y volvió a cerrar la puerta. Kaye y Naysmith se dirigían hacia él por el pasillo.

—Podríais haber avisado —protestó Fox.

—Acabo de hacerlo —respondió Kaye.

Obviamente, Fox tenía otro mensaje de texto.

¡No entres en la SI!

—Gracias —dijo Fox, guardándose el teléfono en el bolsillo—. ¿Qué está pasando?

—Deberías ver el DIC —interrumpió Naysmith—. Se están volviendo locos.

—Estaría bien que alguien me explicara por qué.

—Un gacetillero lleno de granos —repuso Tony Kaye—. Hay una gasolinera en Kinghorn Road y se fue allí a llenar el depósito...

—Y le preguntó al empleado si había visto algo la noche que murió Alan Carter —intervino de nuevo Naysmith—. Y resulta que sí.

—A Paul Carter —apostilló Kaye—. Vio a Paul Carter.

—Que parecía inquieto.

—Detuvo el automóvil junto a los surtidores, pero no puso gasolina.

—Iba de un lado a otro.

—Mirando el teléfono.

—Pulsando el teclado, pero por lo visto no obtenía respuesta...

—Ya sabemos que Paul Carter llamó a su tío —matizó Fox.

—Pero se dirigía a la casa —insistió Naysmith.

—O sea, que hace media hora era un caso incuestionable de suicidio y ahora el sobrino es sospechoso de asesinato.

Fox miró primero a Kaye y luego a Naysmith.

—Iría a la cárcel —argumentó Kaye—, sobre todo porque su tío...

—Como mínimo —añadió Naysmith—, significa que tal vez se dirigiera a la casa. Hablaran de lo que hablasen, la cosa acabó con un disparo y un cadáver.

En ese momento oyeron pasos. Dos hombres y una mujer habían franqueado las puertas batientes, encabezados por el sargento Alec Robinson, cuya expresión era pétrea. Los recién llegados escrutaron a Fox, Kaye y Naysmith y después llamaron a la puerta de la sala de interrogatorios y entraron. Robinson evitó el contacto visual con Fox al regresar a su mesa.

—¿Glenrothes? —aventuró Kaye.

—Sí —confirmó Fox.

Un minuto después, los mismos tres agentes sacaron a Paul Carter de la sala. Cuando vio a Fox y sus colegas, se detuvo.

—Me han tendido una trampa —se defendía—. ¡Yo no he hecho nada!

Los dos hombres lo agarraron del antebrazo y se lo llevaron.

—¡Quitadme las manos de encima!

La mujer volvió la vista hacia Fox.

—¿La conoces? —preguntó Kaye, cuya boca estaba cerca de la oreja izquierda de Fox.

—Se llama Evelyn Mills —admitió Fox—. Está en Asuntos Internos, igual que nosotros.

—Y lleva Chanel.

Pitkethly se hallaba en el umbral de la sala de interrogatorios. Su mirada dejaba traslucir que había sido idea suya traer a Glenrothes. Fox asintió para transmitirle que él habría hecho lo mismo.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Que recibió una llamada desde el número de su tío y colgaron. Luego se produjo otra llamada y sucedió lo mismo. —La inspectora cruzó los brazos—. No sabía qué estaba pasando, así que decidió ir a preguntárselo en persona, pero a medio camino cambió de parecer.

—Puede que sea cierto.

—Puede.

—No parece convencida.

Pitkethly lo fulminó con la mirada, pero decidió no responder. Fox, Kaye y Naysmith la observaron mientras se alejaba de ellos por el pasillo.

—Hogar, dulce hogar —dijo Kaye al entrar en la sala de interrogatorios.

Fox vio a Naysmith levantar del suelo una bolsa que parecía muy pesada.

—El material que querías —explicó el joven—. Me ha costado media noche, toneladas de papel y un cartucho de impresora. —Naysmith hizo ademán de entregar el contenido de la bolsa a Fox—. Ni te imaginas cuántos resultados daba el nombre de Francis Vernal.

Pareció asombrado cuando Fox acertó el número exacto.

Transcurrió más de una hora antes de que Mills tuviera la oportunidad de llamar a Fox, quien dudó un momento antes de contestar.

—¿Es tu novia? —preguntó Kaye.

—¿Sí, inspectora Mills? —dijo Fox, haciéndole saber que estaba acompañado.

—No estoy segura de qué significa esto para la operación de vigilancia —anunció.

—Ni yo tampoco.

—Si sorprendemos a Carter hablando con Scholes y confesando algo...

—Podría ser inadmisibile —coincidió Fox.

—Tengo a la oficina del fiscal trabajando en los pros y los contras; pero conociéndolos, les llevará algún tiempo. —Hizo una pausa—. Quizá sea más seguro abortar la misión.

—Por otro lado —razonó Fox—, el teléfono pinchado es el de Scholes, no el de Carter. Y Scholes no es el único miembro del DIC que está en el punto de mira. ¿Qué perspectivas tiene Carter?

—Su comisaria dice que fuiste tú quien descubrió lo de la mano izquierda y derecha en el revólver.

—En efecto.

—Todo es circunstancial, por supuesto...

—Claro —coincidió Fox.

—Pero podría llevarnos a algún sitio.

—¿Un crimen?

—Sí.

—¿Se abrirá una investigación?

—Es muy probable.

—¿Desde aquí?

Fox contempló la sala.

—Es la comisaría más cercana. Por supuesto, tendríamos que enviar a uno de nuestros equipos.

—Por supuesto. ¿Trabajarían juntos el DIC y Asuntos Internos?

—Si eso es lo que deciden los jefes...

—¿Y Scholes, Michaelson y Haldane?

—Apartados.

—Parece que aquí va a haber bastante ajetreo.

—¿Piensas quedarte de brazos cruzados?

—Hasta que me digan lo contrario.

—Malcolm... ¿Te das cuenta de que eres testigo? Tendremos que interrogarte sobre Alan Carter.

—Ningún problema.

—Scholes ya está enredando las cosas.

—Ah, ¿sí?

—Dice que llegaste al lugar bastante rápido.

—Ni la mitad de veloz que Michaelson y él.

—La diferencia es que a ellos los habían destinado allí.

—Será un placer responder a cualquier pregunta, inspectora Mills.

—Nos vemos pronto, entonces —se despidió ella y dio por finalizada la llamada.

Fox delegó su trabajo en Kaye y Naysmith y les dijo que salía a tomar el aire. Al otro lado del aparcamiento se encontraba Brian Jamieson junto a su ciclomotor. A su lado, una mujer que llevaba una grabadora colgada del hombro y unos auriculares sostenía un micrófono frente a Jamieson.

En la radio local entrevistaban a un gacetillero de la zona.

Fox se dirigió hacia ellos. Jamieson ya lo había visto y estaba contándole a la mujer quién era. El micrófono apuntó hacia él.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Fox a Jamieson.

—Inspector —intervino la joven—, ¿puedo pedirle que haga algún comentario acerca de la detención de Paul Carter?

Fox negó con la cabeza y señaló el aparcamiento, sabedor de que Jamieson lo seguiría. De ese modo se sentiría importante, y Fox tenía la sensación de que deseaba impresionar a su compañera y competidora.

—Hemos visto que se lo llevaban —dijo Jamieson al acercarse a Fox—. ¿Lo han trasladado a Glenrothes?

—¿Qué te condujo a la gasolinera?

—Quería tomarme un descanso. Cuando se fue de la casa, me quedé allí

casi dos horas. Necesitaba una dosis de cafeína.

—¿El empleado conocía a Paul Carter?

Jamieson meneó la cabeza.

—Más que al hombre, describió el coche.

—Entonces no puedes decir con certeza que se trataba de él.

Jamieson lo miró.

—La zona de los surtidores está vigilada por un circuito cerrado de televisión. Tuve que esperar a que el propietario de la gasolinera me permitiese ver la cinta. Por eso no hablé antes. No hay duda, inspector, es Paul Carter quien aparece en las imágenes.

—¿Y luego se marcha?

—Sí.

—¿En dirección a la casa?

—¿Ha dicho que es una casualidad?

—Él asegura que dio media vuelta.

Jamieson parecía pensativo.

—La cámara solo abarca los surtidores. —Ahora se encontraba delante de Fox—. ¿No es curioso?

—¿El qué?

—Que Paul Carter estuviera tan cerca de la casa de su tío la noche en que este decidió quitarse la vida. ¿Y quiénes son los dos primeros agentes que llegaron al lugar de los hechos? Los mejores amigos de Paul Carter.

Fox mantuvo el semblante inexpresivo.

—¿Qué te hizo preguntarle al empleado si había visto algo sospechoso?

Jamieson torció la boca.

—Quizá fuera una corazonada. Los pálpitos me han llevado adonde estoy hoy.

—Estás hecho un pitoniso —repuso Fox mientras se dirigía a la puerta trasera de la comisaría.

Al otro lado, lo esperaba Ray Scholes, con las manos en los bolsillos y las piernas separadas.

—¿Sabe quién es? —advirtió Scholes.

Fox asintió.

—¿Le ha contado algo?

—No.

—Eso espero.

Fox intentó pasar, pero Scholes se interpuso en su camino.

—Tengo que enseñarle una cosa —le dijo.

Era la pantalla de su teléfono móvil. Fox lo cogió y miró el mensaje. Era de Paul Carter.

Tráeme a Fox. Cinco minutos.

El teléfono empezó a vibrar. Fox miró a Scholes.

—Es para usted —dijo este.

—No me interesa.

Scholes no medió palabra ni cogió el teléfono cuando Fox se lo ofreció. La llamada finalizó y ambos se miraron fijamente. Al instante, empezó a sonar de nuevo.

—Ahora conocemos su postura —señaló Scholes—. Ya puede contestar.

—¿Sí? —dijo Fox.

—Soy Carter.

—Lo sé.

—Escuche, he cometido algunas fechorías en la vida, lo reconozco. Pero esto no. Jamás.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Joder, Fox. Soy policía, ¿no?

—Lo era.

—Y alguien me está tendiendo una trampa.

—¿Y?

—¡Que alguien tendrá que ponerse de mi parte!

Se percibía irritación en su voz, pero también miedo.

—Dígaselo a Teresa Collins.

Fox clavó su mirada en Scholes.

—¿Quiere que confiese cada vez que he cruzado líneas rojas o me lo he llegado a plantear? —dijo Paul Carter.

—¿Por qué murió Alan Carter?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿No fue usted a verlo? —La voz de Fox se endureció—. Si trata de mentirme, no podré ayudarlo.

—Le juro que no fui yo.

—¿Envió a otra persona?

Fox seguía mirando a Scholes, quien cerró las manos.

—No.

—¿Tiene idea del motivo de su llamada?

—¡Se lo estoy diciendo: no sé nada!

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Ray no puede husmear, ¿verdad?

—No daría buena imagen —admitió Fox.

—Pero dice que habló usted con mi tío...

El sonido que salió de la garganta de Carter se debatía entre un suspiro y un lamento.

—A lo mejor puede usted hacer algo... Lo que sea.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No lo sé —reconoció Carter—. La verdad es que no lo sé...

Estuviera donde estuviera Carter, Fox oyó nuevos ruidos y voces apagadas. Ya no podía hablar con libertad. La llamada terminó y Fox miró la pantalla antes de devolverle el teléfono a Scholes.

—¿Y bien? —preguntó este.

Fox parecía estar ponderando sus opciones. Entonces meneó la cabeza, pasó junto a Scholes y se dirigió a la sala de interrogatorios. Pero Scholes no tiró la toalla.

—Alan Carter tenía enemigos. A algunos se los ganó en el Cuerpo de Policía, y a otros, después. Los Shafiq. Son dueños de una cadena de tiendas y empresas. Tuvieron un enfrentamiento con los chicos de Carter.

Fox se detuvo y alzó una mano.

—No puede ir lanzando nombres a diestro y siniestro.

—Han estallado artefactos en Lockerbie y Peebles. Podríamos jugar la carta del terrorismo y mantenerlos bajo custodia hasta que hablen.

Scholes se percató de la mirada de Fox.

—De acuerdo —dijo con tono despectivo—. Olvidaba que es racista encerrar a alguien que tenga un nombre raro.

Fox negó con la cabeza y echó a andar de nuevo. En esta ocasión, Scholes no se molestó en seguirlo, pero siguió hablándole.

—Cuando Carter me envió el mensaje pidiéndome hablar con usted, le respondí de inmediato que perdía el tiempo. Un policía de verdad es lo que necesita, y usted no lo es, Fox. Ni de lejos.

Scholes guardó silencio unos momentos.

—Él necesita un policía de verdad —repitió, mientras Fox empujaba las puertas batientes.

—¿Tenemos que hablar con alguien más? —preguntó Tony Kaye.

Los tres estaban apoyados en el rompeolas, comiendo pescado con patatas fritas directamente del envase. En la otra orilla, un rayo de sol alumbraba Berwick Law. A la derecha alcanzaban a distinguir Arthur's Seat y la línea del cielo de Edimburgo. Buques cisterna y cargueros se hallaban amarrados en el estuario. Era la hora de comer y las gaviotas revoloteaban con aparente interés.

—Quizá merezca la pena probar otra vez con Haldane —propuso Fox.

—¿De verdad? —preguntó Kaye.

—¿Tú qué opinas?

—Podría iniciarse una investigación por asesinato de forma inminente, y creo que estaríamos mejor en otro sitio. Lo último que necesita la comisaría de Fife es que deambulemos por allí entorpeciendo a su equipo.

—Cierto —admitió Fox.

—Sin embargo, es obvio que seguimos aquí —dijo Kaye, que después lanzó al aire un trozo de pescado rebozado y observó a una gaviota interceptarlo y a sus amigos preparándose para enfrentarse a ella—. Así pues, dime otra cosa que podamos añadir a la suma de nuestro conocimiento.

—Tenemos la operación de vigilancia —contestó Fox.

—Pero esa operación no es nuestra.

—Con Scholes, Haldane y Michaelson apenas hemos profundizado...

—Te estás agarrando a un clavo ardiendo, Malcolm.

Esta vez saltó por los aires una patata salada, que cayó al suelo y fue atacada por cuatro gaviotas.

—De acuerdo, me rindo. —Fox se volvió hacia Naysmith—. Joe, explícale tú por qué no podemos irnos a casa todavía.

—Francis Vernal —dijo Naysmith siguiendo sus indicaciones.

Para Fox era evidente desde el principio: Naysmith había leído los mismos artículos, rumores y suposiciones en la Red que él, y estaba enganchado.

—En su momento se dio por hecho que era un suicidio. Los medios de comunicación apenas le prestaron atención al caso. Por aquel entonces no existían los canales de noticias de veinticuatro horas ni Internet. Pero Vernal les había dicho a sus amigos que creía que lo vigilaban, que alguien había irrumpido en su oficina y en su casa. No se llevaron nada, pero las cosas no estaban en su sitio.

—¿Y quién lo vigilaba? —preguntó Kaye.

—Espías, imagino.

—¿Y por qué iba a interesarles?

—Yo no era consciente del descontento que imperaba a mediados de los años ochenta —respondió Naysmith, lamiéndose el vinagre de los dedos—. Había campañas para el desarme nuclear, cumbres de la Guerra de las Galaxias...

—¿La Guerra de las Galaxias?

—La película no. Eran misiles de defensa. Reagan y Gorbachov. Unos misiles de crucero iban camino de Gran Bretaña. En la base de Clyde se formó un piquete por los misiles Polaris. Los Amigos de la Tierra protestaban por la lluvia ácida. Derechos humanos... Hilda Murrell... —Naysmith hizo una pausa—. La recuerdas, ¿verdad?

—Supongamos que no —respondió Kaye.

—Estaba jubilada, pero también era activista. Tam Dalyell...

—El parlamentario —dijo Kaye—. No soy tan analfabeto.

—Dalyell tenía la teoría de que a Murrell la había asesinado el MI5. Pagaron a un detective privado para que la tuviese controlada...

—No estoy oyendo nada sobre Francis Vernal —interrumpió Kaye, quien estaba formando una bola con los envoltorios grasientos.

—Al principio, los años ochenta también fueron un hervidero de nacionalismo —informó Fox—. ¿No es así, Joe?

Naysmith asintió.

—Al Partido Nacional Escocés no le iba bien en las encuestas y eso llevó a algunos nacionalistas a buscar inspiración en Irlanda. Pensaron que unas cuantas explosiones podían llamar la atención de Londres.

—¿Explosiones?

—Enviaron cartas bomba a Thatcher y a la reina. También al Arsenal de Woolwich, al Ministerio de Defensa y a las cámaras municipales de Glasgow. Ocurrió un día que la princesa Di estaba de visita. Había varios grupos escindidos: Seed of the Gael, SNLA...

—El Ejército Escocés de Liberación Nacional —le explicó Fox a Kaye.

—El Ejército Ciudadano Escocés... El Dark Harvest Commando. Este último realizó un viajecito a Gruinard —dijo Naysmith antes de hacer una pausa.

—Cuéntame más —farfulló Kaye.

—Es una isla situada frente a la costa oeste que estuvo infectada de ántrax durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Los alemanes? —aventuró Kaye.

Naysmith negó con la cabeza.

—Lo hicimos nosotros mismos. El plan era arrojar ántrax sobre Alemania, pero querían probarlo primero.

—Tras lo cual, Gruinard se volvió inhabitable —intervino Fox—. La borraron de los mapas para que la gente no pudiera encontrarla.

—Pero el Dark Harvest Commando fue allí y empezó a enviarles trozos de tierra a varios organismos del gobierno.

—¿Estuvo implicado Francis Vernal? —preguntó Kaye.

—Pocos años después de su muerte, un periodista publicó un artículo. En él aseguraba que Vernal había financiado al Dark Harvest Commando.

—¿Tenía pruebas?

—Por aquel entonces era más difícil recabar información. ¿Recuerdas aquel libro titulado *Spycatcher*? Ahora estaría en Internet. A un gobierno le sería imposible impedir que la gente lo leyera.

Naysmith miró a Fox y este asintió para hacerle saber que había realizado un buen trabajo. Naysmith sonrió y se pasó una mano por el pelo.

—Me he metido a fondo —dijo con aire avergonzado por su propio entusiasmo—. Incluso encontré unos fragmentos de una serie de televisión: *Edge of Darkness*.

—La recuerdo —intervino Kaye—. Iba sobre un estadounidense corpulento de la CIA que llevaba una bolsa de golf llena de armas...

—Se ocupaba del sector nuclear —esclareció Naysmith—. La serie refleja la paranoia de aquella época —apostilló, encogiéndose de hombros—. O eso me parece a mí.

—¿Qué has averiguado sobre el Dark Harvest Commando? —preguntó Fox.

—Prácticamente nada.

—Yo tampoco.

—Por lo pronto, casi nadie fue sometido a juicio. Al parecer acabó desapareciendo.

Fox asintió lentamente.

—Polaris y la lluvia ácida —musitó Kaye—. Parece historia antigua.

En ese momento saltó del muro y sostuvo la bola de basura justo encima de una papelera.

—¿Veis lo que estoy haciendo? —Soltó la bola—. Pues así deberíamos actuar en todo esto.

Después se frotó las manos.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Fox.

—Lo sé. No somos el DIC, Malcolm. No deberíamos tomar parte en todo este asunto.

—Yo no estoy tan seguro.

Kaye puso los ojos en blanco.

—¿Se suicidó Alan Carter? —preguntó Fox en voz baja.

—Puede —respondió Kaye tras unos instantes.

—Pero si lo asesinaron...

—Todo apunta a que fue su sobrino.

—Paul asegura que no fue él.

—Y tampoco es un canalla que intenta coaccionar a las mujeres para que le hagan una mamada.

—De acuerdo, es un canalla; pero eso no significa que debamos permitir que lo abandonen a su suerte.

—¿Que lo abandone quién?

—Eso es lo que quiero que averigüemos.

Kaye se acercó a Fox hasta que lo tuvo apenas a tres centímetros.

—Somos Asuntos Internos, Malcolm. Esto no es *Misión: Imposible*.

—Lo sé.

—Me encantaba la serie cuando era pequeño —señaló Naysmith.

Ambos se volvieron hacia él y esbozó una lánguida sonrisa a la vez que meneaba la cabeza.

—De acuerdo, entonces —claudicó Kaye, consciente de que había salido derrotado—. ¿Qué hacemos ahora?

—Debéis continuar con la investigación y realizar segundas entrevistas a los principales implicados. Eso justifica nuestra presencia aquí.

—¿Mientras tú fisgoneas?

—Solo uno o dos días.

—¿Uno o dos días?

—Por mi honor escocés —dijo Fox, levantando dos dedos.

El cordón policial se encontraba en un tramo más adelantado del camino y comprendía la habitual cinta y un agente con semblante aburrido. Fox y Naysmith le mostraron su identificación.

—Debe de haber llegado el DIC —explicó Fox a Naysmith mientras el agente uniformado levantaba la cinta para que el coche pudiera pasar por debajo.

La verja que conducía al campo estaba abierta. Ya no pastaba el ganado, de modo que podían utilizarlo como aparcamiento temporal. Había dos vehículos sin registrar, un coche patrulla y dos furgonetas blancas.

Un veterano que lucía traje y la cabeza afeitada hablaba por teléfono junto a uno de los coches sin identificar y clavó la mirada en los recién llegados cuando aparcaron. Fox asintió y se dirigió hacia la casa. Vio varias figuras que se movían en el interior. Al menos dos de ellas eran forenses ataviados con los prescriptivos monos blancos con capucha, y las manos y los pies cubiertos para no contaminar el lugar.

—Un poco tarde para eso —murmuró Fox, pensando en toda la gente que había transitado por allí desde que se descubrió el cadáver.

—¡Eh, ustedes!

El hombre pegado al teléfono se acercaba a ellos desde el campo. Caminaba a grandes zancadas. El barro le hizo resbalar y a punto estuvo de perder el equilibrio. Por su mirada, Fox dedujo que no era la primera vez que le ocurría.

—Es peligroso —indicó Fox.

El hombre le hizo caso omiso y utilizó el teléfono a modo de puntero.

—¿Quiénes son ustedes?

—Me llamo Fox —dijo mientras buscaba de nuevo su identificación—. Inspector de Lothian y Borders.

—¿Qué lo trae por aquí?

—¿Le importaría mostrarme su identificación en primer lugar? Toda precaución es poca.

El hombre lo miró con gesto severo, pero al final accedió. Se llamaba Brendan Young y era sargento.

—¿De Glenrothes? —aventuró Fox.

—Dunfermline.

—¿Está usted al mando?

—El inspector está dentro.

—Ahora ya no.

El hombre que salió de la casa medía un metro noventa y era ancho como un jugador de rugby. El pelo, de color azabache, lo llevaba peinado hacia atrás y tenía los ojos pequeños y penetrantes.

—Soy el inspector Cash.

—Vienen de Lothian y Borders —le informó Young.

—¿Se han perdido, caballeros? —preguntó Cash.

—Estuve aquí hace unos días —explicó Fox— entrevistando a Alan Carter acerca de su sobrino.

—¿Son de Asuntos Internos?

Fox percibió que su tono se endurecía. El rostro de Young también parecía más tenso. Reacciones muy normales, por otra parte.

—Sí —respondió.

—Entonces estaba en lo cierto: andan ustedes perdidos de cojones. —Cash le sonrió a Young y este le correspondió—. Es una muerte sospechosa...

—¿Todavía no se considera asesinato? —interrumpió Fox.

Pero Cash no pensaba darle la satisfacción de responder.

—¿Por qué no vuelven a registrar a los suyos por si han robado unos clips?
Fox torció el gesto.

—Gracias por el consejo, pero he venido a buscar huellas.

Cash lo miró.

—¿Huellas?

—Las mías —aclaró Fox, y luego explicó, con paciencia, como si estuviera hablando con un niño—: Estuve en el salón y en el pasillo. Puede que dejara alguna huella. Si se las facilito a los forenses, podrán verificarlas y eliminarlas.

—Eso lo decidiremos nosotros —dijo Cash.

—Por supuesto —respondió Fox.

Cash siguió mirando a Fox unos instantes y luego a Young.

—Ve a buscar a alguien.

Young entró en la casa. Fox vio que la jamba de la puerta estaba astillada. Habían utilizado una palanca para abrirla. Se acercó al alféizar, levantó el tiesto y le mostró la llave a Cash.

—¿No se lo dijo el DIC de Kirkcaldy? —preguntó.

—No, nadie lo hizo.

—Bueno, ya sabe cómo funciona: este es su territorio. No espere favores.

—Yo podría decir lo mismo.

Fox torció de nuevo la boca, aunque esta vez a punto estuvo de sonreír.

—¿Nos facilitarán un informe sobre el difunto? —preguntó Cash.

—Cuando quieran.

—¿Cuántas veces lo vio?

—Solo una.

—¿Le pareció un buen tipo?

Fox asintió.

—Pero no me habría gustado verlo de mal humor.

—Ah, ¿no?

—Me parece que no toleraba a los idiotas, ni a su familia. Además, dirigía una empresa de seguridad. —Fox se metió las manos en los bolsillos—. Volví otra vez, poco después de que descubrieran el cuerpo. Alguien había revuelto los documentos que tenía sobre la mesa y estaban esparcidos por todo el salón.

—¿Se llevaron algo?

—No estoy seguro. —Hizo una pausa—. ¿Sabe en qué estaba trabajando Carter?

—Tengo la sensación de que está a punto de decírmelo.

—Estaba realizando una investigación sobre un abogado llamado Francis Vernal, que murió en circunstancias extrañas. Fue un disparo y, en su momento, pensaron que había sido un suicidio. Sucedió a unos cincuenta kilómetros de aquí...

—¿Francis Vernal? Pero eso ocurrió en los años ochenta.

Fox se encogió de hombros. En ese momento salió de la casa una de las figuras encapuchadas, que se descubrió y se quitó la protección para los pies.

—¿Cuál de los dos? —preguntó.

—Yo —respondió Malcolm Fox, que la siguió hasta una de las furgonetas. La agente se subió a la parte trasera y buscó todo lo que necesitaba. Sin embargo, el escáner portátil no funcionaba.

—¿Se ha quedado sin batería? —preguntó Fox.

Hubo que recurrir al papel y el bolígrafo. Ambos rubricaron el resultado. Luego le entregó a Fox una toallita para limpiarse los dedos. Por último, le tomó una muestra de ADN de la cara interna de la mejilla y le arrancó un par de cabellos.

—No puedo prescindir de muchos —protestó Fox.

—Tengo que arrancarlos de raíz —explicó ella.

Una vez que hubo guardado todo en bolsas herméticas, cerró la furgoneta.

—Lo siento —se disculpó, antes de volver a la casa.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaron las huellas? —preguntó Naysmith.

—Hace tiempo.

Fox vio a Cash observándolos desde el salón. El inspector realizó un leve gesto con la mano para indicarles que tenían permiso para marcharse. Sin embargo, Naysmith se acercó al Land Rover.

—Esto es calidad —dijo mirando por la ventanilla del conductor.

—Cuidado, no dejes huellas —le advirtió Fox.

Naysmith dio un paso atrás y miró en derredor.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo—. ¿Por qué dejar el coche aquí cuando tienes garaje?

Fox miró hacia donde señalaba Naysmith. Un camino ascendía por la pendiente situada detrás de la casa y culminaba en un edificio destartalado.

—A lo mejor tenía miedo de que se viniera abajo —aventuró Fox.

De todos modos, empezó a subir el montículo mientras Naysmith lo seguía a corta distancia.

El garaje se hallaba cerrado con un viejo candado. Las puertas estaban hechas a base de tablones de madera colocados en vertical, deteriorados y combados por efecto de los elementos.

—Aquí hay una ventana —observó Naysmith.

Cuando Fox lo alcanzó, la había limpiado con un pañuelo, cosa que a duras penas les sirvió para formarse una impresión del interior.

—Creo que hay una lona...

Ambos rodearon el garaje e incluso le propinaron un par de patadas, pero el acceso no era fácil.

—Espera un momento —le rogó Fox, que se dirigió cuesta abajo.

No vio a nadie en el pasillo de la casa, así que franqueó rápidamente la puerta del salón y encontró la pequeña cocina. Había unas llaves colgadas de una hilera de ganchos situada a la izquierda del fregadero. Les echó un

vistazo y eligió las que le parecieron más verosímiles. Cuando iba a marcharse, vio a Cash saliendo del comedor.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Buscándolo.

Fox se guardó las llaves en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una tarjeta de visita.

—Para que pueda localizarme y organizar esa entrevista —dijo mientras entregaba la tarjeta a Cash.

Este la miró, y después, a Fox.

—Sé que están todos emocionados —dijo con voz grave—. Normalmente no pueden jugar con los chicos mayores y todo eso, pero ahora mismo necesito que se largue de aquí.

—Entendido —respondió Fox, esforzándose por parecer humillado ante la presencia del agente de la Brigada Criminal.

Cash lo acompañó hasta la puerta principal y miró a izquierda y derecha.

—¿Dónde está ese chaval tan experimentado?

—La llamada de la naturaleza —respondió Fox, y señaló con la cabeza en dirección a los árboles.

Después fue hacia el coche, abrió la puerta y subió. Cash volvía a observarlo desde la ventana. Pero tras unos momentos, se dio la vuelta y Fox salió del coche en dirección al garaje.

La segunda llave abrió el candado y entraron. Naysmith tenía razón. Una lona cubría lo que parecía otro vehículo. Había polvo por todas partes. Un banco de trabajo sostenía herramientas oxidadas. Unas estanterías caseras habían cedido bajo el peso de viejas latas de pintura. Había un cortacésped eléctrico para los tramos de hierba que se extendían delante y detrás de la casa. Junto al cable enrollado se encontraba el objeto más nuevo.

Naysmith levantó una esquina de la lona.

—No es precisamente apto para circular —señaló—. Más bien, siniestro

total.

Fox fue hacia el otro extremo del vehículo y levantó otra esquina. El coche era un Volvo 244 de color marrón. Todo parecía estar bien hasta que alzó más la lona. No había cristal trasero.

—Échame una mano —le rogó.

Retiraron la lona entre los dos. La parte delantera del vehículo estaba completamente destrozada, con el motor a la vista y faltaban la parrilla y el capó.

—Dime que no es este —susurró Naysmith en un tono apenas perceptible.

A Fox no le cabía la menor duda. Era el coche de Vernal, el que fue trasladado al desguace. Fox intentó abrir la puerta del acompañante, pero estaba bloqueada a causa del impacto. Al parecer, nadie había tocado el interior en un cuarto de siglo. Había fragmentos de cristal roto en el asiento trasero, pero poco más. Naysmith tampoco logró abrir la puerta del conductor.

—¿Cómo es que está aquí? —preguntó en voz baja.

—No tengo ni idea —contestó Fox. Pero entonces recordó—: La casa era propiedad de un policía llamado Gavin Willis. Fue él quien dirigió la investigación original.

—Entonces ¿es posible que se quedara el coche? Aun así, eso no explica por qué.

—Exacto. —Fox hizo una pausa—. ¿Crees que puedes entrar por esa ventana?

Se refería al parabrisas roto. Naysmith se quitó su carísima chaqueta, se la dio a Fox y se introdujo en el hueco.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó desde el asiento trasero.

—¿Hay algo que pueda interesarnos?

Naysmith rebuscó debajo de los asientos, se escurrió entre ellos y abrió la

guanteras, donde encontró la documentación del vehículo. Luego se la entregó a Fox, que se la metió en el bolsillo.

—Medio juego de bombillas de recambio y envoltorios de caramelo — anunció Naysmith—. Pero eso es todo.

Fox oyó voces en la casa. Probablemente se preguntaban por qué seguía allí su coche pero él no.

—Sal, entonces —dijo.

Fox ayudó a Naysmith a colarse por el hueco. Estaban uno al lado del otro. Naysmith iba a ponerse de nuevo la chaqueta cuando se abrió la puerta del garaje y vieron a Cash y Young.

—¿Qué creen que están haciendo?

—Es el coche de Francis Vernal —respondió Fox.

Cash se quedó mirando el Volvo y luego a Fox.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la marca, el modelo y el color —dijo Fox.

—Y por los desperfectos —terció Naysmith, señalando la cubierta del motor.

—Quiero que se larguen de aquí —dijo Cash, señalando también.

—Estábamos en ello —repuso Fox.

Cash y Young los acompañaron hasta el coche y los observaron mientras daban media vuelta y descendían lentamente la montaña. Cash los siguió a pie para cerciorarse de que se marchaban. Fox y Naysmith esperaron a que el agente levantara la cinta, lo saludaron y se dirigieron dando tumbos a la carretera principal.

—¿Y ahora qué? —preguntó Joe Naysmith.

—Ahora podrás hacer gala de tus aptitudes detectivescas, Joe —le dijo Fox—. Ve a la biblioteca de Kirkcaldy. Busca un listín telefónico de 1985 y anota todos los desguaces de la época. Si sabemos adónde trasladaron el coche, tendremos alguna posibilidad de averiguar por qué salió de allí.

Naysmith asintió.

—Podría no significar nada, por supuesto.

—Es muy posible —coincidió Fox—. Pero, al menos, lo intentaremos, ¿de acuerdo?

Tras dejar a Naysmith frente a la biblioteca, Fox se dirigió a la comisaría. La lluvia había empezado a golpear el cristal, así que accionó el limpiaparabrisas. Caían unas gotas enormes que resonaban como chispas en una hoguera. Recordó aquel día en casa de Alan Carter, cuando ambos se sentaron a un lado y otro de la chimenea con sendas tazas de té y un perro viejo como acompañante. ¿Qué podía resultar más acogedor u hogareño? Sin embargo, Carter era un hombre que había creado una empresa de seguridad de la nada. Para Fox, eso denotaba un carácter duro y, acaso, también implacable. Luego estaba la prueba que había aportado su viejo amigo, Teddy Fraser: la puerta de la casa permanecía cerrada en todo momento. ¿Por qué? ¿Qué temía aquel anciano jovial? Tal vez nada. Puede que fuera el empresario avisado el encargado de mantener despierto su ingenio, hasta el punto de tener una pistola cerca de él...

Suponiendo que la pistola fuera suya. Teddy Fraser no opinaba así.

No había rastro de Jamieson ni de la periodista frente al aparcamiento. Fox vio el Mondeo de Tony Kaye. La plaza de Pitkethly volvía a estar libre, pero le había advertido que no la ocupara. Parecía que el Volvo tendría que quedarse en la calle una vez más y exponerse a una multa. Francis Vernal también conducía un Volvo. Es una opción segura y fiable, o eso hacían creer los anuncios. Kaye se había mofado a menudo de Fox a este respecto. En el lugar del accidente, la carretera describía algunas curvas, pero no se trataba de nada serio. Fox pensó en los coches que lo habían adelantado a toda velocidad cerca del monumento conmemorativo. ¿Habría locos de los coches por aquel entonces? ¿Los jóvenes lugareños no tendrían ningún otro

pasatiempo con que distraerse en una noche rural? ¿Cabía la posibilidad de que alguien hubiera sacado a Vernal de la carretera?

Después de aparcar y buscar guardias de tráfico en las cercanías, Fox salió y cerró el coche. Entonces notó algo en el bolsillo del abrigo: era el libro de reparaciones del Volvo de Vernal. Los bordes habían adquirido un tono parduzco con el paso del tiempo y estaban doblados por la humedad. Algunas páginas se habían pegado. Por lo visto, el abogado había comprado el vehículo nuevo y lo utilizó durante tres años antes de sufrir el accidente. El marcador indicaba trece mil setecientos kilómetros en el momento de su último desplazamiento al garaje. El sello de las revisiones de mantenimiento pertenecía a un concesionario de Seafield Road, situado en Edimburgo, que se había trasladado mucho tiempo atrás. Había algunas hojas sueltas y dobladas dentro de un bolsillo de plástico en el interior de la contraportada del libro. En ellas se especificaba el trabajo realizado y los recambios utilizados. Fox abrió la puerta del conductor, arrojó la documentación en el asiento del acompañante y se dirigió a la comisaría. Había recorrido medio aparcamiento cuando le sonó el teléfono. Era Bob McEwan.

—Señor —dijo Fox.

—Malcolm...

Fox aminoró el paso al oír el tono de McEwan.

—¿Qué he hecho esta vez?

—Me ha telefoneado el subinspector de Fife.

—¿Quiere relevarnos del caso?

—Quiere relevarlo a usted. —Fox se detuvo—. Kaye y Naysmith pueden continuar con sus interrogatorios y preparar el informe.

—Pero, Bob...

—El DIC ha llamado a su oficina. Al parecer están furiosos con usted.

—¿Porque les dije lo que tenían que hacer?

—Porque ha irrumpido usted en un posible escenario de un crimen.

Porque, en lugar de marcharse cuando se lo pidieron, encontró otro lugar donde meter las narices...

—Fui a ayudar.

McEwan guardó silencio unos instantes.

—¿Lo juraría ante un tribunal, Malcolm?

Fox no respondió.

—¿Y contaría con el apoyo de Joe Naysmith?

—De acuerdo —transigió Fox—. Buen argumento.

—Usted sabe mejor que nadie que tenemos que acatar las normas.

—Sí, señor.

—Y por ese motivo volverá usted a casa.

—¿Es una orden o una petición, Bob?

—Es una orden.

—¿Puedo darles un beso de despedida a los niños?

—No son niños, Malcolm. Se las arreglarán sin usted.

Fox estaba mirando la puerta trasera de la comisaría.

—Yo les haré saber lo que ha ocurrido —dijo McEwan—. Lo quiero aquí en una hora.

Fox contempló el cielo. La tormenta había pasado, pero se acercaba otra.

—Sí —respondió—. Allí estaré.

Cuando Fox entró en la oficina de Asuntos Internos, lo esperaba una nota de Bob McEwan.

Otra maldita reunión. No se meta en líos. Fox vio dos bolsas de supermercado en el suelo, junto a su mesa. Pesaban mucho. Sacó un archivador de una de ellas y lo abrió. Dentro encontró una fotografía de Francis Vernal en plena fiebre oratoria. Debajo había una serie de hojas grapadas, algunas medio cubiertas con post-its garabateados. El segundo

archivador parecía contener más de lo mismo. No había carta de presentación. Fox llamó a recepción y consultó al agente.

—Las ha dejado un caballero —le explicó.

—Describámelo.

Hubo un momento de reflexión.

—Solo un caballero.

—¿Y le dio mi nombre?

—Así es.

Fox colgó y realizó una llamada a Mangold Bain. La secretaria le puso con Charles Mangold.

—Tengo que irme ahora mismo —le advirtió Mangold.

—He recibido su regalito.

—Bien. Es cuanto me pasó Alan Carter antes de su muerte.

—¿Qué cree que puedo hacer con todo esto?

—¿Echarle un vistazo, tal vez? Hágame saber su opinión. Es lo único que puedo pedir. Y ahora, lo lamento, pero debo ausentarme.

Fox colgó el teléfono y contempló los dos grandes archivadores. Bob McEwan haría demasiadas preguntas, así que se acercó a la mesa de su jefe y le dejó una nota.

He salido temprano. Estaré en casa si me necesita. Llámeme allí si no me cree.

Después se dirigió a Oxfords y colocó las dos cajas sobre la mesa del salón. Al volver de la cocina con un vaso de Appletisar, se dio cuenta de lo similares que podían acabar siendo ambas escenas: primero, la mesa de Alan Carter, con montones de documentos por todas partes, y ahora, la suya.

Frunciendo los labios, se puso manos a la obra.

Al parecer, Alan Carter había trabajado con ahínco. Realizó copias de los ejemplares de *The Scotsman* correspondientes a abril y mayo de 1985 solo para demostrar que no se había prestado atención a la muerte del abogado.

Fox se perdió entre aquellos periódicos. Había publicidad de una tienda de informática que recordaba haber visitado. En ella se anunciaba un ordenador personal ICL a un precio de casi cuatrocientas libras en un momento en el que un Renault 5 nuevo —con radiocasete incluido— costaba seiscientas. En la columna de ofertas de empleo, una empresa buscaba guardias de seguridad por setenta y cinco libras a la semana. Y se vendía un piso en Viewforth por algo más de treinta y cinco mil libras.

Ante él desfilaron varias noticias: bombas en Irlanda del Norte; una manifestación del CDN, el Consejo de Defensa Nacional, en Loch Long; «Misiles soviéticos destruidos por Washington». En una futura base de misiles de crucero en Cambridgeshire se había congregado un grupo de manifestantes. Se aconsejaba a las empresas que protegieran la «información electrónica delicada» de los efectos de una explosión nuclear. La princesa de Gales, en una visita a Scotland Yard, había visto el horno y la bañera utilizados por el asesino en serie Dennis Nilsen...

Alex Ferguson era entrenador del Aberdeen F. C. y fueron líderes en la liga durante todo el mes de abril. El petróleo subió cinco peniques y superó la media libra por litro, y la princesa Michael de Kent declaró su «perplejidad» al descubrir que su padre había formado parte de las SS. Fox extendió el brazo para coger la taza de té sin recordar que no se había levantado aún a prepararlo. Por aquel entonces se organizaban protestas en favor de los derechos de los animales y en contra de la lluvia ácida, y se advertía a los profesores que no llevaran insignias del CDN a clase. Neil Kinnock era líder del Partido Laborista, y la primera ministra Margaret Thatcher se encontraba de gira por Oriente Próximo. Una encuesta demostraba que el respaldo al PNE se cifraba en un 15 % de la población escocesa, y que la cifra permanecía inamovible. Una mina de carbón inundada iba a clausurarse y reinaba el temor de que el Trustee Savings Bank pudiera trasladar su sede al sur de la frontera.

Joe Naysmith había mencionado a Hilda Murrell y, aunque estaba muerta desde el año anterior, también aparecía en el periódico. El diputado Tam Dalyell insistía en que la había asesinado el espionaje británico, y el secretario de Interior, Leon Brittan, iba a ser interrogado.

A Fox le sorprendió lo poco que recordaba. Debía de estudiar secundaria en Boroughmuir, confiado en que lo aguardaba la universidad. A Jude le interesaba más la política que a él, y en una ocasión hasta hizo campaña por el Partido Laborista. Fox, en cambio, había convertido su dormitorio en un santuario para su ordenador Sinclair ZX Spectrum y perdía la paciencia cada vez que un juego no cargaba al no encontrar la posición óptima en la rueda de volumen del reproductor de casete. Los sábados asistía a los partidos de los Hearts con su padre, pero solo si podía demostrar que había terminado todos los deberes. Aunque se le daban bien los ejercicios escolares, nunca veía las noticias ni leía un periódico; solo *2000 AD* y las páginas de deportes.

Francis Vernal había muerto la noche del domingo 28 de abril. Aquel día, gran parte de la población —Fox incluido— estaba pegada al televisor, ya que Dennis Taylor se enfrentaba a Steve Davis en la final del Mundial de Billar Inglés. Taylor, que había llegado a estar ocho juegos por debajo, había escenificado una remontada espectacular. Cuando introdujo la última bola negra en el juego definitivo y acabó llevándose el partido por dieciocho a diecisiete, era la primera vez que iba por delante en toda la competición. Durante unos días, su rostro copó todos los periódicos. La muerte de Vernal no mereció una sola mención hasta que apareció su necrológica, que incluía un error de imprenta que convertía su apellido en Vernel.

«Eso no sucedería hoy», musitó Fox en voz alta. Por aquel entonces no existía Internet, como había señalado Naysmith. Se podía poner freno a los rumores. Incluso se podía poner freno a las noticias. En las mejores épocas había pocos Woodward y Bernstein en los medios de comunicación escoceses. Fox podía imaginarse perfectamente al director de un periódico

rehusando dar cobertura a los detalles más escabrosos de un suicidio: había que tomar en consideración a la familia y puede que le cayera bien el tipo, que lo respetara. ¿Qué tenía de bueno mancillar su nombre por el solo hecho de permitir que unos desconocidos supieran cómo había muerto?

«Un patriota».

Al abrir la segunda caja, Fox se llevó una sorpresa: contenía las fotocopias de las notas originales de la policía sobre el caso, amén de detalles e imágenes de la autopsia. Alguien había accedido a los archivos para recuperar esa información, que Alan Carter había copiado y enviado a su jefe. ¿Se habría producido una transacción económica o Carter todavía conservaba amigos en el cuerpo? ¿Dónde guardaba la comisaría de Fife la documentación de los casos ya cerrados? En Edimburgo utilizaban un almacén situado en una zona industrial. Fox consultó su reloj. Le llevaría varias horas revisarlo todo. Sabía que debía tomarse un descanso cuando, en ese momento, le llegó un oportuno mensaje de texto. Tony Kaye y Joe Naysmith estaban tomando una copa en Minter's.

¡Recuerda que hoy es el Día de los POETAS!

Fox sonrió para sus adentros: «Venga, mañana es sábado».

Era cuanto necesitaba.

—Debo decirte —dijo Kaye mientras Fox se acercaba a la mesa— que corres el peligro de convertirte en un héroe local en Kirkcaldy.

—¿Y eso? —preguntó Fox al sentarse.

—No les gusta que la Brigada Criminal haga uso de la fuerza, y hasta la fecha eres el único que ha conseguido tocarles las narices.

—¿Ya se considera un caso de asesinato?

Kaye negó con la cabeza mientras bebía un trago de cerveza.

—Muerte sospechosa —confirmó.

Joe Naysmith volvió de la barra con el zumo de tomate especiado de Fox.

—Gracias, Joe —le dijo—. ¿Qué tal te ha ido en la biblioteca?

—En Fife existen ocho desguaces, seis de los cuales siguen en funcionamiento.

—¿Has podido llamar a los seis?

—Sí.

—¿Ha habido suerte?

—No exactamente. Un tipo con el que hablé cree que el coche debió de ir a Barron's Wrecking.

—Supongo que es una de las empresas que ya han cerrado.

Naysmith asintió.

—Ahora es una urbanización.

—¿Y el señor Barron?

—Esa es la buena noticia: cuando vendió la empresa, obtuvo una de las nuevas edificaciones como parte del pago.

—¿Vive en la urbanización?

—En realidad no es una urbanización. Son seis mansiones.

—¿Sigue allí?

—Todavía no he podido hablar con él, pero lo haré.

—Buen chico.

Fox se percató de que Kaye miraba a su compañero con algo rayano a la compasión.

—Es como buscar una aguja en un pajar —señaló Kaye.

—¿Y tú, Kaye, alguna novedad?

Este reflexionó mientras daba otro trago a su cerveza. Entonces chasqueó los labios y dijo:

—Poca cosa.

Fox esperaba más y Kaye intentó complacerlo.

—Se ha creado una sala de incidentes en la oficina principal del DIC, lo cual significa que Scholes y Michaelson han sido apartados del cuerpo.

—¿Haldane sigue de baja por enfermedad?

Kaye asintió.

—El comisario Laird ha decidido que el DIC se instale en la sala de interrogatorios, así que Joe y yo no tenemos techo.

—¿Habéis hablado de ello con Pitkethly?

—No se ha mostrado lo que se dice comprensiva. —Kaye hizo una pausa—. Pero hay una cosa...

—¿Qué? —preguntó Fox.

—La operación de vigilancia —respondió Kaye—. Ahora que tú estás en la cuneta, ¿no deberías ponernos en contacto con Coco Chanel? Joe y yo precisamos saber qué información está recabando a través de esas escuchas telefónicas.

—Hablaré con ella —dijo Fox.

Kaye asintió lentamente.

—¿Y tú, Foxy? ¿Estás lo bastante ocupado?

—Ya me las arreglaré.

—No lo dudo.

Kaye se terminó su copa y a continuación se levantó a pedir otra. A Fox no le apetecía nada y Naysmith dijo que solo tomaría media pinta más. Una vez que Kaye estuvo en la barra, Naysmith se inclinó hacia Fox.

—¿Me necesitas para algo?

—Tú sigue con lo que estás haciendo.

Naysmith asintió.

—Estaba pensando en la pistola —añadió.

—¿En la pistola de quién?

—La que utilizaron para matar a Francis Vernal.

—¿Qué pasa?

—¿De dónde salió?

—Yo también me lo pregunto.

—Sería un escándalo si...

Fox terminó la frase por Naysmith:

—¿... resultara que es la misma?

Fox pensó en ello.

—Bastante escandaloso —respondió.

—¿Hay forma de averiguarlo?

—Tal vez.

—¿Quieres que investigue?

Fox negó con la cabeza.

—Ya lo estás haciendo bien.

—Luego está el coche.

Las palabras eran de Naysmith; Fox rara vez lo había visto tan excitado. Puede que el joven fuese más apto para el DIC que para Asuntos Internos.

—No lo sometieron a un examen forense, ¿verdad? Y la tecnología actual

está mucho más avanzada que en aquella época. Si lo lleváramos a un laboratorio, quién sabe qué podrían encontrar...

—Incluso tus huellas en el interior —le recordó Fox—. Por lo cual deberíamos responder a unas cuantas preguntas incómodas.

Eso le hizo acordarse de algo.

—¿Y lo que encontré en la guantera?

Fox se encogió de hombros.

—Es el libro de revisiones del coche.

Naysmith parecía decepcionado, pero entonces reaccionó.

—Aun así, ¿tengo razón en lo de los forenses?

Fox asintió con un leve movimiento.

—Pero primero debemos saber si hay caso, ¿de acuerdo?

—Según Internet, la principal candidata es su viuda. Es una mujer atractiva, un poco más joven que él. Venía de una familia adinerada. — Naysmith hizo una pausa—. ¿Sigue viva?

—De momento, sí.

—¿Merece la pena hablar con ella?

—Puede.

Fox no estaba seguro de que eso le agradara a Charles Mangold, pero no importaba... Kaye volvió con las bebidas y Naysmith recuperó su postura original.

—Miraos —dijo Kaye—. Parecéis críos tramando algo a espaldas de los mayores. —Y depositó los nuevos vasos sobre la mesa—. ¿Qué opináis? Hoy es viernes, ¿salimos por ahí?

—Yo me voy —respondió Fox.

—Yo también —añadió Naysmith.

Kaye suspiró, meneó la cabeza con más pesar que enfado y se llevó la pinta a la boca.

—Menudo par de niños —farfulló para sí—. Pues marchaos y no os

olvidéis de hacer los deberes.

—Desde luego —repuso Naysmith con una sonrisa.

—Una última cosa —dijo Kaye levantando el dedo—. No hace falta que esperes despierto a papá.

Una vez en casa, Fox envió un mensaje de texto a Evelyn Mills y se sentó de nuevo a la mesa. Había correo en el alféizar, pero seguía sin abrir porque contenía un extracto bancario y una factura de la tarjeta de crédito, y no parecía albergar ninguna buena nueva. Las cuotas del asilo habían subido dos veces en el último año, pero a Fox no le molestaba... Bueno, puede que un poco sí. Más de una vez se había planteado preguntar a Jude si podría cuidar de su padre. No tenía trabajo. Él podría pagarle, compensarla, y el anciano estaría mejor. No comprendía por qué se acobardaba. Eran muchas las insinuaciones que Jude debía captar, aunque siempre podía hacer la oferta ella misma. Por el contrario, se limitaba a fastidiarlo y a decir que no le importaría pagar su parte si algún día disponía de dinero.

«Siempre puedes acogerlo...».

«Tú también, Malcolm», se dijo a sí mismo.

Podría pagar a una asistente que le preparara el almuerzo y limpiara un poco. Sería factible. Tan solo factible. Lo cierto es que no. En realidad, Fox era incapaz de imaginárselo. Estaba demasiado acostumbrado a sus hábitos; las cosas le gustaban así. No funcionaría...

Fue casi un alivio que sonara el teléfono. Era Mills.

—¿Por qué me envías un mensaje en lugar de llamarme? —preguntó de inmediato—. ¿Eres un tacaño o qué?

—He pensado que... —Fox hizo una breve pausa—. ¿No resultaba un poco sospechoso que te llamara de noche?

Mills resopló.

—Me llaman a todas horas. Freddie está acostumbrado.
Freddie debía de ser su marido.

—Es un mensaje misterioso, por otro lado...

—Debería haberlo pensado.

—En cualquier caso, aquí estoy. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me preguntaba qué tal marcharía la operación de vigilancia.

—Nada que comentar. —Mills guardó silencio unos instantes—. De todos modos, ¿a quién debería informar?

—¿Ya te has enterado?

—El inspector Cash es así.

—¿Lo conoces?

—Por su reputación.

—Dime que lo tienes en el punto de mira.

Mills soltó una carcajada.

—Nunca ha cruzado la línea, Malcolm. Al menos, todavía.

—Es una lástima. —Fox se pasó una mano por la frente—. Para responder a tu pregunta, supongo que ahora tu contacto es Tony Kaye. Te daré su número.

Fox le facilitó el teléfono y le preguntó si le parecía bien que le diera a Kaye su nombre y su número.

—Claro —respondió ella.

—¿Está progresando la investigación sobre Alan Carter?

—Poco a poco. Digamos que Kirkcaldy no ha organizado una fiesta de bienvenida, precisamente.

—Evelyn, tengo que pedirte otro favor.

—¿Quieres que intente convencerlos de que vuelvas?

—No, no se trata de eso. Pero estoy interesado en la pistola.

—Ah, ¿sí?

—Y me gustaría saber si puedo hablar con alguien.

—¿Quieres que lo organice? ¿No es mucho pedir, Malcolm?

—Lo siento. Solo necesitaré un nombre y quizás un número de contacto, eso es todo.

—¿Y qué recibo yo a cambio?

Aquellas palabras sonaron casi a coqueteo. Fox miró los documentos que tenía enfrente.

—¿A qué te refieres?

—Era broma. —Volvió a reírse—. No te asustes.

—No se trata de eso, Evelyn.

—¿Entonces?

—Nada.

—¿Tan mal lo pasaste en Tulliallan?

—Fue estupendo.

—Hummm, ojalá lo recordara mejor.

Mills hizo una pausa, como si esperase que Fox dijera algo. Al ver que no era así, le aseguró que le enviaría un mensaje de texto si averiguaba algo sobre la pistola.

—Gracias de nuevo.

—¿Podrías decirme por qué te interesa tanto?

—Lo cierto es que no. —Fox guardó silencio unos segundos—. Puede que no sea nada.

—Tienes que dar descanso a esa cabeza tuya. La oigo funcionar desde aquí. Tómese el fin de semana libre, inspector. Suéltese la melena.

—Probablemente tengas razón. —Fox dibujó una sonrisa—. Buenas noches, Evelyn.

—Dulces sueños, Malcolm. ¿Todavía roncas...?

Fox no sabía qué responder, pero Mills ya había colgado.

SEIS

—No es la misma pistola, se lo aseguro.

Fiona McFadzean era «la jefa de Balística en Fife», tal como le anunció el mensaje de Mills. Trabajaba en la central de Glenrothes. Fox había tardado un buen rato en encontrarla: tuvo que atravesar demasiadas rotondas y las señales brillaban por su ausencia. McFadzean no trabajaba en el edificio principal y a Fox le indicaron una estructura de ladrillo situada detrás de los surtidores de gasolina. Un agente uniformado estaba llenando el depósito de su coche patrulla.

—Sí, esa es la madriguera de Fiona.

McFadzean tuvo que abrirle la puerta. No llevaba bata blanca y parecía bastante feliz en su espacio sin ventanas. En una pared se advertía una hilera de material de construcción, desde ladrillos hasta madera, con distintos agujeros de bala. Un cubículo de cristal encerraba una pared pintada de blanco con manchas rosas. McFadzean le explicó a Fox que la utilizaban para confirmar las salpicaduras de sangre en un tiroteo.

—¿Y qué disparan exactamente? —preguntó Fox.

—Desde sandías hasta cabezas de cerdo. Mi tío es carnicero, lo cual nos viene muy bien.

Era una mujer joven y vibrante, y lo acompañó en un breve recorrido por sus dominios. Un ayudante estaba sentado ante el ordenador. Se llamaba Paul y lo saludó con la mano sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Se cometen muchos delitos con armas de fuego en Fife? —preguntó Fox.

—La verdad es que no. Crearon el grupo como una especie de

experimento. Siempre caminamos por la cuerda floja. Nos recortan los presupuestos y tal y cual.

McFadzean no disponía de un escritorio propiamente dicho. Parecía contentarse con apoyar el cuerpo en un taburete junto a un estrecho mostrador que abarcaba la pared de punta a punta. Había una cafetera y sirvió una taza para cada uno, mientras Fox intentaba ponerse cómodo en la silla que quedaba libre. Al final decidió quedarse de pie.

—Gracias de nuevo por recibirme —insistió.

Ella asintió, cogió la taza con ambas manos y se la llevó a los labios.

—¿Cómo está tan segura en lo relativo a las pistolas? —preguntó Fox.

El café era demasiado amargo, pero bebió otro trago para no ofenderla.

—Para empezar, por los números de serie —respondió ella—. Paul dispuso de un poco de tiempo libre el año pasado e informatizó los viejos archivos. —Mostró a Fox los documentos impresos—. Esta es la pistola que utilizó Francis Vernal. El cañón es de diez centímetros y no de quince. La bala es del mismo calibre, pero la recámara tiene capacidad para seis en lugar de cinco. —Entregó otra hoja impresa a Fox—. El revólver utilizado para matar al señor Carter...

Fox estudió los detalles.

—Es otra pistola —coincidió Fox—. Aquí dice que la utilizada en el tiroteo de Vernal fue destruida.

McFadzean asintió.

—Es el procedimiento que seguimos con todas las pistolas confiscadas.

Le entregó una tercera hoja. Se trataba de una lista detallada con las armas que las comisarías de Fife y Tayside habían enviado a la fundición. No había muchas. El revólver hallado sobre la mesa de Alan Carter tendría que haber sido destruido en 1984. El que encontraron cerca del coche de Vernal había corrido la misma suerte un año después.

—¿Tiene el historial de ambas pistolas? —preguntó Fox.

—A tanto no llegamos —respondió McFadzean con gesto de disculpa y después sopló el contenido del café.

—Estarán en algún archivo —exclamó Paul—. Probablemente en el Laboratorio Nacional de Balística de Glasgow. Enterrados en las profundidades.

—Por tanto, ¿no saben de dónde salieron?

McFadzean negó con la cabeza.

—El revólver que se encontró en casa de Alan Carter... ¿Cómo cree que llegó hasta allí?

—Debió de tomar algún desvío en algún momento del trayecto que separa el arsenal del horno.

Fox asintió.

—¿Eso había ocurrido alguna vez?

—Las directrices son bastante estrictas. Se realizan muchas verificaciones.

—Por tanto, no es un hecho habitual. —Fox estudió de nuevo los documentos—. Alguien la robó.

—Es probable. También es posible que se extraviara o acabara en el lugar equivocado...

McFadzean percibió la mirada de Fox.

—De acuerdo, eso ya no es tan probable —admitió.

—¿Sabemos quién se hallaba entonces en el arsenal? ¿A quién correspondía la tarea de deshacerse de las armas?

—En la otra página —respondió ella, y le indicó que leyera la última hoja del informe.

—Ah —respondió él, tras reconocer el nombre del inspector Gavin Willis.

—¿Sí? —inquirió McFadzean.

Fox golpeó el papel con un dedo.

—El inspector Willis —explicó—. Alan Carter trabajaba para él y compró la casa cuando Willis murió.

—Podría ser una explicación —observó Paul mientras se daba la vuelta sobre la silla—. La pistola estaría en la casa. Carter la encontró y se la quedó...

—Lo cual daría más credibilidad a un suicidio —apostilló McFadzean.

—O que la pistola estuviera allí y alguien la utilizara —argumentó Fox—. ¿No fue usted quien se dio cuenta de que las huellas no encajaban?

McFadzean asintió.

—Lo primero que hacemos es examinar cualquier arma de fuego en busca de huellas. Después, cotejamos el arma con la bala para cerciorarnos y, más tarde, averiguamos su procedencia.

—Llevaba tiempo sin utilizarse —prosiguió Paul—. Estaba descuidada.

—Encontramos óxido —explicó McFadzean—. Y le faltaba aceite.

—Había balas sin utilizar en la recámara —añadió Paul—. Debían de tener un par de décadas de antigüedad.

—Por las fibras que encontramos, es probable que la envolvieran en una tela blanca de algodón.

—Así que tendrían que registrar la casa y buscar esa tela —observó Fox.

—Ya lo han hecho a petición nuestra.

—De momento, nada —interrumpió Paul.

—En efecto —confirmó McFadzean.

Fox resopló.

—¿Qué opinión les merece?

—No estoy muy segura —confesó—. Paul sostiene que llevaron la pistola a la casa y la utilizaron para asesinar a la víctima y que luego se aplicaron sus huellas en un intento precipitado de hacerlo parecer un suicidio.

—¿Pero...? —intervino Fox.

—Pero... acaba de darnos razones para creer que la pistola pudo hallarse en la casa en todo momento.

—Es posible que Alan Carter tuviese motivos para estar asustado —afirmó

Fox—. Tal vez guardara el revólver cerca.

—Eso no encaja —repuso Paul, que se levantó de la silla y se sirvió más café—. Encontraron a la víctima sentada a la mesa. Por el patrón que forma el espray, sabemos que estaba allí cuando recibió el disparo. Si alguien te ha arrebatado la pistola y te dispara...

—Es improbable que te quedes sentado dándole la espalda —prosiguió Fox, que se puso a reflexionar—. ¿Qué sucede si alguien te apunta con la pistola y te ordena que te sientes? Si quieren algo de ti, algo que ya está sobre la mesa...

Paul reflexionó y asintió.

—¿Lo encuentras y luego te disparan?

—O te niegas y te pegan un tiro igualmente —añadió McFadzean.

La habitación permaneció en silencio unos instantes.

—En tal caso —intervino Fox—, ¿la pistola estuvo allí en todo momento o la llevó alguien consigo?

—Sé que el DIC está investigando al sobrino de la víctima —dijo McFadzean—. Debía de conocer la casa y tal vez supiera dónde guardaba la pistola.

—No estaban muy unidos que digamos —precisó Fox—. Si había un arma allí, Carter guardó el secreto incluso a su mejor amigo de toda la vida. ¿Y qué hay del trapo desaparecido?

—El asesino se lo llevó con él —contestó Paul.

—Si es que hubo asesino —advirtió McFadzean.

—Cierto —coincidió su ayudante, que se volvió hacia Fox—: Otra cosa... Fiona lleva bastante razón cuando dice que no se extravían muchas armas. Diría que hoy por hoy no ha ocurrido con ninguna.

—¿Y en aquella época? —preguntó Fox.

—Algunas pistolas que acabaron bajo custodia policial iniciaron su andadura en el ejército. En los años sesenta desaparecieron muchas cosas,

explosivos incluidos, en barracones de todo el país, la mayoría de ellas destinadas al conflicto.

—¿Irlanda del Norte?

—Los paramilitares necesitaban armas y se las robaban por encargo.

—¿Qué pretende decir con eso?

Paul se encogió de hombros.

—Puede que ese revólver fuese destinado a Belfast.

—El Úlster no era el único lugar donde había terroristas —le informó Fox—. Aquí también teníamos bastantes.

Fox se refería al Ejército Escocés de Liberación Nacional y a las cartas bomba enviadas a Downing Street, al Dark Harvest Commando con sus esporas de ántrax...

Y a su posible mecenas, Francis Vernal.

—Tiene razón —convino Paul.

Entonces se dirigió a un archivador, abrió un cajón y empezó a buscar. McFadzean le dedicó a Fox una sonrisa indulgente y este asintió: Paul era bueno en su trabajo. Un minuto después había encontrado el archivo relevante y entregaba una fotografía a Fox. En ella se veía una mesa de una comisaría en la cual se hallaba expuesta una hilera de armas de fuego para los medios de comunicación. La formaba una docena de rifles, todos ellos etiquetados, amén de pistolas, revólveres y munición varia guardados en bolsas herméticas. Fox leyó la etiqueta pegada al dorso: «1980, juicio a la Liga Republicana Socialista de Escocia», y asintió mirando hacia donde estaba Paul.

—Otro grupo escindido que añadir a la lista —dijo—. ¿Algunas de esas armas provenían del ejército?

—De robos en los barracones.

Fox lo miró.

—¿Obra de militares?

—Solo se precisa unos pocos simpatizantes, hacer la vista gorda, entregar unas llaves...

—Veo cartuchos de metralleta, pero no armas —observó Fox antes de tenderle la foto a McFadzean.

—No es tan extraño —explicó esta—. Nadie ha dicho que esos grupos tuviesen un cociente intelectual elevado.

—¿Ni siquiera la cúpula?

—Los atrapamos, ¿no? —dijo agitando la fotografía como prueba de ello.

Mientras Paul guardaba de nuevo la imagen en su carpeta, Fox se frotó la barbilla con la palma de la mano.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Dispare, si me permite la expresión.

Fox sonrió.

—¿Tiene alguna teoría sobre esas explosiones?

McFadzean señaló el ordenador de su compañero.

—Paul ha estado trabajando un poco en ello. Ha utilizado envases de plástico llenos de fragmentos de metal: tornillos, arandelas; cosas que pueden encontrarse en cualquier ferretería. La detonación lo proyectó todo a una distancia de treinta metros.

—Probablemente no eran niños, entonces.

—A menos que hayan leído *El libro de cocina del anarquista* —mencionó Paul.

—Pero todavía no lo han perfeccionado —añadió McFadzean, cruzándose de brazos.

—Aunque están mejorando —advirtió su compañero.

McFadzean asintió con aire pensativo.

—¿Y cuando estén ya satisfechos? —preguntó Fox.

—Entonces su objetivo no serán unos árboles —replicó Paul.

Fox meditó un buen rato si se detenía en Kirkcaldy y tomaba un aperitivo en el Pancake Place con Kaye y Naysmith, pero sopesó los riesgos y decidió no hacerlo. En lugar de eso, regresó a Edimburgo y se detuvo a repostar y a comerse una hamburguesa. Había llamado con antelación, pero Charles Mangold iba a estar ocupado hasta las dos. A la una y media, Fox había aparcado frente a la sede de Mangold Bain en la Ciudad Nueva. Las oficinas se encontraban en el primer piso de una empinada casa georgiana con vistas a los Queen Street Gardens. La recepcionista le sonrió y le pidió que tomara asiento. Había una copia de *The Financial Times* en la mesita, además de las últimas guías inmobiliarias y una revista de golf.

Cuando se detuvo un taxi en el exterior, Fox se puso en pie y vio a Mangold bajar del coche. Tenía la cara enrojecida por el alcohol. Al entrar vio a Fox de inmediato y le tendió la mano.

—¿Ha tenido un buen fin de semana, inspector?

—He leído mucho.

—¿Algo interesante?

—Apasionante, la verdad.

Mangold parecía satisfecho con la respuesta.

—Café, Marianne, por favor. Bueno y fuerte —le ladró a la recepcionista.

Fox meneó la cabeza para hacerle saber que él no tomaría. Mangold ya iba camino de la puerta que se hallaba a la derecha de la recepción y juntos accedieron a lo que otrora debía de haber sido el pasillo de una residencia privada. Pasaron ante una chimenea sin utilizar y una gran escalinata que conducía al piso de arriba. Otra puerta ubicada a los pies de la escalera los llevó a lo que, a juicio de Fox, aparentaba ser un salón. Había una chimenea con un espejo antiguo encima, intrincadas cornisas y un rosetón en el techo. Mangold encendió algunas luces.

—Marianne me ha mencionado que era urgente —dijo, apoyando la mano

en un radiador eléctrico que encendió a continuación—. Hay que calentar esto —añadió, frotándose las manos.

—¿Ha comido bien? —preguntó Fox—. En el New Club, ¿no?

—Ondine —corrigió Mangold.

—La otra noche... ¿esperaba a unos invitados...?

—Sí.

—¿Por casualidad era Colin Cardonald uno de ellos?

Mangold negó con la cabeza.

—Me pareció verlo en el club esa noche, dormitando en la silla con la sopa de letras a medias. —Mangold consultó el reloj—. ¿Le ha mencionado algo Marianne?

—Me dijo que solo dispondría de quince minutos.

Fox siguió el ejemplo de Mangold y se sentó a la brillante mesa ovalada.

—Pero eso solo tendría sentido si yo trabajara para usted, y no es el caso. Soy agente de policía y este es un asunto oficial, lo cual significa que me tomaré el tiempo que estime necesario.

En ese momento llamaron a la puerta y llegó el café, junto con una botella de agua y dos vasos. La recepcionista preguntó a Mangold si quería que lo sirviera.

—Sí, por favor, Marianne.

Esperaron a que se fuera y luego Mangold bebió un sorbo de café con los ojos cerrados.

—Ya no puedo tomar tanto como antes —dijo— y tengo una tarde muy ajetreada.

—Entonces iré directo a la cuestión que nos ocupa. Son dos cuestiones, en realidad.

—Dispare.

—Quiero hablar con Imogen Vernal.

—Imposible —objetó Mangold agitando la mano—. La siguiente cuestión,

por favor.

—Si no la veo, dejaré esos dos archivadores en recepción y será la última vez que tenga noticias mías.

Mangold miró a Fox con dureza e hizo sobresalir el labio inferior.

—¿Qué necesita de ella? —preguntó.

—¿De qué cree estar protegiéndola?

—Ya se lo he dicho: está muy enferma. No quiero que se sienta todavía más incómoda. —Mangold hizo una pausa—. La segunda cuestión —ordenó mientras sacaba del bolsillo un voluminoso pañuelo.

—Cuando hayamos solucionado la primera.

—Ya lo hemos hecho —repuso Mangold, limpiándose las comisuras de los labios.

—Quiero que se enfrente a las cosas —explicó Fox—. Quiero que hable de su marido.

—¡Eso puedo hacerlo yo!

—Pero usted no estaba casado con él.

—Lo conocía tanto como Imogen.

Fox no se molestó en contestar. En vez de eso, pasó a la segunda cuestión.

—Todos aquellos grupos de la época... el SRSL, el SNLA, el Dark Harvest Commando... No recuerdo cómo se llamaba el gaélico...

—Sìol Nan Gaidtheal.

—Eso es.

—La Semilla de Gael.

—¿Qué relación mantenía Vernal con ellos? Solo sé lo que he leído.

—Imogen no puede ayudarlo en eso. Jamás le llegaron esos rumores.

—¿Y a usted sí?

—Por supuesto.

—¿Y se los creyó?

—Le pregunté a Francis varias veces, pero se limitaba a refutar las

insinuaciones con aquella mirada suya.

—Pero usted, ¿qué opina?

Mangold bebió un poco de café mientras le daba vueltas a la pregunta.

—¿Era un paramilitar en activo? No, lo dudo. Pero pudo ayudar de varias maneras.

—¿Asesoramiento legal?

—Probablemente.

—¿Qué más?

—Había que recaudar dinero y guardarlo a buen recaudo. Frank debía de saber qué hacer con él.

Fox asintió.

—¿Era su banquero?

—No tengo ninguna prueba de ello.

—¿Guardaría el dinero él mismo?

Mangold se encogió de hombros.

—¿De cuánto estamos hablando?

—De miles —especuló Mangold—. A principios de la década se cometieron varios robos en bancos y se interceptaron un par de furgones blindados.

—¿Lo reivindicó el SNLA?

—Eso se decía entonces.

—En los años en que trabajó con él, ¿vio visitantes sospechosos, reuniones a puerta cerrada, llamadas telefónicas extrañas...?

—No más que cualquier otro abogado —respondió Mangold con una sonrisa asimétrica y después dirigió la mirada al fondo de la taza—. Tengo que dejar de beber a mediodía. Después me encuentro fatal. ¿Hemos terminado, inspector?

—Todavía no. ¿Oyó nombres alguna vez?

—¿Nombres?

—Miembros de aquellos grupos.

—El MI5 sabrá más que yo al respecto.

—Pero no están aquí ahora mismo...

Mangold asintió y frunció el ceño, pensativo.

—No, no mencionó ningún nombre —respondió al fin.

—¿Algún amigo de Vernal parecía un poco fuera de lugar?

—Conocíamos a todo tipo de gente, inspector. Uno visitaba un par de pubs y acababa en compañía de vagabundos y asesinos. Nunca sabías si ibas a despertar con un tatuaje o una infección, o si no ibas a despertar.

Fox esbozó la sonrisa que consideró que se esperaba de él.

—¿Qué hay de sus tendencias políticas, señor Mangold?

—Ahora soy sindicalista...

—¿Y en aquella época?

—Más o menos igual.

—Es curioso que fuese tan amigo de un nacionalista acérrimo. —Fox hizo una pausa—. ¿O es ahí donde entra la señora Vernal?

—Me gustaría que no entrara en absoluto —susurró Mangold.

—Pero debe hacerlo —insistió Fox, casi en un susurro también.

De repente, Mangold parecía cansado, derrotado. Alzó las manos en un gesto de rendición y las dejó caer sobre la mesa.

—Veré qué puedo hacer. —Miró la taza de nuevo—. Creo que tomaré más café.

—Gracias por su tiempo —dijo Fox al levantarse—. Pero recuerde que fue usted quien acudió a mí.

—Sí —respondió Mangold con un viso de arrepentimiento.

—Ah, y otra cosa...

Mangold estaba de pie frente a Fox.

—¿Le mencionó Alan Carter el coche en alguna ocasión?

Mangold parecía confuso.

—¿Qué coche?

—El Volvo de Francis Vernal.

—No, creo que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, en realidad —contestó Fox encogiéndose de hombros.

Pero por dentro estaba pensando: «¿Qué más le ocultó... y por qué?».

Mangold permaneció en la sala y Fox insistió en que no era necesario que lo acompañara a la puerta. Se detuvo al salir y la recepcionista apartó la mirada de lo que tenía entre manos y sonrió.

—Marianne, ¿verdad? —preguntó Fox. Ella asintió—. Hay una cosa que quiero preguntarle a Charles y siempre acabo olvidando...

—¿Sí?

—El nombre de la empresa, Mangold Bain... ¿Existe todavía un señor Bain?

—Antes se llamaba Vernal Mangold —explicó Marianne.

—Claro, hasta que el pobre Francis murió... —Fox hizo lo posible por parecer uno de los clientes más antiguos de Mangold—. Es usted demasiado joven para haberlo conocido, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió ella, un tanto molesta por que pudiera haberla confundido con una persona de edad tan avanzada.

—Entonces ¿el señor Bain...?

—Nunca ha existido un señor Bain. Es un nombre de soltera.

—¿Imogen, la viuda de Vernal? —aventuró Fox—. ¿Es socia?

—No, no. Mangold lo hizo como... Bueno, como una especie de homenaje, supongo.

—¿No habría sido mejor conservar el nombre de Vernal en el material de oficina? —preguntó Fox. Marianne no parecía haber pensado nunca en ello—. Gracias por su ayuda —le dijo, antes de inclinar levemente la cabeza y marcharse.

Fox estaba sentado a su mesa en la oficina de Asuntos Internos, contemplando la pantalla en blanco del ordenador. Bob McEwan atendía una llamada telefónica. Como de costumbre, parecía tratar sobre la futura remodelación. Asuntos Internos iba a ser absorbido por Ética Profesional. Pasarían, en palabras de McEwan, de «micro» a «macro».

—No pregunte qué significa eso.

Fox había enviado mensajes de texto a Tony Kaye y a Joe Naysmith, y esperaba respuesta. Tenía pensado visitar la Biblioteca Central y buscar en su hemeroteca. Guardaba recortes de *The Scotsman*, pero no del *Herald* ni de ningún otro periódico escocés de la época. Dudaba que pudiera encontrar nada. Los medios de comunicación habían perdido muy pronto el interés por aquella historia.

Cuando se abrió la puerta de la oficina, Fox vio que al jefe de Policía lo acompañaba un visitante. El nombre del jefe era Jim Byars. Llevaba uniforme, gorra picuda incluida, lo cual significaba que se dirigía a una reunión o que pretendía impresionar a alguien. El visitante era un hombre de unos cincuenta años, con la cara bronceada, mandíbula prominente y cabello grisáceo. Lucía traje y lo que parecía una corbata de seda. En el bolsillo delantero asomaba un pañuelo.

—Ah, Malcolm —dijo el jefe de Policía. Y luego, al invitado—: Ética Profesional.

—«Suela de Goma» —preguntó el visitante con una leve sonrisa.

Tenía acento inglés y en la mano que le tendió a Fox no llevaba anillos. El inspector miró a McEwan y vio que estaba indeciso. Lo más cortés era colgar

y dar la bienvenida al visitante, pero quería que Byars supiera que estaba ganándose el sueldo. Saludó al jefe con la mano y le indicó que terminaría en breve. El gesto de Byars le informó de que no era necesario.

—Estoy haciendo el recorrido con el comisario Jackson —le explicó el jefe a Fox. Después, a Jackson—: Malcolm Fox es inspector, con rango de agente, pero no utilizamos ese término.

—¿Tiene mucho trabajo? —preguntó Jackson.

—Es llevadero —repuso Fox, deseando haber encendido el ordenador.

Su mesa estaba prácticamente vacía y solo había un centímetro de papeles en la bandeja. ¿Guardaba Jackson alguna relación con la próxima reorganización? ¿Buscaba puestos de los que pudieran prescindir? Tenía esa mirada de pesetero incorregible.

—Trabaja usted en Fife, ¿verdad? —le preguntó el jefe de Policía, y acto seguido frunció el ceño al caer en la cuenta de lo estúpida que era la pregunta.

—Hoy no, señor. Pero el resto de mi equipo está allí.

Fox tragó saliva. No había razón para creer que Jackson estuviera al corriente de que lo habían apartado del caso. Y, aunque lo supiera, no era algo que uno quisiera hacer público ante un visitante.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó Fox.

Byars se adelantó.

—El comisario Jackson trabaja en la División Especial, lucha antiterrorista.

—No sabía que tuviéramos de eso en Edimburgo —observó Fox, como si se sintiera obligado a hacerlo.

Jackson esbozó la misma sonrisa fugaz.

—¿Le suena la explosión en el bosque situado a las afueras de Peebles? ¿Y antes de esa la de Lockerbie?

Fox asintió para hacerle saber que había oído hablar de ello.

—Pensamos que podría tratarse de un ensayo, inspector.

—¿Por qué Peebles?

—Cualquier lugar habría servido. —Jackson hizo una pausa—. ¿Recuerda lo del aeropuerto de Glasgow? Sus autores vivían tranquilamente en el extrarradio.

—Y como Peebles forma parte de Lothian y Borders —explicó Byars—, estamos ayudando al comisario Jackson y a su equipo.

Por tanto, no era un contable pesetero.

Jackson observó la oficina, como si estuviera archivando para sí cada uno de sus detalles. Bob McEwan intentaba a la desesperada poner fin a su conversación.

—¿Qué está ocurriendo en Fife? —preguntó el inglés.

—Poca cosa —respondió Fox.

—Un agente del DIC —dijo Byars a Jackson—. Irá a juicio por cruzar la línea. Nos han pedido que investiguemos si sus compañeros lo han encubierto.

Jackson miró a Fox y este supo lo que estaba pensando: «Estoy contigo, amigo; nunca desveles más de lo que debes».

McEwan había colgado el teléfono y se dirigía hacia ellos. Byars realizó de nuevo las presentaciones oportunas y expuso la situación.

—Interesante —dijo McEwan, cruzándose de brazos—. Nunca desaparece, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere? —le preguntó Jackson.

—Al terrorismo nacional. El último caso de Malcolm guarda cierta relación...

—¿De veras?

Jackson parecía interesado de repente.

«Tenía que tratarse de Naysmith. Lo más probable es que Naysmith se lo hubiera soplado a McEwan».

Fox le restó importancia de forma exagerada.

—Solo hay una conexión ínfima —precisó.

Pero Jackson no quería desviarse del tema.

—¿Cuál es en concreto? —preguntó.

—Una persona a la que entrevistó Malcolm —expuso McEwan— estaba realizando una investigación sobre un abogado que mantenía relación con los separatistas escoceses.

—Hace un cuarto de siglo —insistió Fox.

El jefe de Policía miró a Jackson.

—Nada que ver con sus terroristas de Peebleshire.

—Así es —reconoció Jackson.

Su siguiente pregunta iba dirigida a Fox.

—¿Qué le ocurrió al abogado?

—Murió en un accidente de tráfico.

—A diferencia del investigador —añadió McEwan—. Se pegó un tiro en la cabeza con un revólver.

—Dios santo —dijo Jackson.

Entonces volvió a mostrarle a Fox esa misma sonrisa inquietante.

Cuando Naysmith llamó al móvil de Fox una hora después, el inspector estaba solo en la oficina, ya que McEwan había tenido que asistir a otra reunión en el edificio. Antes de que Naysmith pudiera mediar palabra, Fox le dio las gracias por hablarle a McEwan de Alan Carter y Francis Vernal.

—Me preguntó en qué estaba trabajando —respondió Naysmith.

—Bien, gracias de todos modos. Ahora tenemos a la División Especial interesada.

Fox le detalló las circunstancias.

—Podría ser un plus —adujo Naysmith—. ¿No puedes preguntarle si en los archivos hay algo relacionado con Vernal? ¿Si estaban espiándolo?

—¿Crees que me lo dirían aunque lo supieran? Hace veinte años de eso. ¿Piensas que los espías tienen acceso instantáneo?

—Puede que no —reconoció Naysmith—. Pero ¿cómo vamos a averiguar si estaba sometido a vigilancia?

—No lo haremos —respondió Fox a la postre.

Se impuso el silencio unos instantes.

—¿Quieres saber lo que he descubierto? —preguntó Naysmith.

—¿Qué has descubierto?

—Barron's Wrecking.

—¿Has hablado con él?

—Es bastante viejo, pero menuda memoria tiene. Cuando le dije esto mismo, respondió que era porque llevaba gran parte del negocio en negro y que podía denunciarlo a Hacienda si quería...

—Pero ¿pudiste preguntarle por el coche?

—Lo recordaba bien. Lo llevó una grúa, pero fue visto y no visto, porque fue alguien pidiendo que lo trasladaran a otro sitio.

—¿Gavin Willis? —aventuró Fox.

—El mismo —corroboró Naysmith—. Lo llevaron a la casa, pero tuvieron que empujarlo entre cuatro cuesta arriba para meterlo en el garaje.

—¿Les dijo para qué lo quería?

—Creo que nadie preguntó. Pagó a Barron en efectivo y ya está.

—¿Y nadie fue al desguace a preguntar por él?

—Willis le entregó a Barron veinte libras más y le pidió que dijera que lo habían destinado al desguace.

—¿Y Barron no se molestó en preguntarle por qué?

—Según dice, cuando un policía te ordena que hagas algo, lo haces.

—Dudo que hoy en día sea así. —Fox reflexionó un momento—. Willis trabajaba en el arsenal —informó a Naysmith—. Puede que él robara el revólver que utilizaron contra Alan Carter.

—Pero ¿por qué haría eso?

—Todavía no lo sé. ¿Recordaba Barron algo más acerca del coche? ¿No cogió nada?

—Nada que esté dispuesto a reconocer.

—Bueno, pues eso es todo —remachó Fox, recorriendo la oficina vacía.

—¿Qué quieres que haga ahora, Fox?

—No me importaría saber cómo y cuándo murió Gavin Willis. Puede que aún le quede algún familiar...

—Podría comprobarlo.

Parecía que Naysmith estaba tomando nota.

—¿Has visto a Tony? —preguntó Fox.

—Me ha dicho que iba a llevar a Billie y a Bekkah a tomar café.

—¿Las peluqueras?

Fox se detuvo junto a la ventana desde la cual veía el aparcamiento, con el Fettes College detrás. Los alumnos se iban a casa y una hilera de coches esperaba para recoger a la mayoría.

—¿Cuál es la opinión de Tony?

—¿Hormonal? —dijo Naysmith.

Fox vio cómo el jefe de Policía acompañaba al comisario Jackson hasta su coche. Jackson tenía chófer y también un bonito vehículo. Tras subirse a la parte trasera, Byars le cerró la puerta. Cuando el coche se puso en marcha, Jackson bajó la ventanilla y miró hacia la oficina de Asuntos Internos. Era imposible que viese a Fox, pero retrocedió de todos modos sin saber muy bien por qué.

La viuda de Francis Vernal vivía en una mansión victoriana situada en el barrio de Grange. Las angostas calles se hallaban despejadas de tráfico y peatones. Apenas si se veían las casas. Permanecían emboscadas, como sus propietarios y riquezas, tras unos elevados muros de piedra y robustas puertas de madera. Charles Mangold había insistido en que Fox solo podría visitarla si iba con él. Fox también le había reiterado que eso era imposible. No obstante, Mangold se encontraba esperando en un taxi de color negro en el momento en que el inspector enfilaba el camino que llevaba a la casa. Cuando Fox salió del coche para anunciar su llegada por el interfono, Mangold descendió de la parte trasera del taxi.

—Tengo que insistir —dijo el abogado.

—Insista cuanto guste.

—¿Y si Imogen desea que yo esté presente?

—Puede pedírmelo ella si quiere; pero mientras no lo haga, quédese a este lado de la puerta.

Mangold parecía furioso, pero no dijo nada. Volvió al taxi y cerró la puerta de golpe. Fox dijo por el interfono que tenía una cita. Las puertas se abrieron con el zumbido de un motor y regresó al coche. Era un camino largo y serpenteante, con densos arbustos a ambos lados. Fox desembocó en una zona de aparcamiento con gravilla situada frente a la casa de dos plantas con gabletes. Estaba anocheciendo y los pájaros cantaban en los árboles. Cerró su coche solo por costumbre. La puerta principal estaba abierta y lo aguardaba en el umbral una joven de unos treinta años que se presentó como Eileen Carpenter.

—Soy la cuidadora de la señora Vernal.

—¿Su enfermera, quiere decir?

—Y otras cosas.

El vestíbulo olía a moho, pero habían limpiado el polvo. Carpenter le preguntó si le apetecía una taza de té.

—Por favor —respondió, y la siguió hasta el salón.

En él había una enorme ventana saliente. La butaca de Imogen Vernal se había ubicado de modo que tuviese vistas al jardín que se extendía a un lado de la propiedad.

—Disculpe que no me levante —dijo.

Fox se presentó y le estrechó la mano. Tenía el cabello rubio ceniza y presentaba lesiones en las mejillas y en la frente. Su piel era casi transparente y se adivinaban las venas. A Fox le dio la impresión de que no debía de pesar más de cincuenta kilos. Pero sus ojos, aunque cansados, parecían bastante vivos y las pupilas estaban dilatadas por la medicación reciente.

Había una butaca a su lado y Fox tomó asiento. Tenía un libro abierto en el suelo: una copia en tapa dura de una novela de Charles Dickens. Fox dedujo que una de las tareas de Eileen Carpenter consistía en leerle a la señora.

—Bonita casa —señaló Fox.

—Sí.

—¿Vivía aquí con su marido?

—Nos la regalaron mis padres cuando nos casamos.

—Unos padres fantásticos.

—Unos padres ricos —corrigió, con una sonrisa.

Había fotografías enmarcadas de su marido sobre la repisa de la chimenea. Una le resultaba familiar: el orador en plena efervescencia, con el puño apretado mientras se dirigía a su público.

—Me encantaría haberle oído hablar —dijo Fox con absoluta sinceridad.

—Creo que tengo algunas grabaciones. —Imogen hizo una pausa y levantó

el dedo—. No, se las doné a la Biblioteca Nacional, junto con sus libros y documentos. Algunos lo han elegido como tema para su doctorado, ¿lo sabía? Cuando murió, un senador estadounidense escribió una necrológica para *The Washington Post*.

La viuda asintió al recordarlo.

—Era todo un personaje —coincidió Fox—. En público.

Imogen entrecerró un poco los ojos.

—Charles me ha hablado de usted, inspector. Es una pena lo de ese hombre, el que murió... ¿Está Charles fuera?

—Sí.

—Es muy protector.

—¿Fue amante suyo?

Imogen se tomó su tiempo para responder, como si no supiera qué decir.

—Hace usted que parezca una Jezabel.

Su voz fue adquiriendo un acento escocés cada vez más marcado.

—Bueno, parece sentir mucho afecto por usted.

—Así es —dijo ella.

—Y siempre corrió el rumor de que su matrimonio había sido tormentoso.

—¿Tormentoso? —Imogen meditó esa palabra—. No es mala descripción.

—¿Cómo se conocieron?

—Levantando barricadas.

—¿Literalmente?

—Casi. Fue en una sentada en la universidad. Creo que protestábamos por Vietnam. —Parecía estar rememorando—. Aunque pudo ser por el *apartheid* o por Rodesia. Él ya era abogado, y yo, estudiante, y empezamos a salir...

—¿Pese a la diferencia de edad?

—Al principio mis padres no lo aprobaban —reconoció.

—¿El señor Vernal era nacionalista en aquella época?

—De joven era comunista. Luego perteneció al Partido Laborista. El

nacionalismo vino después.

—¿Compartía usted sus ideas políticas?

Imogen Vernal lo estudió.

—No acabo de entender qué quiere de mí, inspector.

—Simplemente pensé que debíamos vernos.

Todavía estaba meditando al respecto cuando llegó Eileen Carpenter con una bandeja. La tetera era pequeña y solo había una taza de porcelana y un plato. Era té a granel, acompañado de un colador de plata. Fox le dio las gracias. Carpenter preguntó a su señora si necesitaba algo más.

—Estamos bien, creo —respondió Imogen—. Házselo saber a Charles. — Después, dirigiéndose a Fox—: Estará esperando que le envíe un mensaje.

Carpenter se sonrojó un poco al salir del salón.

—No es precisamente una espía —le dijo Imogen Vernal a Fox—. Pero Charles siempre está preocupado...

Fox se sirvió el té.

—¿Sabe por qué contrató a Alan Carter? —preguntó Fox.

—Para esclarecer el asesinato de mi marido.

—¿Está segura de que fue un asesinato?

—Bastante.

—¿Lo mencionó en su momento? No recuerdo que los periódicos dijeran nada al respecto.

—Para serle sincera, estaba un poco asustada.

Fox aceptó la respuesta.

—Pero lo único que tiene son sospechas... Ninguna prueba...

—No más de lo que usted ha averiguado —reconoció ella, poniéndose las manos sobre el regazo.

—¿Y un suicidio...?

—Es imposible. Francis era demasiado cobarde. He pensado mucho en ello de un tiempo a esta parte. Les conté que yo acababa de terminar la

quimioterapia y todo lo demás. Era demasiado. Hay morfina para el dolor, pero no lo remedia del todo, más allá del algodón hidrófilo. Había que tener en cuenta el suicidio, pero esa forma de actuar requiere cierta valentía. Yo no soy valiente, y Francis tampoco lo era.

—Él no estaba enfermo, ¿verdad?

—Estaba fuerte como un roble.

—¿Pese a que fumaba?

—Sí.

—¿Se habían peleado?

—No más de lo habitual.

—¿De nuevo su relación tormentosa?

—Más tormentosa que rocosa. ¿Alguien ha utilizado la palabra «alborotador» para referirse a él? —Imogen observó mientras Fox asentía—. Me habría decepcionado que no lo hicieran. Francis era así: en la vida, en el trabajo y en la política. No le importaba que estuvieras de su parte o contra él mientras llevaras fuego en tu interior.

—Hay un monumento cerca del lugar en que murió...

—Charles pidió que lo erigieran allí.

—¿Y el ramo de flores anual?

—Es mío.

Fox se inclinó un poco hacia delante.

—¿Quién cree que lo mató, señora Vernal?

—No lo sé.

—Antes de su muerte, ¿le preocupaba algo?

—No.

—Él creía que lo estaban vigilando.

—Eso le agradaba; significaba que era un incordio para ellos.

—¿Para quiénes?

—Para el sistema, supongo.

—¿Y cómo los incordiaba?

—Con sus discursos y su poder de convicción para cambiar la mentalidad de la gente.

—Los sondeos indican que no estaba cambiando demasiadas mentalidades. Imogen rechazó la idea agitando la cabeza.

—Ejercía influencia en todos aquellos a los que conocía.

Hizo una pausa y vio que Fox sacaba una fotografía de su marido con Chris Fox.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó.

—No.

—Se llama Chris Fox. Murió en un accidente de moto años antes que su marido. Ocurrió cerca de Burntisland.

Imogen Vernal medió unos instantes.

—Está cerca de donde mataron a Francis. ¿Cree que existe una relación?

—Lo cierto es que no.

—Lleva el mismo apellido que usted.

—Era primo de mi padre.

Imogen lo miró.

—¿Conocía bien a Francis?

—No tengo ni idea. —Fox estudió de nuevo la fotografía antes de guardársela en el bolsillo y dio otro sorbo al té—: Me dijeron que habían sufrido robos...

—Sí, aquí y en la oficina. Hubo dos en dos semanas.

—¿Informaron a la policía?

Ella asintió.

—Nunca atraparon a nadie.

—¿Se llevaron muchas cosas?

—Dinero y joyas.

—¿Ningún documento de su marido?

—No.

—¿Mencionó Francis si alguna vez había infringido la ley?

—¿A qué se refiere?

Imogen parecía estar concentrada en las vistas que ofrecía el ventanal, aunque había oscurecido y no se atisbaba el jardín.

—Se decía que mantenía relación con ciertos grupos...

—Jamás habló de ello.

—Pero no es nada nuevo para usted...

—Conocía a mucha gente, inspector. Me atrevería a decir que uno o dos querían llevar la lucha un poco más allá de lo que permitían las leyes de la época.

—¿Y es posible que él respaldara ese punto de vista?

—Tal vez.

—¿Le viene a la mente algún nombre?

Imogen negó con la cabeza.

—Usted pensará que los amigos del mundo de la política a veces se convierten en enemigos. Pero si Francis los tenía, y me refiero a enemigos de verdad, eso lo mantuvo en secreto.

—Aun así, ¿sabe usted que apoyaba a grupos paramilitares? Por lo visto, el señor Mangold cree que tenía usted una corazonada.

—Charles no lo sabe todo.

Fox bebió otro sorbo de té y dejó la taza y el plato sobre la bandeja. La sala permaneció en silencio prácticamente durante un minuto. Fox tuvo la sensación de que, cuando Imogen se quedaba a solas, debía de permanecer callada y quieta, aguardando la muerte, contemplando el reflejo de la ventana mientras el mundo se perdía en algún lugar. Le recordaba a su padre: «Yo no duermo. Tan solo estoy aquí tumbado».

Al final, Fox se aclaró la garganta.

—¿Qué cree que estaba haciendo por esa vía? —preguntó.

—¿Políticamente, quiere decir?

Fox sonrió ante el equívoco.

—No, en la carretera entre Anstruther y Saint Andrews.

—Era fin de semana —respondió Imogen con una voz un tanto deslucida—
—A menudo pasaba el fin de semana en Fife.

—¿Él solo?

—Conmigo, desde luego que no.

Por su tono, Fox intuyó a qué se refería.

—¿Con otras mujeres?

Ella asintió.

—¿Muchas?

—No tengo ni idea.

—¿Utilizaba la casa de fin de semana?

—Supongo.

La anciana se miró el regazo y se sacudió algo que Fox no alcanzó a ver.

—¿Y Anstruther...? —aventuró Fox, esperando una respuesta.

Imogen respiró hondo.

—Ella vivía allí. —Clavó la mirada en los ojos del inspector—. Yo era una buena presa cuando Francis me conoció, pero ya sabrá cómo funciona...

—Un poco —respondió tras observar que Imogen esperaba su respuesta.

—Ella también era estudiante. Se llamaba Alice Watts.

—¿Él se lo confesó?

Imogen negó con la cabeza.

—Descubrí unas cartas tuyas en el escritorio de su despacho. Al cabo de unos meses me los encontré. Sufrí mucho.

—¿Vivía en Anstruther?

Imogen Vernal miró por la ventana otra vez.

—Estudiaba política y filosofía en la Universidad de Saint Andrews. Francis ofreció una charla a los estudiantes y la conoció después. Imagino

que podríamos calificarla de *groupie*. —Su voz devino casi un susurro—. No le he hablado a nadie de ella.

—¿Ni a Charles Mangold?

Imogen hizo un gesto negativo.

—De modo que Alan Carter tampoco lo sabía...

—Supongo que Charles sí. A fin de cuentas, era amigo de Francis. Los hombres a veces hablan, ¿no? Cuando salen a beber.

Fox reconoció que lo hacían. La temperatura del salón había bajado unos grados, así que tuvieron que correr las gruesas cortinas que llegaban hasta el suelo y encender la chimenea de gas.

—Quiero agradecerle que me haya recibido y que haya sido tan franca conmigo —dijo Fox—. ¿Podríamos volver a hablar en alguna otra ocasión?

Pero la viuda de Vernal no había terminado con él.

—Fui a buscarla, ¿sabe? Sentía la necesidad de verla. No quería hablar con ella, solo verla. Encontré su dirección en las cartas. Pero cuando fui allí, había hecho las maletas y se había marchado. La universidad me dijo que había abandonado las clases. —Hizo una pausa—. Supongo que es posible que lo amara.

—¿Todavía conserva esas cartas, señora Vernal?

—Imaginaba que lo preguntaría.

Imogen sacó las cartas, todavía guardadas en sobres. No llevaban ni dirección ni sellos. Habían sido entregadas en mano.

Fox les dio la vuelta sin abrirlas.

—Estaba usted preparada —observó—. ¿Por qué soy la primera persona a la que se lo cuenta?

La anciana sonrió.

—Insistió en venir usted aquí solo. Se enfrentó a Charles. Eso denota algo..., cierta aptitud.

—¿Conocía los rumores que circulaban en aquella época? —preguntó Fox

—. Los periódicos insinuaban que había tenido usted varios amantes y que tal vez uno de ellos...

—No lo crea —afirmó Imogen—. Francis era el único hombre al que amaba y todavía lo amo. Adiós, inspector. Gracias por venir. —Se interrumpió y pensó en otra cosa—. Antes me preguntaba quién lo había podido matar. En cierto sentido, creo que todos. Pero si tuviera que apostar, yo diría que uno de los suyos.

—¿Se refiere a la policía?

—A la policía, los servicios secretos... Usted lo sabrá mejor que yo. Pero tenga cuidado, inspector: el hombre al que contrató Charles acabó muerto. Sea prudente.

—¿Por qué cree que lo contrató Mangold en su día?

—Pensaba que ya había respondido a eso. ¿Por qué piensa usted que lo hizo?

—Para resolver el misterio mientras ambos siguen vivos.

Imogen reflexionó y meneó la cabeza lentamente.

—Es posible.

—¿Qué otra razón podría haber?

—Charles quiere que piense menos en Francis y más en él.

—¿Quiere demostrar que su marido mantenía trato con terroristas, además de con otras mujeres?

Imogen esbozó una pequeña sonrisa.

—Quiere provocar mi conversión en mi lecho de muerte. Que yo me retracte para estrechar a Charles contra mi pecho, metafóricamente hablando o incluso de otro modo.

—Eso me parece poco verosímil.

—Por favor, no me malinterprete: Charles ha sido un amigo bueno, cariñoso y leal.

—Pero ¿no se trata de algo recíproco, como a él le gustaría?

—No.

—¿Y lo de añadir su nombre de soltera a su bufete de abogados...?

—Forma parte del cortejo —respondió—. ¿Cree que debería sentirme halagada?

Fox no supo qué decir. Al abandonar el espacioso salón en el que faltaban muebles, pudo ver el reflejo de la anciana en la ventana, al igual que ella el suyo.

Aquella noche, tumbado en la cama, Fox pensaba en Imogen Vernal. Había renunciado a la quimioterapia, pero no a la vida. Todavía amaba a su marido. A ella, a su vez, la amaba Charles Mangold. Se preguntaba si la viuda era rica —una herencia de sus padres; dinero que hubiese dejado su marido— o si Mangold pagaba a Eileen Carpenter y costeaba todo lo demás. Pensó en su padre luchando contra la demencia, en las frecuentes visitas de sus hijos, en sus viajes al paseo de Portobello, en el helado deslizándose por la barbilla hasta que encontraba un pañuelo...

Las cartas de Alice Watts a Francis Vernal parecían más bien artículos de fondo; eran extensas, discursivas y de índole política. También había momentos de emoción, pero nada de prosa grandilocuente, ni dibujos de corazones atravesados con flechas o besos y más besos al final. Fox ignoraba si Vernal le había escrito alguna carta a ella. Era obvio que visitaba Anstruther con regularidad, pero las misivas no estaban fechadas. A juzgar por los escasos acontecimientos actuales que mencionaba Watts, debió de escribirlas entre 1984 y 1985.

Su teléfono estaba cargándose sobre la cómoda. Cuando sonó, tuvo que desenchufarlo antes de responder. Era Evelyn Mills, que lo llamaba a las once de la noche.

—¿Evelyn?

—¿Te he despertado?

—¿Qué pasa?

Durante unos instantes hubo silencio al otro lado de la línea.

—Es curioso —respondió al fin, con una voz un tanto nasal— que hayas entrado de nuevo en mi vida. En este momento, quiero decir.

Fox se dio cuenta de que había bebido.

—¿Hay problemas en casa?

—No... La verdad es que no. —De pronto parecía recordar lo tarde que era—. Debería haber llamado mañana.

—No pasa nada.

—Freddie es un hombre encantador.

—Estoy convencido de ello.

—Si lo hubieras conocido, os habrías hecho amigos. Freddie le cae bien a todo el mundo.

—Eso es estupendo.

Se impuso de nuevo el silencio.

—He olvidado por qué te llamaba —reconoció Evelyn.

—Quizá te apetecía charlar.

—No, espera, ahora lo recuerdo. Paul Carter ha hablado con Scholes.

—Ah, ¿sí?

—Parece asustado, no sabe en quién confiar. Le preguntó a Scholes si había tenido algo que ver con la muerte de su tío.

—¿Y qué dijo Scholes?

—Que estaba mal de la cabeza.

—¿Parecían hablar abiertamente?

—No hay nada que sugiera que estén encubriéndolo.

—¿Se lo has dicho a Kaye y Naysmith?

—Todavía no. ¿Debería facilitarles la grabación?

—Ellos son los que están trabajando sobre el terreno. —Fox hizo una

pausa—. ¿Alguna noticia sobre la investigación de Alan Carter?

—Todo está en marcha.

—¿Falta mucho para que acusen al sobrino?

—Nadie sabe si habría que considerarlo siquiera un asesinato.

—Pero ¿sí un «hecho sospechoso»? —preguntó Fox, citando las palabras exactas que habrían dado los medios de comunicación.

—Estamos siguiendo los consejos del fiscal —respondió Mills—. ¿Todo bien por ahí?

—Con los pies en alto, relajándome.

—Qué suerte la tuya.

—Qué suerte la mía.

—Tengo que irme.

—Siempre que quieras charlar, Evelyn...

—Gracias, Malcolm. —Hizo una nueva pausa—. Como ya sabes por experiencia, unos vasos de vino y mis defensas empiezan a desmoronarse.

—La culpa es mía.

—¿De qué?

—Aquella noche yo era el que iba sobrio.

—Tampoco es que te aprovecharas de mí.

—Pero igualmente...

Evelyn empezó a cantar un fragmento de Édith Piaf arrastrando las palabras y después soltó una risa cansada.

—Quizá te sienten bien un par de vasos de agua antes de acostarte —dijo Fox.

—Eso es lo que siempre dice Freddie.

El suspiro de Evelyn se tradujo en un crujido en la línea.

—Buenas noches, Evelyn.

—Buenas noches, Malcolm.

Fox volvió a enchufar el teléfono en el cargador y se tumbó con la cabeza

sobre la almohada y los ojos cerrados. La lámpara de noche estaba encendida, pero le gustaba dejarla así. Cuando se levantara por la mañana, la apagaría antes de correr las cortinas. Se puso las manos detrás de la cabeza y abrió los ojos para mirar el techo. Al final se quedaría dormido.

Siempre lo hacía.

Pero primero debía pensar un poco.

SIETE

Hacía una mañana borrascosa. Fox aparcó en la explanada y se montó en la parte trasera del coche de al lado.

—Café —dijo Joe Naysmith mientras le ofrecía un vaso para llevar.

Fox le dio las gracias y quitó la tapa. El líquido estaba tibio, pero se podía beber.

—¿Nos mantienes los asientos calentitos en Fettes? —preguntó Tony Kaye.

—Ayer recibí una pequeña visita de la División Especial —le informó Fox—. Tienen la mirada puesta en esas explosiones.

—Son niños con fuegos artificiales —observó Kaye—. Me apuesto lo que quieras a que la agencia está implicada y les ha pedido a los espías que actúen como si se tratara de algo serio. Así la clientela anda inquieta y ellos conservan su chollo laboral.

—¿Desde cuándo fabrican cócteles explosivos los críos? —replicó Fox—. ¿Estás diciendo que vamos a tener que empezar a vigilar una yihad escocesa? Kaye puso los ojos en blanco.

—Como si no tuviéramos bastante con lo nuestro.

—Puede que el Dark Harvest Commando haya vuelto —añadió Naysmith.

—Sí, Malcolm y tú deberíais ir remando hasta la isla del Ántrax para ver si están excavando otra vez.

Kaye meneó la cabeza lentamente.

—Pero mientras tanto... —dijo Fox.

—Esta mañana he recibido una llamada de tu amiga Mills —explicó Kaye—. Apenas había salido de la ducha. Se lo toma en serio, ¿no?

—¿Qué te ha dicho?

—Que nos esperaba un regalito en recepción.

—¿Y?

Naysmith sostenía una tarjeta de memoria en la mano. Entonces levantó el ordenador portátil del suelo. Los tres se terminaron la bebida y se pusieron a escuchar la grabación telefónica. Había sido registrada a las ocho y diez del día anterior, y la calidad era variable.

«—Acabo de llegar a casa —protestaba Paul Carter—. Diez horas de interrogatorio.

»—Qué duro —observó Ray Scholes.

»—“Duro” es la palabra. Alguien está apuñalándome en las gónadas.

»—Lo sé.

»—¿Alguna idea?

»—¿Recuerdas a los Shafiq? Me preguntaba si uno de sus hijos podía seguir enfadado.

»—Eso fue el año pasado.

»—Bueno, se lo he mencionado a Cash de todos modos».

Naysmith se volvió.

—He realizado una comprobación rápida: los Shafiq son propietarios de varios negocios en Fife.

Fox asintió y siguió escuchando.

«—Tu tío tenía a unos cuantos chiflados en nómina —decía Scholes—: Tosh Garioch, Mel Stuart...

»—Los conozco —respondió Carter.

»—Entonces sabrás que ambos han estado en la cárcel. Son negociantes con malas pulgas hinchados por el culturismo y los complementos ilegales.

»—El tío Alan los puso a trabajar de porteros.

»—Eso es.

»—¿Y piensas que podrían tener algún motivo de queja?

»—La verdad es que no —reconoció Scholes.

»—Por lo visto, el DIC cree que el único que lo tiene es servidor.

»—Estoy haciendo todo lo que puedo, colega.

»—Mira, Ray —respondió Carter—, agradezco que pienses que me estás haciendo un favor...

»—Permíteme interrumpirte, Paul. Yo no he tenido nada que ver en todo esto, así que dejémoslo claro.

»—¿Qué hay de Gary y Mark? —Se refería a Michaelson y Haldane.

»—Te estás agarrando al clavo equivocado.

»—Me parece que crees que lo hice yo.

»—Todavía no hay nada seguro. La escena del crimen estaba un poco destartalada, pero es un suicidio hasta que se demuestre lo contrario.

»—Yo no lo maté, Ray.

»—Eso estoy diciendo. Puede que nadie lo hiciera. —En ese momento se oyó una puerta abriéndose y una voz de mujer—. Tengo que irme, Paul —dijo Scholes en un tono más de alivio que de disculpa—. Sé fuerte, ¿de acuerdo?

»—¿Puedo pasar por tu casa?

»—Esta noche no, amigo.

»—Lo siento... Por todo.

»—Lo superarás, Paul. Recuerda que eres Míster Antiadherente.

»—“Antiadherente” —repitió Paul Carter en un tono cansado y nada convincente».

Naysmith cerró el ordenador portátil.

—Fin —anunció.

—Carter ha dicho que lo sentía —dijo Kaye—. Imagino que por toda la mierda que ha tenido que pasar Scholes, incluido cometer perjurio contra su persona.

—Habrían estado bien algunos detalles —argumentó Naysmith—. ¿Tú qué

opinas, Malcolm?

—Insiste bastante en que no mató a su tío.

—Sí —repuso Kaye—, como también insistió durante el juicio en que no les hizo nada a aquellas mujeres.

—Hablando del tema... —intervino Fox.

—He vuelto a charlar con Billie y Bekkah —respondió Kaye—. Es interesante que Scholes mencionara a esos dos matones: resulta que Tosh Garioch es el novio actual de Billie. —Kaye se volvió hacia Fox—. Fue cuando dijiste que la empresa de Alan Carter había contratado a varios porteros...

—Querías averiguar si ambos estaban relacionados —explicó Fox, y asintió lentamente—. Y así es.

—Menuda casualidad, ¿eh? —observó Kaye torciendo la boca—. Alan Carter no se lleva bien con su sobrino. Presenta una demanda y apenas ocurre nada hasta que Teresa Collins cambia de opinión y Billie y Bekkah entran en escena.

—Y resulta que el novio de Billie —añadió Naysmith— trabaja para el tío.

—Entonces ¿qué opináis?

—Hace falta investigar más —respondió Kaye—. Pero empiezo a ver un rayo de luz.

—¿A Paul Carter le tendió una trampa su tío?

—De ser así —arguyó Naysmith—, más razón aún para guardarle rencor.

—Lo cual lo sitúa de nuevo en la órbita del asesinato.

—Si es que fue un asesinato. —En ese momento fue Naysmith quien se dio la vuelta para mantener contacto visual con Fox—. ¿Y si Alan Carter deseaba que su sobrino se hundiera más en la miseria? Ya ha decidido quitarse la vida, así que telefonea a Paul para que quede registrado como la última llamada que realizó, sabiendo que tendrá que responder a unas cuantas preguntas incómodas.

—¿Has estado viendo *Se ha escrito un crimen*, Joe? —preguntó Kaye con sorna.

—Es un posible escenario —reconoció Fox. Cuando hubo terminado el café, puso de nuevo la tapa en el aplastado vaso—. ¿Tenéis algo para mí sobre Gavin Willis?

—Todavía no.

—Podríais probar con Alec Robinson.

—¿Quién es?

—El sargento de recepción.

—Me mira como si acabara de afanarle todos los bolígrafos —protestó Naysmith.

—También podría ayudarnos el inspector Hendryson. Él llevaba la batuta antes de que trajeran a Pitkethly.

—Calma, Foxy —dijo Kaye—. El chaval va a empezar a creerse un policía de la cabeza a los pies.

—¿Y tú, Tony? ¿Te gusta ser tu propio jefe?

—Bastante.

—Pero ¿empiezas a pensar que la acusación contra Paul Carter fue un error?

—Tal vez.

—No estés tan seguro. El viernes hablé por teléfono con Carter, justo después de su puesta en libertad, y reconoció que a lo largo de los años había «cometido algunas fechorías».

—¿Palabras textuales?

Fox lo confirmó asintiendo.

—¿Por qué te llamó? —preguntó Naysmith.

—No sabe en quién puede confiar.

Kaye pareció ponderar las palabras de Fox.

—Pensaba hablar otra vez con Teresa Collins —dijo—. En territorio

neutral. Quizás en un bar o en un pub. ¿Sabes si ha salido del hospital?

—¿El psiquiatra le ha dado el alta definitiva?

—Lo único que sé es que ya está en casa.

—¿La tratarás con cariño?

—Jugaré a la empatía —dijo Kaye.

—El país se alegrará —soltó Malcolm Fox.

La geografía de Saint Andrews pudo con Fox.

Sobre el papel no presentaba mayores problemas. Una carretera conducía a la ciudad, tras lo cual había un par de calles comerciales que discurrían en paralelo. Pero disponía de una hora para explorar el lugar a pie, y no dejaba de descubrir nuevos escenarios. Campo de golf. Sí, había un campo de golf, por supuesto. Y dos playas, una a cada extremo del campo. Pero también había un castillo en ruinas, una torre, y entre dos edificios universitarios venerables atisbó algunos elementos arquitectónicos nuevos: cristal y acero. Y un puerto. Saint Andrews también tenía un embarcadero situado cerca de la piscina de agua salada. Sin embargo, aquel día no había bañistas con osadía suficiente. Además de colinas... con carteles que advertían a los incautos y cazas gritando en el cielo, lo cual le recordaba que cerca de allí había una base de la RAF.

Muchos estudiantes parecían orientarse con facilidad, corriendo de un lado para otro sin extraviarse en aquel laberinto. Unos ancianos compartían relajados cotilleos en la acera. Turistas sonrientes buscaban té con bollos, mermelada y nata, mantas de viaje a cuadros escoceses y pelotas de golf rellenas de whisky. Pero después de aparcar el coche en la que tomó por la calle principal, Fox hubo de dar varias vueltas para encontrarlo de nuevo, momento en que no pudo evitar sentirse aturdido y molesto consigo mismo. Había dos calles principales. ¿Tan difícil era?

Había apretado el paso, porque tras encontrar a la persona adecuada en la universidad, le habían informado de que podía llevarle una hora o dos averiguar algo. La secretaria de la Oficina de Registros e Ingresos insinuó que la culpa era únicamente de Fox. Anotó los detalles de los que disponía: «Alice Watts /Política y filosofía /1985».

—¿Fecha de nacimiento?

Fox meneó la cabeza.

—¿Dirección?

Fox repitió el movimiento.

—Durante ese año académico vivía en Anstruther.

—¿En qué año se matriculó?

—No estoy seguro. Lo siento.

Y allí estaba, explorando la ciudad y preguntándose cómo era posible que su trazado caótico no desquiciara un poco a sus habitantes. La comparaba con Edimburgo: estudiantes, turistas y residentes, todos buscando espacio y creando un lugar a su imagen y semejanza. Había descartado un restaurante, una elegante caja de cristal situada en el paseo marítimo, por un *panini* de atún en el bar contiguo al teatro Byre. Había garabateado algunas notas tras la conversación de aquella mañana con Kaye y Naysmith. Había olvidado pedir el número de contacto a la secretaria, así que no podía comprobar si había transcurrido el tiempo suficiente. Después de comprar un periódico para entretenerse, regresó a la oficina, pero no había ni rastro de ella. En su lugar encontró a un joven. Llevaba un jersey sin mangas y pajarita, y le pidió a Fox que se sentara. Mientras Fox hojeaba *The Independent*, se dio cuenta de que el hombre lo escrutaba de manera subrepticia. Sin duda alguna, lo habían avisado de que era agente de policía. Cada vez que intentaba cruzar una mirada con él, volvía a concentrarse en la pantalla del ordenador, tecleando con afán.

—Lo siento —dijo la secretaria al entrar con mucho brío por la misma

puerta que Fox.

La joven volvió al puesto, se quitó el abrigo y lo colgó de un perchero. Después se atusó el pelo.

—Ha habido que buscar mucho.

La secretaria llevaba un voluminoso sobre marrón. Cuando Fox se acercó al mostrador, ella sacó varios folios A4.

—Esto es lo que tenemos —dijo.

Alice Watts había nacido en Glasgow en marzo de 1965, lo cual significaba que tenía veinte años cuando Vernal falleció. Se había matriculado en la Universidad de Saint Andrews en septiembre de 1983. Había dos fotos suyas de tamaño pasaporte, una de 1983 y otra de 1984. Parecía haber cambiado notablemente en cuestión de un año: de apocada y respetuosa en la primera, se mostraba despeinada y decidida en la segunda. En su primer curso se había hospedado en una residencia; para el segundo alquiló la casa de Anstruther.

—Está bastante lejos —señaló Fox mientras leía.

—Pero Anstruther es precioso —argumentó la secretaria.

Su dirección correspondía a un código postal de Glasgow. También figuraba un número de teléfono. Fox pasó la página y vio un listado de exámenes que había aprobado, así como informes sobre sus progresos confeccionados por miembros relevantes del claustro de profesores. Él lo habría considerado «elogioso» en un principio, pero luego los tutores habían empezado a percatarse de que Alice pasaba más tiempo «en manifestaciones que preparando trabajos». Cada vez parecía «más activa en política estudiantil, en detrimento de su rendimiento académico». Fox dio la vuelta a las hojas, pero solo estaban impresas por una cara.

—¿No hay nada a partir de segundo curso? —preguntó.

—Se marchó.

—¿Fue expulsada?

La secretaria negó con la cabeza y le indicó un párrafo decisivo. Alice había dejado de asistir a la Universidad de Saint Andrews. Aun cuando enviaran cartas a su dirección de Anstruther y después a casa de su familia, nadie respondió ninguna. Fox comprobó las fechas relevantes. Tal como había mencionado la viuda, tras la muerte de Francis Vernal, Alice no quiso mantener contacto alguno con la universidad.

—Nunca más se supo de ella —informó la secretaria. Luego, inclinándose hacia Fox y bajando el tono de voz—: ¿Acaso la han asesinado?

Fox la miró y meneó la cabeza.

—¿Entonces?

Tenía los ojos abiertos como platos, ansiosa por conocer más detalles. Su compañero había dejado de teclear y estaba prestando atención.

Fox se reservó su opinión y sostuvo las hojas en alto.

—Me las llevo —informó a la secretaria—. ¿De acuerdo?

—Los originales deben quedarse aquí —respondió ella sin poder ocultar su decepción—. Tendré que hacer fotocopias.

—¿Tardará mucho?

—Dos minutos.

Fox asintió para mostrar su conformidad y entonces se dio cuenta de que la secretaria había extendido el brazo, con la palma de la mano hacia arriba.

—Son trece peniques por página —dijo—. A menos que tenga carné de estudiante...

La dirección de Anstruther era un piso con vistas al puerto. Había tantos domingueros formando cola en la tienda de pescado y patatas que se desbordaban hasta ocupar la acera. La mujer que vivía en el piso era artista. Ofreció a Fox un té y poco más. Había comprado la vivienda al propietario anterior, que había muerto de viejo. Sí, en su día había sido una casa de

alquiler, pero no tenía más detalles. A veces llegaban cartas destinadas a personas de las que no había oído hablar jamás, pero las tiraba a la papelera. No le sonaba el nombre de Alice Watts y ninguno de los anteriores inquilinos la había visitado. Fox aparentó admirar su obra —las paredes estaban cubiertas de vibrantes cuadros de barcos pesqueros, puertos y costas— y se marchó, no sin que antes le ofreciera una tarjeta de visita y le informara de que realizaba trabajos por encargo.

—Lo tendré en cuenta —dijo antes de emprender la escapada.

Fox se planteó ir a Glasgow —le llevaría unos noventa minutos—, pero, en lugar de eso, realizó algunas llamadas desde el coche. A la postre, alguien respondió desde la comisaría de Govan. El agente también se había desplazado hasta aquella dirección.

—Es un edificio de oficinas —informó a Fox.

—¿De oficinas? —Fox frunció el ceño mientras leía los detalles sobre la universidad de Alice Watts—. ¿Desde cuándo?

—Fue un almacén hasta 1982 y se reformó en 1983.

Era el año en que Watts había ingresado en Saint Andrews.

—Debo de tener la dirección equivocada.

—Eso parece —dijo el agente—. En esa calle no hay ninguna vivienda y, que yo sepa, nunca la ha habido.

Fox le dio las gracias y colgó. Después, llamó de nuevo al domicilio de Alice Watts. El tono constante le indicó que el número no existía. Colocó juntas las dos fotografías de Alice. Entre las nubes despuntaba el sol, así que Fox bajó la visera del parabrisas. Aun con la ventanilla cerrada, alcanzaba a oler el rebozado y el aceite de la freiduría.

—Tengo una pistola que no debería existir y una estudiante que ha desaparecido sin dejar rastro —les explicó a las fotografías—. Y yo me pregunto: Alice, ¿quién demonios eres?

¿Y dónde estaba ahora?

—Gracias por reunirse conmigo —dijo Tony Kaye.

El bar se encontraba junto a la estación de autobuses, en un centro comercial desvencijado, lleno de luces fluorescentes y expositores de ofertas. Teresa Collins tenía ojeras, y Kaye se fijó en que las manchas de la ropa, que parecían llevar allí varios días, eran de sangre. Kaye había vuelto a su calle y se había quedado sentado un rato en el Mondeo. En la ventana del salón se apreciaban salpicaduras; una vez más, eran de sangre. Sin embargo, esta vez no había ido a verla a su casa, sino que se limitó a deslizar una nota por debajo de la puerta con su número de teléfono y su petición, y esperó a que lo llamara.

—Me estoy muriendo de hambre —dijo apartándose el cabello enmarañado de los ojos.

Llevaba tatuajes artesanales medio desteñidos en el dorso de las manos y una muñeca vendada. La otra solo había necesitado una tirita de grandes dimensiones. Kaye empujó la carta hacia ella.

—Lo que le apetezca —dijo.

Collins pidió un banana split y una taza de chocolate caliente.

—Quería disculparme por lo del otro día —añadió una vez que hubieron pedido.

—¿Es cierto lo de Paul Carter?, ¿que lo han detenido por asesinato?

Kaye asintió, pues la consideraba una mentira piadosa.

—Ya no la molestará más.

—Pobre hombre —farfulló.

—¿Se refiere a Paul?

Collins negó con la cabeza.

—Al tipo al que mató.

Kaye se dio cuenta de que la mujer se moría de ganas por fumar un cigarrillo. El paquete estaba frente a ella, sobre la mesa, mientras jugaba con un encendedor de plástico barato. Pero al llegar el postre, lo devoró tras añadirle tres sobres de azúcar a la bebida que tomaba. Había algo casi infantil en el modo en que se le suavizaban las facciones al comer, como si recordara antiguos placeres.

—¿Está bueno? —preguntó Kaye.

—Sí.

Sin embargo, cuando hubo terminado, preguntó si podían marcharse. Kaye pagó la cuenta sin haber tomado un sorbo de café siquiera y ella lo condujo a la calle principal, donde encendió el tan ansiado cigarrillo e inhaló profundamente.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó.

Collins se encogió de hombros y siguió caminando. Cruzaron varios semáforos y supo que tal vez se dirigían al campo de fútbol.

—Esta ciudad ha tenido épocas mejores —especuló Kaye.

—Y peores también.

—¿Ha vivido siempre aquí?

—Una vez fui a Londres. Lo odiaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Hasta que se me acabó el dinero. Tardé casi tres días en volver a casa haciendo autoestop.

Cada vez se veían menos comercios, y muchos de ellos parecían cerrados permanentemente. Unos pocos edificios altos los separaban del paseo marítimo. Collins se dirigió a uno de ellos, franqueó unas puertas rotas y se detuvo frente al ascensor.

—Quiero enseñarle una cosa —le dijo.

El ascensor los llevó hasta el último piso. Cuando salieron al pasillo, el viento los azotó con fuerza. Collins extendió los brazos, encajando la acometida.

—Me encantaba venir aquí de pequeña —explicó—. Siempre esperaba que el viento me levantara en vilo y me llevara a otro sitio.

Kaye miró la caída y sintió vértigo por unos momentos, así que decidió concentrarse en la panorámica que ofrecía Edimburgo al otro lado del mar.

—Tenía una tía que vivía allí —dijo Teresa Collins—. En realidad, no era tía mía: solo amiga de mi madre. Me quedaba con ella cuando mi padre estaba en casa. —Se dio cuenta de que Kaye no terminaba de comprenderlo—. Estaba en el ejército, pasaba mucho tiempo fuera. Cuando volvía, siempre bebían y echaban un polvo, y a veces le daba alguna bofetada.

—¿Su madre no quería que lo viera?

Collins se encogió de hombros.

—Eso o no quería que la tomara conmigo. —Collins hizo una pausa y miró fijamente a Kaye—. Iba a muchos sitios... Contaba historias... Nunca me traía un regalo. Jamás lo hizo. Los hombres son unos cabrones, ¿eh? Nunca he conocido a uno que no lo fuera.

—Entonces eso me convierte en un cabrón.

Collins no lo negó, e intentó encenderse otro cigarrillo. Kaye abrió el abrigo para proteger la llama del encendedor.

—Gracias —dijo ella, apoyándose en la pared del pasillo y exhalando humo.

—¿Qué le ocurrió a su tía? —preguntó.

—Se mudó. Luego me enteré de que había muerto.

—¿Y sus padres?

—Mamá sufrió una embolia y falleció al cabo de un año. No tengo ni idea de dónde está mi padre.

—¿Y quiere saberlo?

Collins negó con la cabeza.

—¿No hay ningún hombre en su vida ahora mismo, Teresa?

—De vez en cuando —reconoció—. Pero solo si ando corta de dinero. —

Su sonrisa era compungida—. ¿Tiene algo suelto?

—Podría prestarle veinte libras.

Collins lo miró.

—¿Y por qué iba a hacer eso, señor policía?

Kaye se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella, intentando apartarse el pelo de los ojos.

—Es pura curiosidad. —Collins esperó a que continuara—. No llevó usted muy lejos su denuncia original contra Paul Carter. Pero más tarde, sí lo hizo. ¿Por qué cambió de opinión?

—No podía permitir que se saliera con la suya.

—Esa frase parece ensayada.

—¿Y qué? La he dicho bastante a menudo. Cree que alguien me pagó, ¿verdad?

Kaye entrecerró un poco los ojos.

—Ni se me había pasado por la cabeza —respondió en voz baja.

Collins se dio la vuelta y se rodeó el cuerpo con los brazos, manteniendo el cigarro bien sujeto entre el pulgar y el índice.

—Nadie tuvo que pagarme. Lo hice porque era mi deber.

—Pero ¿habló con alguien? ¿Es ahí adonde quería llegar? —Kaye se acercó un poco, recordando lo que Collins había dicho en el bar. «Pobre hombre»—: ¿Con el tío de Paul? ¿Con Alan Carter?

Collins miró al cielo. El viento le había arremolinado de nuevo el cabello sobre el rostro y parecía ahogarla.

—¿Alan Carter? —insistió Kaye.

La mujer se puso de puntillas y abrió de nuevo los brazos. Por un

momento, Kaye pensó que iba a arrojarse al vacío y llegó a hacer ademán de agarrarla. Collins tenía los ojos cerrados, como un niño preparándose para emprender el vuelo.

—Teresa —dijo—, ¿es cierto lo que me ha contado sobre Paul Carter?

—Se llevó su merecido —respondió ella, como si estuviera recitando—. Es una desgracia para el Cuerpo de Policía.

No eran palabras suyas. Kaye se imaginó a otro agente o a un policía retirado pronunciándolas.

—No puedo permitir que se salga con la suya, no sería yo... Les ocurriría a otras. —Seguía con los ojos cerrados—. Se lo merecía.

Kaye la cogió de su delgado antebrazo con los dedos.

—Volvamos al ascensor —dijo.

—¿No puedo quedarme un rato aquí?

—Sola, no. —Teresa abrió los ojos y lo miró—. Necesito que esté a salvo, Teresa.

—Todos dicen lo mismo —respondió ella—. Todos quieren cuidar de ti.

Kaye se preguntó si había sido la brisa la que le había arrancado una lágrima.

—Pero todos cambian —apostilló en voz baja, permitiéndole que la pusiera a salvo de su huida soñada.

Joe Naysmith miró al sargento de recepción y se lo pensó dos veces. Desde que llegó la Brigada Criminal, el hombre parecía a punto de estallar. Ya no era su comisaría, su feudo. Agentes secretos y de uniforme revoloteaban por allí, cargando material o formulando preguntas y peticiones. Necesitaban sillas, mesas y adaptadores eléctricos para el centro de investigaciones. Apenas lo saludaban ni le dirigían la palabra.

No, Naysmith dudaba que fuera a conseguir nada del sargento Robinson.

Pero eso no importaba: tenía otro plan. Las salas del DIC eran caóticas, pero encontró a Cheryl Forrester en una esquina, observando con entusiasmo aquel despliegue de actividad. Cuando lo vio, Naysmith señaló el pasillo. Al llegar allí, estaba introduciendo monedas en la máquina expendedora de bebidas.

—¿Le apetece una lata? —dijo Naysmith.

—Sprite —respondió ella, acercándose más al pasar dos agentes.

—¿Qué tal lo lleva? —preguntó mientras le ofrecía la bebida.

—Muy bien —respondió Forrester—. ¿Necesita hacerme más preguntas?

—Más o menos.

Naysmith se dio cuenta de que no estarían tranquilos en el pasillo, así que la llevó hacia la escalera. Forrester le preguntó si él no iba a tomar nada.

—Me he quedado sin cambio —repuso.

Forrester sonrió y le ofreció la lata abierta. Naysmith dio un trago y se la devolvió.

—Es todo muy misterioso —observó ella, estudiando el entorno.

—Tengo que pedirle un favor —dijo él—. ¿Recuerda a un agente llamado Gavin Willis?

—Me suena el nombre.

—Murió hace mucho tiempo. Pero supuestamente conocía usted al comisario Hendryson.

—Desde luego.

Forrester sorbió el borde de la lata.

—Me preguntaba si habría forma de ponerse en contacto con él.

—Está jubilado.

—¿Nunca se pasa por aquí?

La agente negó con la cabeza.

—Hay un buen trecho desde Portugal.

—¿Se marchó a Portugal?

—Creo que fue idea de su mujer. Nos manda una postal de vez en cuando

y nunca olvida mencionar lo caliente que está el mar.

—Pero entonces alguien debe de tener su dirección.

Forrester lo miró.

—¿De qué va todo esto?

—No tengo ni idea. Estoy haciendo un recado para mi jefe.

—Conozco esa sensación. —Forrester hizo una pausa e inclinó un poco la cabeza—. ¿Hace algo esta noche?

—¿Por qué?

—Había pensado que podía invitarme a una copa y quizá también a cenar, si le apetece. Puede que para entonces haya averiguado algo.

Naysmith se lo pensó unos instantes.

—No estoy seguro, Cheryl.

—Porque trabaja en Asuntos Internos, ¿no?

—Sí.

—Pero a mí no me están investigando, ¿verdad?

—Todavía figura en el informe definitivo.

—¿Y?

—Es una cuestión ética.

—Vamos a cenar, eso es todo, y le facilitaré la dirección que necesita su jefe.

Naysmith fingió sopesar las opciones.

—De acuerdo.

—Si no está demasiado ocupado.

Ahora Forrester estaba burlándose de él.

—¿Cenamos por aquí cerca?

La agente negó de nuevo con la cabeza.

—Hay un sitio increíble en North Queensferry.

—¿Por qué allí?

—Porque vivo allí.

—¿Vamos ahora?

Cuando Forrester esbozó una sonrisa, Naysmith no pudo evitar corresponderla.

—De acuerdo —dijo él—. ¡Qué demonios!

El profesor John Martin —JDM, para amigos y compañeros— vivía en un elegante bloque de reciente construcción que se alzaba detrás del zoo de Edimburgo. Si bien la temperatura vespertina había descendido, estuvo encantado de conceder a Fox unos minutos en el balcón.

—¿Los oye? —preguntó.

Fox asintió. Eran animales: resoplidos, bramidos y graznidos.

—A veces también se los puede oler —añadió el profesor—. Quienes viven por aquí y tienen jardín suelen incordiar a los del zoo para que les den estiércol. Entre otras cosas, posee ciertas cualidades repelentes.

—¿Y qué significa eso?

—Que ahuyenta a los gatos domésticos e impide que defequen sobre los lechos de flores.

El piso, ubicado en una tercera planta, no tenía vistas al zoo, pero Fox divisó el perfil de los montes Pentland al sur y se escuchaba el tráfico de Corstorphine Road. El profesor Martin había entrado, de modo que Fox lo siguió y cerró la puerta corredera. Sonaba música clásica, pero apenas se oía: parecía moderna y minimalista. En el salón diáfano había una pared con estanterías abarrotadas y un tresillo de piel de color crema. Un arco conectaba la estancia con una pequeña cocina con cromados y revestimientos de caoba.

—Bonita casa —opinó Fox—. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Un par de años. —Martin sirvió bebida a ambos: vino tinto para él y agua con gas para Fox—. Buscamos algo más pequeño cuando nuestros hijos abandonaron el nido. —Martin volteó el vino en la copa y lo olfateó—. Reconozco que estoy intrigado. Dígame cómo me ha encontrado.

Fox se encogió de hombros con la esperanza de que el gesto resultara humilde.

—Me he pasado el fin de semana navegando por la Red: militancia escocesa en los años ochenta. Su nombre aparecía continuamente. Cuando vi que había escrito un libro sobre el tema...

—Lleva años descatalogado —precisó Martin—. Fue mi tesis doctoral.

Fox asintió. Martin debía de rondar los cuarenta y cinco años y era alto, robusto y atractivo. El inspector había visto la raqueta de tenis en el vestíbulo y una foto de Martin con algún trofeo que había ganado. El libro se publicó en 1992...

—¿Lo escribió a finales de los años ochenta? —especuló Fox.

—Lo terminé en 1990 —confirmó Martin—. Pero todavía no me ha explicado cómo dio conmigo.

—Su biografía en Internet decía que impartía clases en la Universidad de Edimburgo. —Fox volvió a encogerse de hombros—. Pero antes de llamar, probé con el listín telefónico.

Martin se echó a reír.

—Es fácil cuando uno sabe hacerlo. —Levantó el vaso para hacer un brindis—. Aunque debo confesarle que tal vez haya olvidado gran parte de ese libro. Desde entonces, mi especialidad es otra.

—Política escocesa —recitó Fox—, procesos constitucionales, Parlamento y protocolo...

Martin ofreció otro brindis.

—Probablemente fuera una decisión inteligente por su parte —concluyó Fox—. Hoy en día no hay tantos paramilitares.

Martin sonrió.

—Es la lección de Irlanda del Norte: reinsertar a los terroristas. Acaban llevando traje y dirigiendo el país.

—¿Es el caso de Escocia?

Martin meditó su respuesta.

—No estoy seguro del todo. El Partido Nacional Escocés pulió su imagen y encontró un líder con carisma que encajara en su retórica. El traspaso de funciones era la panacea. No había motivos para protestar.

—Hubo muchas protestas en los años ochenta.

—Y en los setenta —apostilló Martin—. Y las raíces son más profundas. —Hizo una pausa—. Estoy seguro de que puedo encontrar un ejemplar del *magnum opus*.

—Ya he encargado uno —confesó Fox.

—Ah, ¿Internet de nuevo?

—Creo que es un ejemplar promocional.

—Eso le confiere cierto valor por su rareza. Mis editores no hacían gran cosa en materia de promoción. —El profesor Martin guardó silencio un momento—. ¿Tiene que ver con las bombas?

—¿Perdón, señor?

—Con Peebles y Lockerbie. Desde luego, nadie piensa que el SNLA y los suyos hayan vuelto.

—Uno de mis colegas preguntó lo mismo. Pero dudo que nadie apunte en esa dirección. Desde luego, no es el motivo de mi visita. Quiero preguntarle por Francis Vernal.

Martin bebió un poco de vino y adoptó un aire pensativo.

—Es un hombre al que me habría gustado conocer —dijo al fin—. Leer sus discursos estaba bien, pero oírle era otra cosa. Existen algunas grabaciones y también imágenes.

Fox asintió.

—¿Ha salido algo a la luz? ¿Nuevas pruebas?

—Es más una cuestión de interés personal.

—¿No es oficial, entonces?

—Digamos que semioficial.

Martin asintió y pareció perderse de nuevo en sus pensamientos.

—Mi trabajo era infernal, ¿sabe? —dijo por fin—. Una mañana tuve la sensación de que alguien había estado en el piso y había hojeado algunos capítulos. Entonces, cuando la tesis pasó a formar parte de la biblioteca de la universidad, alguien la robó. No duró allí ni una semana... —El profesor meneó la cabeza—. Casi estuve a punto de creer en teorías conspirativas.

—¿Hasta ese momento las rechazaba?

—Francis Vernal bebía mucho y su matrimonio no iba bien. A nadie le sorprendió cómo terminó todo.

—¿Entrevistó a su viuda para el libro?

—No quiso recibirme.

—¿Cómo llevó a cabo su investigación?

—¿En qué sentido, inspector?

La música había cesado. Martin cogió de la mesita un diminuto mando a distancia de color blanco y empezó a sonar de nuevo la misma secuencia de canciones.

—Usted intentó hablar con la señora Vernal. Parece bastante lógico, así que me preguntaba si consiguió entablar conversación con alguno de los grupos.

—Escribí a algunos compañeros de viaje y simpatizantes.

—¿Y?

—Casi ninguno me contestó. Probé una segunda vez, pero tampoco sirvió de nada. ¿Qué tiene que ver esto con Francis Vernal?

—¿No se rumoreaba que era una especie de banquero de esos grupos?

—Sí.

—Estoy intentando formarme una imagen de él. —Fox hizo una pausa—. ¿Cree que se quitó la vida?

—O eso, o su mujer ordenó su muerte.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Quizá para proteger a todos sus amantes, o porque su marido tenía una aventura.

—Ella dice que los periódicos se inventaron todas esas historias sobre su infidelidad.

Martin arqueó un poco las cejas.

—¿Ha hablado con ella?

Parecía interesado e impresionado. Hizo otro brindis, en esta ocasión con el vaso vacío y fue a la cocina a llenarlo. Fox esperó a que volviera.

—¿Encontró algo que relacionara a Vernal con esos grupos terroristas? —preguntó.

—Él sin duda los habría denominado «combatientes por la libertad», o bien «la resistencia». —Martin volteó de nuevo el vino—. Son cosas anecdóticas —reconoció a la postre—. La gente mencionaba su nombre. Existían actas de los mítines, por lo general en código, pero eran fáciles de interpretar. Creo que a menudo se referían a él como «Rumpole».

—¿Por la serie de televisión?

—Era otro abogado.

Fox asintió.

—¿De modo que asistía a mítines?

—Sí.

—¿Y puede que incluso los encabezara?

—Nunca lo mencionaron como líder. ¿Ha oído hablar de Donald MacIver?

Fox asintió: otro nombre que había encontrado en Internet.

—Ahora está recluido en Carstairs.

Se trataba de un centro psiquiátrico de máxima seguridad.

—Por eso no pude entrevistarle. MacIver dirigía el Dark Harvest Commando. Sin duda debía de conocer a Francis Vernal... —Martin se detuvo—. ¿Está insinuando que a Vernal lo asesinó uno de los grupos a los que apoyaba?

—No lo sé.

—¿O alguna oscura conspiración gubernamental?

Fox se encogió de hombros.

—Él se dio cuenta de que alguien había irrumpido en su casa y en su oficina, y su viuda lo corrobora. A lo mejor lo estaban vigilando. Y usted acaba de decirme que piensa que alguien husmeaba también en su trabajo.

—De hecho, hubo más: mi primer editor fue a la bancarrota; el segundo decidió de repente que ya no quería el libro. Al final tuve que acudir a una pequeña imprenta de izquierdas. El trabajo que realizaron fue bastante chapucero, dicho sea de paso.

—Me está usted abriendo el apetito —bromeó Fox.

—Espero que no haya pagado más de lo estipulado por el ejemplar.

—Estoy seguro de que vale lo que cuesta.

—No puedo garantizárselo, inspector.

Martin se recostó en la butaca con los brazos apoyados a ambos lados.

—¿Algún otro nombre? —preguntó Fox.

—Dos de ellos tal vez sigan estando bastante chiflados. Viven como ermitaños en las Hébridas Occidentales y escriben blogs anarquistas. La mayoría seguramente descubrió que, al hacerse mayores, se habían convertido en el tipo de persona que antes despreciaban.

—En otras palabras, en el sistema, ¿no?

—En general era gente brillante.

—¿Incluso los que sacaban paladas de ántrax de Gruinard?

—Incluso esos —respondió el profesor Martin, que parecía adormecido a causa del vino—. Pero ahora todo ha cambiado, ¿no es así? El nacionalismo forma parte del sistema. En mi opinión, arrasarán en las próximas elecciones. Dentro de unos años podríamos vivir en una democracia europea independiente. Sin reina, ni Westminster ni disuasión nuclear. Eso habría sido impensable hace pocos años, al menos un cuarto de siglo atrás.

—Básicamente es el motivo por el que luchaban el SNLA y todos los demás —concluyó Fox.

—Sí, básicamente.

—¿Hay alguien con quien pueda intentar hablar de todo esto, al margen de pacientes psiquiátricos y ermitaños?

—¿Conoce a John Elliot?

—Creo que no.

—Sale continuamente en televisión; noticias y actualidad.

—Nunca he oído hablar de él.

—Lo mencionaba en mi libro.

—¿Y qué hay de Alice Watts?

—¿Quién?

Fox repitió el nombre, pero estaba claro que el profesor Martin no sabía quién era. Fox le mostró las dos fotos de la matrícula. Martin parpadeó un par de veces, como si tratara de enfocar.

—Ah, sí —dijo, animado de repente—. Me alegra ponerle nombre al fin.

Martin se puso en pie con bastante lentitud, pero consiguió llegar hasta las estanterías prácticamente sin detenerse. Fox lo acompañó y observó mientras cogía una copia de su libro: *Algo más que una facción rebelde: Cómo la disconformidad trocó en violencia en la Escocia de posguerra*.

—Un título llamativo, por cierto —opinó Fox.

—Es una cita errónea de Burns.

Martin había abierto el libro por el último tercio, en un apartado que incluía varias fotografías en blanco y negro. El profesor señaló una de ellas, que ocupaba media página, y a Fox le pareció una manifestación en favor de la Campaña para el Desarme Nuclear.

—Fue en Coulport —confirmó Martin—. Era el depósito donde se realizaba la gestión y el mantenimiento de las cabezas nucleares Polaris. Cada

semana partía un convoy desde allí y se dirigía por carretera a la fábrica de Royal Ordnance, cerca de Reading.

—Eso son más de ciento cincuenta kilómetros.

—Lo sé, ¡y por carretera! Un accidente... Un secuestro... Los riesgos que corrían eran increíbles.

Aquel día habían detenido a diez manifestantes. Era domingo, 7 de abril de 1985, tres semanas antes de la muerte de Vernal. Martin deslizó el dedo hasta la foto que ocupaba la mitad inferior de la página.

—¿Ve aquí a su hombre? —preguntó.

—Sí —respondió Fox en voz baja.

Esa segunda imagen correspondía a una protesta organizada frente a una comisaría de Policía, dentro de la cual supuestamente estaban retenidos los diez «mártires». En el centro de la foto aparecía un hombre mayor que sus compañeros; era Francis Vernal. Junto a él, enfundada en un peto y un gorro de lana, estaba Alice Watts.

—¿A quién agarra del brazo? —preguntó Fox.

No se refería a Vernal, sino a la persona situada a la izquierda de Alice. Era un hombre alto, con melena oscura, barba poblada y gafas de sol.

—Ojalá lo supiera. ¿Cómo dice que se llama la joven?

—Alice Watts —repitió Fox.

—Watts... —Martin esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Bravo, inspector. Con veinte años de retraso, pero bravo de todos modos.

—Explíquese.

—Se trata de otro nombre en clave —dijo Martin—: «Vapor».

El profesor seguía sonriendo.

—Vapor, por James Watt —dedujo Fox.

—Y de James Watt a Alice Watts.

Fox le indicó con un gesto que era totalmente factible.

—¿Todavía conserva las notas de esos mítines? —preguntó.

—Solo conservo los apuntes que tomé de sus notas. Me las mostraban, pero no me permitían llevármelas.

—¿Se las enseñó un simpatizante?

—Todo lo contrario, en realidad. Uno de los problemas de aquellos grupos escindidos era que no cesaban de dividirse. Y cuando las facciones se enfrentaban, era igual de caótico que un divorcio. Me enseñaron actas de los mítines para que comprobara cómo el grupo se había convertido en algo propio de aficionados.

Fox levantó un dedo para interrumpir el discurso del profesor.

—¿A qué grupo en particular se refiere? —preguntó.

—Al DHC.

—¿El Dark Harvest Commando?

Martin asintió.

—Eran radicales incluso para los extremistas, el ala paramilitar del Ejército Ciudadano Escocés. Ya ha mencionado usted el ántrax...

—¿Y Alice Watts era miembro?

Fox estudió de nuevo la fotografía.

—Yo diría que sí. —Martin hizo una pausa—. ¿Supone un dato importante, inspector?

—¿Y si le dijera que también era amante de Francis Vernal y que desapareció casi inmediatamente después de su muerte?

El profesor guardó silencio un momento. Cerró el libro y lo apretó contra su pecho.

—Diría —respondió en voz baja— que a lo mejor se avecina una reedición de mi libro.

—La cosa se pone aún más interesante —añadió Fox—. Porque, según he podido averiguar, Alice Watts nunca estuvo viva.

Aquella noche, Fox vio la televisión sin sonido e hizo caso omiso de una llamada de su hermana y dos de Evelyn Mills. Se preguntaba cómo sería vivir junto a un zoo, oyendo y oliendo a las bestias sin llegar siquiera a verlas jamás.

Y cómo sería la vida de estudiante en un lugar tan pequeño como Anstruther.

O trabajar en noticias y actualidad.

O permanecer encerrado en Carstairs.

O ser sospechoso de asesinato.

Cuando aparecieron los títulos de crédito en la pantalla, se dio cuenta de que habían emitido una película. Era incapaz de recordar un solo detalle.

Jude le había mandado un mensaje de texto:

Ve a ver a papá. ¡Te toca a ti!

Por supuesto, tenía razón.

«Y tampoco es que tengas nada mejor que hacer, Foxy», se dijo.

Algo más que una facción rebelde..., rezaba el título: una cita errónea de Burns, según el profesor Martin. Fox no había estudiado a Burns desde su época escolar. Cogió el ordenador portátil, fuente de todo conocimiento, parte de él incluso fiable. Buscaría la frase en cuestión. Y después, tal vez indagara un par de nombres: Donald MacIver y John Elliot, por ejemplo.

Luego se prometió ir directo a la cama.

Quizá dejara la ventana abierta uno o dos dedos para que se colaran el ruido y los aromas de la noche...

OCHO

Fox se levantó temprano y fue a ver a su padre. Había un banco en el jardín de Lauder Lodge y a Mitch le gustaba sentarse en él, así que Fox lo abrigó y un enfermero le proporcionó una manta de viaje para cubrirle las piernas. Pero Mitch puso el límite en un sombrero y una bufanda.

—Si me envolvéis más, podréis enterrarme en la tumba de un faraón.

Los muros altos del jardín brindaban protección ante las rachas de viento que llegaban del mar del Norte. Daba la sensación de que el jardinero se inscribiría en breve como huésped. Los saludó con la cabeza y continuó con sus quehaceres.

—Nunca he servido para la jardinería —le dijo Mitch a su hijo.

—Mamá tenía los dedos verdes —respondió Fox.

—Si de mí hubiera dependido, lo habría convertido todo en un patio.

—¿Recuerdas cuando me colgué del tendedero? Se partió y reboté contra la baldosa más cercana.

—Tu madre me llamó desde el hospital. Te dieron tres puntos, ¿verdad?

Fox se frotó la coronilla.

—Cinco —corrigió.

Mitch sonrió.

—¿Sabes qué me dijo mamá cuando llamó? Que le iba a costar trabajo limpiar la sangre.

Fox lo recordaba: una toalla de baño a rayas envuelta en la cabeza para cubrir la herida. No la había vuelto a ver.

Mitch observó a su hijo mientras este trataba de reprimir un bostezo.

—¿Te acostaste tarde?

—Un poco.

—¿Negocios o placer?

—Adivina.

—Trabajar está muy bien, Malcolm, pero tiene que haber algo más en la vida. En cualquier caso, eso explica por qué no te he visto estos días.

—¿Ha venido Jude?

—El sábado y el domingo. Tu ausencia salió a colación.

—He estado ocupado.

—Entonces ¿no estabas evitándonos?

—No. —Fox cambió de postura—. Pero parece que siempre acabamos discutiendo.

—¿Tú y tu hermana? —Mitch asintió lentamente—. Creo que le molesta que el dinero para pagar este lugar salga de tu bolsillo.

—No me importa.

—Pero han subido otra vez las cuotas, ¿verdad?

—No es ningún problema.

—Para Jude quizá sí lo sea.

Fox se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué tal por Fife? —preguntó Mitch tras un paréntesis.

—He estado en Saint Andrews.

—Una vez fui allí con una caravana, cuando tu madre y yo andábamos de novios. Tuve que asegurarme de que su padre no se enterara. —Mitch miró a su hijo—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que ya no oigo a la gente decir eso de «andar de novios».

—¿Y qué dicen?

—Salir, supongo. —Fox hizo una pausa—. ¿Alguna vez fuimos a Saint Andrews? Toda la familia, quiero decir.

—Puede que una vez... ¿Lo recuerdas?

Fox negó con la cabeza.

—Por lo visto, he olvidado bastantes cosas.

—Bienvenido al maldito club. Recuerdo que la caravana era verde pálido, pero no sabría decirte qué cené ayer.

Mitch vio que su hijo intentaba contener otro bostezo.

—Tengo pastillas en el lavabo. Deberías llevarte unas cuantas.

—A lo mejor lo hago —respondió Fox medio en broma.

—Jude estuvo hurgando en la caja de zapatos otra vez. No sé si lo hace por mí o por ella.

—Tal vez por ambos.

—Hay muchos recuerdos ahí guardados, pero ninguna foto de la caravana. Pasamos algunas vacaciones fantásticas. Puede que sea eso lo que anda buscando Jude: los tiempos en que ella y tú formabais un equipo.

—Todavía lo formamos: ella te visita y yo pago las facturas.

—Podría ir a otro sitio, a algún lugar más barato que este. Es obvio que no puedes permitirte una camisa o una corbata nuevas.

Fox se miró el pecho.

—¿Qué les pasa a la camisa y la corbata?

—Las llevabas la última vez que viniste.

—Ah, ¿sí? No lo recuerdo.

Su padre sonrió y le dio una palmada en la rodilla.

—No, yo tampoco. Te estaba tomando el pelo.

—Gracias.

—No hay de qué.

Ambos seguían sonriendo cuando llegó la bandeja del té.

—A propósito —dijo Mitch—, siento lo del otro día. Me burlé de ti delante de Sandy.

—¿Eso era? ¿Una burla?

—Vi que te había dolido, pero los dos sabemos que eres bueno en tu trabajo.

—Pues no fue eso lo que dijiste. Te preguntabas si podría sobrevivir fuera de Asuntos Internos. Yo mismo me lo he preguntado en ocasiones.

—Bueno, lamento haberlo dicho de todos modos.

—No te preocupes. Me da argumentos para la próxima vez que Jude me diga que soy tu favorito.

—Pero lo eres, y lo sabes.

Fox miró a su padre.

—¿Le dices lo mismo a Jude cuando yo no estoy?

—Por supuesto.

—Me lo figuraba.

Cuando Mitch Fox se echó a reír, su hijo no pudo evitar contagiarse.

Los tres —Fox, Kaye y Naysmith— se dieron cita en su oficina de la jefatura. Mientras Naysmith preparaba café para todos, conteniendo también los bostezos y sin afeitarse, Kaye expuso a Fox su encuentro con Teresa Collins.

—La cuestión —concluyó— es que si Alan Carter consiguió que ella testificara contra su sobrino, este es el principal sospechoso de asesinato.

—Y ahora sí es un asesinato —confirmó Naysmith—. La oficina del fiscal ha dado luz verde a la Brigada Criminal.

—¿Cuándo te has enterado de eso?

—Anoche —respondió tras dudar unos instantes.

—¿Quién es tu fuente, Joe? —Kaye sonrió con malicia—. ¿Cierta joven del DIC? Te mantuvo despierto hasta tarde, ¿no?

Naysmith continuó dando la espalda a sus compañeros mientras terminaba de preparar el café.

—Billie y Bekkah solo conocían a Alan Carter a través del novio de Billie, ¿verdad? —le preguntó Fox a Kaye.

—Tosh Garioch —confirmó este—. ¿Quieres que hable con él?

—No nos vendría mal.

—¿Alguna razón para pensar que podría delatar a su jefe?

Fox se encogió de hombros y cogió la taza que le ofrecía Naysmith. Después de aceptar la suya, Kaye imitó el sonido de un beso. Naysmith frunció el ceño, pero no miró a Kaye.

—Joe —dijo Fox—, ¿has averiguado algo sobre Gavin Willis?

—No exactamente. —Naysmith se acomodó de costado sobre la mesa y dejó el café junto a él—. Lo máximo que he podido conseguir es el número del comisario Hendryson. Vive en Portugal. También tengo una dirección —añadió, mostrando una página arrancada de una agenda.

—Y el único precio que pagó fue su virtud —dijo Tony Kaye.

—Por cierto —añadió Naysmith, haciendo caso omiso de Kaye—, Mark Haldane ya ha recibido el alta. Es efectiva desde esta mañana.

—Eso significa que podéis mantener una charla con él —apuntó Fox.

Este se había levantado de la silla y le había cogido el número de teléfono a Naysmith.

—Así que Portugal, ¿eh? —comentó.

—Portugal —corroboró Joe Naysmith.

—¿Y lo has conseguido a través de Cheryl Forrester?

—Sí.

—Ve con cuidado, Joe.

—No hay que confraternizar con el enemigo —apostilló Kaye en tono jocoso.

—No es el enemigo.

Naysmith no pudo disimular que estaba a la defensiva.

—Puede que ahora no —advirtió Fox—. Pero de todos modos...

Bob McEwan llegó justo cuando Kaye y Naysmith se marchaban.

—¿Van a Fife? —preguntó.

Kaye señaló a Fox.

—¿Cuándo recuperaremos a nuestro amigo?

—Eso no depende de mí. ¿Cuánto tiempo les llevará redactar un informe exhaustivo?

—Nadie reconoce nada —le dijo Kaye.

McEwan se centró en Naysmith.

—¿Es eso cierto, Joe?

—Sí, señor.

—No parece muy convencido.

—Nadie reconoce nada —repitió Naysmith—. Y el micro...

Naysmith se calló de repente, alentado por el codazo de Kaye en los riñones.

—¿Qué micrófono? —preguntó McEwan pausadamente.

—Estamos a punto de desinstalarlo, Bob —explicó Fox, dirigiéndose hacia su jefe.

—Yo no he autorizado ninguna vigilancia.

—Fue una llamada de Fife —afirmó el inspector.

—Aun así, deberían habérmelo comunicado.

—Lo siento.

McEwan señaló a Fox con el dedo.

—No me gusta esto, Malcolm.

—Sí, señor.

McEwan lo miró con dureza y se volvió de nuevo hacia Kaye y Naysmith.

—Márchense.

A Kaye no hizo falta que se lo dijeran dos veces y empujó a Naysmith para que saliera antes que él.

—¿Qué está pasando, Malcolm? —preguntó McEwan.

—Nada.

—¿Quién está siendo sometido a vigilancia?

—Scholes —admitió Fox—. Pero dado que Paul Carter es sospechoso de

asesinato, vamos a suspender la operación.

—Este es un procedimiento bien sencillo: tres entrevistas, tres informes.

—Estas cosas se complican, Bob, y usted lo sabe.

McEwan señaló de nuevo a Fox.

—Es un procedimiento bien sencillo —reiteró, poniendo el mismo énfasis en cada una de sus palabras—. Si eso ha cambiado, debo saber por qué. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

Fox sabía que debía esperar el momento oportuno. Ambos se instalaron en sus respectivas mesas y trabajaron en silencio. Cuando Fox se levantó para preparar más café, McEwan rechazó su oferta, lo cual indicó a Fox que todavía no era santo de su devoción. Tres cuartos de hora después, McEwan consultó su reloj, suspiró y se levantó de la silla.

Otra reunión de planificación.

—¿Tiene trabajo suficiente? —preguntó McEwan.

—Siempre.

McEwan encontró la documentación, pero tuvo que volver porque había dejado el teléfono cargando en una toma de corriente. Cuando se marchó por segunda vez, Fox se levantó y se dirigió hacia el umbral para cerciorarse de que no había nadie en el pasillo. Cerró la puerta y regresó a su mesa. Entonces cogió el teléfono y realizó una llamada a Portugal. Respondió una mujer, a quien le dijo que quería hablar con el señor Hendryson.

—¿Eres tú, Andrew?

—Me llamo Fox. Soy de Edimburgo.

—Espere un momento —dijo ella con voz melodiosa.

Fox oyó cómo dejaba el auricular sobre una superficie sólida y llamaba a su marido.

—¡Rob! ¡Tienes una llamada desde casa!

Transcurrieron unos momentos sin que sucediera nada. Fox intentaba

visualizar la escena: una ventana azul en saliente, entablado de madera con sillas reclinables, y el comisario ya jubilado con sandalias y unas bermudas holgadas. Puede que hubiera un campo de golf cerca de allí y un compañero expatriado llamado Andrew cuya voz se parecía un poco a la de Fox...

—Robert Hendryson —anunció una voz cuando cogieron de nuevo el teléfono.

—Señor Hendryson, me llamo Malcolm Fox y soy inspector en la comisaría de Lothian y Borders.

—Sé quién es usted.

—Ah, ¿sí?

—Me lo dijo Pitkethly.

—¿Recientemente?

—Me llamaba a menudo cuando ocupó su nuevo cargo. Estaba habituándose, pero no siempre podía localizar la llave de un armario o algún formulario de requisición.

—¿Todavía mantienen contacto?

—Quiso contarme lo de Alan Carter.

—¿Lo conocía usted?

—Un poco. Él pertenecía al DIC y yo no. Como ya sabrá, allí existe cierto tribalismo. Además, Alan se retiró antes de que yo llegara a Kirkcaldy.

—¿Y qué le dijo la comisaria Pitkethly?

—Solamente que Asuntos Internos estaba en la ciudad, y que los dirigía alguien llamado Fox. Toda esa historia sobre Paul Carter...

—Debía de conocerlo usted mejor que a su tío —dijo Fox.

—Paul podía ser un niño problemático, inspector, pero obtenía resultados, y jamás oí una mala palabra sobre él hasta que estaba a punto de jubilarme.

—Pero ¿dudó alguna vez de su inocencia cuando presentaron las alegaciones?

—Uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario —recitó Hendryson

—. ¿De eso se trata? —Reflexionó unos instantes y respondió él mismo a la pregunta—. Claro que sí. Quiere saber si el DIC encubrió a Paul. A lo mejor piensa que iba más allá del DIC, que fue toda la comisaría, ¿no es cierto?

—En absoluto, señor.

—No tengo ganas de hablar con usted, ¿sabe? —Parecía cada vez más irritado—. Voy a colgar ahora mismo.

Fox esperó a que Hendryson recobrar el aliento. Cuando lo hizo, pronunció un nombre y volvió a esperar.

—¿Qué? —dijo Hendryson, perplejo por los derroteros que estaba tomando la conversación.

—Gavin Willis —repitió Fox—. ¿Qué podría contarme sobre él? No hay nada que temer, lleva años muerto.

—¿Qué quiere saber?

—Es mera curiosidad. Alan Carter ha muerto y ambos parecían estar muy unidos.

—¿Qué tiene que ver todo eso con Asuntos Internos?

—Buena pregunta, señor. Paul Carter es sospechoso de la muerte de su tío. Resulta que estoy en minoría: yo no creo que lo hiciera él, así que estoy intentando formarme una imagen de la vida de Alan Carter con la esperanza de averiguar por qué murió.

Hendryson sopesó las palabras de Fox.

—Sí —dijo al fin—. Comprendo. La cuestión es que apenas lo veía y, cuando lo hacía, ya no estaba en el cuerpo.

—¿Entonces?

—A veces se celebraban encuentros; reuniones, diríamos, aunque podían ser solo unas copas después del trabajo.

—¿Cómo era él?

—Un tipo grande, sensato. El tipo de policía que valorábamos. Conocía a todo el mundo en la ciudad y, si ocurría algo, tenía bastante buen instinto

para adivinar quién había sido, ya fuera una pintada en la pared o una ventana apedreada. Era muy probable que se impartiera justicia allí mismo.

Fox pensó en una frase que había utilizado Alan Carter: «Las tierras baldías, donde las cosas suelen resolverse con discreción».

—¿Una buena bofetada? —preguntó Fox.

—Como y cuando fuera necesario. Y ningún liberal defensor de causas perdidas protestaba. Ojalá las cosas siguieran como entonces.

—¿Por eso emigró?

—Mi mujer quería que le diera el sol en la cara —explicó Hendryson—. Pero tendrá que reconocer que la policía se ha vuelto mucho más dura.

—Tenemos más responsabilidad —replicó Fox.

—Trabajando usted para Asuntos Internos es normal que le parezca bien.

Fox no quiso entrar en discusiones, así que preguntó hasta qué punto estaban unidos Willis y Alan Carter.

—Como un profesor y su mejor alumno. Desde el momento en que Alan se incorporó al DIC, Gavin estuvo allí para supervisarlos.

—¿Trabajaron juntos en el caso de Francis Vernal?

Hendryson se tomó unos momentos para ubicar el nombre.

—¿El abogado que estrelló su coche y se suicidó?

—El mismo.

—¿De qué caso estamos hablando?

—Me refería al lugar del accidente... A recabar pruebas y todo lo demás.

—No tengo ni idea.

—¿Sabía algo sobre el coche del difunto?

—¿Y qué había que saber?

—Por lo visto, Willis lo recuperó del desguace. Ha permanecido en su garaje todos estos años.

—Lo ignoraba, inspector.

—Y ahora que ya lo sabe, ¿qué opina?

—Estoy jubilado. Yo ya no opino nada.

—Fue una suerte que abandonara el cuerpo justo cuando todo este asunto estaba a punto de salir a la luz.

—¿Qué quiere decir? ¿Se refiere a Paul Carter?

—Por ejemplo. Alan Carter acudió a usted, y usted decidió derivarlo a Asuntos Internos...

—¿Y?

—¿No se planteó barrerlo bajo la alfombra?

—Alan no lo habría permitido. Quería una investigación.

—¿O de lo contrario...?

—O de lo contrario hablaría con los periódicos.

—Aun así, Asuntos Internos no llegó muy lejos, ¿verdad?

—Hasta que esa mujer cambió de parecer.

—¿Teresa Collins?

—Sí.

—¿Por qué cree que decidió hablar?

—No tengo la menor idea.

—Alan Carter no debió de alegrarse demasiado cuando la investigación original quedó en un punto muerto.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio, interrumpido solo por el crepitar de la electricidad estática.

—¿Algo más? —respondió finalmente Hendryson.

—¿Cuándo falleció Gavin Willis?

—En 1986. Hacia finales de enero. Un día se desplomó en medio de la calle. Fue un infarto.

—¿Y Alan Carter compró la casa justo después?

—¿Y qué, si lo hizo? —Hendryson esperó, pero Fox no tenía ninguna respuesta que mereciera la pena—. ¿Hemos terminado?

—Vaya a disfrutar del sol mientras pueda —le dijo Fox antes de poner fin

a la conversación.

Fox dejó el Volvo en la calle, frente a la comisaría de Policía. El sargento Alec Robinson miró a izquierda y derecha mientras cruzaba el aparcamiento y estiró el cuello para asegurarse de que no había testigos tras las ventanas. Luego se sentó en el asiento del acompañante.

—Arranque —ordenó.

Cuando dejaron atrás la comisaría, Robinson se relajó un poco. Llevaba una chaqueta militar encima del uniforme. No iba de paisano, pero era lo más parecido.

—Gracias —dijo Fox.

Robinson respondió a su gratitud encogiéndose de hombros.

—No voy a joder a los míos —advirtió.

—No le pido que lo haga. Solo intento averiguar más cosas sobre Gavin Willis. En lo que a policías se refiere, sargento, es usted lo más parecido a Matusalén que voy a encontrar.

—No me está dorando la píldora, precisamente.

—¿Le gustaría que lo hiciera? —Fox observó a Robinson menear la cabeza—. ¿Qué rango tenía a mediados de los años ochenta?

Robinson reflexionó unos segundos.

—Agente —respondió.

—De modo que no trataba mucho con el DIC.

—No demasiado.

—Y probablemente tampoco conociera muy bien a Willis y a Alan Carter.

—A veces trabajábamos juntos: indagaciones puerta a puerta, búsqueda de personas desaparecidas por la zona...

—Y alguna noche en el pub, ¿no?

—Por aquel entonces no solo íbamos por la noche.

Fox asintió.

—¿Sesiones de mediodía? Estaban eliminándolas gradualmente cuando yo me incorporé.

—¿Cuánto tiempo lleva en Asuntos Internos?

—Unos cuantos años.

—¿Le gusta?

—Puede que quiera asegurarme de que el cuerpo está de parte de los ángeles.

—¿Esa es la respuesta que da siempre?

Fox sonrió.

—A veces cambio un poco el enunciado.

—Pero ¿es toda la verdad?

—No estoy seguro. —Fox hizo una pausa y miró hacia ambos sentidos al detenerse en una intersección—. Tampoco estoy convencido de que Paul Carter matara a su tío.

—¿Pues quién lo hizo?

—Eso me gustaría saber. ¿Tiene alguna idea?

—¿Cómo encaja Gavin Willis en todo esto?

—Willis y Alan eran amigos, además de compañeros. Es evidente que Alan lo adoraba, hasta el punto de comprar su casa cuando murió. —Fox miró a Robinson—. Encontramos el coche de Francis Vernal escondido en el garaje.

—Ah, ¿sí?

—¿Tiene idea de por qué pudo quedárselo Willis y por qué le hizo creer a todo el mundo que había sido desguazado?

Robinson negó con la cabeza.

—¿O de por qué Alan Carter lo dejó allí?

El sargento repitió el gesto.

—Entonces es un misterio. Pero hay algo más: la pistola utilizada para matar a Alan Carter formaba parte de un alijo que debió ser destruido en los años ochenta, cuando Gavin Willis trabajaba en el arsenal.

—Ah, ¿sí? —dijo Robinson de nuevo.

—Usted conocía a ambos hombres, y también al sobrino de Alan. Hay algo ahí que no comprendo y esperaba que usted pudiera ayudarme.

—Gavin Willis era un tipo duro —reconoció Robinson.

—Eso ya me lo imagino.

—También incumplía las normas de vez en cuando.

—Pero por aquel entonces eso sería más o menos frecuente.

—Supongo que sí. La gente le tenía miedo, pero solo si debía tenérselo. Si estabas limpio, no había razón para que mostrase el menor interés por ti.

—Fue el mentor de Alan Carter. ¿Cree que se le contagió algo?

—Alan pertenecía a otra generación. No era una mera réplica.

—Pero ¿compartían ciertos rasgos? —Fox pensó un momento—. ¿Es posible que Alan tuviera enemigos?

—En el cuerpo y fuera de él.

—¿Se refiere a su empresa de seguridad?

—El año pasado hubo problemas con los Shafiq.

—Parece que a Scholes le encanta recordárselo a todo el mundo. También sé que Alan Carter contrataba a su gente más por el músculo que por su cerebro.

—Si estalla una pelea en un club, los títulos universitarios no son lo primero de lo que haya que echar mano, y Alan Carter lo sabía. Ingresó en el cuerpo justo al terminar la escuela, igual que yo. Aprendimos sobre la marcha, inspector, no con libros de texto.

—¿Willis se metió alguna vez en líos? ¿Hubo comisiones disciplinarias y cosas por el estilo?

Robinson negó con la cabeza.

—¿Y Alan Carter?

—Nada. En cambio, Paul...

—Un elemento díscolo en una familia de policías. Por tanto, estaba protegido.

—Ray Scholes lo llevó por el buen camino por respeto a su padre y a su tío. —Robinson había cambiado de postura para mirar directamente a Malcolm Fox—. ¿De verdad piensa que Paul no lo hizo?

—En eso nada a contracorriente.

—¿Y su teoría es que todo se halla relacionado de algún modo con Gavin Willis?

—Puede. Si es que Gavin Willis recuperó ese revólver de la fundición.

—¿Y Francis Vernal?

—No sé qué ocurrió. O hubo indolencia o presionaron desde arriba. Pero debería haberse investigado el caso y no se hizo.

—Dudo que Gavin Willis hubiera reaccionado bien si alguien le hubiera dicho que lo dejara.

—A lo mejor por eso se quedó con el coche. Era una prueba que iba a ser destruida.

—Pero no hizo nada con él.

—Alan Carter tampoco. Lo dejó allí tapado con una lona.

—Eso fue en 1985, inspector. Hace mucho tiempo. ¿Cree que va a realizar progresos?

—¿Le importaría a alguien que no los realizara?

Robinson meneó de nuevo la cabeza.

—A lo mejor sí les importa que haya algún avance. —El sargento miró por el parabrisas—. Puede dejarme aquí. Seguiré andando el resto del camino.

—¿Está seguro?

—Es preferible a que nos vean juntos.

Fox puso el intermitente y se detuvo a un lado de la calle. Robinson se quitó el cinturón de seguridad y se bajó del coche. Fox esperaba unas palabras de despedida —una frase útil o dos—, pero cerró la puerta y echó a andar, abrochándose la chaqueta. Fox tamborileó con los dedos sobre el volante.

«No has llegado a ninguna parte», se dijo a sí mismo. Cuando le sonó el teléfono, contestó con un «¿sí?» desganado.

—Veo que ya te has enterado —dijo Evelyn Mills.

—¿De qué?

—Mi jefe nos ha ordenado que cancelemos la operación de vigilancia. He intentado luchar por los tuyos, pero al ser Paul Carter sospechoso de asesinato...

—La operación podía poner en peligro el juicio —dijo Fox, completando el argumento.

—Lo siento, Malcolm.

—Para serte sincero, mi jefe lo habría hecho de todos modos.

—¿Confesaste al final?

—A alguien se le escapó.

—Y se cabreó. Bueno, hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano.

—Y te lo agradezco.

—En ese caso, podrías invitarme a cenar. —Evelyn esperó, pero Fox no dijo nada—. Para serte sincera, Malcolm, la vigilancia no nos estaba llevando a ninguna parte.

—¿Solo se produjo esa llamada?

—Esta mañana ha habido otra. Han quedado para tomar una copa esta noche.

—¿Carter y Scholes?

—Y los otros dos.

—¿Haldane y Michaelson?

—Sí.

—¿De quién ha sido la idea?

—De Paul Carter. Creo que necesita saber que todavía le queda algún amigo. Me pareció que la presión estaba empezando a pasarle factura.

—¿Qué dijo Scholes?

—Se mostró bastante reacio, pero Carter no dejaba de insistir. —Hizo una pausa—. ¿Es importante?

—Es la primera vez que se reúnen los cuatro desde el juicio.

—Que nosotros sepamos.

—Exacto —coincidió Fox.

—No te importaría poder mirar por un agujerito, ¿eh?

—¿Me estás diciendo que tú te mantendrías al margen?

Mills se echó a reír.

—¿De verdad importa mi criterio?

—¿Dónde se han citado?

—En el Wheatsheaf, a las ocho. Espero que no te encuentres con nadie de la Brigada Criminal.

—Gracias, Evelyn.

—Anoche te llamé, Malcolm...

—Estaría durmiendo.

—¿No me diste calabazas, entonces?

—No.

—¿Estás seguro?

Después de decirle que sí lo estaba, Fox colgó, marcó el número de Tony Kaye y esperó. Al responder, Fox le preguntó si estaba ocupado.

—Estaba charlando con Tosh Garioch.

—¿Te ha proporcionado alguna información?

—Dudo que me proporcionara ni el olor de sus pedos. No, miento: en ese sentido es más que generoso.

—Paul Carter saldrá esta noche con sus amigos a tomar una copa.

—¿Con todos?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo último que hemos averiguado gracias a los micrófonos.

—¿Crees que deberíamos ir?

—El pub se llama Wheatsheaf. ¿Por qué no compruebas si hay manera de camuflarnos?

—¿Nos reconocerán?

—Siempre nos queda el camerino.

—¿Gorro, bufanda y gafas?

Kayes parecía dubitativo.

—Joe siempre ha permanecido en un segundo plano. Hemos hablado tú y yo en todo momento.

—Cierto.

—¿Quién va a reparar en un tipo plantado junto a la barra?

—A lo mejor Joe tiene planes para esta noche.

—Nada que no pueda cancelar.

Kaye parecía estar sopesando las posibilidades.

—No estará de más echar un vistazo al local. Iré en cuanto termine con Garioch.

—Gracias, Tony.

—Una última cosa...

—¿Sí?

—Tu amiga Evelyn Mills.

—¿Qué le pasa?

—Me llamó. Creo que buscaba información sobre ti: situación sentimental y cosas así.

—Gracias por decírmelo.

—No quiero ser aguafiestas ni nada. Todo lo contrario.

—Está casada, Tony.

—Eso no siempre es algo negativo, Malcolm.

—Tengo que colgar.

Fox pudo oír a Kaye reírse cuando finalizó la llamada.

El inspector arrancó de nuevo sin saber muy bien adónde se dirigía, al menos durante los primeros cinco minutos, tras los cuales se dio cuenta de que circulaba por la carretera de Kinghorn. Pasó frente a la gasolinera en la que habían visto a Paul Carter la noche del asesinato. Puso el intermitente derecho y el Volvo ascendió por el gradiente antes de detenerse a las puertas de la casa. El campo estaba vacío; no había furgonetas ni coches patrulla. Ahora que el centro de investigaciones se había instalado en Kirkcaldy, el equipo había terminado en Gallowhill Cottage, tras haber tapiado con tablas la ventana del salón para disuadir a los curiosos. Fox intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con un candado y no encontró la llave debajo del tiesto que había sobre el alféizar. Se dirigió al garaje. A juzgar por el perfil de la lona, el coche de Francis Vernal seguía allí. Se disponía a bajar de nuevo la pendiente cuando oyó otro vehículo que se acercaba. Paul Carter aparcó el Astra plateado justo detrás del Volvo, con lo que le cortaba la retirada a Fox.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Carter, cerrando la puerta de golpe.

—He venido a echar un vistazo —fue cuanto Fox acertó a decir.

Carter no medió palabra. Sacó unas llaves del bolsillo, eligió una y abrió el candado.

—¿Ahora todo esto le pertenece? —preguntó Fox.

—Hasta que me encierren por asesinato —masculló—. Todavía no han encontrado el testamento y yo soy su pariente más cercano.

Entró Carter primero, y detrás de él, Fox.

—¿Y qué ocurrirá con la empresa de su tío?

—Se irá a pique, supongo. Él es el único que podía extender cheques. — Carter escrutó el pasillo—. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer con todo esto?

—Hay empresas que se dedican a vaciar casas —sugirió Fox.

—Sería mejor una buena hoguera. Puedo volver a la cárcel un día de estos.

—¿El juez Cardonald sigue deliberando?

—El cabrón se lo está tomando con calma.

—¿Le sorprende que lo haya puesto en libertad?

—Habría sido preferible que no lo hiciera. —Carter entró en el salón—. Le han dado un buen repaso a la casa.

—Me tomaron las huellas —dijo Fox.

—Y a mí.

Fox estudió a Carter. En caso de haber matado a su tío, ¿no asomaría la culpabilidad a su rostro? ¿Le vendrían tal vez imágenes de aquella noche? Parecía nervioso y atemorizado, pero sin dar muestras de remordimiento. Fox se dio cuenta de que habían despejado la mesa. El equipo de investigación había metido en bolsas todos los recortes y se los había llevado. Sin embargo, nadie había limpiado las finas salpicaduras de sangre en la ventana. Carter abrió un cajón, que también estaba vacío; habían desaparecido todas aquellas facturas domésticas y los extractos bancarios tan bien ordenados. Carter lo cerró de nuevo y permaneció parado en medio del salón, pasándose una mano por el pelo y rascándose el cuero cabelludo.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí? —quiso saber Fox.

—La noche en que murió. Después de que Ray me llamara. Quería ser él quien me diera la noticia.

—¿Y antes de eso?

—Hacía meses... Puede que un año.

—Alan me contó que un día se presentó usted aquí borracho, soltando barbaridades.

—Yo estaba en el tribunal, ¿recuerda? Lo escuché de sus propios labios.

—Pero su tío no mentía...

—Iba ciego. No tengo ni idea de lo que dije o no dije.

—¿Y esa fue la última vez que estuvo aquí?

—Sí.

—Cuando lo acusó, ¿no volvió para preguntarle por qué lo había hecho?

—¿Y de qué iba a servirme?

—¿Por qué cree que lo llamó la noche de su muerte?

—No tengo ni idea.

—¿No había hablado con usted desde el juicio?

Carter negó con la cabeza. Se dirigió hacia la pared situada junto a la chimenea y pasó una mano por el papel.

—Todo esto lo hizo él, de arriba abajo. Mi padre decía que era un manazas. —Carter encontró una junta en el papel, metió un dedo debajo y lo rompió—. «Manazas», eso es lo que era.

Sin mediar palabra, salió de allí y subió las escaleras. Al cabo de un momento, Fox lo siguió. Había tres estancias en el alero: dos dormitorios y un cuarto de baño.

—Mire esto —dijo Carter.

Le mostró cómo el papel de pared, mal pegado al techo del dormitorio principal, empezaba a caerse. Entonces golpeó el zócalo con el tacón para indicar que faltaban clavos. La puerta no cerraba bien y el pomo estaba suelto.

—Un manazas —repitió.

Fox vio grietas en el enyesado, ventanas mal encajadas y tabloncillos sueltos en el suelo. Algunos armarios estaban abiertos y demostraban que la esposa de Alan Carter no se había molestado siquiera en llevarse la ropa cuando lo abandonó. ¿La había conservado con la esperanza de que volviera? Y tras su muerte, ¿la guardaría para mantener vivo su recuerdo? En la bañera faltaban

baldosas, y el retrete parecía anticuado. Los dos grifos del lavamanos goteaban. Fox trató de no fijar la mirada en los artículos de baño del difunto: su cuchilla, la crema para la dentadura postiza y las tijeras para las uñas.

—¿Qué haría usted con la casa? —preguntó Carter.

—Lo mismo que supuestamente hizo su tío cuando la compró: despedazarla y empezar de nuevo.

—Cuando la compró, mi padre me trajo a rastras varias veces. A papá le resultaba gracioso que el tío Alan pensara que estaba remodelando la casa cuando en realidad la estaba estropeando cada vez más... —Carter parecía absorto en sus recuerdos, pero volvió en sí—. A lo mejor tendría que prenderle fuego y cobrar el seguro.

—¿De veras cree que debería decirme eso?

Carter consiguió esbozar una sonrisa. Parecía apagado. Los interrogatorios le habían pasado factura y puede que también los susurros y las miradas que despertaba por toda la ciudad.

—Lo cierto es que cuando era pequeño me caía bien y creía que yo a él también.

—¿Cómo se llamaba su mujer?

—Tía Jessica. Siempre tenías que decirlo bien. Si la llamabas «Jess» o «Jessie», te corregía al instante. Resulta que había estado viéndose con otro hombre a espaldas de tío Alan y ahí acabó todo.

—¿Es cierto que les amargó usted la vida a sus padres?

—Muchos chavales lo hacen.

—¿Y cuando ya no era un chaval?

Carter se encogió de hombros, salió del cuarto de baño y se dirigió al dormitorio pequeño, que hacía las veces de almacén y estaba lleno de cajas y maletas apiladas.

—Una hoguera —murmuró de nuevo antes de volverse hacia Fox—. Yo

no era tan distinto de los demás. Si le dijo que era una especie de monstruo, mintió.

—Lo delató —dijo Fox en voz baja.

—Entonces puede que el monstruo fuera él. ¿Se lo ha planteado alguna vez?

—La verdad es que sí.

Paul Carter no se esperaba esa respuesta. Estudió a Fox sin parpadear y este le notó un ligero temblor nervioso debajo de un ojo. Carter, consciente de ello, presionó la carne con el dedo, como si eso fuese a remediarlo.

—¿Sabe qué hacen con los policías en la cárcel? —preguntó pausadamente antes de responder a su propia pregunta—. Claro que lo sabe: usted los mete entre rejas sin parar.

—Solo a los que se lo merecen.

—¿Cree que yo me lo merezco? —Estaba alzando el tono de voz—. ¿Por pedirle a una zorra patética media hora de su precioso tiempo?

—¿Por qué lo denunciaron las otras dos mujeres?

Carter golpeó la pared con la palma de la mano y pareció que temblaba toda la casa.

—¡No lo sé! —gritó—. ¡Debió de pedírselo ella!

—No las conocía.

—Jamás les hice nada a esas dos mujeres, ¡ni siquiera lo intenté!

Esta vez dio una patada a la pared y agrietó el yeso.

—Recuerde que esta es su casa —advirtió Fox.

—¡No la quiero! —Carter volvió a pasarse la mano por la cabeza—. Estoy harto de todo esto. Quiero recuperar mi vida. En cualquier momento el juez puede decidirse, o Cash puede acusarme de asesinato. Menudas opciones, ¿eh? —Miró a Fox—. Pero ¿qué sentido tiene contárselo? A usted le importa una mierda.

Carter apartó a Fox con el hombro y bajó los escalones de dos en dos. El

inspector esperó un momento antes de seguirlo. Cuando llegó al vestíbulo, Carter había puesto en marcha el motor del Astra y estaba realizando un torpe giro de ciento ochenta grados. Desde el umbral, Fox vio el coche descender por la colina. El candado había quedado abierto y no podría cerrarlo sin la llave. A Paul Carter le daba igual. La casa no era más que otra losa sobre sus hombros. Fox cerró la puerta lo mejor que pudo, se montó en el coche y emprendió el largo camino de vuelta a Edimburgo.

El correo de aquel día, que lo esperaba tras la puerta principal, incluía el ejemplar de *Algo más que una facción rebelde*. Estaba rasguñado y la sección de fotos se había desprendido, pero todavía podía utilizarse. Fox lo hojeó durante una hora. El profesor Martin no aducía demasiados nombres, pero de todos modos anotó unos cuantos. Luego, justo antes del índice, vio una nota que afirmaba que los nombres no eran reales y que se habían «modificado para proteger a los sujetos».

—Muchas gracias —dijo Fox.

Después retomó los documentos que le había entregado Charles Mangold. Había actas judiciales de principios de los años ochenta y, en esa ocasión, los nombres eran reales. También mostraban fotografías tomadas en comisaría tras la detención de los sospechosos: con unas cuantas caras amoratadas, cortes en labios y narices, y ojos hinchados.

Se mencionaba varias veces a Donald MacIver y John Elliot. Wikipedia le dedicaba una página entera al presentador. Cuando Fox vio su fotografía, se dio cuenta de que lo conocía gracias a los noticiarios escoceses. La entrada de Wikipedia afirmaba que había estado implicado en «políticas alternativas» siendo estudiante, y que fue juzgado por planear el secuestro del coche de un ministro del gobierno. Fox cotejó fotos; sí, el presentador y el estudiante radical eran la misma persona. Antes llevaba el pelo más largo y la ropa

desaliñada, y tenía la piel más cetrina. Fox habría tildado al Elliot veinteañero de guapo, si bien las imágenes promocionales lo mostraban en la actualidad con el mentón cincelado, los ojos relucientes y de un brillo saludable, además de tener el pelo immaculado, los dientes perlados y la camisa almidonada. Elliot utilizaba una empresa de representación y podía ser contratado para «actos empresariales y benéficos». Fox anotó el número de teléfono, se levantó para estirar la espalda y preparó un poco de té.

A las seis en punto, encendió el televisor, pero aquel día presentaba el telediario otra persona. Volvió a la mesa por una hora más, llamó a su hermana para contarle que había ido a Lauder Lodge a visitar a su padre, entabló la habitual discusión con ella y se comió una lata de atún con mayonesa y mostaza.

A las ocho y media de la noche sonó el teléfono. Era Tony Kaye.

—Dime.

—Lo han pillado —gruñó Kaye.

Eso significaba que Joe Naysmith no había podido camuflarse entre la clientela del Wheatsheaf.

Fox exhaló lenta y ruidosamente.

—¿Ha conseguido algo?

—No es que estuviera abarrotado, pero se sentaron a una mesa y tuvo que quedarse junto a la barra, a dos o tres metros de distancia.

—¿Y qué ha pasado?

—Por lo visto fue Haldane. No dejaba de mirar y les dijo algo a los demás. Scholes fue directamente hacia él y lo mandó a la mierda. Después se hizo el silencio en el bar. Todo el mundo sabe quién es Joe y él daba por supuesto que iban a reírse de él...

—Estaba cantado —reconoció Fox.

—Pero la culpa es suya.

—¿Debo creer que está escuchando?

—Estamos en el Mondeo, a cincuenta metros del pub.

—¿Tiene sentido seguirlos?

—Si no podemos oír lo que dicen, no —respondió Tony Kaye.

—De acuerdo. Podéis iros a casa. Y dale las gracias a Joe por intentarlo.

—Fox dice que gracias por nada —le soltó Kaye al desventurado Naysmith.

—Eres un hombre cruel, Tony Kaye.

—Cruel pero justo. Estarás conmigo.

Fox le dio las buenas noches a su colega.

NUEVE

John Elliot se hallaba rodando una escena para aquel día. La ventaja era que Fox no tuvo que desplazarse hasta el centro de Glasgow. La desventaja, que se encontraba en un polígono industrial de la periferia. Por alguna razón habían construido un hotel allí, un bloque moderno de color negro, y el equipo de Elliot había ocupado el restaurante. Los perplejos huéspedes estaban desayunando en el bar mientras se reubicaban focos y se montaban cámaras sobre los trípodes.

—Es material de guerrilla —dijo el director a Fox.

Le habían servido un café junto con un par de *pains au chocolat* en miniatura. A Elliot lo estaban maquillando en un rincón del restaurante. Había un gran espejo iluminado y lo que parecía una caja de herramientas llena de productos cosméticos en lugar de llaves inglesas.

—Es una locura —comentó Elliot a Fox, mientras sus miradas se cruzaban en el espejo.

Estaban peinándolo y comprobando si tenía brillos en la nariz y la frente, tras colocarle una toalla de papel que protegía el cuello de la camisa de posibles manchas. Le centelleaban los ojos y Fox se preguntó si acaso le habrían aplicado algún colirio. Vestía una camisa con el primer botón desabrochado, chaqueta de algodón negra y vaqueros desteñidos con los bajos deshilachados.

—Le agradezco que me haya recibido con tan poca antelación.

—Cuando termine aquí, tendremos unos quince minutos. Después he de volver al estudio.

En ese momento llegó el director. Llevaba un guion en la mano y parecía

estresado.

—El jefe de cocina dice que a la langosta le han atado las pinzas con cinta adhesiva, así que no hay peligro —explicó.

—El glamur de la televisión —comentó Elliot, mirándolo de nuevo y dedicándole una sonrisa.

El equipo realizó un ensayo, tras lo cual fueron necesarias tres tomas para que la escena saliera bien. Más tarde hubo cambios de plano e iluminación y otras cosas que Fox no acababa de comprender. Hora y media después, disponían de tres minutos de tiempo en pantalla. Elliot se pasó una toallita húmeda por la cara al cruzar la sala en dirección a Fox. Estaban guardando el material y trasladando las mesas y sillas a su sitio. Una huésped de mediana edad interceptó a Elliot y le pidió que le firmara una copia de la carta de desayunos.

—Será un placer —dijo él.

La mujer parecía sufrir un pequeño temblor mientras lo observaba escribiendo.

—¿Le ocurre a menudo? —preguntó Fox cuando al fin pudo estrecharle la mano al presentador.

—Mejor un seguidor que los insultos que habría recibido en Sauchiehall Street tras el cierre. Sentémonos aquí. —Elliot señaló una banqueta situada en el diáfano bar—. Así pues —dijo, golpeándose las rodillas con las palmas de la mano—, mi perverso pasado me persigue...

—No es ningún secreto, ¿verdad?

—Toda mi vida es de dominio público, inspector.

En ese momento se acercó un camarero para preguntar si necesitaban algo. Elliot pidió un té con menta, pero cambió de opinión y se decantó por un agua con gas. Fox sostenía en la mano media taza de café tibio.

—¿Todavía le interesa la política? —preguntó cuando el camarero se hubo retirado.

—La pregunta es: ¿acaso me ha interesado alguna vez?

—Estuvo a punto de ir a la cárcel.

Elliot asintió.

—No obstante, ¿hasta qué punto era solo una pose? Por aquel entonces, los estudiantes... no siempre teníamos muy claras nuestras motivaciones.

—¿De qué se trataba, entonces? ¿De una treta para ligar?

Elliot esbozó media sonrisa.

—Tal vez —contestó, mientras se removía en el asiento para ponerse cómodo—. Ese caso fue ridículo. Nos hicieron parecer muyahidines, pero éramos solo unos niños jugando. —Abrió ligeramente los ojos, quizás esperando que Fox compartiera su incredulidad—. ¿Secuestrar un coche del gobierno? ¿Pedir un rescate por el ministro? —Elliot meneó la cabeza—. El rescate, por cierto, consistía en un referéndum sobre la autodeterminación de Escocia. Menuda tontería, ¿no le parece?

—¿No cree que habría funcionado?

—¡Pues claro que no habría funcionado! La gente se mofó de nosotros durante el juicio. Se sentaban en la tribuna y se reían cuando explicábamos nuestras tácticas. La fiscalía no dejaba de hablar de planificación, pero todo se redujo a un par de noches en el pub y a unos cuantos garabatos en el dorso de una servilleta.

—Eso podría explicar por qué ninguno acabó en la cárcel.

—La universidad ni siquiera se molestó en expulsarnos. Así de en serio nos tomaban.

—A lo mejor, hoy sería diferente —dijo Fox.

—Casi seguro.

—¿Su universidad era la de Stirling?

Elliot asintió y le dio las gracias al camarero cuando le llevó el agua. Iba acompañada por una factura, pero el presentador señaló a un miembro del equipo.

—¿Ve a algún antiguo compañero de vez en cuando? —preguntó Fox.

—Casi nunca.

—¿Ninguno sigue en activo?

—¿En activo? ¿Se refiere con ello a seguir planeando derrocar el Estado?

No, ninguno de ellos sigue en activo. —Bebió un poco de agua y contuvo un eructo—. Éramos jóvenes y estúpidos, inspector.

—¿De verdad lo cree así?

—¿Acaso me considera una especie de agente durmiente?

Fox correspondió a la sonrisa de Elliot.

—No, en absoluto. Pero usted es una figura pública y me parece una buena publicidad quitarle importancia a un pasado militante, tal vez minimizándolo, convirtiéndolo en una rutina para después de la cena...

—Probablemente sea cierto.

—Y corrían otros tiempos.

—Así es.

—Además, hasta donde yo sé, el Dark Harvest Commando tenía unos propósitos firmes. Si solo estaba allí para reírse un rato, dudo que lo hubiesen tolerado.

Elliot adoptó un semblante más serio.

—El DHC era demasiado para mí —confesó.

—Pero asistió a algunos de sus encuentros.

—A algunos.

—¿Conocía a Donald MacIver?

—Pobre Donald. Al final le dieron caza, e incluso lograron declararlo demente después de que atacara a otro prisionero. Ahora está interno en Carstairs.

—¿Se ha planteado visitarlo alguna vez?

—No.

Elliot parecía sorprendido por la pregunta.

—Pero debió de ser amigo de Francis Vernal...

—No puedo creerme que por fin alguien le preste atención a ese asunto — dijo Elliot.

—¿Por qué lo dice?

—Todos sabíamos que a Francis lo asesinaron. El MI5 lo tenía en su lista de objetivos. Cuando murió, no pareció importarle a nadie. No hubo investigación policial, no se publicó nada en los periódicos... —Bebió un poco más de agua—. Pero su muerte resultó muy provechosa.

—¿A qué se refiere?

—Muchos grupos captaron el mensaje y se disolvieron. No querían acabar como Francis.

—¿Lo conocía bien?

—No.

—¿Nunca lo vio durante las reuniones?

—Coincidimos algunas veces en la misma habitación, pero yo solo era un soldado raso. Él, en cambio, pertenecía a la cúpula.

—Era él quien proporcionaba el dinero, ¿verdad?

—Esa fue otra de las razones por la que los grupos se disolvieron. Cuando Francis se fue, el dinero desapareció con él. Nadie utilizaba cuentas bancarias. No teníamos una chequera a nombre del Dark Harvest Commando.

—Ya me figuro.

Entonces Elliot recordó algo.

—Hubo una reunión en la que las cosas se caldearon un poco. Ojo de Halcón necesitaba dinero para algo. Francis salió, y al entrar de nuevo, llevaba en la mano un fajo de billetes de cinco y de diez.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En un pub de Glasgow. A veces utilizábamos la trastienda. Escupitajos, serrín y canciones patrióticas...

—Entonces el dinero debía de guardarse en el coche de Vernal.

—Supongo que sí.

Gavin había salvado el vehículo del desguace. ¿Lo había llevado al garaje para desmontarlo? En tal caso, ¿cómo supo de la existencia del dinero? Y si lo había, ¿qué hizo con él cuando lo descubrió?

¿Y por qué se quedó con el coche...?

—¿Quién es Ojo de Halcón? —preguntó Fox.

—Nunca supe su verdadero nombre. No solía asistir a las reuniones. Todo el mundo le tenía un poco de miedo.

—Ah, ¿sí?

—Él, desde luego, no se tomaba el radicalismo a broma. Estoy seguro de que fue responsable de dos o tres robos armados. A los miembros les gustaba hablar de Ojo de Halcón cuando no estaba presente. Era nuestro Robin Hood. También le gustaban los explosivos.

—¿Las bombas que enviaron a Downing Street y al Parlamento?

—Es más que probable.

—¿Por qué Ojo de Halcón?

—No tengo ni idea.

Elliot se terminó el agua. Habían recogido todo el material y el equipo se encaminaba ya hacia las furgonetas.

—Tengo que irme —dijo—. ¿Realmente piensa que descubrirá la verdad después de todo este tiempo?

—No estoy seguro.

—¿De veras cree que alguien desea conocerla, inspector?

Fox no se molestó en responder. Se metió la mano en el bolsillo y extrajo el libro del profesor Martin.

—¿Ha visto esto alguna vez? —preguntó.

—He oído hablar de él —contestó Elliot, que lo cogió y pasó varias páginas.

—¿Nunca le ha apetecido leerlo?

—No me interesa la arqueología.

Fox recuperó el libro, buscó la foto de Vernal y Alice Watts frente a la comisaría y se la enseñó a Elliot.

—¿La recuerda? —preguntó.

—No.

—¿No la reconoce de los mítines?

Elliot negó con la cabeza.

—¿Es importante?

—Por lo visto, mantuvo cierta relación con el señor Vernal. Me gustaría hablar con ella.

—Me encantaría poder ayudarlo.

—En aquella época se llamaba Alice Watts...

Elliot trató de ubicarla, pero no pudo.

—¿«En aquella época»? —preguntó.

Fox no contestó; pero cuando se disponía a cerrar el libro, todavía abierto por la página en la que aparecía la foto, Elliot lo cogió.

—Día 7 de abril de 1985...

—¿Estaba usted allí ese día?

—Es una manera de hablar: fui uno de los detenidos. Pero nos soltaron aquella misma tarde.

—¿Y no recuerda haber visto a Alice Watts?

Elliot negó de nuevo con la cabeza.

—Pero es agradable ver de nuevo a Ojo de Halcón. —Giró el libro en dirección a Fox—. Es este de aquí, el que va agarrado del brazo de la joven.

Fox cogió el libro y estudió otra vez la foto. Era el hombre al que el profesor Martin no conocía, el de pelo largo, barba y gafas de sol.

—¿Está seguro?

—Bastante.

Una ayudante de producción se plantó frente a ellos, con una carpeta

apoyada sobre el pecho y golpeteando un reloj de pulsera imaginario.

—Tengo que irme, en serio —le dijo Elliot a Fox.

—¿Puede contarme algo más sobre Ojo de Halcón?

—Me temo que no.

—¿Su nombre de pila? ¿Su acento?

Fox intentó no parecer desesperado.

—Escocés —fue cuanto dijo Elliot mientras se ponía en pie.

Y ahí estaba esa sonrisa, la que anunciaba al mundo que John Elliot había evolucionado, que él vivía para el presente y no del pasado.

—¿Podemos hablar otro día? —propuso Fox.

—No tengo nada más que decir.

—Puede que yo tenga más preguntas.

Elliot extendió los brazos para recalcar que le había contado a Fox todo cuanto sabía.

—Es usted el primer terrorista al que conozco —le dijo Fox.

—Espero haber estado a la altura de las expectativas.

La voz de Elliot se había endurecido.

—Ahora mismo estamos buscando terroristas. Me pregunto si presentarán programas de televisión dentro de unos años.

—Si me disculpa...

Elliot se dio la vuelta y empezó a seguir a su ayudante. Fox iba solo un par de pasos por detrás.

—¿Ganó su bando? —preguntó.

Elliot se detuvo y pareció ponderar la pregunta. La ayudante se disponía a decir algo, pero la hizo callar con un gesto.

—Estamos más cerca que nunca de una Escocia independiente —le respondió a Fox—. Tal vez ese proceso comenzó cuando el gobierno de Londres tuvo que reconocer nuestra existencia.

—Tengo la sensación de que todavía corre por sus venas sangre política,

señor Elliot.

—No me está permitido adoptar ninguna postura.

—¿Es malo para su imagen pública?

La ayudante estaba tirando a Elliot del brazo. Inclinando ligeramente la cabeza, dejó que se lo llevara hacia la furgoneta.

En ese momento sonó el teléfono de Fox. Cuando respondió estaba mirando la fotografía.

—Paul Carter ha muerto —anunció Tony Kaye.

—¿Qué?

—Ocurrió anoche. Lo han sacado del puerto a primera hora de la mañana.

—¿Ahogado?

—Le están practicando la autopsia.

—Dios mío, Tony...

—Pues sí.

—¿Se sabe algo más?

—No demasiado.

Fox rememoró su último encuentro con Carter. Recordó también que Joe Naysmith lo había visto más tarde.

—El Wheatsheaf —soltó Fox.

—Supongo que tendría que comunicarle a alguien que estuvimos allí.

—Cuando lo vi en la casa, parecía bastante hundido.

—¿Con inclinaciones suicidas? No me parecía de esa clase de personas.

—A mí tampoco.

—Malcolm, aunque solo fuera por una vez, me gustaría que se tratase de un caso sencillo.

—¿Sigues en Kirkcaldy?

—La comisaría está un poco triste.

—¿Lo saben en el centro de investigaciones?

—Sí.

—¿Y qué hay de Scholes?

—No he visto a casi nadie.

—Será mejor que hables con el inspector Cash. Cuéntale lo de anoche.

—De acuerdo.

—¿Realizarán la autopsia en el hospital?

—Que yo sepa, sí.

—Pues nos vemos allí.

—Puede que a Cash no le guste.

—Con el estado de ánimo que tengo, ya me conformo.

—Mientras disponga de un asiento a pie del cuadrilátero —dijo Kaye.

—Tráete un par de guantes blancos y te nombraré árbitro.

Fox colgó y se dirigió al coche.

—Siempre en el sótano —dijo Joe Naysmith mientras recorrían el pasillo sin ventanas.

Los tres estaban frotándose las manos con espuma antibacteriana.

—Laboratorios de análisis clínicos, salas de autopsia...

—¿Quieres que las hagan en el aparcamiento para que todo el mundo vea los cadáveres? —repuso Tony Kaye.

—En su día —dijo Fox—, a la ciudadanía le gustaban los exámenes *post mortem*.

—Eso es porque la ciudadanía, como todos sabemos, está enferma y es retorcida.

Kaye abrió otra puerta y casi deseó no haberlo hecho.

—Bien, bien —dijo el inspector Cash arrastrando las palabras—. Ya estamos todos. ¿Venís a ver nuestros trabajos manuales? —Se volvió hacia el sargento Brendan Young—. No hay nada que les guste tanto a los «Suelas de goma» como acosar a un hombre hasta el día de su muerte.

—Mientras lo único que hacían ustedes era acusarlo de asesinato —replicó Fox—. ¿Cuánto duró el interrogatorio? ¿Nueve, diez horas?

Cash señaló a Fox.

—Me parece recordar que lo envié a usted al bosque.

—Y estaba bastante feliz allí, pero tengo que darle una noticia.

Cash se metió las manos en los bolsillos y se puso de puntillas.

—Esto va a ser divertido —le dijo a Young.

—Primero debemos saber qué dice la autopsia.

—Pues pónganse a la cola —farfulló Young, mientras consultaba la hora.

En ese momento se abrió la puerta que decía «Sala de análisis». El patólogo llevaba ropa de hospital y botas; parecía impaciente.

—¿Cuántos de ustedes quieren mirar? Solamente tenemos ropa para tres.

Naysmith pareció aliviado al oírlo. Kaye observó compungido a Fox, consciente de que el peso del rango iba a caer sobre sus hombros. Cinco minutos después, Fox, Cash y Young estaban dentro, oyendo el zumbido del extractor y al patólogo reprendiendo a su ayudante.

—Nos falta un hombre, pero no podemos hacer nada —le dijo a Cash.

Fox sabía que la ley escocesa exigía corroboración, lo cual significaba que debían estar presentes dos patólogos.

—Siempre podemos meterlo en la nevera hasta mañana...

Pero Cash meneó la cabeza.

—Manos a la obra.

Tendieron a Paul Carter sobre la mesa metálica. Todavía supuraba agua, que se desviaba a los canales de drenaje y de ahí a una cubeta. Fox se fijó en que tenía la cara hinchada. En la sala, pequeña y ya de por sí claustrofóbica, se percibía un olor salobre. Tal vez hubiese juzgado mal: Fox no había estado presente en muchas autopsias y esperaba no caer desplomado. Brendan Young tampoco parecía muy cómodo. El patólogo hablaba a través de un micrófono mientras daba comienzo el examen. Presionó el pecho y de la boca del cadáver emanó un chorro borbotante. Fox tenía la boca seca y se notaba el latido del corazón en los oídos. El cuerpo probablemente había permanecido entre ocho y diez horas bajo el agua, lo cual situaba la hora de la muerte entre las once y la una de la madrugada. Le tomaron la temperatura y le examinaron las cuencas oculares. Una vez abierta la caja torácica tras practicar una incisión en forma de Y, el patólogo pudo estudiar el contenido de los pulmones.

—Para mí no cabe duda de que se ahogó —expuso—. Si se cayó o saltó, eso ya no lo sé —añadió, encogiéndose de hombros.

A medida que avanzaba la autopsia y se extirpaban y pesaban los órganos, Brendan Young retrocedió hasta que estuvo apoyado en la pared con los ojos prácticamente cerrados. Fox guardó la compostura, pero estaba más concentrado en sus oídos que en sus ojos.

—Tiene la nariz rota —dijo el patólogo, casi para sus adentros, mientras observaba de cerca el rostro.

—Puede que el cuerpo impactara contra el malecón —aventuró Cash.

—Ayer apenas había viento... Dudo que bastase para que el oleaje causara una lesión de ese tipo.

El patólogo se dispuso a examinar las manos y los brazos de Carter.

—El tejido de los nudillos presenta rasguños, y las yemas de los dedos también.

—¿Se metió en una pelea? —especuló Fox.

—O se cayó al suelo. Se apoyó en las manos por instinto y se las rasguñó.

A la postre abrieron el estómago.

—¿Huelen eso? —preguntó el patólogo, volviéndose hacia su público.

—Alcohol —dijo Cash.

—Diría que es cerveza y licor de algún tipo. —El hombre se inclinó sobre el cuerpo y olisqueó—. Whisky.

—Así que estaba borracho y dio un paseo por el puerto.

—Es una posibilidad. La otra podría ser un forcejeo.

—Pero ¿estaba vivo cuando cayó al agua? —preguntó Fox.

—Casi seguro —afirmó el patólogo.

Un cuarto de hora después, se habían quitado las prendas protectoras, se habían lavado las manos y la cara y estaban de vuelta en el pasillo mientras el patólogo y su ayudante terminaban.

—Escúpalo —le dijo Cash a Fox.

No eran las palabras más adecuadas, ya que el sargento Young acababa de pasar varios minutos inclinado sobre el lavamanos, intentando arrancarse

cierto sabor residual de la garganta. Estaba pálido y todavía transpiraba. Aceptó el chicle que le ofrecía Naysmith.

—Anoche, Carter mantuvo una reunión en un bar —explicó Fox—. Pero antes de que le diga con quién, quiero que me prometa que ni a mi equipo ni a mí nos apartarán del caso.

—No puedo prometerle nada —se sinceró Cash.

Fox meditó su respuesta unos momentos, e incluso se volvió para establecer contacto visual con Kaye.

—Primero necesito saber de qué información disponen —prosiguió Cash, suavizando un poco el tono.

—La reunión fue con Scholes, Haldane y Michaelson —informó Fox.

Cash volvió a meterse las manos en los bolsillos, un hábito que empezaba a importunar a Fox. Era como si el inspector hubiese aprendido buena parte de sus movimientos en las películas de gánsteres.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Enviamos a Naysmith a espiar.

—¿Y cómo supieron que iba a producirse el encuentro?

—¿Acaso importa? La cuestión es que anoche salieron los cuatro. Tendrá que hablar con ellos y quiero oír lo que dicen.

Cash miró a Naysmith.

—¿A qué hora fue?

—Se sentaron con las copas poco antes de las ocho —respondió Naysmith.

—¿Y cuándo se marcharon?

Naysmith lanzó una mirada de socorro a Tony Kaye.

—Lo descubrieron —informó Kaye a Cash—. A las ocho y diez estábamos fuera.

Cash guardó silencio unos instantes, complacido por la ineficiencia de Asuntos Internos.

—De modo que su operación de vigilancia duró no más de un cuarto de

hora...

Entonces se volvió hacia Fox y le sonrió de oreja a oreja.

—De acuerdo, ya se ha divertido bastante —replicó Fox con frialdad—. La cuestión es que sabrán en qué estado se encontraba Paul Carter y a qué hora se disolvió la reunión.

—Eso es cierto —reconoció Cash con un cabeceo.

—Así que tenemos que hablar con ellos.

Cash lo miró.

—Yo no he prometido nada, ¿recuerda?

Fox ya había tenido suficiente y se enfrentó cara a cara con Cash.

—Se le olvida una cosa: mi informe irá directo a su comisario y empieza a resultar una lectura bastante interesante. La única razón por la que estamos aquí es que su jefe pueda demostrar a todo el mundo lo impecable y limpio que está todo. Lo último que quiere es que los medios de comunicación se enteren de los obstáculos que nos hemos encontrado por el camino. Tendremos que dar nombres, inspector Cash. —Fox hizo una pausa—. No conozco su nombre de pila. Para asegurarnos, deletréemelo.

Cash hizo esperar a Fox, lo cual le pareció bien. Sabía que acabaría cediendo. Al final levantó las manos en un gesto de rendición.

—Cooperar siempre ha sido mi lema —dijo con una sonrisa forzada—. Al fin y al cabo, estamos en el mismo barco, ¿no?

Fox mantuvo el contacto visual. Apenas los separaban unos centímetros.

—Tomo nota —le dijo al hombre del DIC.

En la comisaría les aguardaban más noticias, unos datos que lo cambiaban todo. Cash lo meditó y decidió que quería a los tres compañeros de Paul Carter en la misma habitación al mismo tiempo. La sala de interrogatorios se

hallaba atestada, así que despejó la oficina del DIC. El sargento Young había sido enviado a buscar a Scholes, Haldane y Michaelson.

—Tenemos equipo de grabación —le indicó Fox a Cash.

El inspector asintió y Joe Naysmith empezó a montar los aparatos de vídeo y audio. Los otros tres —Cash, Fox y Kaye— movieron las mesas para que quedase un espacio decente. Hacían falta ocho sillas: cinco frente a tres. Sonaban los teléfonos, pero nadie respondía. Cash se enjugó el sudor de la frente con un voluminoso pañuelo blanco.

—Ustedes tres —le explicó a Fox— han venido aquí a escuchar.

—Hasta que nos digan lo contrario —respondió Fox.

La puerta se abrió y entraron tres figuras. Haldane y Michaelson parecían atónitos; Scholes, desconfiado. El sargento Young señaló las tres sillas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Scholes.

—Tengo unas preguntas que hacerles —respondió Cash.

Scholes observó a los tres agentes de Asuntos Internos y luego asintió.

—La próxima vez que intente un truco como ese —dijo con la mirada clavada en Fox pero señalando a Naysmith—, utilice a alguien con edad suficiente como para que el propietario no le pida el carné.

Joe Naysmith se ruborizó mientras comprobaba el funcionamiento del equipo. Scholes se había girado hacia sus compañeros.

—Es porque salimos con él anoche —observó.

Entonces se sentó. Se hizo el silencio en la sala hasta que Naysmith dijo: «Listo». Cash respiró hondo y se cruzó de brazos.

—Todo esto es bastante desagradable. Lamento que hayan perdido a un amigo...

Scholes contestó con un gruñido.

—Como usted decía, salieron con él anoche...

—Tomamos unas jarras en el Wheatsheaf —dijo Michaelson.

—¿A qué hora?

—Nos fuimos a las nueve, o puede que ya fueran las nueve y media.

Cash centró la atención en Scholes, al margen de si era él quien respondía o no.

—¿De qué estuvieron hablando los cuatro?

—De esto y de aquello.

—¿De la muerte de su tío?

—Un rato.

—¿Se marcharon todos juntos del Wheatsheaf?

No hubo una respuesta inmediata. Haldane miró a Scholes.

—¿Sí, agente Haldane? —dijo Cash.

—Habíamos discutido un poco —reconoció Scholes, adelantándose a su colega—. Resulta un poco inquietante saber que te están siguiendo. — Taladró a Naysmith con la mirada—. Paul no dejaba de hablar de ello.

—Y después de tomar unas copas, estaba un poco cabreado.

—No fue eso —espetó Haldane—. Me daba dolor de cabeza oírlo hablar todo el tiempo.

—¿No dejaba de hablar?

—De Asuntos Internos, del caso que pendía sobre él, de su tío y del posible culpable.

—El pobre cabrón estaba de los nervios —señaló Scholes.

—¿De modo que discutieron en el pub? —preguntó Cash.

Scholes asintió.

—Lo dejamos solo.

—¿Él se quedó allí?

—Teníamos trabajo al día siguiente.

Cash asintió.

—He llamado al encargado. Dice que serían cerca de las once cuando el agente Carter salió tambaleándose y calcula que había tomado unas seis

pintas y tres chupitos. —Hizo una pausa, descruzó los brazos y juntó las manos—. ¿Cómo creen que acabó en el agua?

—¿Y qué importancia tiene eso? —le replicó Scholes a Cash—. Os facilita el trabajo ahora que no está aquí para defenderse. Endilgadle el asesinato de su tío y caso cerrado. No hará falta juicio... Todo bien ordenadito.

—Ya, pero es que no fue así exactamente.

Cash esperó a que sus palabras calaran.

—¿A qué se refiere?

—Hemos recibido una llamada hace un rato. Resulta que un ciudadano estaba paseando al perro anoche y vio a un hombre en la playa. Lo perseguía otro hombre. El primero no gritaba ni nada por el estilo, solo corría tanto como podía.

Cash se calló, aguardando una reacción.

—¿Qué le hace pensar que era Paul? —preguntó Scholes finalmente.

Cash se encogió de hombros.

—Que el testigo lo vio correr hacia el mar. Era su única escapatoria. Los tomó por un par de borrachos que estaban divirtiéndose. —Cash se miró el regazo—. Acabamos de volver de la autopsia. El agente Carter tenía la nariz rota y rasguños en las manos...

—Un momento —dijo Haldane con voz temblorosa.

Se agarró a los reposabrazos de la silla e intentó levantarse.

—Siéntese —ordenó Cash.

Scholes le puso una mano a Haldane en el hombro y este volvió a tomar asiento.

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros? —preguntó Scholes.

—Dígame usted.

—Pues lo haré. La respuesta es que nada. Dejamos a Paul en el pub, nos montamos en los coches y nos fuimos a casa.

—¿No cruzaron los límites?

—Por supuesto que no. Somos la ley, ¿no es cierto?

—Y se fueron cada uno por su lado, lo cual significa que ninguno de ustedes puede responder por los demás, a menos que tengan poderes paranormales.

Michaelson resopló y meneó la cabeza.

—Esto es increíble, joder —dijo, señalando a Fox—. Esa gente no parará hasta que nos vea hundidos en la miseria.

—¿Puede corroborar su esposa que llegó usted a casa antes de las diez? —preguntó Cash.

—Desde luego.

—¿Y usted, sargento Haldane?

—Yo fui a casa de mi madre. Salí de allí justo después de las once.

—Qué trasnochadora.

—Cabeceaba un poco. Siempre le pasa viendo las noticias...

Cash asintió.

—Lo cual nos lleva a usted, inspector Scholes.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo.

Scholes aparentaba tranquilidad, pero trataba de controlar sus emociones. Cuando habló, fue como si su voz tratara de liberarse de una camisa de fuerza.

—Paul era amigo nuestro. ¿Y ahora insinúan que uno de nosotros le dio una paliza? ¿Que nos tenía tanto miedo que se arrojó al mar?

Scholes se echó a reír, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Estoy esperando —dijo Cash, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Scholes dejó de reír.

—Por mí como si me encierra —afirmó—. Lo único que hice fue ir a Milnathort a ver a mi novia. Había salido, así que volví a la ciudad. No vi ni hablé con nadie. —Miró a Cash—. De modo que debí de ser yo, ¿no es cierto?

—Solo si no se le ocurre nadie más. Seguro que el agente Carter no era el personaje más popular de Kirkcaldy.

Scholes pareció meditar sus palabras.

—Tiene razón —admitió—. Y aquí estoy yo encerrado en una sala con las personas que probablemente más lo odiaban. —Juntó las manos, imitando a Cash, y se inclinó hacia él—. ¿Van a acusarme o qué?

—No les des esa satisfacción, Ray —dijo Michaelson.

—La entrevista ha terminado.

Cash se levantó, consultó la hora y la anunció en voz alta para que quedara registrada. Scholes permaneció sentado, mirando a Malcolm Fox.

—Siento lo de Paul —le dijo este.

—Eso le hace mucho bien a todo el mundo —replicó Scholes.

—¿Qué le parece una rueda de reconocimiento? —le preguntó Tony Kaye a Cash cuando Scholes, Michaelson y Haldane se hubieron ido—. Puede que el testigo lo viera bien.

—Ese no es el mensaje que recibimos —contestó el sargento Young—. Había solo dos figuras. Distinguió que eran hombres por su envergadura y su forma de moverse.

—Por tanto, solo estamos conjeturando que Paul Carter era el perseguido —añadió Fox.

Cash lo miró.

—Pero cómo le gusta complicar las cosas, Fox.

—Yo lo llamo «mantener la mente abierta».

Cash se volvió de nuevo hacia Brendan Young.

—Citemos al testigo, de todos modos. Necesitamos una declaración como es debido.

—Si Carter se lanzó al agua y se ahogó —especuló Joe Naysmith—, ¿cuál es la acusación?

—Puede que no la haya —reconoció Cash—. En cambio, si se metió en una pelea y se dio cuenta de que no podía ganar y salió por piernas...

—Y el agresor —continuó Young— se lanzó a perseguirlo hasta infundir en él el temor de Dios...

—Entonces ese atacante sería culpable de algo —determinó Kaye.

—Eso tendremos que decidirlo nosotros —advirtió Cash—. Es decir, el DIC, no Asuntos Internos. —El inspector volvió a fijar la atención en Fox—. Así que usted y su panda de capullos ya pueden volverse a Forth.

—No podemos —respondió Fox— hasta que su jefe nos diga qué debemos hacer.

—¡Se supone que ni siquiera deberían estar aquí! —exclamó Cash, hundiendo un dedo en el rígido pecho de Fox.

—Le hemos servido a esos tres en bandeja.

—¿Y tengo que besarles los pies por eso?

—Con un simple «gracias» bastaría.

—Seis —intervino entonces Young—. Nos han servido a seis en bandeja.

—Eso es —asintió Cash—. Olvidaba que ustedes tres estuvieron allí anoche.

—Solo Naysmith y yo —precisó Kaye.

—¿Es eso cierto? —preguntó Cash a Fox.

—Yo estaba en casa, en Edimburgo.

—¿Había alguien con usted?

—No.

Cash miró a Kaye y Naysmith.

—Entonces empezaremos por ustedes dos. —Se acercó a la cámara de vídeo—. ¿Cómo funciona esto, hijo?

Naysmith miró a Fox esperando instrucciones.

—Ya ha expuesto sus argumentos, Cash —dijo Fox.

—Por supuesto que sí: en esto hay que ceñirse a las normas. No me diga que Asuntos Internos no estaría de acuerdo. Hay un policía local sobre la mesa de autopsias y aquí estoy yo con dos testigos que lo vieron la noche en que murió. —Cash señaló al sargento Young—. ¿Sabe manejar esto, Brendan?

—No puede ser tan difícil —respondió Young.

Cash se volvió de nuevo hacia Fox.

—¿Aún sigue ahí? A ver si voy a tener que presentar una queja, inspector.

Fox parecía dispuesto a mantenerse firme, pero Kaye señaló la puerta con

la cabeza.

—Esperaré fuera —dijo Fox a nadie en particular.

—Es donde mejor estará —murmuró Brendan Young.

Fox se sentó un rato en el coche, tamborileando con los dedos sobre el volante y mirando por la ventanilla sin ver nada. Probó con la radio, pero no encontraba ninguna emisora que le gustara. No había mensajes en su teléfono. Al final salió y echó a andar por el aparcamiento. Pensó en Paul Carter, que yacía bajo la fría luz del depósito de cadáveres. En sus últimos momentos debió de apoderarse de él un profundo terror. Entonces se imaginó a Alan Carter, sentado a su mesa en Gallowhill Cottage, bastante relajado, sin miedo alguno a quien se hallara en aquel momento detrás de él.

«Sin miedo» o ajeno a ello.

Francis Vernal se había salido de la carretera o lo habían arrollado. ¿Tal vez le dispararon mientras conducía? Se habría necesitado un buen tirador, pero estos se podían encontrar.

El último recuerdo que tenía Fox de Paul Carter aún con vida era corriendo desde la casa hasta su coche. «Estoy harto de todo esto... Quiero recuperar mi vida».

—Yo también, colega —musitó Fox, y cogió el teléfono para leer el mensaje que acababa de llegar.

Arranca. ¡Nos largamos de aquí!

Acababa de llegar a la puerta trasera de la comisaría cuando se abrió. Kaye iba delante y Joe Naysmith lo seguía.

—¿Y bien? —preguntó Fox.

—Nos ha fastidiado todo lo que ha podido —informó Kaye—. No sé si se ha creído del todo la historia de Joe, pero yo tampoco.

—Fui a North Queensferry —le explicó Naysmith a Fox.

—A ver a su amante —añadió Kaye.

—¿Cash te ha preguntado su nombre? —Fox vio que Naysmith negaba con la cabeza—. Mejor. No podemos darle más munición. En cualquier momento, los jefes llegarán a la conclusión de que somos más problemáticos que valiosos.

—Hogar, dulce hogar —respondió Kaye, frotándose las manos—. No veo el momento.

—Nos encomendaron una misión —le recordó Fox.

Kaye puso los ojos en blanco.

—De la que no tardaste en huir para desempolvar los libros de historia.

—Me apartaron del caso, ¿recuerdas?

—Lo cierto, Malcolm, es que se te ve tan feliz allí que habría jurado que te caíste en medio de un grupo de animadoras.

Naysmith sonrió al imaginárselo. Tras unos momentos, Fox hizo lo propio. A la postre, Kaye se les unió.

—¿Quieres que te lo enseñe? —propuso Fox.

—¿Enseñarme el qué?

—Joe ha estado allí. Es justo que tú también lo veas.

Naysmith asintió.

—¿Cuántos coches? —preguntó a Fox.

—Con uno bastará, y creo que el que está más cerca es el mío.

Desde luego que lo estaba: había aparcado otra vez en la plaza de la comisaria Pitkethly.

La puerta seguía abierta; al parecer no había ido nadie desde la última visita de Fox.

—¿Quién se la quedará? —preguntó Kaye, tan pragmático como siempre.

Estaba examinando la casa como si fuese un posible comprador.

—Por lo visto, su único pariente era Paul Carter —respondió Fox antes de

abrir la puerta.

—Yo me quedaría el Land Rover en lugar de la casa —apostilló Joe Naysmith.

—¿Te imaginas que te enseñaran esto? —Kaye entró en el salón detrás de Fox—. El agente inmobiliario intentando evitar lo obvio...

—¿Deberíamos estar aquí? —preguntó Naysmith—. Sigue siendo el escenario de un crimen, ¿no?

—Ya lo han limpiado —dijo Fox para tranquilizarlo.

Estaba estudiando a Tony Kaye. Pese a sus defectos, Kaye poseía un verdadero instinto policial. Más que una revelación, lo único que esperaba Fox era que Kaye constatará algunas de sus teorías.

—Alan Carter estaba sentado aquí —explicó, tocando el respaldo de la silla de madera maciza—. Delante tenía su documentación, todo lo que había descubierto acerca de la muerte de Francis Vernal.

—¿«Todo»? ¿Estás seguro de eso, Malcolm?

—De todo cuanto sabemos.

—¿Dejó entrar a su asesino?

—Según el mejor amigo de Carter, solía tener la puerta cerrada.

—¿Ningún indicio de que hubieran forzado la puerta?

Fox negó con la cabeza.

—Entonces alguien lo sabía, lo cual nos lleva de nuevo al sobrino.

—Habían revuelto los papeles y algunos estaban por el suelo.

—Pudo hacerlo el difunto —dijo Kaye—. A lo mejor estaba molesto por algo... Un arrebató de ira.

Naysmith permanecía sentado en el reposabrazos de la butaca de Carter, situada junto a la chimenea.

—¿Y por qué dejó al perro?

—Buena pregunta —repuso Kaye—. ¿Un asesino amante de los animales?

—No había recelos contra el perro —dijo Fox.

—En su opinión —añadió Naysmith—, Alan Carter debía morir.

Kaye soltó un gruñido de presunta aprobación.

—¿Y qué había descubierto? —preguntó a Fox.

—¿Sobre el caso Vernal? —Fox meditó su respuesta—. Poca cosa, que yo sepa.

—Puede que entonces sea un callejón sin salida y volvemos al sobrino otra vez.

Kaye recorrió la habitación, abriendo cajones, examinando ornamentos e incluso agachándose delante de la chimenea y observando la ceniza y los rescoldos ya extintos. Entonces se irguió, olisqueó y se dirigió a la cocina. Hecho esto, los tres subieron las escaleras que conducían al piso superior.

—La casa pertenecía a Gavin Willis —explicó Fox—. Willis había sido el mentor de Alan Carter, un inspector avezado para un agente novato. Cuando Willis murió, Carter compró la casa y puso en práctica su extraordinaria torpeza para las manualidades.

—Sí, tendría que haberse ceñido a su trabajo habitual —coincidió Kaye.

—Cuando Paul Carter era joven, su padre lo traía aquí de vez en cuando. El tío Alan decía que no necesitaba ayuda.

—Pues mentía —afirmó Kaye.

—Un poco de enyesado... Papel nuevo...

Kaye miró a Fox.

—¿Crees que buscaba algo?

—Desapareció dinero cuando Vernal murió. Varios miles de libras.

—¿En efectivo? Eso abultaría mucho bajo el papel de la pared.

—Puede que no fuera dinero, entonces —especuló Fox.

Ahora Kaye lo comprendía todo: Fox estaba utilizándolo como caja de resonancia y se lo hizo saber guiñándole un ojo.

—¿Y el coche? —preguntó Joe Naysmith—. Como escondite es mucho mejor.

—Sí —respondió Fox.

—Pero seguía en el garaje, ¿verdad? —dijo Kaye—. Entonces ¿por qué dejar la casa hecha trizas?

—Puede que Alan Carter no supiera de la existencia del coche —repuso Naysmith—. Al menos, en ese momento.

—Puede —concedió Fox.

—¿Quieres volver aquí con herramientas y empezar a desmontarlo todo? —preguntó Kaye, pero Fox hizo un ademán negativo—. ¿Piensas que, si había algo aquí, Alan Carter lo encontró?

Fox se encogió de hombros.

Kaye dio otro pequeño paseo, abriendo cajones y armarios.

—Aquí todos somos polis —señaló—. ¿Dónde esconderíamos algo?

—¿Donde todo el mundo lo viera? —propuso Naysmith.

—Eso podría funcionar siempre que fueran Cash y su secuaz quienes lo buscaran. ¿Tú qué opinas, Foxy?

—Debajo del colchón... Tal vez un tablón suelto...

Kaye lo miró.

—Al menos, Joe tiene un poco de imaginación.

—Hay hectáreas de tierras de cultivo y cientos de árboles ahí fuera. Podría estar en cualquier parte.

Kaye pensó en ello.

—Paul Carter sigue pareciéndome el candidato más obvio. —Hizo una pausa—. ¿Podemos irnos a casa ya?

Fox cruzó una mirada con su compañero.

—Primero me gustaría echarle un vistazo al garaje —dijo.

—¿Y luego podremos marcharnos?

—Puede —replicó Fox.

La llave del candado del garaje se encontraba de nuevo en el gancho de la cocina. Al parecer, ningún miembro del DIC había mostrado el menor interés

por aquella tartana oxidada. Naysmith y Fox retiraron la lona mientras Kaye observaba las herramientas y latas de pintura puestas sobre unas estanterías llenas de telarañas.

—Se lo llevaron del lugar del accidente antes de que nadie pudiera examinarlo —dijo Fox.

—Willis fue al desguace en persona —agregó Naysmith— y pidió que lo trajeran aquí.

—¿Y? —preguntó Kaye, limpiándose el polvo de las manos.

—Lo único que sabemos acerca de Willis es que era de la vieja escuela, íntimo de Alan Carter y que tal vez guardase armas de fuego en lugar de deshacerse de ellas.

—Nada de eso lo relaciona con Francis Vernal.

—Si no fuera porque Vernal mantenía vínculos con grupos radicales y esos grupos radicales tenían armas.

—¿Qué sabemos sobre la pistola que mató al abogado?

—Casi nada —reconoció Fox.

Kaye se cruzó de brazos.

—De acuerdo —dijo—, suéltame la maldita conspiración más endiablada que se te ocurra.

Fox vaciló solo unos instantes.

—Espías —aventuró—. Estaban siguiendo a Vernal. Irrumpieron en su oficina y en su casa. Sus amigos del Dark Harvest Commando tenían asustados a los poderes fácticos.

—¿Lo asesinaron? ¿Por qué?

—¿Porque era una amenaza? —aventuró Naysmith.

—¿Lo era? —preguntó Kaye a Fox.

Fox meditó la pregunta.

—Como mucho, gestionaba el dinero. Al parecer, nadie cree que liderara ningún grupo.

—Entonces ¿quién lo hacía?

—Donald MacIver.

—¿Has hablado con él?

—Está en Carstairs. ¿Crees que debería ir a verlo?

—Quien tiene que decidir eres tú, no yo. —Kaye dio unos pasos alrededor del Volvo—. ¿Lo has registrado?

—Lo hice yo —intervino Naysmith—. Entré y rebusqué.

—¿Encontraste algo?

—No.

—El libro de reparaciones —corrigió Fox.

—¿Habéis mirado en el maletero?

Fox respondió que no y Kaye cogió un cincel del banco de trabajo y empezó a hacer palanca. Naysmith le ayudó con un destornillador. Al final, la cerradura cedió. Había paja en su interior: era todo lo que quedaba de un nido. La rueda de recambio estaba pinchada y la goma se había deteriorado. Kaye la levantó y miró debajo. Cuando intentó mover el revestimiento de fieltro, se descompuso. Solo había un gato. Fox se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración, ya que en cierto modo esperaba que el dinero estuviera allí. Kaye emitió un ruido indefinido y se dirigió al otro extremo del vehículo para examinar el bastidor abollado.

—Creía que estas cosas eran resistentes. Debió de llevarse un buen golpe...

—Vernal había ido a ver a su amante —dijo Fox.

—¿Tenía prisa por marcharse?

—Puede que alguien lo siguiera.

—Espías otra vez, ¿eh? ¿Crees que nos permitirían ver sus archivos?

—Lo dudo.

Kaye dejó la lona en el suelo y se tumbó encima para hurgar en los bajos del coche.

—No parece que hayan manipulado nada. Pero, después de tanto tiempo,

es difícil saberlo... —Se sacudió el polvo al salir—. ¿La novia tiene algo que añadir?

—Se esfumó poco después.

—¿Y tu interpretación es que alguien le metió miedo?

—No necesariamente.

Kaye se frotó la mandíbula.

—Si te soy sincero, Malcolm, creo que no tienes nada.

—Pero ¿debido a que no hay nada por descubrir?

Kaye entrecerró los ojos y reflexionó.

—Yo no diría tanto.

—¿Tú seguirías adelante?

—¿Yo, a título personal? —Kaye meneó la cabeza despacio—. Yo lo que quiero es una vida sin complicaciones. Tú, en cambio...

No sintió la necesidad de acabar la frase.

Fox miró el coche y cogió una esquina de la lona. Joe Naysmith lo ayudó a cubrirlo de nuevo.

Fox los dejó en el aparcamiento situado detrás de la comisaría.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Kaye miró a Naysmith.

—Yo creo que ya estamos preparados para redactar un informe definitivo.

—Puede que tenga un par de preguntas complementarias —repuso Naysmith.

—¿Y serían para la fragante agente Forrester?

Naysmith hizo todo lo posible por no sonrojarse. Kaye se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—¿Y tú? —preguntó a Fox.

—Cash no me quiere ver merodeando por aquí.

—Es la excusa perfecta para volver a tus excavaciones arqueológicas.

—Algo así.

Kaye asintió y le pasó a Naysmith un brazo por encima de los hombros. Estaba ofreciéndole consejos amorosos mientras ambos se dirigían a la entrada trasera de la comisaría. Fox permaneció en su coche con el motor en marcha, cavilando sobre el 244 marrón destrozado. Willis lo quería por algún motivo. Debió de pensar que constituía una prueba de algo, una pequeña póliza de seguros. Ahora bien, si se había llevado el dinero, ¿por qué conservar el coche? Y de todos modos, ¿cómo supo de la existencia del dinero? A menos que mantuviera lazos con el Dark Harvest Commando. Lazos estrechos.

¿En calidad de miembro?

¿De simpatizante?

Fox miró al suelo, frente al asiento del acompañante. El libro de revisiones del 244 se encontraba allí. Tendió la mano y lo cogió. ¿Qué había dicho Naysmith...?

«Donde todo el mundo lo viera...».

¿Y Tony Kaye?

«Eso podría funcionar...».

Muchas páginas estaban pegadas y Fox intentó separarlas, pero tendían a romperse. Pasó los dedos por encima, buscando cualquier cosa oculta en su interior. Al dorso estaba el bolsillo transparente que contenía cartillas de inspección técnicas y facturas de servicios. Tampoco se hallaban en muy buen estado. El propietario del vehículo era F. Vernal, con dirección en Gran ge. Habían reparado el coche en un taller de la zona sur de Edimburgo.

Neumáticos nuevos, cambios de aceite, líquido de frenos, revisión de los veinte mil kilómetros, limpiaparabrisas nuevos...

Fox miró una de las hojas, tratando de encontrarle sentido. El membrete

era el mismo —MJM Motors—, pero la caligrafía parecía distinta. Semejante a una factura, pero sin serlo.

«Viejo zorro», se dijo Fox para sus adentros.

Tenía que ser obra de Gavin Willis. Era una lista de armas de fuego proporcionadas a alguien llamado «Halcón», supuestamente una abreviación de Ojo de Halcón. El montante ascendía a casi mil doscientas libras. A Fox le pareció que se habían llevado a cabo tres o cuatro entregas diferentes, con un total de doce armas e innumerables balas. Dos revólveres, dos pistolas, una escopeta y siete rifles. Fox pasó un dedo sobre la palabra «Halcón».

Fuera miembro o simpatizante, era una prueba de que Gavin Willis había sido proveedor y estuvo en tratos con el hombre al que llamaban Ojo de Halcón, quien más tarde utilizaría las armas en sus robos.

Willis debió de contárselo a Alan Carter y este no quiso que la reputación de su mentor quedara mancillada. Nadie podía saberlo jamás, aunque Willis estuviese en la tumba.

—No podías correr ese riesgo, ¿eh? —dijo Fox en voz alta—. No podías exponerte a que alguien comprara la casa y descubriera algo.

¿Estuvo allí el revólver todo el tiempo? ¿Lo conservó Alan Carter? En tal caso, alguien se lo habría arrebatado y lo habría obligado a sentarse a la mesa. Fox meneó la cabeza lentamente. Para él era inconcebible. Alan Carter se habría enfrentado a cualquier agresor. Si le hubieran dicho que se sentara, se habría negado.

¿O no?

Fox repasó las demás facturas, pero no halló más pistas. Se preguntaba si Alan Carter lo sabía. No, porque lo habría destruido. Llegados a ese punto, ¿no se habría deshecho también de cualquier arma que hubiese encontrado? Sí, habría registrado toda la casa y eliminado cualquier cosa que considerara incriminatoria. Debía mantener a salvo la reputación de Willis. Las palabras de Tony Kaye resonaron en su cabeza: «Creo que no tienes nada».

—Eso no es del todo cierto, amigo —dijo Fox con determinación.

DIEZ

No sucedió nada en varios días.

Asuntos Internos había regresado a su oficina de Edimburgo, y Kaye y Naysmith estaban redactando su informe para la policía de Fife. Había llegado el mensaje: tras la muerte de Paul Carter no se tomarían más medidas.

—Envíen a los jefes de Fife lo que tengan —especificó Bob McEwan.

Se entregó el cuerpo de Alan Carter, pero no el de su sobrino. Carter deseaba que lo incinerasen y esparcieran sus cenizas en los rosales situados frente al edificio del crematorio. Fox asistió a la ceremonia. Teddy Fraser se encargó de los homenajes y, por supuesto, cuando el pastor olvidó mencionar la destreza futbolística de Alan, Teddy lo corrigió citando la temporada de los veintinueve goles. Jimmy Nicholl también estaba allí, y Teddy llevó al obediente perro con él al estrado, rechazando la ayuda que le ofrecieron.

La capilla se hallaba abarrotada. Fox se preguntaba si asistiría la mitad de gente al funeral de Paul Carter. Por alguna razón, lo dudaba. Tal vez los agentes de Fife pensasen que debían mostrar cierta disposición, pero muchos ciudadanos no acudirían. Conocían los rumores: si se había entregado el cuerpo de Alan Carter era solo porque su asesino también había muerto.

Mientras esperaban la llegada del ataúd, los policías retirados se estrecharon las manos, se dieron palmadas en la espalda y en los hombros y compartieron recuerdos. Robinson también asistió, enfundado en su uniforme de sargento con relucientes botones plateados. Parecía que media ciudad conocía a Alan Carter. Hubo recelos y murmullos por la presencia de la familia Shafiq, con la que la empresa de Carter había tenido un encontronazo.

Asistieron el padre y dos hijos, estos últimos peinados hacia atrás, con trajes impecables y las Ray-Ban de rigor puestas en todo momento.

Fox le pidió a Teddy Fraser detalles sobre aquella historia.

—Fue una tormenta en un vaso de whisky —explicó—. Si no fuera porque el padre es abstemio.

Scholes, Haldane y Michaelson también hicieron acto de presencia, pero se mantuvieron alejados de Fox y de los Shafiq. Después, Evelyn Mills fue a tomar una copa con Fox.

—El caso sigue adelante —le contó Mills—. El hecho de que el principal sospechoso también esté muerto no significa que debemos barrerlo bajo la alfombra. —Hizo una pausa—. No obstante...

—Nadie se va a esforzar lo más mínimo —apostilló Fox.

Lo sospechaba por el aspecto del inspector Cash y el sargento Young, ambos sentados en el banco con semblante relajado y la sensación de haber cumplido con su deber.

—Evelyn, el problema es que, si Paul no lo hizo, el asesino sigue ahí fuera.

—Pues entonces, dame otro nombre, algo concreto.

Charles Mangold le pidió lo mismo una noche después.

—Imogen se nos va, inspector. Puede que no dure mucho.

—Lamento oír eso —dijo Fox.

—El tiempo apremia.

—Hago lo que puedo.

Pero no había hecho prácticamente nada. A lo sumo, había estado preparándose para prestar declaración en un juicio. Era un caso que se remontaba a hacía casi un año y medio y que al final había llegado a los tribunales. Al releer las notas se dio cuenta de que había un par de lagunas —pequeños agujeros en el procedimiento habitual— que un buen abogado detectaría y atacaría, como un boxeador que observase un rasguño sobre el

ojo de su contrincante. Fox había trabajado en su defensa y afinado dos o tres argumentos, pero el juicio se había pospuesto en el último minuto.

Ahora se encontraba sentado en la oficina de Fettes, ayudando de vez en cuando a Kaye y Naysmith en la confección del informe y escuchando comprensivamente a McEwan cuando refunfuñaba por las últimas reuniones y propuestas de recorte de gastos.

—¿Somos policías o contables? Si quisiera pasarme el día con una calculadora en la mano, habría prestado más atención a las clases de matemáticas del señor Gentry...

De pronto el teléfono sonó en la mesa de Fox: era recepción, anunciándole que tenía visita.

Se trataba del comisario Jackson.

Fox entrecerró los ojos.

—¿Está seguro de que me busca a mí?

Era Jackson, el turista de la División Especial de Londres.

—Es usted el único Fox que tenemos —respondió el agente de recepción—. ¿Quiere que le dé largas?

—Mándelo a la cafetería —indicó Fox, que colgó el teléfono y se puso de nuevo la americana.

Jackson estaba haciendo cola frente al mostrador y todavía no había nada en su bandeja. Cuando Fox se le unió, se encontraba delante de la caja.

—¿Qué le apetece? —preguntó Jackson.

—Té —dijo Fox.

—Dos té —le indicó Jackson a la camarera.

—¿Tetera y dos bolsitas? —le ofreció ella.

—Perfecto —respondió Jackson con una sonrisa.

Se dirigieron a una mesa que había junto a la ventana y se sentaron uno frente al otro.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó Fox.

—Estaba de paso. —Jackson detectó la mirada de Fox y sonrió de nuevo
—. No, no es cierto.

—¿Qué tal van las cosas con Lockerbie y Peebles?

—Bien.

—¿Ya han encontrado a los terroristas?

Jackson lo miró.

—Están ahí fuera, ¿sabe? Pensaba que lo comprendería.

—¿A qué se refiere?

—Al caso en el que está usted trabajando.

—¿Qué le ocurre? —dijo Fox, mirándolo él esta vez.

—Sentía curiosidad, así que investigué un poco. Coincidirá conmigo en que Internet es un auténtico nido de víboras, ¿no cree? Medias verdades, intuiciones y teorías estrambóticas...

—Muchas conspiraciones —asintió Fox.

—Sin embargo, por lo que he oído, a su investigador lo asesinó su sobrino. Le guardaba rencor desde hacía tiempo.

Jackson dio un sorbo al té, observando a Fox por encima del borde de la taza.

—Entonces, caso resuelto, ¿no? —contestó Fox.

—¿Por qué estaba tan interesado Alan Carter en Francis Vernal?

—Vayamos al grano: ¿por qué lo está usted?

Jackson se encogió de hombros, como si reconociera que la pregunta era lógica.

—He hablado con un inspector y me ha dicho que han encontrado el coche del abogado.

«Gracias, Cash...».

—Supuestamente debía ir al desguace —prosiguió Jackson—, pero alguien decidió quedárselo.

Fox emitió un gruñido indefinido.

—Willis. Así se llama, ¿no?

—Se llamaba —precisó Fox.

—Willis y el investigador eran amigos... compañeros...

—Todavía no entiendo en qué medida le concierne todo esto.

—Ni yo a usted —replicó Jackson—. ¿Para quién trabajaba Alan Carter?

—¿Qué le hace creer que trabajaba para alguien?

—El abogado falleció hace un cuarto de siglo. Imagino que algo o, lo más probable, alguien despertó su interés.

—¿Y qué si lo hizo?

Jackson bebió un poco de té y desvió la mirada hacia el mundo exterior.

—Esas ideas estrambóticas de las que hablaba... Muchos partidarios de las teorías de la conspiración piensan que los servicios de seguridad pudieron intervenir en la desaparición de Francis Vernal.

—¿Ha venido aquí a decirme que se equivocan?

—El juego ha cambiado en la actualidad, inspector. Hay muchas maneras nuevas de propagar habladurías y desinformación. Mucha gente posee un interés velado por ver a los servicios de seguridad darse de morros contra el suelo. —Miró de nuevo a Fox—. Me tranquilizaría saber quién ordenó investigar la muerte de Vernal.

—Nadie que guarde rencor a los suyos —afirmó Fox.

—¿Está seguro?

—Un amigo de la viuda. Quiere que cierre ese capítulo antes de que ella fallezca.

—¿No hay ningún otro motivo?

Fox visualizó al abogado rubicundo y rechoncho.

—Ningún otro —respondió.

Jackson hizo un mohín.

—Gracias, inspector.

Parecía estar meditando qué diría a continuación.

—¿Ha estado investigando? —preguntó Fox.

Jackson asintió.

—¿Y ha descubierto algo?

—Algo y nada. Tuvimos al amigo Vernal en el punto de mira durante un tiempo.

—¿La División Especial?

—Más o menos.

—¿El MI5?

Jackson torció la boca.

—Había estado sometido a vigilancia.

—¿La noche en que murió?

—Sí.

—¿Lo estaban siguiendo? ¿Por eso circulaba a gran velocidad?

—No estoy seguro.

—Pero ¿había...? —Fox buscó la palabra adecuada—. ¿Había agentes siguiendo su coche?

Jackson asintió, pero no dijo nada.

—Pero eso significa que cuando se estrelló... —Fox tenía la mirada clavada en Jackson— hubo gente allí... en cuestión de segundos...

—Pero nadie le disparó. Comprobaron si respiraba y salieron a toda prisa de allí.

—¿Para llamar a una ambulancia?

—Me temo que no —respondió Jackson meneando la cabeza.

—¿Por qué?

—No podían arriesgarse. De haber intervenido, habrían puesto en peligro la operación.

—¿Lo dejaron allí?

—Respiraba. No tenía tan mal aspecto.

—¿Figura todo esto en los informes?

—Si se lee entre líneas...

Fox reflexionó un momento.

—Leyendo entre líneas, ¿lo asesinaron?

—No.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro?

—Eran espías, no un destacamento militar.

—¿Y no había órdenes de matarlo?

—Desde luego que no.

—Pero ¿entraron en su casa y en su oficina...?

Jackson parecía estar a punto de reconocerlo.

—Por aquel entonces había rebeldes en ambos bandos, inspector. No olvidemos que los amigos de Vernal eran nada menos que terroristas. Bombas, pistolas y atracos a bancos: ese era su credo. —Jackson hizo una pausa—. Le cuento todo esto porque usted y yo estamos en el mismo bando...

Fox lo miró.

—Hay un accidente de coche, una víctima herida..., ¿y se marchan sin más? —Jackson no respondió—. ¿Qué? —insistió Fox.

—Primero echaron un vistazo rápido.

—¿Se refiere a que registraron el coche? —Fox vio que tenía razón—. Maldita sea... Faltaban cosas: el tabaco, un billete de cincuenta libras...

—Los interrogaron por ello. No se llevaron nada.

—¿Encontraron un revólver? —preguntó Fox.

—No; apareció más tarde.

—Sí, a cierta distancia del coche. ¿Y todo esto lo ha sabido por los archivos?

Jackson asintió.

Fox se preguntaba por los fondos del Dark Harvest Commando, ocultos en el coche de Vernal... Los agentes no habrían encontrado el dinero, ¿verdad?

Reinó el silencio en la mesa durante unos segundos.

—Vernal y sus amigos querían llevarnos al borde del desastre —susurró Jackson.

—¿Quién lo mató?

—No lo sabemos.

—¿Puedo hablar con los hombres que lo siguieron?

—No.

—Para estar en el mismo bando...

—¿Qué cree que podrían aportar?

—Es difícil saberlo sin hablar con ellos.

Jackson se recostó en la silla.

—¿Conseguiré el nombre de la persona que contrató a Alan Carter?

—De mi boca, no.

—Muchos de esos hombres salieron impunes, inspector. Me atrevería a decir que siguen ahí fuera, animados por sus fechorías pasadas. —Hizo una pausa—. En aquella época contaban con mucha ayuda...

Fox calibró si Gavin Willis, el proveedor de armas, también figuraría en el «radar» del servicio de seguridad. No había forma de preguntárselo a Jackson sin revelar demasiado, de modo que Fox se concentró en la bebida.

Jackson tenía el teléfono en modo silencio y vibraba cuando lo sacó del bolsillo y estudió la pantalla.

—Tengo que cogerlo —dijo y se levantó de la mesa.

Se detuvo a la entrada de la cafetería, dando la espalda a Fox. Este vio a Jackson agachar la cabeza para intentar discernir qué le decían. Cuando colgó y volvió hacia Fox parecía inquieto.

—Tengo que irme —dijo.

—¿A Peebles? —preguntó Fox.

Jackson negó con la cabeza.

—¿Cuánto hay de aquí a Stirling?

—¿A estas horas? Puede que una hora, o un poco menos si tiene suerte.

—Se ha producido otra explosión —explicó Jackson. Su teléfono empezó a vibrar de nuevo—. Tengo que irme, en serio.

Jackson echó a andar y atendió la llamada.

—Chiflados con bombas —murmuró Fox para sí.

¿Por qué aquello parecía no tener fin para ellos? En ese momento empezó a sonar su teléfono. Cuando su interlocutor se identificó, supo que él también debía recorrer un trayecto propio.

Organizar aquella visita había llevado varios días y unas cuantas llamadas telefónicas, pero ahora Fox se hallaba por fin franqueando las puertas del State Hospital de Carstairs. Para muchos, Carstairs era solo una parada del tren nocturno entre Londres y Edimburgo. No había gran cosa allí: la estación, un pueblo con una tienda y, muy cerca, el hogar de los prisioneros más violentos y menos predecibles de Escocia. Fox aparcó en una zona vallada, le abrieron una puerta y entró en el edificio principal. Al mismo tiempo habían llegado otros visitantes. Parecían habituados a los procesos de seguridad. Una máquina escaneaba las palmas de la mano para comprobar si el visitante había estado en contacto con drogas recientemente. Una lectura positiva significaba que aquel día no podría realizar la visita. Se registraban los bolsos, parecía llevarse a cabo una verificación aleatoria de los teléfonos móviles y se recogían muestras para identificar restos de sustancias ilícitas. La cola seguía adelante. Los rostros eran dóciles, aunque tensos. Una mujer había llevado a su hija pequeña, que se aferraba a su madre y succionaba un chupete que no debería llevar desde hacía al menos un par de años.

—¿Inspector?

Una mujer se abrió paso entre los visitantes, le estrechó la mano a Fox y se presentó como Gretchen Hughes.

—Es holandés —explicó, como si pretendiera interceptar una pregunta que siempre le formulaban.

—Gracias por responder a mi llamada —dijo Fox.

—No hay de qué.

Hughes se dirigió a una ventanilla y recogió una acreditación para él. Fox

se dio cuenta de que el procedimiento iba a ser el mismo que en cualquier otra prisión, de modo que entregó el teléfono móvil.

—Donald no recibe muchas visitas —le dijo Hughes.

—Pero sí algunas, ¿no?

—El año pasado, ninguna.

—¿Y antes?

Hughes lo estudió. Tenía el cabello corto y rubio, y los ojos azul claro. En el dedo anular llevaba un sencillo anillo de oro que indicaba la presencia de un señor Hughes.

—Esa información probablemente requiera una solicitud formal.

—Probablemente —asintió Fox mientras avanzaban junto a la cola. Lo único que había pedido era un encuentro con Donald MacIver—. Pero ¿me lo diría Donald?

—Dudo que pueda usted confiar en su respuesta.

—¿Es fantasioso?

Lo miró de nuevo y dibujó una amplia sonrisa.

—¿Ha estado usted leyendo sobre el tema?

Fox no pensaba reconocer que lo había hecho.

—No, no es fantasioso —respondió al fin—. Pero tiene días buenos y días malos. La medicación le aporta bastante estabilidad.

—¿Hay algún tema que deba evitar?

—Sobre todo, llámelo señor MacIver. Trabajé casi dos años con él antes de poder tutearlo.

—¿Cuántos presos tienen?

Hughes chasqueó la lengua.

—«Pacientes», inspector. Recuérdelo, por favor.

—Los pacientes suelen mejorar y abandonar el hospital —repuso Fox—. ¿Ocurre muy a menudo aquí?

Se abrieron y cerraron varias puertas detrás de ellos. Fox no sabía qué

esperar de aquel lugar. Era mucho más tranquilo que una cárcel. Había mucha gente, pero se movía lentamente, con cautela. El personal iba en camiseta y parecía confiar mucho menos en el recién llegado que en sus pacientes habituales.

—¿Dónde tendrá lugar el encuentro? —preguntó Fox en medio del silencio.

Estaba tratando de averiguar si Gretchen Hughes era doctora. Su distintivo no desvelaba nada.

—En su habitación —respondió—. Le gusta estar allí.

—Por mí, no hay problema.

Momentos después llegaron al umbral. Hughes golpeó el marco de la puerta con los nudillos.

—Donald, este es el visitante del que te hablé.

Hughes dio un paso atrás para que Fox pudiera entrar en la habitación. MacIver estaba sentado a una mesa. Había espacio para una cama individual y algunas estanterías, y de la pared colgaba un mapa de Escocia pegado con Blu-Tack. MacIver leía un periódico de los varios que tenía amontonados en el suelo. Estaba marcando palabras y frases con un grueso lápiz de color azul. Hasta ese momento, parecía haber subrayado casi todos los párrafos de la página que estaba sometiendo a escrutinio. Fox se sentó en una silla frente a él.

—¿Necesita algo? —preguntó Hughes.

Fox meneó la cabeza, hasta que se percató de que la pregunta iba dirigida a MacIver.

—Nada —farfulló el hombre, todavía concentrado en su labor.

—Estaré aquí fuera —dijo Hughes mientras se alejaba, dejando la puerta abierta.

Fox estudió a MacIver, intentando verlo como un «paciente» y no como un «preso». Era alto, debía de rondar el metro noventa, y de hombros anchos.

Llevaba una melena gris que le llegaba hasta media espalda y una barba canosa que habría colmado de orgullo a un hechicero. Tras las gafas, necesitadas de una buena limpieza, se ocultaban unos ojos grandes. Las uñas estaban llenas de mugre y se percibía un olor ligeramente sulfúrico en la habitación.

—Señor MacIver, mi nombre es Fox.

El inspector vio el periódico reflejado en las gafas. Había que subrayar otro párrafo. MacIver lo hizo con meticulosidad, obviando cualquier término que no juzgara esencial. Por lo que pudo ver Fox, era una noticia sobre los planes de construcción de un nuevo puente viario en el estuario de Forth.

—Han eliminado el peaje —dijo Fox—. El puente de Forth. Una de las primeras cosas que hizo el Partido Nacional Escocés cuando llegó al poder fue...

—¿A eso lo llama poder? —interrumpió MacIver, cuya voz parecía salida del fondo de un pozo—. Poder es justamente lo contrario de «eso».

Fox esperaba que dijera algo más, pero MacIver había retomado su tarea.

—¿Qué «es» el poder, entonces? —decidió preguntar.

—Es algo que uno sostiene en las manos como si fuese un arma, algo que puede utilizar para atacar el corazón de sus enemigos. Cuando llevas luz a quienes la merecen y fría oscuridad a todos los demás, «eso» es poder.

Fox estaba escrutando los libros que había apilados en una estantería. Reconoció algunos nombres.

—Recuerdo que leí la poesía de MacDiarmid en la escuela —dijo.

—Su nombre real era Christopher Murray Grieve.

—¿Lo conocía?

—Puede que nos cruzáramos alguna vez. Había ciertos albergues en Edimburgo y Glasgow. Predicadores y comunistas, caballeros filósofos... — Su voz fue apagándose, mientras contemplaba la página sin verla.

Finalmente, miró a su visitante—. ¿Nos habíamos visto con anterioridad? ¿Deberíamos conocernos?

—No.

—Es que se me olvidan las cosas.

—Me llamo Fox y estoy interesado en Francis Vernal.

—Murió.

—Lo sé.

—Fue un mártir de la causa.

—¿Lo cree de veras?

—Cuando Francis hablaba, podía coronar reyes o destronarlos.

—Así pues, lo conocía bastante bien.

—Era una criatura de lo más infrecuente: un pensador que podía actuar. Un hombre que no solo hablaba de las cosas, sino que también trabajaba para que se materializaran.

—Era bastante activo —coincidió Fox.

—Y por eso debía morir.

—¿Cree que lo asesinaron?

—Le dispararon a bocajarro. Al cabo de cuatro semanas vinieron a por mí. Mientras tanto, habían estado ocupados dejando pruebas en mi sótano para inculparme. Fue impresionante cuando abrieron la puerta a patadas y entraron enfundados en sus trajes antirradiación. Yo llevaba un pijama de rayas rosas —enunciaba con cautela. Los pocos dientes que pudo apreciar Fox estaban ennegrecidos y eran desiguales—. Ni siquiera me permitieron vestirme, y sabían exactamente dónde buscar sus «pruebas».

—Al principio fue usted a la cárcel.

—Sí, pero eso no les bastó. Vieron que estaba prosperando allí, hablando con los hombres, abriéndoles los ojos frente a la tiranía.

—Se metió en una pelea con otro preso...

—Le pagaron por sus esfuerzos. ¡Esa es la única explicación que le

encuentro al hecho de que el único castigado fuera yo! Primero, confinamiento; después, Barlinnie; a continuación, Peterhead...

—¿Hubo más violencia?

—Más acoso e intimidación —precisó MacIver—. Más de cualquier cosa que pudiera quebrar el espíritu y empujar a un hombre al manicomio. — Señaló con el dedo a Fox—. Pero estoy tan cuerdo como usted. Llévase esa noticia cuando se marche.

Fox asintió.

—¿Qué hacía exactamente Francis Vernal dentro de la organización?

—Francis era como un grupo de asesores compuesto por un solo hombre. Había muchos exaltados, y él se encargaba de apaciguarlos.

—También se ocupaba de las finanzas, ¿verdad?

—Era útil en muchos aspectos.

—El dinero provenía de atracos y robos —insistió Fox—. ¿Lo utilizaban para comprar armas y explosivos?

—Era un mal necesario.

—¿El señor Vernal llevaba armas en el coche?

MacIver parpadeó varias veces, como si acabara de despertar de una cabezada.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿A qué vienen todas esas preguntas? —Miró el periódico como si no lo hubiese visto jamás—. Burns lo expresó mejor: «comprados y vendidos por oro inglés». —Señaló con el dedo la representación del nuevo puente que había concebido el artista—. Eso es lo que ve ahí.

—«Un hatajo de granujas en una nación» —dijo Fox, finalizando la cita a la vez que se llevaba la mano al bolsillo. Allí guardaba la foto del libro del profesor Martin, en la que aparecía Vernal con Alice Watts y Ojo de Halcón. La depositó sobre el periódico, junto con las dos fotografías de la matrícula de Alice.

—Francis —dijo MacIver, pasando el dedo por encima del rostro de Vernal—. Y Alice.

Abrió más los ojos y cogió una de las instantáneas, sosteniéndola en alto y estudiándola.

—¿Sabe qué fue de ella? —preguntó Fox.

El anciano meneó la cabeza. Con la mano que le quedaba libre estaba atusándose la barba. Parecía hipnotizado por la imagen.

—Juventud, energía y belleza. Es todo lo que necesita un movimiento.

—Se acostaba con Vernal.

—Alice tenía muchos admiradores.

—¿Incluido usted? ¿Tuvo noticias de ella a partir de entonces?

—Hizo lo correcto. Asesinaron a Francis y luego vinieron a por mí. Alice pasó a la clandestinidad.

—¿Y Ojo de Halcón?

Fox se inclinó ligeramente hacia delante y golpeteó la fotografía con los dedos. Ojo de Halcón iba agarrado del brazo de Alice.

—Me atrevería a decir que sigue ahí fuera, en algún lugar del mundo en el que haya una causa por la que merezca la pena luchar.

—¿Conocía su verdadero nombre?

—Siempre fue Ojo de Halcón.

—¿No mantiene contacto con nadie de aquellos tiempos?

—¿Y por qué iban a querer venir a verme? No tengo nada que ofrecerles.

—En fechas recientes he hablado con John Elliot. Él no ha pasado a la clandestinidad, precisamente.

—Lo he visto por televisión.

—¿No le ha visitado?

MacIver negó con la cabeza.

—Esa fotografía está sacada de un libro —prosiguió Fox—. Lo escribió un académico llamado John Martin.

—¿Como el cantante?

—Se escribe diferente. Solicité mantener un encuentro con usted y lo rechazó.

—Ah, ¿sí?

—Eso asegura.

MacIver se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

Fox reflexionó unos instantes.

—¿Le dice algo el nombre de Gavin Willis?

—¿Gavin Willis? —repitió MacIver mascando las palabras—. ¿De Gallowhill Cottage?

—Sí.

—Hermoso lugar. Estaba cerca de Fife...

—De Burntisland. Gavin era policía cuando usted lo conoció. —MacIver asintió—. ¿Y simpatizante? —Fox hizo una pausa—. ¿«Algo más» que simpatizante?

—Nunca fue un miembro activo.

—Pero les proporcionaba armas, ¿no es cierto? Tal vez las guardara en la casa hasta que ustedes las necesitaban... Y supongo que también podía deshacerse de ellas cuando la ocasión lo requería. —«Después de un robo en un banco, por ejemplo, ¿quién iba a percatarse de que había llegado una pistola de más a la fundición? Prueba destruida...»—. Gavin se quedó con el coche de Francis Vernal, señor MacIver. ¿Por qué lo hizo?

—Era un hombre inteligente —respondió en voz baja—. Siempre me lo pregunté...

—¿Se preguntó el qué?

—Si alguien había encontrado el dinero.

—¿El dinero de los robos armados? Eran varios miles de libras, ¿verdad?

—Eso decían. No querían que la ciudadanía lo supiera.

—¿El qué?

—Hacíamos muy bien nuestro trabajo. Enviamos ántrax a las altas esferas del país, arrasamos edificios públicos, robamos bancos y furgones blindados... —Sonrió al recordar— Éramos varios centenares, y yo soy el único al que encerraron.

—¿Cuánto dinero había en el coche, señor MacIver?

—Treinta o cuarenta mil. —Se detuvo a pensar—. Más o menos.

—¿Lo guardaba en el maletero?

MacIver asintió.

—Debajo de la rueda de repuesto.

Fox recordó que Tony Kaye había abierto el maletero con una palanca y levantado el caduco neumático. No había nada debajo.

—¿Está seguro de la cifra? ¿Treinta o cuarenta mil?

—Era mucho dinero para la época.

Fox asintió, pensando en el precio de un piso en Edimburgo en 1985: unas treinta y cinco mil libras. ¿Valía la pena matar por dinero? Por supuesto que sí. Había muerto gente por mucho menos.

—Ahora mismo están estallando bombas en Escocia —le explicó a MacIver—. ¿Cree que está justificado?

—«Justificado» es un término interesante. Podríamos pasarnos un año y un día debatiéndolo. —MacIver clavó la mirada en Fox—. Tienen una causa, pasión y compromiso. Han visto cómo fracasan los sistemas que los rodean y, sin embargo, se mantiene el *statu quo*. La frustración se convierte en ira, y la ira, en un sentido de la injusticia.

—¿Así se sentía usted por aquel entonces?

—¡Todos nos sentíamos así!

MacIver elevó el tono de voz a la vez que crecía su agitación. De repente, Gretchen Hughes apareció en el umbral, flanqueada por dos camilleros.

—¿Va todo bien? —preguntó.

MacIver estaba de pie. Miró el periódico con todos los párrafos subrayados, lo cogió y empezó a despedazarlo. Los camilleros entraron y Fox se apartó para que pasaran.

—¿Ser traicionado y recibir bagatelas? —farfulló MacIver—. ¿A «eso» lo llaman poder? ¿Por qué no lo llaman por su nombre?

Hughes agarró a Fox por el brazo.

—Tenemos que irnos —dijo.

Fox se puso en pie.

—¿Y cuál es? —preguntó a MacIver.

La mano apretó con más fuerza.

—Creo que ya es suficiente, inspector.

—Es como la muerte —afirmó MacIver con voz temblorosa—. Y estamos pagando por ella. Recuerde lo que le digo: «Estamos pagando por ella».

De repente, se desplomó en la silla.

—Tiene que marcharse —insistió Hughes.

—Ya me voy —respondió él, y salió de la habitación.

Fox no tenía manera de contactar con el comisario Jackson, así que puso rumbo a Stirling. Los noticiarios radiofónicos mencionaron que la explosión se había producido cerca del pueblo de Kippen. El navegador de Fox le aconsejó que tomara la A73 y la M80. Su latido estaba recobrando la normalidad mientras recapitulaba acerca de la visita a Carstairs. MacIver apenas si había perdido el entusiasmo. Tal vez no fuera un orador de la talla de Francis Vernal, pero Fox podía imaginárselo argumentando con frenesí, mostrándose vehemente pero racional. También podía imaginarse a los jóvenes aferrándose a todas y cada una de sus palabras. Debía de parecer un hombre con un recelo justificable aunque con pocas respuestas, al margen de la insurrección.

Fox se detuvo en una gasolinera, llenó el depósito y tomó un bocadillo y una botella de Irn-Bru antes de reemprender el viaje. Cuando volvió a la carretera y empezó a ver indicaciones a Kippen, se encontró formando parte de un convoy, mientras circulaba tras una furgoneta con una antena parabólica en el techo. Los equipos de televisión iban a cubrir la noticia del estallido. Al final, la furgoneta puso el intermitente y accedió a una zona de descanso situada a los pies de una cordillera. Varios caminos conducían al bosque y había un aparcamiento enlodado lleno de coches patrulla. Fox acercó el Volvo tanto como pudo y se bajó. Los periodistas hablaban por teléfono y entre sí. Unos agentes uniformados trataban de impedir que merodearan por la zona. Al regresar a sus vehículos, los perplejos excursionistas descubrían que habían sido bloqueados. Fox no encontraba a Jackson por ninguna parte. Le mostró su identificación a un policía y le

indicaron el camino que ascendía por la derecha. En otra ocasión habría sido un paseo agradable, pero Fox habría escogido otro calzado. Resbaló varias veces con las hojas y le costó mantener el equilibrio. Al adentrarse en el bosque, el lugar se tornó escalofriantemente silencioso. Fox se detuvo a escuchar, y respiró hondo. Le recordaba a la ermita de Braid, cerca de la zona de Edimburgo donde se había criado. De niño iba allí con Jude a jugar al escondite y recoger palos por el angosto y rápido riachuelo, hasta el día en que a ella empezaron a resultarles más interesantes otros chicos.

Fox sacó el teléfono para compartir ese recuerdo con ella, pero le asaltaron las dudas. En ese momento aparecieron dos agentes uniformados en el camino que le pidieron su identificación.

—No soy periodista —respondió para tranquilizarlos, pero lo comprobaron de todos modos.

El que le devolvió la identificación parecía deseoso de preguntarle qué tenía que ver aquello con Asuntos Internos, pero Fox siguió adelante antes de que pudiera hacerlo. La pendiente se allanó y vio un claro a su izquierda, donde se habían congregado varias figuras. Fox se dirigió hacia ellos, pero nadie le prestó atención. Jackson, de brazos cruzados, hablaba con una mujer de pelo oscuro. Llevaba una gabardina de color crema y botines verdes, y ella también tenía los brazos cruzados. Fox esperó a que Jackson se percatara de su presencia. Fue la mujer quien giró primero la cabeza y entrecerró los ojos para tratar de ubicar al recién llegado. Jackson se dio la vuelta para ver qué le había llamado la atención, le dijo algo y echó a andar en dirección a Fox.

—¿Qué demonios está haciendo usted aquí? —preguntó en voz baja.

—Lo siento —respondió Fox—. Le habría llamado si tuviera su número.

Jackson intentó llevárselo de allí, pero Fox no se movió. Había un pequeño cráter con follaje ennegrecido y tierra esparcida, y los allí presentes parecían sumamente interesados en él. Fox se preguntaba qué era el brillo que

despedían los árboles, hasta que cayó en la cuenta de que el tronco estaba salpicado de metralla: fragmentos de clavos, tornillos y tuercas.

—Parece que han calculado bien las cantidades —observó.

Jackson se había situado entre Fox y el escenario.

—Mire, le daré mi número. Podemos hablar más tarde.

—Solo quería hacerle una pregunta.

Jackson no parecía escuchar y le entregó a Fox su tarjeta de visita. La dirección correspondía a New Scotland Yard, en Londres.

—Solo una pregunta —repitió Fox.

—¿No puede esperar?

Fox lo miró. Jackson suspiró y cruzó los brazos de nuevo.

—El equipo de espías... ¿Así los llamó? Los que revolvieron el coche de Vernal mientras él yacía herido en el asiento delantero...

—¿Qué les pasa?

—¿Dejaron su trabajo poco después o empezaron a comprar relojes de lujo y trajes italianos?

—¿De qué está hablando?

—Acabo de enterarme de que había treinta o cuarenta de los grandes en el maletero.

—¿Cree que los robaron?

Fox se encogió de hombros.

—Es una teoría, lo que significa que tal vez tenga que incluirlo en el informe.

—Mire, escriba lo que le dé la gana. Ya le he dicho lo que encontré en los archivos.

—No me ha dado sus nombres.

—Ni pienso hacerlo.

—¿Siguen en activo?

—No tengo ni idea.

Junto al cráter que había abierto la bomba, la mujer se aclaró la garganta y Jackson captó la indirecta.

—Tiene que irse —le dijo a Fox.

—¿Quién es?

—Es la jefa de Policía de Escocia Central y me está esperando.

—No la había reconocido sin el uniforme —señaló Fox—. Lo llamaré, entonces.

Jackson no necesitó una segunda invitación. Se dirigió a grandes zancadas hacia el círculo de investigadores y se disculpó.

Fox se tomó su tiempo para recorrer el camino de vuelta. Pasó junto a él otro equipo de forenses que cargaba con pesadas cajas de material. Las furgonetas de televisión habían instalado correctamente las antenas parabólicas y un periodista estaba hablando ante la cámara. Fox lo reconoció: trabajaba en el mismo programa que John Elliot. En cierto modo, al propio Elliot, en su día aficionado al terrorismo, lo habían pillado haciendo trizas cartas de menú de restaurante.

—Las autoridades todavía no se han pronunciado —decía el periodista a la audiencia—, pero dentro de más o menos una hora va a celebrarse una rueda de prensa...

El técnico de sonido no estaba satisfecho. Detrás de un coche aparcado por los alrededores había un perro ladrando y su propietario se quejaba de que la furgoneta del periodista le bloqueaba el acceso.

—Estamos en medio de la nada —protestó el cámara—, y aun así siempre pasa algo.

Después de Fox habían llegado varios coches, que aparcaron detrás de él. Parecían lugareños, curiosos por ver qué sucedía. Fox maniobró y se dirigió a la M90. Su teléfono le notificó que tenía una llamada perdida y accedió al buzón de voz. Era Fiona McFadzean, quien le pedía que le devolviera la llamada. Pero la cobertura se le iba, así que decidió tomar un desvío hacia el

noreste, siguiendo la A91, hasta llegar a Fife, y se dirigió a Glenrothes. La Academia de Policía de Tulliallan no estaba muy lejos de allí y eso le hizo pensar de nuevo en Evelyn Mills. Pronto ofrecerían un seminario. Bob McEwan lo había mencionado de pasada. Nadie en la oficina había mostrado interés, pero Fox se preguntaba si Mills lo sabría. Tres días y tres noches... en el mismo escenario del crimen...

«Está casada», se recordó en voz alta, y después encendió la radio, subió el volumen e intentó ahogar sus pensamientos.

—No hacía falta que viniera —dijo McFadzean cuando le abrió la puerta.

Paul estaba sentado frente al ordenador y lo saludó con la mano. Fox asintió.

—A decir verdad, ya estaba por aquí —mintió.

—Me he enterado de lo de Kippen. Cada vez es más desalentador, ¿no?

Fox emitió un sonido vago.

—¿Qué quería decirme?

McFadzean señaló a Paul, quien agitó la cabeza para indicarle a Fox que se acercara al ordenador.

—¿Recuerda que preguntó por esos revólveres y más en concreto por su procedencia?

—Sí.

Fox se inclinó para estudiar mejor el monitor. Era un rastro documental. Paul había conseguido dividir la pantalla en dos, de modo que una mitad mostraba información sobre la pistola que había acabado con la vida de Alan Carter, y la otra, el revólver hallado cerca del cuerpo de Francis Vernal.

—Existe una conexión —dijo Paul—. Ambas armas fueron clasificadas como «extraviadas» en junio de 1982.

—¿Robadas de una base del ejército?

—Buen intento, pero no es correcto. Me sorprende que todavía utilizaran

revólveres en los años ochenta; pero, por lo visto, a algunos altos mandos les gustaban.

Paul pulsó de nuevo el ratón y Fox leyó los detalles.

—¿Las Malvinas?

—Eso es —confirmó el joven—. El conflicto estalló ese mes. Se entregó mucho material, pero luego no se devolvió.

Había un sinfín de listados que lo corroboraban. Paul continuó haciendo clic sobre el ratón, tan rápido que a Fox le resultaba imposible seguir el ritmo. Lo hacía por eso.

—¿Cómo acabaron las pistolas aquí? —preguntó Fox.

—Tal vez los soldados las trajeran de contrabando —sugirió McFadzean—. O bien las trajeron como recuerdo, o para venderlas.

—En este caso, sin duda fue lo segundo —apostilló Paul—. Otras armas de fuego que participaron en el conflicto (pistolas, no revólveres) aparecieron en las calles de Gran Bretaña a mediados de los años ochenta. —Le mostró los informes policiales en pantalla—. Londres, Manchester, Nottingham...

—Birmingham, Newcastle, Glasgow... —dijo McFadzean.

—Y Belfast —añadió Paul—. No olvidemos Belfast.

—Incluso capturamos a uno de ellos —le comentó McFadzean a Fox.

En la pantalla apareció la fotografía de la ficha policial.

—Se llamaba William Benchley —aclaró Paul—. Trabajaba en Essex. Abandonó el ejército después de la campaña, e incluso fue a recoger su medalla. Pero empezó a dedicarse al contrabando de armas.

—¿Fue él quien vendió los revólveres?

Paul se encogió de hombros y miró a su jefa.

—Ni idea —confesó ella.

—¿Dónde está ahora?

Fox estudió la foto de Benchley, que aparecía con la cabeza afeitada y el ceño fruncido.

—Murió en la isla de Barbados hace ya años. Se ahogó en su piscina.

—Se trasladó allí después de cumplir condena —explicó Paul—. Si tenemos en cuenta su estilo de vida, yo diría que parte del dinero de las armas lo estaba esperando al salir de la cárcel.

—Pues no le hizo ningún bien —observó Fox en voz baja mientras leía la noticia sobre su muerte.

—De todos modos —advirtió Paul—, no tenemos motivos para creer que fue él quien vendió esas armas en particular.

—Pero alguien debió de hacerlo.

—Alguien, sí —coincidió el joven—. No he averiguado nada más sobre el arma que hallaron en el lugar del accidente de Vernal.

Fox captó la indirecta.

—Continúe —dijo.

—He tenido que investigar un poco... —Paul hizo una pausa—. Internet no servía. Hay muchas cosas en los archivos de la comisaría de Fife que no han sido digitalizadas.

—Paul tuvo que pasarse un rato leyendo algo que no fuera una pantalla de ordenador.

Paul sacó la lengua en respuesta al sarcasmo de McFadzean. Luego le ofreció a Fox un taco de fotocopias grapadas.

—El revólver encontrado junto a Alan Carter se le entregó a la policía en octubre de 1984. Lo hallaron en un seto de Tayport.

—¿Cerca de Dundee? —preguntó Fox.

—En el lado del puente que da a Fife. En aquel momento, la policía pensó que tal vez había sido utilizado en un robo. Un hombre enmascarado con una pistola le arrebató las ganancias semanales a un corredor de apuestas de Dundee. Eso fue tres días antes de que se descubriera el revólver.

—¿Así que la pistola había viajado desde las Malvinas hasta Dundee?

—Puede que acabara allí después de pasar por varias manos.

—¿Llegaron a atrapar al pistolero?

Pero Fox pudo comprobar por los documentos que el caso no había sido resuelto. Los beneficios correspondientes a las apuestas de una semana, algo menos de novecientas libras. ¿Habría bastado para tentar a los miembros del Dark Harvest Commando? No era precisamente un atraco a un banco.

—¿Le resulta útil? —preguntó McFadzean mientras Fox continuaba leyendo.

—No estoy seguro —confesó. Entonces le dio a Paul una palmada en el hombro—. En cualquier caso, han hecho un trabajo fantástico.

Una vez en casa, Fox llamó a Tony Kaye.

—¿Qué tal va el informe?

—Nos las estamos apañando para que parezca que lo han redactado dos Einsteins.

—En ese caso, no hay cambios. ¿Qué haces esta noche?

—Cenar con mi señora. ¿Te apuntas?

—No tengo tiempo, Tony.

—Siempre olvido tu repleta agenda social. —Kaye hizo una pausa—. Bueno, la oferta sigue en pie.

—Gracias, pero estoy ocupado. ¿Alguna noticia del chico?

—Ha vuelto a Fife. Ha ido a la peluquería y todo.

—¿Cheryl Forrester otra vez?

—Está enamorado.

—Avísalo, por favor. No sabemos si les está contando chismes a Scholes y los demás.

—¿Crees que es una Mata Hari?

—No sería la primera vez.

Fox estaba tumbado en el sofá, con el mando a distancia en la mano que le

quedaba libre. Buscó un canal de noticias sin subir el volumen.

—¿Te has enterado de lo de Stirling? —le preguntó a Kaye.

—Me suena a imitación. Esos chiflados lo ven por televisión y piensan: «Yo también puedo liarla a base de bien».

—La policía parecía tomárselo bastante en serio.

Se impuso el silencio mientras Tony Kaye digería el mensaje.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Buscando al comisario Jackson.

—¿El tipo de la División Especial?

—Tenía que preguntarle una cosa.

—Se trata de Vernal, ¿no es así? ¿Sigues investigando?

—Creo que hay cabos sueltos. Según Jackson, los espías no tuvieron nada que ver con la muerte de Vernal. Pero Donald MacIver asegura que había dinero en efectivo escondido en el maletero del coche. Treinta o cuarenta mil libras.

—¿Quién diablos es Donald MacIver?

—Lideraba uno de los grupos escindidos de la época.

—¿Y dónde está ahora?

Fox vaciló antes de contestar.

—En Carstairs.

—¿Has estado en Carstairs?

—Había que hacerlo, Tony.

—¿Llevaba camisa de fuerza?

—Estaba un poco nervioso, pero era coherente.

—¿Y te creíste lo que te dijo sobre el dinero?

—Sí.

Kaye reflexionó un momento.

—Entonces se lo llevó Gavin Willis —conjeturó.

—¿Y qué hizo con él? —repuso Fox—. Además, ¿cómo sabía que estaba

allí? Pero, claro, es muy probable que Willis lo supiera. Se intercambiaban armas por dinero, puede que en mitad de la noche en un aparcamiento desierto.

—Hay más preguntas que respuestas, Malcolm —dijo Tony Kaye—. ¿Te importa si te doy un consejo?

—Vas a decirme que lo deje.

—Algo así, sí. Delégalo todo en el DIC. No necesariamente en Fife. Tiene que haber alguien en Edimburgo que pueda ocuparse.

—¿Justo cuando empezaba a divertirme?

—¿Es eso lo que estabas haciendo? —Kaye suspiró—. No tienes nada que demostrar, Malcolm, ni a mí, ni a los mandamases, ni a nadie. —Hizo una breve pausa—. Al menos tómate una noche libre. Vete a ver una película o algo así.

—Debería visitar a Mitch.

—Pero eso no es exactamente una noche libre, ¿no? En algún sitio tienen que echar alguna de Jason Statham.

—¿Una peli con muchas explosiones y coches destrozados? Seguro que eso me ayuda.

—Yo lo que te digo es que no te quedes ahí sentado con los nervios de punta.

Fox le dio las gracias a Kaye y colgó el teléfono. No le apetecía salir a cenar solo otra vez. Consultó en Internet y vio que en la filmoteca proyectaban *El halcón maltés*. Durante cinco minutos se convenció a sí mismo de que iría, pero acabó dirigiéndose a Lauder Lodge para ver a su padre.

Mitch estaba somnoliento. Le olía el aliento a whisky y, aunque estaba sentado en la silla, ya llevaba puesto el pijama. Fox consultó el reloj: no eran ni las ocho de la tarde. Se sentó delante de su padre durante una hora, mirando las fotografías guardadas en la caja de zapatos y concentrándose en

su primo Chris, en Jude cuando era niña y en su madre. De vez en cuando le echaba una ojeada a Mitch, que dormía con la boca abierta y arqueaba el pecho al respirar.

«Tú y yo jugábamos al fútbol: querías que fuese portero. Decías que había menos posibilidades de lesiones. Y te sentabas conmigo noche tras noche mientras yo intentaba memorizar las tablas de multiplicar. Te reías de las telecomedias malas y gritabas por los errores de los árbitros, como si pudieran oírte desde el otro lado de la pantalla. El Día del Armisticio respetabas el minuto de silencio. Nunca se te dio bien la cocina, pero siempre le preparabas a mamá una taza de té antes de acostarse. Ella quería dos azucarillos, pero tú solo le ponías uno y le decías que ella ya era lo bastante dulce.

»Y mira, ahí está Jude montada en un burro en la playa de Blackpool. Tú caminas a su lado, cerciorándote de que todo va bien. Te has remangado las perneras del pantalón, una concesión al sol. Durante todo el año reservabas parte de la paga semanal para las vacaciones de verano.

»¿Estás contento de los hijos que tienes?

»¿Algún día dejarás de preocuparte por nosotros?».

En muchas fotografías aparecían rostros que Fox desconocía. Ninguna de aquellas personas seguía viva. Se trataba de momentos que habían sido capturados en el tiempo, pero también allanados. Podía ver la playa, pero no sentir su calor salobre. Podía estudiar aquellas sonrisas, aquellos ojos, pero no sus esperanzas y temores, sus ambiciones y traiciones.

Cuando una empleada abrió la puerta, Fox tardó un momento en percatarse de su presencia.

—Tenemos que acostar a su padre —dijo.

Fox asintió.

—Le echaré una mano —respondió él en voz baja.

Pero ella se negó.

—Son las normas —explicó—. Tengo que ceñirme al guion o me cortan la cabeza.

—Sí, por supuesto —repuso Fox mientras guardaba las fotografías.

De camino a casa se detuvo en un puesto de pescado y patatas fritas, y compró cena para llevar. Mientras esperaba su comida, vio la televisión desde el mostrador. Estaban retransmitiendo la rueda de prensa en las noticias escocesas. Se apreciaban los flashes de las cámaras en tanto que la jefa de Policía, Alison Pears, leía un comunicado preparado de antemano, enfundada en el uniforme reglamentario. Parecía hablar con aplomo, aunque no alcanzara a oírla por encima del chisporroteo de la freidora. En ese momento apareció un plano del aparcamiento de Kippen y el mismo periodista al que Fox había visto antes, en directo, desde el lugar de los hechos, rezaba el titular impreso en pantalla. Circulaban menos vehículos ahora que había caído la noche y ningún perro ladraba para complicar las cosas. El periodista sostenía uno de esos micrófonos grandes y esponjosos. Empezaba a lloviznar y el agua salpicaba la lente de la cámara. El reportero intentaba transmitir sapiencia e interés, pero Fox percibió fatiga en sus ojos, que no pestañearon en ningún momento. Al parecer le llegaban preguntas al pinganillo y asentía antes de empezar a responder. El productor cambió a una fotografía borrosa del cráter que había dejado la bomba. Parecía haber sido tomada con un teléfono móvil, supuestamente por un ciudadano llegado antes de que se acordonase la zona. Después mostraron una segunda imagen; en esta ocasión, un primer plano de los árboles con la metralla incrustada.

—Menudo desastre —dijo el propietario del establecimiento.

A Fox le pareció polaco, pero podría ser bosnio o rumano. De hecho, podría ser de cualquier lugar. Fox no era precisamente un experto. Otra noche habría preguntado por pura curiosidad, pero no lo hizo.

De vuelta a casa, comió en el sofá y volvió a sintonizar la rueda de prensa. Cuando dieron paso al estudio, el presentador tenía novedades.

—La policía acaba de confirmar que están siguiendo una línea de investigación establecida. Los mantendremos informados ante los progresos de la noticia. Ahora, todo el deporte con Angela...

Fox debió de quedarse dormido en algún momento, porque se despertó tumbado en el sofá, con los zapatos puestos y el plato medio vacío sobre el pecho. La comida estaba fría y parecía poco apetitosa. Le llegó el olor a salchicha desde los dedos y fue a la cocina a tirar los restos de la cena y lavarse las manos. Volvió al sofá con una taza de té y se encontró de nuevo cara a cara con la jefa de Policía Pears. Se trataba de una conexión en directo y se encontraba en lo que, dedujo, eran las escaleras de la Jefatura de Escocia Central, probablemente en Stirling. Tuvo que apartarse el pelo de la cara a causa del viento. En esta ocasión no hubo discurso, pero destilaba una profesionalidad glacial. Fox intentaba mantener los ojos abiertos. Cuando Pears dejó de hablar y escuchó la pregunta de un periodista, se le marcó un poco la barbilla. Fox intentó averiguar a quién le recordaba. Puede que a Jude. La barbilla prominente denotaba concentración. Pero no se trataba de Jude.

Se trataba de una fotografía.

Fox dejó el ordenador portátil sobre el sofá y escribió su nombre en un motor de búsqueda.

Alison Pears era una de las dos jefas de Policía que había en Escocia. Estaba casada con el financiero Stephen Pears. A Fox le sonaba ese nombre. Pears salía con frecuencia en los periódicos, cerrando acuerdos y, al parecer, manteniendo a flote el renqueante sector económico del país. Encontró fotos de la pareja. Había que reconocer que la jefa de Policía era llamativa y que su pequeño cuerpo rellenaba un vestido negro con una elegancia natural. Sin embargo, en televisión estaba luchando contra los elementos, ataviada con el mismo uniforme de antes. La lluvia la azotaba casi en horizontal. El titular

que podía leerse en la parte baja de la pantalla decía: tres detenciones por atentado con bomba.

—Qué rapidez —dijo Fox, ofreciéndole un brindis a la jefa de Policía con la taza.

Luego se puso manos a la obra y buscó tanta información sobre su trayectoria profesional como le fue posible. Sin embargo, no encontró ninguna foto antigua. No obstante, estaba bastante seguro.

Muy seguro.

En 1985 se había licenciado en la Academia de Policía de Tulliallan. Por aquel entonces no se llamaba Pears. Todavía no había conocido a su marido ni adoptado su apellido.

Alison Watson, nacida en Fraserburgh en 1962. El cambio no era sustancial: de Alison Watson a Alice Watts. Fox cogió la foto del libro del profesor Martin y las dos instantáneas de la matrícula. Allí estaba la mandíbula prominente, que también era bien visible en algunas fotografías que encontró en Internet: en un estreno cinematográfico, en una cena con motivo de unos premios, en una ceremonia de graduación y cogida de la mano de su marido. Stephen Pears resplandecía. ¿Estaba así de bronceado por el esquí o serían rayos uva? Llevaba el pelo immaculado y un reloj macizo en la muñeca, y tenía una dentadura blanquísima. Era fornido y el éxito le había engordado la cara. Se habían conocido hacía doce años y llevaban casados una década.

—Bonita pareja, señor y señora Pears —murmuró Fox para sus adentros.

Pero todavía tenía mejores contactos, ya que el hermano de la jefa de Policía, Andrew, era miembro del Parlamento. Formaba parte del gobierno del Partido Nacional Escocés: Andrew Watson, ministro de Justicia.

«Ministro de Justicia...».

Fox dejó el ordenador a un lado y se tumbó de nuevo en el sofá, con la cabeza arqueada hacia el techo.

«¿Qué demonios hago con todo esto?», se preguntó.
¿Y qué significaba exactamente?

ONCE

—Madre mía, Foxy, ¿dormiste algo anoche?

—No demasiado —reconoció Fox, mientras Kaye arrastraba una silla y se sentaba enfrente.

Eran poco más de las nueve y la cafetería de la jefatura era un hervidero de bollos y de capuchinos espumosos. Fox tenía media taza de té ante sí, junto a una manzana que aún no había probado. En la bandeja, Kaye llevaba un café y un barquillo Tunnock's.

—¿Cenaste bien? —preguntó Fox.

—Me salió caro —protestó Kaye—. ¿Saliste, tal como te dije?

Fox asintió lentamente.

—No sé qué película viste —dijo Kaye—, pero al parecer fue bastante deprimente.

Kaye bebió un sorbo de café, que le manchó el labio superior de leche, y quitó el envoltorio del barquillo.

Fox empezó más o menos por el principio: la primera vez que vio a Alison Pears en carne y hueso y después en televisión. Y, más tarde, la conexión y sus hallazgos y teorías.

—Hoy aparece su foto en la portada de *Metro* —dijo Kaye mientras se quitaba trozos de caramelo de entre los dientes—. Hay tres presuntos terroristas autóctonos bajo custodia.

—Su hermano también ha salido en la televisión esta mañana —añadió Fox.

Lo había visto desde el sofá, ya que se pasó casi toda la noche allí, parte de ella trabajando con el portátil. Andrew Watson era cuatro años más joven que

su hermana. Era pelirrojo, llevaba el pelo corto y gafas con montura metálica, y tenía la cara rechoncha, con algunos vestigios de acné.

—Es ministro de Justicia porque todos sus predecesores la cagaron o se enemistaron con el Gran Cacique.

Fox supo que Tony se refería al primer ministro.

—Pero siempre va bien tenerlo de tu parte si eres jefa de Policía...

Kaye esbozó una sonrisa compungida.

—¿Realmente piensas acusarla de terrorismo?

—No.

—¿Entonces?

—De espía.

Kaye lo miró.

—¿Espía? —repitió.

—Se infiltró en el Dark Harvest Commando y en sabe Dios qué más.

—¿Y aprovechó para tirarse a Francis Vernal? —Kaye respiró hondo—. Si eso saliera a la luz algún día...

—No le haría ningún bien a su reputación —confirmó Fox.

—Entonces ¿hablarás con ella en privado?

—Supongo que sí.

—Mejor tú que yo. De repente se ha convertido en el rostro de la igualdad en el Cuerpo de Policía. Ahora que ha superado todas las barreras de género, nadie querrá que eso cambie.

—No —coincidió Fox.

—¡Joder, mira qué trae el tío!

Kaye sonrió mientras Naysmith se abría paso hacia la mesa con solo una lata de bebida energética supercafeinada en las manos. Parecía amodorrado e iba sin afeitarse.

—Sí, sí —soltó, sentándose al lado de Kaye.

—Es demasiada mujer para ti, joven Joseph —le dijo—. A lo mejor tendría

que ocuparme yo de ella.

Naysmith dio un trago con los ojos cerrados. Cuando los abrió, miró alternativamente a Kaye y Fox.

—¿Hay algo que debería saber? —preguntó.

Fox hizo un ademán casi imperceptible con la cabeza en dirección a Tony Kaye.

—Es una conversación de hombres, Joe —explicó Kaye—. Tu cabecita no tiene por qué preocuparse de nada.

—¿Qué tal está la agente Forrester? —preguntó Fox.

—Está bien.

—¿Alguna noticia sobre Paul Carter?

Naysmith reflexionó unos instantes y asintió.

—Hay otro testigo —dijo—. Vio a un hombre caminando por la calle mayor pasada la medianoche. Un hombre con los zapatos empapados.

Fox frunció el ceño.

—¿No era Carter?

—Era calvo, o al menos llevaba la cabeza afeitada. Pero desde luego había metido los pies en el agua, según me dijo. Parecía preocupado y es posible que tuviera un tatuaje en el cuello. —Naysmith hizo una pausa y miró a Kaye—. A un lado.

—¿Quién es? —preguntó Fox.

Kaye se pasó una mano por la cara.

—Diría que es alguien a quien conozco —repuso.

—Pero ¿quién?

—Tosh Garioch —respondió Kaye—. El novio de Billie.

Naysmith asintió.

—Puede que no lo sea, claro, pero coincide con la descripción que me diste después de interrogarlo.

—¿Garioch es el portero? —preguntó Fox—. ¿El que trabajaba para la

empresa de Alan Carter?

—Eso es —confirmó Kaye—. Lleva un gran tatuaje de un cardo que le asoma por el cuello y la cabeza afeitada. Tiene antecedentes. —Se volvió hacia Naysmith—. ¿Le has contado algo a Forrester?

Naysmith negó con la cabeza, y Kaye y Fox se miraron.

—Decisiones, decisiones... —dijo Kaye—. Pero me gustan más nuestras opciones que las tuyas, Foxy...

Stirling.

Había agentes armados y controles de seguridad frente a la Jefatura de Escocia Central para mantener a raya a los medios de comunicación y buscar simpatizantes y manifestantes proterroristas.

Dentro del edificio principal habían elevado la alerta hasta el nivel crítico. Fox no lo había visto aún en todos los años que llevaba de policía. El nivel crítico era el más alto.

Fox llevaba más de media hora sentado en recepción. A su alrededor se respiraba un ambiente de grandes expectativas. Tenía la sensación de que normalmente no era así. Cerca de allí, en algún lugar, interrogaban a los tres sospechosos. Fuera, las furgonetas de televisión se habían instalado en la carretera principal. Los periodistas se hacinaban en los coches. Llegaban recaderos con tartas, pasteles de carne, bebidas calientes y bolsas de patatas fritas. Al entrar, Fox había visto al reportero del día anterior. Parecía extenuado y alegre en igual medida, y se frotaba las manos para entrar en calor; un pinganillo que aún no había utilizado le colgaba del hombro. Dos agentes uniformados con cascos antidisturbios y chalecos antibalas se encontraban apostados a la entrada del aparcamiento. Las cámaras, que no tenían nada más interesante con lo que pasar el rato, se dedicaban a grabarlos.

La petición de Fox a la mujer de recepción había sido clara y sucinta.

—Necesito hablar con la jefa de Policía. Me llamo Fox. De la Unidad de Ética Profesional de Lothian y Borders.

La mujer estudió su identificación.

—¿No sabe que está bastante ocupada? —preguntó ella con claro tono sarcástico.

—¿Acaso no lo estamos todos? —repuso Fox.

La mirada de la mujer le hizo saber que no estaba trabando una nueva amistad.

—Siéntese, inspector.

—Gracias.

Al cabo de cinco minutos se dirigió de nuevo al mostrador y le informaron de que no habían podido contactar con «la jefa».

Diez minutos después, la misma historia.

Fox se había entretenido con el teléfono: buscando noticias y leyendo correos electrónicos, borrando mensajes antiguos... y observando el bullicio que se formaba a su alrededor.

Transcurridos veinte minutos, la recepcionista meneó la cabeza.

A la medida hora hizo lo mismo.

Y entonces llegaron los periodistas con los cámaras a la zaga. Les facilitaron pases de visitante y les indicaron dónde tenía lugar la rueda de prensa. Fox decidió hacer cola con ellos. La recepcionista lo miró con aire inquisitivo.

—Es por hacer algo —le dijo.

Así pues, Fox rellenó el formulario y le hicieron entrega de un pase y una funda con una pinza en la parte posterior, que se prendió a la chaqueta antes de seguir al rebaño.

La espaciosa sala de conferencias estaba llena hasta la bandera. Fox se dio cuenta de que existía una suerte de acuerdo tácito por el que los periodistas más veteranos tenían reservados los asientos de primera fila. El reportero de

siempre estaba allí, junto al pasillo. Habían dispuesto las sillas en hileras. Por lo visto, algunas las habían requisado de la cafetería, y otras, de los despachos. Una joven con ropa de calle repartía una nota de prensa. La gente empezó a toquetear los teléfonos, notificando lo más destacado a sus redacciones y estudios. La mirada de la mujer denotaba que conocía a la mayoría de los representantes de los medios de comunicación, pero no a él. Fox se limitó a sonreír y cogió una copia de la nota.

Se habían practicado tres detenciones, pero todavía no se habían presentado cargos.

De ser necesario, se solicitaría prolongar la prisión preventiva acogándose a la Ley Antiterrorista.

Se estaba examinando el material hallado en el lugar de los hechos.

Fox seguía leyendo cuando la jefa de Policía pasó junto a él y recorrió el pasillo en dirección a una mesa engalanada con micrófonos. Las cámaras se pusieron en marcha y el público empezó a grabar con sus teléfonos. Alison Pears estaba flanqueada por el subcomisario y un inspector, que, sobre el papel, estaba al mando del caso. Pears se aclaró la garganta y se dispuso a leer un comunicado. Fox olió su perfume, que seguía flotando a su lado. Tony Kaye habría sido capaz de identificarlo, pero él no. En ese momento, notó una mano que le tocaba el antebrazo. Al volverse, vio en el umbral al comisario Jackson, que entrecerró los ojos y frunció el ceño. La pregunta que no llegó a formular estaba clara.

«¿Qué demonios está haciendo usted aquí?».

Fox le guiñó el ojo y se dio la vuelta para escuchar los últimos comentarios de Pears. Hubo algunas preguntas. De nuevo, Fox detectó la jerarquía imperante: si alguien levantaba la mano en las primeras filas, Pears se dirigía allí. Estaba bien informada y sabía qué le preguntarían y qué debía responder.

¿Los sospechosos eran de la zona?

¿De qué nacionalidad?

¿Había algo que los relacionara con las explosiones que se habían producido cerca de Lockerbie y Peebles?

Pears desveló bien poco, pero lo hizo mostrándose abierta y amigable. En una o dos ocasiones le trasladó la pregunta al subcomisario, que era más bronco y menos dotado, pero también sabía qué decir y qué no. Jackson volvió a tirar del brazo a Fox, señalando el pasillo, pero el inspector se negó. Cuando hubo finalizado la rueda de prensa, Pears condujo a su pequeña delegación a la puerta, eludiendo varias preguntas con una agradable sonrisa y un saludo.

No miró a Fox al pasar junto a él, pero este se interpuso en su camino.

—¿Le gustaría hacer algún comentario sobre Francis Vernal? —preguntó.

Pears, con semblante gélido, lo taladró con la mirada.

—¿Quién?

—Buen intento, Alice —respondió Fox.

El subcomisario apartó a Fox con la mano. Fox dio un paso atrás, disculpándose con un periodista al que aplastó los dedos. Pears abandonó la sala y recorrió el pasillo. Jackson le había dado alcance, pero ella hablaba con el subcomisario, que se acercó a Fox para entregarle una tarjeta de visita.

—Anote su número de móvil aquí —dijo con desgana.

—Me parece que ya he esperado suficiente.

—Ella lo llamará.

Fox garabateó su número de móvil y el subcomisario cogió de nuevo la tarjeta. Cuando se fue, parecía que había llegado el turno de Jackson.

—¿Qué se propone? —farfulló, con la boca cerca de la oreja de Fox para que nadie pudiera oírlo.

—Usted lleva su caso y yo el mío.

—Usted es de Asuntos Internos, no un maldito Simon Schama.*

—La historia parece tener la curiosa costumbre de repetirse.

Jackson le lanzó una mirada fulminante. Los periodistas estaban cotejando

notas, hablando por teléfono o preparándose para grabar delante de la cámara, pero no dejaban de mirarlos, ya que reconocieron al menos a uno de ellos, presente en Kippen.

—Déjelo correr —sugirió Jackson con un trasfondo de agresividad.

—Tengo que hablar con ella.

—¿Por qué?

Fox meneó la cabeza lentamente.

—Quizá más tarde —dijo.

—Es usted un cabrón, Fox. De verdad.

—Viniendo de usted, me lo tomaré como un cumplido.

—Créame, no lo es en absoluto.

Jackson dio media vuelta y se encaminó hacia el pasillo. La joven que había repartido las notas de prensa estaba sacando a todo el mundo de la sala. Ahora la acompañaba una ayudante para asegurarse de que no quedaba nadie.

—Linda dice que no lo había visto nunca —le informó la ayudante a Fox.

—Es un encargo temporal —respondió.

—Lo mío también. Suelo ejercer de enlace con la comunidad. —Miró a su alrededor—. Tiene poco que ver, imagino.

Fox asintió y siguió a todos los demás hacia recepción.

Alison Pears tenía su teléfono. Lo único que podía hacer era esperar. Se dirigió a Stirling y empezó a ver carteles que le indicaban el emplazamiento del monumento a Wallace. Lo divisó a lo lejos: una solitaria torre gótica sobre una colina. Intentó recordar lo que sabía acerca de Wallace. Como cualquier otro escocés, había visto *Braveheart* y le había convencido. Wallace había ganado a los invasores ingleses en la batalla del puente de Stirling. A falta de otro plan, Fox siguió las indicaciones y finalmente entró en un aparcamiento, donde había dos autobuses de un solo piso esperando

que regresaran los grupos de turistas. Fox salió del Volvo y se metió en el bar Legends. Rememoró otros datos sobre Wallace, en su mayoría relacionados con el atroz final de su vida. Había un mostrador de información y la mujer que estaba sentada detrás le dijo que la visita al monumento costaba siete con setenta y cinco libras.

—¿Siete con setenta y cinco? —preguntó Fox.

—Incluye una presentación audiovisual. Y también la espada de Wallace.

—¿Algo más?

—Bueno, puede subir hasta lo alto de la torre.

—La colina parece bastante empinada.

—Hay un autobús gratuito que lo lleva hasta allí.

—¿Gratuito si pago las siete con setenta y cinco? —Fox fingió pensárselo—. ¿Sigue allí la estatua, la que se parece a Mel Gibson?

—La han trasladado a Brechin —repuso ella con un tono de voz que empezaba a denotar cierta frialdad.

Fox sonrió para hacerle saber que no compraría la entrada. Al final se decantó por un té con menta en Legends, donde gozaba de una buena panorámica de la ladera y del monumento que la coronaba, y se ahorró cinco libras. Wallace era un patriota reconocido: ¿podía decirse lo mismo de Francis Vernal? ¿Se vio «justificado» —esa palabra que MacIver había querido debatir— por su postura y sus acciones? ¿Y en qué querían convertir la Escocia en la que vivía Fox? ¿Era aquel el mismo país por el que habían luchado y perdido la vida? Había visitantes en la tienda situada junto al mostrador de recepción, decidiendo si compraban unas toallas de playa con un estampado a cuadros escoceses. La suya probablemente era una Escocia romántica de cañadas y castillos, whiskies Speyside y bailes de cuatro parejas. Existían otras Escocias si uno se tomaba la molestia de buscarlas y a muchos les gustaba recordar la nación que había quedado atrás. Las mesas

que lo rodeaban estaban llenándose. No se molestó en servirse una segunda taza. Cuando regresaba a su coche sonó el teléfono, pero no era Alison Pears.

—¿Señor Fox? Soy la enfermera de Lauder Lodge. Me temo que su padre está enfermo.

Fox volvió a Edimburgo aturdido. Hasta que llegó a la Royal Infirmary no se dio cuenta de que la radio del coche había estado encendida en todo momento. No recordaba haberla escuchado. Le dijeron que probara primero en los pabellones A y B. Habían encontrado a Mitch en el suelo de la habitación.

—Podría ser una simple caída —le había dicho la enfermera a Fox, pero su tono indicaba que no se lo terminaba de creer.

—¿Estaba consciente?

—La verdad es que no...

Fox aparcó sobre una doble línea amarilla en la zona de descarga de ambulancias y entró. La recepcionista estaba atendiendo a alguien, así que aguardó su turno. En la sala de espera solo había dos o tres personas mirando un televisor situado en una esquina. La recepcionista no parecía tener prisa, así que Fox pasó por delante del mostrador y se dirigió a la zona de recepción. Nadie le impidió el paso ni le preguntó qué hacía. Había pacientes tumbados en camillas, algunos en cubículos con cortinas. Fox recorrió la sala. Una empleada estaba ocupada frente a un ordenador y le preguntó dónde podía encontrar a Mitchell Fox.

—Lo han traído hace una hora de la residencia Lauder Lodge —le dijo.

—Puede que todavía no lo hayan introducido en el sistema.

La joven se dirigió a una pizarra colgada en la pared. Después le preguntó a otro miembro del equipo, quien asintió y se acercó a Fox.

—¿Es usted familiar suyo?

—Soy su hijo.

—Están haciéndole una radiografía. Después irá directo a planta.

—¿Se encuentra bien?

—Sabremos más en un rato. Hay una sala de espera justo...

—¿Puedo verlo?

—La recepcionista se lo dirá.

Le indicaron que volviera a recepción. Cuando llegó allí no había cola, así que dio su nombre y le pidieron que se sentara. Se acomodó lo mejor que pudo en la silla de plástico duro y se puso a mirar el techo. Todos estaban ensimismados con sus teléfonos móviles y no le hacían caso a la televisión. Una mujer con el brazo vendado no dejaba de andar de un lado para otro. Se acercó demasiado a las puertas y se abrieron automáticamente, permitiendo la entrada de una ráfaga de aire frío del mundo exterior. Era un proceso que al parecer le encantaba repetir. Cerca de allí había un armario que los empleados abrían y cerraban continuamente. Fox no alcanzaba a ver qué hacían. Los dos cuartos de baño eran un hervidero de actividad, al igual que la máquina de refrescos. Un joven intentaba que aceptara una moneda de diez peniques. Cada vez que la rechazaba, buscaba posibles defectos en la moneda y probaba otra vez. Al final, Fox se acercó a él y se la cambió. En esa ocasión funcionó, pero el joven no parecía satisfecho.

—De nada —le dijo Fox antes de volver a su sitio.

Un empleado parecía encargarse de vaciar la papelera y recoger los periódicos que la gente dejaba por allí. La bolsa de basura no estaba ni medio llena cuando la cambió. Diez minutos después se hallaba de vuelta, comprobando el estado de la bolsa, y llevó el cubo al otro extremo de la sala. Fox consiguió resistirse a preguntar por qué lo hacía. En la pantalla, un hombre le decía a otro el poco valor que tenía un pequeño ornamento. Luego fue a subasta y no se vendió. ¿Sería una reliquia?, se preguntó Fox. Cuando lo adquirió, ¿sabía el comprador que algún día aparecería en un programa diurno y que decepcionaría profundamente a su propietario actual?

Una tos áspera anunció la llegada de la fumadora de la sala, que volvía de

hacer otra pausa para el cigarrillo. Luego las puertas se abrieron de nuevo al acercarse la mujer del brazo vendado. Fox se volvió hacia ella.

—¿Puede dejar de hacer eso de una puñetera vez? —gritó.

Ella parecía sorprendida. También la recepcionista, que frunció el ceño a modo de advertencia. Fox levantó la mano en un gesto de rendición y volvió a mirar el techo. No era solo por su padre; era por todo lo demás: las preguntas incesantes; los personajes cuyas vidas estaban conectadas repentinamente con la suya; la falta de sueño; la sensación de absoluta y abyecta futilidad...

Y entonces su teléfono lo interrumpió con un mensaje de texto. Era de un número no identificado y, cuando lo abrió, le indicó una dirección, un código postal y una hora. El código era FK9, y la hora, las siete y cuarto de la tarde. Fox copió el código postal en el mapa de su teléfono. El área destacada incluía la Universidad de Stirling. Fox dedujo que se trataba de una invitación de Alison Pears y que ella y su marido vivían prácticamente puerta con puerta con la facultad. Decidió no molestarse en responder, pero añadió el teléfono a la agenda para consultarlo en el futuro.

Y por hacer algo.

Después de casi una hora, preguntó a la recepcionista qué tal marchaban las cosas y esta le dijo que su padre se encontraba en observación.

—Por allí —explicó, señalando una puerta.

Fox le dio las gracias y siguió los rótulos de la pared. Por fin llegó al control de enfermería. Por lo visto, su padre se encontraba en la sala desde hacía solo unos minutos y el personal todavía revoloteaba alrededor de su cama. Una máquina controlaba su ritmo cardíaco y emitía un bip regular, marcando el compás con las otras máquinas situadas cerca de allí.

—¿Cómo está? —preguntó Fox.

—Pronto vendrá un médico.

—Pero ¿se encuentra bien?

—El doctor hablará con usted...

Le proporcionaron a Fox una silla. Su padre tenía los ojos cerrados y la mitad inferior de la cara cubierta por una máscara de oxígeno transparente. Fox pretendía cogerlo de la mano, pero vio que su dedo estaba conectado a la máquina por una pinza. Le tocó la muñeca, que estaba caliente, y buscó cualquier indicio de que fuera a abrir los ojos. Tenía un morado en la frente y cierta hinchazón, probablemente a causa de la caída.

—Papá —dijo Fox en voz alta—. Soy Malcolm.

No hubo respuesta y buscó el pulso en la muñeca de Mitch. Llevaba un ritmo lento y continuo, a la par con la máquina.

—Papá —insistió.

El personal parecía estar discutiendo algo en el control de enfermería. Fox se preguntaba dónde estaría la ropa de su padre. Llevaba una bata de hospital de manga corta. Un enfermero se había apartado del grupo para realizar una llamada telefónica.

—No podemos acoger más pacientes —explicó—. No nos quedan camas.

Podría haber sido peor: Mitch podría haber tenido que esperar tumbado en una camilla en el pasillo. Fox se preguntaba si había algún tipo de jerarquía y si eso significaba que era grave.

«Podría ser una simple caída...».

—No me lo puedo creer.

La voz llegaba desde atrás. Al volverse vio a Jude con los brazos extendidos a ambos lados del tronco. Fox se puso en pie.

—Dicen que se ha caído —explicó.

—No me refiero a papá —dijo con voz temblorosa—. Me refiero a ti.

Fox tardó un momento en darse cuenta del delito que había cometido.

—Jude, lo siento...

—Entro en Lauder Lodge como de costumbre y me dicen: «¿Su hermano

no le ha mencionado nada? Su padre ha sido trasladado al hospital». Gracias, Malcolm. Muchas gracias.

En ese momento se acercó una enfermera pidiéndoles con gestos que bajaran el tono de voz.

—Me he olvidado por completo, Jude. Estaba muy nervioso...

—¿Y cómo crees que estaba yo durante todo el trayecto en taxi? —Dirigió la atención a Mitch—. No sabía qué iba a encontrarme.

—Siéntate —dijo Fox, ofreciéndole la silla—. Voy a buscar un poco de agua.

—¡No quiero agua!

—Miren —advirtió la enfermera—, sé que esto es difícil, pero tendrán que bajar la voz por respeto a los demás pacientes.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jude, todavía estudiando a su padre.

—Podría ser una embolia —dijo la enfermera—. Pero todavía no lo sabemos a ciencia cierta.

—¿Una embolia?

Jude se sentó en la silla, agarrando los laterales con ambas manos.

—Ya le han hecho una radiografía —le explicó Fox a su hermana.

—En un minuto vendrá un médico —añadió la enfermera.

Fox asintió, indicando que todo estaba bien. Pero cuando intentó agarrar a Jude del hombro, esta lo apartó.

—No me toques —dijo.

Fox permaneció allí de pie y la observó mientras se inclinaba hacia delante hasta apoyar la cabeza en el borde de la cama. Todo su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos. Fox miró a las enfermeras, pero ya estaban acostumbradas. Al final fue la misma joven de antes a darles algunos consejos.

—Hay un bar en la entrada principal. Puede que estén más a gusto allí. Denos su número y los llamaremos cuando llegue el doctor.

Pero Jude se negó. Ella se quedaría y Fox también. Le buscaron otra silla y la colocaron junto a la de su hermana, que había cogido a su padre de la mano sin arrancarle la pinza.

—Lo han encontrado en el suelo de su habitación —explicó Fox en voz baja—. Se golpeó la cabeza al caer.

Al darse cuenta de que no tenía nada que añadir, calló, no sin antes disculparse una vez más. Jude no lo miró. Al levantar la cara de la cama, se concentró en la máquina.

Cuando llegó el médico, a Fox le pareció increíblemente joven. Apenas había dejado atrás la pubertad. No llevaba bata blanca ni estetoscopio; solo una camisa remangada y corbata.

—No hay huesos rotos ni fracturas —recitó, repasando las notas que le habían facilitado—. Puede que solo le practiquemos un escáner. Nos lo quedaremos un día...

—Alguien ha mencionado una embolia —dijo Fox.

—Hummm... Es una posibilidad.

Fox esperaba un examen ocular, que le tomaran la presión y el pulso... Algo así. Pero el joven se limitó a observar al paciente. Las notas le decían cuanto necesitaba saber.

—Empezaremos a tener una idea más aproximada en cuanto vuelva en sí.

—¿Debemos intentar que recobre la conciencia? —quiso saber Fox.

—Mejor no. —El médico había llegado al final de las notas—. Le realizaremos el escáner hoy mismo, o quizá mañana. Espero que después tengamos noticias más concretas.

Y con eso, se fue a ver a un paciente situado al otro lado de la habitación.

Jude no medió palabra y Fox tampoco. Rara vez se había sentido tan inútil. Cuando les preguntaron si les apetecía una taza de té, Fox asintió y se mostró patéticamente agradecido. Jude quería agua, y ambas bebidas llegaron con celeridad. Fox se disculpó una vez más y esta vez Jude lo miró.

—Nunca pensáis en mí, ninguno de los dos —se lamentó.

—Ahora no, Jude. Déjalo para más tarde. —Fox gesticuló con la cabeza, señalando a Mitch—. A lo mejor puede oírnos.

—Puede que yo quiera que nos oiga.

—Aun así...

Jude bebió un trago de agua del vaso de plástico, que sostenía con ambas manos. El té de Fox era demasiado fuerte. La única manera de hacerlo bebible fue verter los dos sobres de azúcar.

—Mira —le dijo a su hermana—, estaba ocupado cuando me llamaron. No podía pensar, ni siquiera cuando llegué aquí.

—No hay espacio para mí en esa cabeza tuya, ¿eh?

—¿Puedes cortar el rollo mártir, Jude? Solo por esta vez...

Fox consiguió aguantarle la mirada, pero solo unos segundos.

—Eres un desgraciado, Malcolm —le reprochó Jude, con pausa y firmeza—. De verdad.

—Mejor ser algo que nada, ¿no?

Fox cometió el error de consultar su reloj.

—¿Tienes que ir a alguna parte?

—Siempre.

—Nunca dejas que la familia se interponga en tu camino, ¿verdad?

Fox estaba tratando de calcular cuánto tardaría en llegar a Stirling. ¿Habría retrasos a aquella hora de la mañana?

—Dios mío, realmente estás pensando en largarte. —Jude estaba boquiabierta—. Sea lo que sea, no puede ser más importante que esto.

—El hecho de que no lo entiendas no significa que papá no lo hiciera.

—¿Y se supone que tengo que quedarme aquí sentada?

—Haz lo que te dé la gana, Jude, como siempre.

—Le dijo la sartén al cazo.

Tenía algo de razón, así que Fox no se molestó en discrepar. Le preguntó a

Jude si necesitaba dinero para la cafetería y ella respondió al fin que el taxi la había dejado sin blanca. Fox puso un billete de veinte libras sobre la cama, junto a la mano con la que Jude sostenía la de su padre.

—Vuelvo en un rato —prometió—. ¿Estarás bien?

—¿Y si digo que no?

—Entonces me sentiré peor de lo que ya me siento.

—Lárgate, Malcolm.

Y eso fue justamente lo que hizo, después de entregarle a una enfermera una tarjeta con su número de móvil.

La enfermera asintió, pero entonces miró en dirección a Jude.

—¿Va a ponerse histérica otra vez?

Fox meneó la cabeza con cierta convicción.

—Mientras yo no esté aquí, no —repuso.

Era una casa espaciosa y moderna situada en una calle secundaria frente a la universidad y cerca del monumento a Wallace. Un muro bajo de ladrillo la separaba de sus vecinos. Había falsos postigos a ambos lados de las ventanas y unas columnas de estilo palladiano flanqueando la puerta principal. Le habían abierto la verja. El camino que conducía a la vivienda estaba asfaltado. Cuando Fox aparcó junto a un elegante Maserati y un pequeño Lexus deportivo, se abrió la puerta. Fox reconoció a Stephen Pears por las fotografías. El hombre se le acercó, como si estuviese dando la bienvenida al invitado de una fiesta.

—Alison está atendiendo una llamada —le explicó—. Solo tardará un minuto.

Luego tendió la mano a Fox. Tenía la dentadura sana y estaba bronceado, pero le sobraban unos cuantos kilos. Su moreno permanente no podía disimular la papada ni los carrillos. La vida, pensó Fox, estaba a punto de resultar demasiado buena para Stephen Pears.

—¿Le resultó fácil localizar la dirección? —preguntó mientras acompañaba a Fox por un pasillo de doble altura.

—Sí, gracias.

Junto a Pears apareció un perro, un labrador con un brillante pelaje negro. Fox extendió el brazo para acariciarle la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Max.

—¿Qué tal, Max?

Pero el perro ya había perdido el interés por el visitante y se dio la vuelta.

Fox se reincorporó. La pared estaba cubierta de fotografías, en las que Fox reconoció a varias celebridades. Todas aparecían junto a Pears, sonriendo y, en algunos casos, estrechándole la mano.

—Sean Connery —indicó Fox, y señaló una imagen en particular.

—Me lo encontré y tuve que hacerme una foto.

—Parece el New Club —dijo Fox.

Pears se mostró sorprendido.

—¿Es usted miembro?

Fox negó con la cabeza.

—¿Y usted? —preguntó.

—Es bonito y céntrico. Me va bien cuando quiero impresionar a la gente —explicó Pears—. Adelante. Acababa de servirle a Andy una copa.

Andy era el ministro de Justicia, Andrew Watson, quien se levantó del sofá y le estrechó la mano a Fox.

—Malcolm Fox —dijo.

No había necesidad de que Watson supiera más.

—¿De la comisaría de Lothian y Borders? —preguntó el ministro.

De acuerdo: estaba al corriente. Fox asintió y rechazó el ofrecimiento de un whisky por parte de Pears.

—Mejor agua.

La bebida llegó con cubitos de hielo y una rodaja de lima en un grueso vaso de cristal. Pears brindó con su cuñado y olfateó el whisky antes de probarlo.

—No está mal, Stephen —observó Watson con aprobación.

—Siéntese, inspector —dijo Pears, moviendo de nuevo las manos.

Gran parte de la primera planta parecía estar dedicada a aquel enorme espacio diáfano. Había cuatro o cinco sofás, una gran mesa de cristal con una docena de sillas a su alrededor y un televisor de cincuenta pulgadas en una pared. Unos focos iluminaban pequeños cuadros en unos marcos

sobrecargados. De algún lugar emanaba una música de piano, pero Fox no veía altavoces por ninguna parte. Las puertas acristaladas situadas en la parte trasera de la sala daban a una terraza y una pista de tenis. Esta estaba iluminada, o bien para impresionar, o bien porque Pears podía permitirse semejante derroche de electricidad.

—¿Cómo lo está sobrellevando? —le preguntó Watson a su anfitrión.

—Tu hermana no «sobrelleva» —repuso Pears—. Tu hermana ordena, supera y triunfa.

—¿Y está triunfando esta noche?

Pears sonrió al tiempo que bebía.

—Esto era justo lo que necesitaba. De lo contrario, son todo reuniones y números.

Watson asintió.

—Sé lo que se siente.

Fox estaba mirando los cubitos de hielo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Pears.

—Sí, gracias.

—¿Seguro?

—Seguro. —Pero algo hizo cambiar de opinión a Fox—. Mi padre está en el hospital. Ha ocurrido esta tarde.

—Lamento oír eso —respondió Pears mientras Watson emitía un sonido que podía pasar por conmiseración—. ¿No debería quedarse allí? Alison puede hacerle un hueco en su agenda mañana.

Fox se encogió de hombros.

—Pero ya estoy aquí.

Pears asintió, con la mirada fija en Fox.

—¿Es serio? —preguntó.

—Le están haciendo pruebas...

Pears sonrió.

—Me refería a lo de Alison. Ha estado muy reservada. ¿No es así, Andy?

—Un poco.

—Fue el tipo de Scotland Yard quien mencionó que era usted de Lothian y Borders...

—¿El comisario Jackson? —dedujo Fox.

—Se ha marchado hace solo media hora —dijo Pears—. Creo que le habría gustado quedarse.

El ministro de Justicia estaba desanudándose la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa.

—Nos ha contado que tenían ustedes un caso en Fife.

Fox asintió lentamente.

—Al principio era una cosa sencilla —reconoció—, pero se ha complicado.

—Al contrario que mi negocio —comentó Pears antes de levantarse a rellenar el vaso.

Ofreció hacer lo mismo por Watson, pero este dijo que no.

—Me gusta coger cosas complejas y convertirlas en algo que resulte fácil de entender y transmitir. De ese modo se le puede vender a la gente. El problema con las finanzas en los últimos diez años es que nadie era capaz de comprenderlas y, por tanto, nadie las cuestionaba. Mi lema es: «Hay que volver a lo elemental».

Al parecer, Watson había oído ese discurso muchas veces. Solo le faltó poner los ojos en blanco. Cuando el financiero se hubo sentado de nuevo, se inclinó hacia Fox.

—¿Puede hablar de ello? —preguntó Pears—. Le juro que no diré ni una palabra, aunque no puedo responder por el ministro de Justicia...

—Un agente del Departamento de Investigación Criminal actuó con negligencia —empezó Fox. De repente notó un cansancio demoledor y tuvo que asir con fuerza el vaso por miedo a que se le cayera—. Entonces su tío

murió. Parecía un suicidio, pero no lo era. Por lo visto, el DIC tenía a su sobrino en el punto de mira...

—¿Pero...?

Fox retenía toda la atención de Pears.

—Pero el sobrino también ha muerto. Alguien lo persiguió hasta el mar y se ahogó.

Pears se recostó en la butaca y pareció reflexionar sobre todo ello. Watson, por su parte, estaba leyendo mensajes en su teléfono móvil con aparente desinterés.

—El tío estaba investigando la muerte de un activista del Partido Nacional Escocés llamado Francis Vernal —prosiguió Fox.

Watson dejó lo que estaba haciendo. Ahora sí estaba interesado.

—Conozco ese nombre —intervino—. Salía en las noticias cuando me uní al partido.

—Creía que aún eras un niño de teta cuando prestaste juramento —bromeó Pears.

—Ya no. Estaba en el instituto. Uno de nuestros profesores era asesor del PNE.

—¿Te sometieron al proceso de adoctrinamiento? —preguntó Pears antes de beber más whisky.

Watson se puso quisquilloso.

—Todos conocemos tu ideología, Stephen.

—Yo no —repuso Fox.

Watson lo miró.

—A ver si lo adivina. Oigo incluso el rumor de un título nobiliario ahora que los conservadores han subido al poder en el sur. Cameron los está metiendo en la Cámara de los Loes como si no hubiera un mañana.

Pears se echó a reír y meneó la cabeza, aunque parecía satisfecho.

—Me apuesto a que tu jefe acabará en el mismo sitio. Puede que cuando le

den un meneo en las próximas elecciones.

—Eso no va a ocurrir.

—¿Con la ventaja que llevan los laboristas?

—Les arrebataremos votos a los liberaldemócratas. Odian lo que les han hecho los vuestros a su partido en Westminster.

Pears pareció pensar en ello y se volvió hacia Fox.

—¿Y qué opina usted, inspector? ¿Es usted un animal político?

—Intento ir con la cabeza gacha, señor.

—Es una manera de esquivar la metralla —reconoció Pears—. Pero ahora estoy intrigado. ¿Qué tiene que ver toda esa historia de ahogamientos y activistas con mi mujer?

—Cuando murió el señor Vernal, ella estudiaba en Saint Andrews. Existe la teoría de que pudo haberlo conocido.

—¿Saint Andrews? —dijo Watson meneando la cabeza—. Estuvo dos años en Aberdeen y luego lo dejó y se unió a los suyos.

Pears asintió.

—Alguien le ha contado un cuento, inspector.

Watson marcó un número y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Rory? ¿A qué hora me recogerá el coche? —Consultó su reloj—. De acuerdo —añadió antes de colgar.

—Qué vida tan ocupada —observó Pears, fingiendo comprensión—. Todo ello pagado por el inspector y por mí.

—Y valgo mi peso en oro —farfulló Watson, que miró hacia la enorme escalinata—. ¿Bajará algún día? A lo mejor debería subir...

—Acábate la copa, hombre.

Para su sorpresa, Pears descubrió que se había terminado la suya una vez más. Se puso en pie y en esa ocasión Fox también necesitó que le llenara el vaso.

—Uno más —dijo Pears— y ya basta por hoy.

Watson frunció los labios, dándole a entender a Fox que tal vez no fuera así. De arriba llegó el sonido de una puerta que se cerraba. Alison Pears hizo un gesto de desesperación mientras bajaba por la escalera, teléfono en mano.

—¿Tengo que estar ahí cada minuto del día? —protestó. Después, a Fox—: Hola de nuevo.

—El inspector nos contaba en qué está trabajando —la informó Pears, y le ofreció un gin-tonic—. Es todo muy misterioso, pero una pérdida de tiempo. Te han confundido con una estudiante de Saint Andrews.

Alison le ofreció un brindis a la sala, dio un trago y soltó aire.

—¿Mejor? —preguntó su marido.

—Mejor —confirmó ella. Luego, a Fox—: Vayamos al estudio para aclarar todo esto.

Su hermano se levantó.

—Primero tenemos que hablar, Ali. Cuando me pregunte mi jefe, ¿qué se supone que debo decirle sobre esos malditos terroristas?

—Hasta el momento, nada apunta a que no vayan a acusarlos —respondió, tras pensar unos instantes—. La casa que tenían alquilada es una mina de oro. Encontraron material, huellas y manuales, e incluso una lista de objetivos.

—¿El aeropuerto de Glasgow otra vez? —preguntó su marido.

—La base de la RAF en Leuchars —precisó—. Y los astilleros. Y nuestro antiguo primer ministro.

—Quien los haya descubierto debería recibir una medalla —dijo Pears, mirando con toda intención al ministro de Justicia.

—Podrían hacerlo —reconoció Watson.

—Vamos, entonces —le dijo Alison Pears a Fox—. Escuchemos esa historia suya. Puede que así me distraiga.

—Sé amable con el inspector —sugirió su marido—. Acaba de recibir malas noticias...

Alison Pears lo condujo hasta una puerta situada en un rincón de la sala

que daba a un estudio con paredes revestidas de madera y una falsa librería. Junto a la ventana había un telescopio de cobre montado sobre un trípode, un sofá marrón de dos plazas y una silla giratoria frente a la mesa. Pears cogió la silla y le indicó a Fox que se sentara en el sofá. La piel crujió al acomodarse.

La mujer llevaba ropa informal: camiseta rosa holgada, pantalón de chándal negro y zapatillas Nike. Fox se preguntaba si habría un gimnasio en la propiedad.

—¿Malas noticias? —preguntó, repitiendo las palabras de su marido.

Fox hizo caso omiso de la pregunta y formuló otra.

—¿Él no lo sabe?

Pears consideró todas las posibles respuestas y evasiones.

—¿Saber el qué?

Fox la miró, como diciendo: «Mejor que no sigamos por ahí».

—¿No lo sabe ninguno de los dos? —insistió, sacando las fotografías de la matrícula—. Me pregunto qué dirían si les enseñara esto. Ha cambiado usted, pero no lo suficiente como para que no la reconozcan.

Pears estudió las fotos y guardó silencio un momento.

—Andy sabe que realicé algunos trabajos clandestinos en mis primeros años en el cuerpo —reconoció finalmente.

—¿Pero no que fue estudiante de la Universidad de Saint Andrews durante dos años?

—No —admitió—. Aunque ahora quizá lo sospeche.

Pears se valía de los pies para hacer girar suavemente la silla. Había una rodaja de lima en su vaso, que sacó y depositó en una esquina de la mesa.

—¿Le ha dado detalles el comisario Jackson? —preguntó Fox.

—Algunos, pero puede que no todos. —Se apretó el tabique nasal, como si pretendiera atenuar un dolor de cabeza—. ¿Cuál es esa mala noticia que le han dado?

—No importa —respondió—. Centrémonos en su romance con Francis

Vernal. —Fox hizo caso omiso de la mirada fulminante que le lanzó—. ¿Fue una manera de infiltrarse en el Dark Harvest Commando?

Pears conservaba su torva expresión.

—Sé lo que está pensando —continuó Fox—. Hace mucho tiempo de aquello y usted era otra persona. Y este no es el mejor momento para que todo eso salga a la luz.

El inspector hizo una pausa y se guardó las fotografías en el bolsillo.

—Le diré lo que fue —dijo Pears en voz baja por si había alguien escuchando al otro lado de la puerta—. Fueron dos años tirados por la borda.

—¿Por el accidente de coche?

Ella asintió.

—Todo se vino abajo después de aquello. Algunos estaban demasiado atemorizados para continuar. Pensaban que el MI5 iba a asesinarlos a todos.

—¿Y era así?

—Yo no pertenecía al MI5.

—Entonces ¿la reclutó la División Especial?

—Necesitaban infiltrar a alguien. Por lo general, una cara bonita sirve. Pero no podía ser una cara bonita del sur de la frontera. En principio, los ingleses eran el enemigo.

—Acababa usted de salir de Tulliallan y no aparentaba la edad que tenía. Así pues, ¿la División Especial se las arregló para que ingresara en Saint Andrews, donde pudo implicarse en política, hurgar cada vez más y proporcionar información?

—Si sabe tanto, ¿para qué me necesita?

—La necesito porque asesinaron a un hombre y ni en aquel momento ni después se hizo nada al respecto. —Fox la observó un momento. Su gesto era indescifrable—. ¿La dirección de Glasgow...?

—Una oficina alquilada por poco tiempo —explicó ella—. La utilizaba para recibir correspondencia.

—¿Y en todo momento se acercó cada vez más a Francis Vernal?

—Francis era el nexo. Supuestamente debía conducirnos a la gente que nos interesaba de verdad.

Fox meditó unos instantes.

—¿Estuvo con usted la noche en que murió?

—Sí.

—¿Y sabía que lo estaban siguiendo?

Pears asintió.

—¿Conocía la existencia del dinero que guardaba en el coche?

—Solía llevar dinero encima. En todas las reuniones que celebraba el Dark Harvest Commando había quien necesitaba un poco de efectivo.

—¿Para comprar armas?

—Por muchos motivos.

—Según Donald MacIver, podría haber hasta cuarenta mil libras escondidas en el maletero. Eso era mucho dinero en aquella época.

—¿Donald MacIver? —Pears esbozó una sonrisa nostálgica—. Vive en un mundo de fantasía, inspector. Siempre lo hizo.

—La recuerda con afecto.

—Es a Alice a quien recuerda —precisó.

—¿Y John Elliot?

—A veces lo veo en la televisión.

—¿No ha descubierto que es usted Alice Watts?

—Por aquel entonces no nos conocíamos. A John solo le interesaban las mujeres que estaban en celo. —Pears miró a Fox—. Que yo sepa, es usted el primero en establecer la conexión. Buen trabajo.

Su voz destilaba sarcasmo.

—¿Alan Carter nunca se puso en contacto con usted?

—¿El exagente? —Vio que Fox asentía—. No supe nada hasta que Jackson lo mencionó.

—¿Le suena de algo el nombre de Charles Mangold?

Pears exhaló un hondo suspiro.

—¿No podemos dejarlo para dentro de una semana o dos?

—No, no podemos —replicó Fox—. ¿Charles Mangold?

—Era socio de Francis en el bufete de abogados. Le gustaba la señora Vernal, si mal no recuerdo. O al menos, eso pensaba Francis.

—Mangold pagó a Alan Carter para que investigara la muerte de Vernal. Quería demostrarle algo a la viuda.

—¿El qué?

Fox se encogió de hombros.

—O bien que el asesinato de su marido era de signo político...

—¿O bien...?

—O bien que era un terrorista y un canalla al que había idolatrado como una tonta durante todos esos años.

—Parece respaldar usted esta última teoría.

—Creo que sí. ¿No llegó a conocer a su esposa?

—No me interesaba lo más mínimo. Lo único que quería era cualquier información que pudiera proporcionarme Vernal.

—¿Consiguió alguna?

—Poca cosa.

—Pero se tomó muchas molestias para poder investigar.

La mirada fulminante afloró de nuevo.

—¿A qué se refiere?

—A que se acostó con él.

—¿Quién lo dice?

—¿Está insinuando que no fue así?

—Le estoy diciendo que no es asunto suyo.

Fox dejó que el silencio se impusiera entre ambos y después mencionó que las cartas estaban en su poder.

—¿Qué cartas?

Pears no pudo evitar ruborizarse un poco.

—Las cartas que usted le enviaba. Imogen Vernal las encontró y las guardó. —Fox esperó a que su interlocutora lo digiriese—. ¿Me está diciendo que no lo amaba?

Alison Pears cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo.

—Le estoy diciendo que es una vieja historia y que no es asunto suyo. Es usted agente de Asuntos Internos y esto no le compete.

—Tiene razón. Tal vez debería transferírsele todo al DIC...

—No sea grosero.

Fox esperó un momento antes de continuar.

—Un policía llamado Gavin Willis dirigió la investigación, o lo que fuera, cuando Vernal murió. Pero usted se había desvanecido para entonces.

—La División Especial no quería que rondara por allí. Las preguntas podrían haber sido incómodas. Además, el Dark Harvest Commando se había dispersado...

—Porque usted lo diga. Por alguna razón, Willis se quedó con el coche de Vernal.

Pears abrió un poco los ojos.

—¿Y por qué hizo tal cosa?

—No estoy seguro. Lo que sí sé es que vendía armas a grupos como el DHC. En concreto, a un hombre llamado Ojo de Halcón.

Fox le tendió la fotografía y Pears se tomó su tiempo para estudiarla.

—No lo veía desde hacía años.

—¿Al hombre al que agarra del brazo? —preguntó Fox.

—A Ojo de Halcón, sí. Se lo ve un poco incómodo, ¿verdad? Lo del brazo debió de ser idea mía. No le gustaba mucho socializar..., ni tampoco las mujeres. Nunca iba al pub después de las reuniones. Eso era lo que ansiaba la mayoría: no la teoría política, sino el alcohol.

—Después de la muerte de Vernal, ¿no volvió a hablar con ninguno de ellos?

Pears meneó la cabeza y cruzó los brazos, como si se hubiera calmado de repente.

—Yo era otra persona —respondió con serenidad.

—¿Cómo cree que murió Francis Vernal?

—Creo que se pegó un tiro.

—¿Por qué?

—Por la bebida, por su matrimonio y por miedo a que lo descubrieran. Sabía que lo estaban siguiendo.

—¿No discutieron aquella noche?

—La verdad es que no. Creo que le molestaba que solo quisiera hablar sobre el grupo. Me acusaba de estar obsesionada.

Pears descruzó los brazos y estudió de nuevo la fotografía.

—¿Nunca intuyó que era una infiltrada?

—Creo que no.

—¿Y si lo hubiera hecho...?

—Supongo que habría tenido que tomar medidas.

—¿Vio alguna vez una pistola en su coche?

—Eso no significa que no la hubiera.

—¿Eso es un no? —Fox hizo una pausa—. ¿El comisario Jackson no lo sabe?

—¿Lo mío con Francis? —Pears ponderó la pregunta—. Creo que no. ¿Debería saberlo?

—Ha estado hurgando en los archivos.

—¿Por qué?

—Intentaba averiguar el motivo de mi interés. Me contó una cosa...

—¿Qué?

—Que los agentes que seguían a Francis Vernal le echaron un vistazo

después del accidente. —Fox calibró su reacción—. Seguía con vida. En aquel momento no presentaba ningún disparo en la cabeza.

—¿Y qué hicieron?

Pears se había quedado pálida y su voz era poco más que un susurro.

—Si hemos de creer a Jackson, ellos no lo mataron. Tan solo se fueron y lo dejaron allí. Ni una llamada a los servicios de emergencia ni nada.

—Eso es espantoso —observó.

—Me alegra que coincidamos en algo.

Se impuso el silencio en la estancia durante un minuto entero.

—Cabe la posibilidad de que le pegaran un tiro —aventuró a la postre Alison Pears— y se llevaran el dinero.

—Es posible —respondió Fox—. Dígame, ¿Francis Vernal era solo trabajo para usted?

Su mirada se endureció un poco.

—¿Cuántas veces tendré que repetírselo? No me apetece hablar de ello.

—Podría contárselo a Charles Mangold para que se lo traslade a la viuda.

—Creo que esto ya ha ido demasiado lejos.

—¿Alan Carter nunca se puso en contacto con usted? ¿Nunca la relacionó con Alice Watts?

—Ya se lo he dicho, inspector, es usted el primero.

Pears se levantó. Con ello anunciaba que la reunión había tocado a su fin. Renuente, Fox se puso en pie.

—Necesito saber hasta dónde va a llevar todo esto —añadió.

—No puedo responder a eso —contestó Fox.

—Me quedaría más tranquila —perseveró ella—. Tengo que centrarme en mi trabajo.

Fox asintió con un gesto de comprensión.

—Gracias por recibirme —añadió, tendiéndole el brazo para que le devolviera la fotografía.

—Me gustaría quedármela.

Fox se mantuvo en sus trece. En ese momento sonó el teléfono de Pears y respondió sin soltar la foto.

—Sí —dijo.

Mientras ella escuchaba, Fox la vio convertirse de nuevo en la jefa de Policía. Era como si la conversación que habían mantenido hubiese quedado archivada.

—No —dijo ella—. No puede quedárselos Govan. Son mis sospechosos.

Govan era la comisaría de alta seguridad de Glasgow. Era allí donde solían acabar los sospechosos de terrorismo, pero Pears estaba defendiendo su territorio. En el transcurso de la discusión, Fox se dio cuenta de que disfrutaba con la atención de los medios porque ello le brindaba la posibilidad de lucirse. ¿Qué había dicho su marido? Que «necesitaba» aquel caso, o algo por el estilo. Cuando colgó el teléfono, le había dejado clara su determinación al interlocutor. Pears miró a Fox y este supo interpretar el mensaje: «Soy una luchadora. Estoy acostumbrada a ganar. No lo olvide». El inspector asintió y le abrió la puerta. Pears salió primero y se dirigió a las escaleras. Stephen Pears estaba viendo la televisión, pero se levantó para saludar a Fox.

—¿Todo aclarado? —preguntó mientras su esposa desaparecía.

—Estoy bastante satisfecho —respondió Fox.

Entonces se percató de que Andrew Watson se había ido y de que las luces de la pista de tenis estaban apagadas.

—Por tanto, es un caso de identidad errónea —dijo el financiero.

—Estas cosas pasan —comentó Fox.

Pears le dio una palmadita en la espalda y propuso acompañarlo a la puerta.

—Hace una noche espléndida. Puede que saque a Max a dar un paseo.

—Gracias de nuevo, señor Pears —dijo Fox, y le estrechó la mano.

Pears agarró a Fox de la muñeca.

—Lamento lo de su padre. Espero que se reponga. —Hizo una pausa, sosteniendo aún la muñeca de Fox—. Y si alguna vez necesita algo, inspector...

Fox detectó la vacuidad de sus palabras. Era algo que un millonario hecho a sí mismo se había habituado a decir. Pero le dio las gracias de todos modos.

Jude se había quedado dormida en la silla. Según la enfermera, no se había movido de allí.

—Le dijimos que saliera a estirar las piernas, pero no ha querido. Le he traído té con galletas y no ha probado bocado.

Se encontraban en el control de enfermería hablando en voz baja. Casi todos los pacientes dormían.

—¿Mi padre no se ha despertado?

—Todavía no.

—¿Le han realizado el escáner?

—Los TAC van con cierto retraso. Lo hemos pasado a mañana.

—¿Para qué es el gotero? —preguntó Fox, señalando el tubo insertado en el brazo de Mitch.

—Hay que mantener el nivel de fluidos —explicó la enfermera—. ¿Quiere despertar a su hermana o lo hago yo misma?

A su llegada, informaron a Fox de que había una cama disponible para su padre en una sala más cómoda y que acudirían unos camilleros a llevárselo.

—Ya lo hago yo —respondió.

Fox se acercó a Jude por detrás y le tocó el cuello. Tenía la piel fría. Su hermana respiró hondo, hizo una mueca y se despertó soltando un gemido.

—Van a trasladarlo a otro pabellón —explicó Fox—. No podemos hacer nada hasta mañana. Deja que te lleve a casa.

—Ya me las arreglaré —dijo con aire somnoliento mientras se apartaba el pelo de los ojos—. Hay autobuses y una parada de taxis fuera.

—Irás mucho más rápido si te acerco yo... Por favor, Jude.

Ella lo miró y vio algo en sus ojos. Por alguna razón, Fox necesitaba hacer eso por ella. Jude asintió justo cuando los camilleros llegaban para trasladar al paciente.

La enfermera les facilitó a ambos los detalles del pabellón y un número de contacto. Fox le dio las gracias y recorrió el pasillo junto a Jude. Pasó por delante de los mostradores A y E. No reconoció a la gente que estaba esperando. Las puertas se abrieron y Jude se llenó los pulmones del frío aire nocturno.

—¿Mejor? —preguntó Fox.

Jude emitió un sonido indefinido y lo siguió hasta el coche.

No hablaron mucho durante el trayecto. Fox estaba pensando en la casa de Stirling, en la jefa de Policía, en su hermano y en el mecenas que procuraba que todo el mundo tuviera lo que necesitaba.

Fox se preguntó si él también tenía lo que necesitaba. Tardó un momento en darse cuenta de que Jude estaba llorando y le aseguró que todo iría bien.

—¿Y si no sale bien?

«Pues no saldrá bien».

Sin embargo, se descubrió diciendo:

—Saldrá bien.

Fox la dejó en su casa adosada. Tenía una vecina llamada Pettifer y le dijo que debería llamar a su puerta.

—Ya lo hago yo si quieres —dijo.

Pero Jude rechazó la oferta.

—Me voy a la cama —repuso—. Voy a tumbarme.

Fox solo acertó a asentir.

—Te recogeré mañana para ir a verlo juntos.

—No te molestes por mí.

—No hagamos esto, Jude.

Su hermana se frotó los ojos.

—¿A qué hora, entonces?

—Ya te llamaré.

—Podría surgirme algo de improviso —advirtió Jude.

—No lo permitiré.

—Anoche no fue así. —Estudió su cara y suspiró—. De acuerdo. Nos vemos por la mañana.

Jude cerró la puerta de copiloto del coche y enfiló el camino hacia la casa, con aquella ventana sin cortinas y aquel descuidado jardín. Fox recordó la promesa que le había hecho tres o cuatro meses antes: «Yo te ayudaré a arreglarlo; nos llevará solo un par de horas». Un par de horas que no había encontrado. Jude no volvió la vista hacia el coche ni saludó. Una vez dentro, encendió las luces pero no se acercó a la ventana. Fox puso primera y se fue.

Veinte minutos después se encontraba frente a otra casa más hermosa y moderna. Tony Kaye no tenía jardín, solo unos bonitos adoquines para poder aparcar el Mondeo. Fox acababa de colgar el teléfono y vio sombras moviéndose detrás de las cortinas del comedor. Entonces se abrieron y Kaye señaló hacia él, pero Fox negó con la cabeza. Por la puerta apareció Kaye con lo que parecían unas pantuflas de piel. Llevaba la camisa por fuera y el primer botón desabrochado.

—¿Mi casa no es bastante para ti? —dijo al abrir la puerta del acompañante del coche.

—No quería molestaros. ¿Qué tal está Hannah?

—Hasta hace cinco minutos, bien. Ahora se pregunta qué ha hecho para ofenderte.

Kaye miró hacia la casa, como si esperara ver a su mujer frunciendo el ceño tras una ventana.

—He tenido un día de mierda y necesito desfogarme con alguien — confesó Fox.

—¿Crees que tu día ha sido duro? Me he pasado tres horas hablando por teléfono con Cash, intentando convencerlo de que trajera a Tosch Garioch para una entrevista.

—¿Y?

—Será lo primero que haga mañana por la mañana.

Kaye parecía orgulloso de su logro.

—¿Qué hay del informe?

—Está sobre tu mesa. A McEwan le ha gustado bastante.

—¿Lo habéis mandado a la comisaría de Fife?

—No sin tu consentimiento, Foxy.

—Entonces lo leeré por la mañana.

Kaye asintió y clavó la mirada en Fox.

—¿Es por Evelyn Mills? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Se te ha tirado encima y necesitas consejo?

—No he tenido noticias tuyas.

—¿Eso es bueno o malo?

—Déjalo ya, Tony.

Kaye soltó una breve carcajada y le dio a Fox una palmada en la pierna. Luego cambió de postura para ver mejor a su amigo.

—De acuerdo —convino—. Basta de cháchara. Es momento de que lo escupas. Y quiero todos los detalles escabrosos.

Fox se lo contó con pelos y señales.

DOCE

El despertador de Fox sonó a las siete. Pensaba ir a jefatura, recoger el informe y llevárselo consigo al hospital. Vertió unos AllBran en un cuenco y descubrió que el dedo de leche que quedaba en el cartón se había convertido en yogur, así que utilizó agua del grifo y confeccionó una lista de la compra mientras comía. En Fettes Avenue tuvo la sensación de que el desayuno había formado una masa sólida en el estómago. El bar acababa de abrir. Se llevó el café a la oficina de Asuntos Internos y abrió la puerta. Tal como Kaye había prometido, la copia del informe lo esperaba sobre la mesa. Kaye había añadido una nota escrita en un post-it amarillo: «Pegar estrella de oro aquí». Fox arrancó la nota y la tiró a la papelera. No pudo evitar ir directo a la última página. El resumen, que consistía en cuatro líneas redactadas, indicaba que sería difícil encontrar «pruebas concretas» contra los tres agentes, y reducía el caso solo a «sospechas legítimas sobre su grado de competencia y responsabilidad».

Fox sonrió para sus adentros, pues sabía que, de haber gozado de mayor libertad, el lenguaje de Tony Kaye habría sido mucho más colorido. El mensaje de los investigadores dirigido a la policía de Glenrothes era el siguiente: «Hay un problema, pero está en sus manos investigarlo. Les deseamos toda la suerte del mundo».

Había otras veintitrés páginas de texto, pero podían esperar. Fox enrolló el informe para que le cupiera en el bolsillo de la chaqueta y observó la oficina. Naysmith había dejado una nota sobre la mesa de Tony Kaye para recordarle que ahora le debía casi diez libras en atrasos del Tea n Coffee Kitty. Naysmith había desglosado la cifra como habría hecho cualquier contable

reputado, aunque Fox dudaba que fuera a servirle de algo. Comprobó si tenía mensajes en el teléfono de la oficina, pero no había ninguno. Tampoco le había llegado correo. El escritorio de Bob McEwan estaba atestado de informes y otros documentos. Fox sabía que cuando el caos fuera excesivo, los guardaría en un cajón.

Al salir de la oficina cerró de nuevo la puerta. Nadie, excepto Asuntos Internos, tenía acceso a la sala, ni siquiera el personal de limpieza. Una vez por semana, Naysmith enviaba a reciclar el contenido de varias papeleras. Fox leyó el cartel que colgaba de la puerta: «Unidad de Ética Profesional». ¿Hasta qué punto estaba siendo «profesional»? Su deber era redactar un informe y exponer todo cuanto sabía y sospechaba sobre las muertes de Alan Carter y Francis Vernal. Luego, el informe podría ir al DIC: «Hay un problema, pero está en sus manos investigarlo».

—Es él en persona —dijo alguien desde atrás.

Fox se dio la vuelta y vio al jefe de Policía, Jim Byars, quien se dirigía hacia él a buen paso, haciendo oscilar los brazos.

El jefe se detuvo a escasos centímetros de Fox.

—¿Qué está pasando, por el amor de Dios? —preguntó.

—¿Señor?

—¿Cómo se las ha apañado para tocarle las narices a Andrew Watson?

—Tenía que hablar de una cosa con su hermana.

Byars lo miró fijamente.

—Deduzco que se refiere a Alison Pears, jefa de la comisaría de Escocia Central.

—La misma.

—Que resulta que es amiga mía y está dirigiendo la investigación más importante de su carrera.

—Así que probablemente no necesita que meta las narices en sus asuntos

—dijo Fox, asintiendo lentamente—. En fin, respondió a mis preguntas. Eso es todo.

—¿Y qué fue lo que le preguntó en primer lugar?

—Acerca de un leve vínculo con la muerte de Alan Carter.

Byars puso los ojos en blanco.

—Tan leve como su vínculo con ese maldito asunto.

—En eso le doy la razón, señor —reconoció Fox.

—Bien, entonces...

Fox extrajo el informe del bolsillo.

—Tengo nuestras conclusiones aquí mismo. He de comprobar algunos detalles antes de enviarlo a la comisaría de Fife.

—¿Y con eso habrá acabado?

—Con eso habré acabado —replicó Fox.

—¿Puedo tranquilizar a Andrew Watson?

—Desde luego. —Fox hizo una pausa—. También puede recordarle que su título incluye la palabra «justicia».

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó el jefe de Policía cuando Fox se disponía a marcharse.

Luego se dirigió a casa de Jude. No respondía al teléfono, así que pensó que tal vez se había encerrado con unas cuantas pastillas o unos tragos de vodka. Cuando llamó al timbre no hubo respuesta. Se asomó a la ventana del salón, pero el lugar parecía desierto. Después se agachó y gritó su nombre a través del buzón. Nada. Tampoco había signos de vida en casa de la vecina, así que volvió al coche y puso rumbo al hospital. Era hora punta y el tráfico avanzaba con una lentitud exasperante. Le llevó unos minutos encontrar aparcamiento. Entró en el vestíbulo principal. El bar y la tienda estaban haciendo su agosto, no solo entre el personal y los visitantes, sino también con los pacientes, identificables por las pulseras que llevaban en la muñeca. Fox se moría por un café, pero vio la cola y siguió caminando.

Tal como sospechaba, Jude estaba sentada junto a la cama de Mitch.

—Pensaba que tenía que recogerte —protestó.

—Me he levantado temprano.

Volvía a sostener la mano de su padre.

—¿Todavía no ha vuelto en sí?

Jude hizo un ademán negativo. Había otras tres camas en la habitación, una de ellas vacía y las otras dos ocupadas por ancianos.

—¿No deberías estar trabajando? —preguntó.

—Ya lo he hecho. —Fox sacó el informe del bolsillo—. Pensaba sentarme aquí a leer esto.

—Bien.

Había unas sillas apiladas contra una pared cercana. Cogió una y la llevó al lado de la cama de su padre. No sabía si había sido una decisión consciente por su parte, pero la silla de Jude estaba orientada de tal manera que si él pretendía sentarse cerca de ella, la suya sobresaldría y sería un obstáculo para el personal médico. En lugar de pedirle que se apartara un poco, se situó al otro lado de la cama.

—¿Te han dicho a qué hora le harán el escáner?

Jude negó otra vez con la cabeza. Estaba acariciándole el pelo a su padre. Se apreciaba una incipiente barba gris en las mejillas y el mentón y un rastro de saliva seca en la comisura de los labios. Una enfermera se detuvo a comprobar la lectura de la máquina e introducir los resultados en un gráfico colgado a los pies de la cama. Fox le preguntó por la prueba.

—Con suerte, antes de comer —le informó—. Ha pasado una noche tranquila.

La enfermera sonrió, como si pretendiera tranquilizarlo.

«No está tranquilo —deseaba replicar Fox—, está comatoso», pero se limitó a devolverle la sonrisa y darle las gracias. Cuando la enfermera se fue, Fox vio que su hermana lo taladraba con la mirada.

—¿Qué? —preguntó.

—¿No puedes mover algunos hilos? —susurró ella.

—¿Qué clase de hilos?

—Eres policía, ¿no? Habla con ellos. Pregúntales si hay manera de saltarse la cola.

—No son el enemigo, Jude.

—Pero tampoco se están deslomando, precisamente.

Apenas había terminado la frase cuando llegaron dos celadores. La enfermera los acompañó hasta la cama.

—El escáner —anunció.

—Gracias —dijo Fox una vez más.

—¿Podemos ir con él? —preguntó Jude, poniéndose en pie.

—Será mejor que se queden aquí —respondió un celador—. Ahora mismo volvemos.

El hombre llevaba los brazos tatuados. Tenía la espalda ancha y un par de cicatrices en la cara. Parecía haber intuido que Fox era policía, al igual que Fox habría apostado dinero a que él había estado en la cárcel. Jude se mostraba reacia a soltarle la mano a su padre. Le dio un beso en la frente y se echó a llorar.

—No hay nada de lo que preocuparse —insistió la enfermera. Después, a Fox—: ¿Quiere que la lleve a tomar una taza de té?

Jude no quería una taza de té, pero Fox se las arregló para acompañarla al bar. Ella se zafó y le dijo que iba a fumar un cigarrillo afuera.

—Creía que lo habías dejado —dijo Fox.

—Alguien me dará uno —repuso Jude, que se dirigió hacia las puertas automáticas.

Fox compró un periódico en la tienda y después un café y un panecillo con beicon. Pidió lo mismo para Jude y se sentó a una mesa. Entonces su teléfono empezó a vibrar. Era Tony Kaye.

—Buenos días, Tony.

—¿Cómo está el viejo?

—Acaban de llevárselo para hacerle un escáner.

—¿Estás en el hospital?

—Sí.

—Nosotros estamos cruzando el puente. Volvemos a la soleada Fife.

—Todavía no he tenido la oportunidad de leer el informe.

—No hay prisa.

—Pero las conclusiones parecen sólidas.

Fox había cometido el error de abrir el bocadillo de beicon. La carne era tan gris como las caras que lo rodeaban y lo apartó a un lado.

—He recibido un mensaje de texto de Cash a primera hora de la mañana —explicó Kaye—. Joe y yo podremos estar presentes en el interrogatorio. Se supone que debemos mantener la boca cerrada, pero si pensamos que se le ha olvidado algo, le haremos una señal para discutirlo con él afuera.

—¿Te parece bien?

—Ya me conoces, Malcolm.

Fox sonrió.

—Por eso te lo pregunto.

—No hay nada que me complazca más que obedecer una orden, sobre todo cuando el que la dicta es un gilipollas redomado.

Naysmith realizó un comentario desde el asiento del copiloto.

—¿Qué dice Joe? —preguntó Fox.

—Me acusa de circular demasiado cerca del BMW que llevamos delante.

—¿Vais por el carril rápido? ¿Ciento veinte? ¿Ciento treinta?...

—¿Y?

—Y llamando por teléfono.

—Estoy poniendo nervioso al joven Joe para que demuestre su coraje en Kirkcaldy.

—Ya me contarás cómo ha ido.

—Tú piensa en tu padre. —Kaye hizo una pausa—. ¿Qué tal lo lleva Jude?

—No está en su mejor momento.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—No hay nada más importante que la familia, Malcolm.

—Eso me dijiste anoche.

—Porque es cierto. Paul Carter y su tío... Francis Vernal... Ninguno de ellos va a volver. A veces, los de carne y hueso deben ser la prioridad.

Fox vio a Jude entrando de nuevo en el edificio. Él le señaló el bocadillo y el café que la esperaban, pero los rechazó e indicó que se dirigía al pabellón. Luego desapareció rápidamente.

—Infórmame de cómo va todo —repitió Fox—. ¿Suena Alex Harvey otra vez?

—Tengo que seguir recordándole a Joe que en la vida hay algo más que Lady Gaga —explicó Kaye antes de colgar.

Al abogado de Tosh Garioch no le convencía la presencia de Kaye y Naysmith.

—Están aquí en calidad de observadores —le dijo el inspector Cash.

La entrevista iba a grabarse y Naysmith observó con recelo los esfuerzos del sargento Young por montar el aparato, e incluso suspiró en una o dos ocasiones, lo cual molestó a este último.

Tosh Garioch había alejado la silla de la mesa para poder estirar las piernas. Era bajo, fornido y musculoso, con una calva brillante y un tatuaje de un cardo que le asomaba por el cuello.

—¿Sabe por qué está aquí, señor Garioch? —preguntó Cash, equilibrando un bolígrafo encima de su cuaderno de notas.

El abogado, sentado al otro lado de la mesa, también llevaba un bolígrafo, con el que no cesaba de hacer ruido, hasta que Cash le pidió que parara.

—Quien escuche esto pensará que he estado disparándole grapas —explicó Cash.

Luego repitió la pregunta.

—Sí —dijo Garioch, agarrándose el escroto con la mano para reubicar lo que guardaba allí—. Supongo que sí.

—¿Qué estaba haciendo el pasado miércoles por la noche?

—Estaba en casa. En circunstancias normales, habría estado trabajando.

—¿De portero? ¿Para la empresa de Alan Carter?

—Ahora que está muerto, no será fácil.

—Siempre puede pedirles trabajo a los Shafiq. —Cash hizo una pausa, con la mirada clavada en Garioch—. Aunque después de discutir con ellos en nombre de su jefe, tal vez sea demasiado tarde.

Kaye estaba apoyado en la pared opuesta con las manos a la espalda. Garioch lo miró. Se preguntaba de dónde había sacado Cash aquella información.

—Los Shafiq eran parte del negocio —afirmó el portero—. Todo quedó aclarado.

—¿Algo de esto es relevante? —interrumpió el abogado mientras garabateaba en una hoja de papel.

—Es el precalentamiento —informó Cash con una sonrisa fría. Después, a Garioch—: ¿Le importa que le pregunte quién estaba en casa con usted?

—Sí.

Clásico error, que Cash reconoció chasqueando la lengua: nunca formule una pregunta cuya respuesta sea un callejón sin salida.

—¿Estaba solo?

—Con mi novia.

—Ah.

Cash sacó un trozo de papel del bolsillo y lo estudió.

—Billie Donnelly, ¿verdad?

Garioch no pudo evitar mirar de nuevo a Tony Kaye. Este sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Esto va a llevarnos a alguna parte, inspector Cash? —preguntó el abogado fingiendo aburrirse.

—Tenemos una descripción de un testigo que encaja a la perfección con su cliente —expuso Cash—. Iba caminando por la calle principal con la ropa mojada poco después de que Paul Carter recibiera una paliza y lo persiguiesen hasta el mar. Otro testigo vio la persecución en sí. Me parece que lo siguiente será una rueda de reconocimiento.

—De ninguna manera —dijo Garioch, quien se volvió hacia el abogado en busca de confirmación.

El letrado se reubicó las gafas de montura gruesa. Cash se apoyó en la mesa y los miró a ambos.

—Dos testigos, Tosh. Y hay una buena razón para ello. Está en el paro porque han asesinado a su jefe, y toda la ciudad sabe quién lo hizo. Lo ven salir tambaleándose del Wheatsheaf. Ninguno de sus compañeros del DIC está allí para ayudarlo. Una discusión acalorada y las cosas empiezan a ponerse feas. Todos conocemos la reputación de Paul Carter. Tenía bastante mal carácter. Yo no digo que no fuera él quien soltara el primer puñetazo. —Cash buscó lesiones en el rostro de Garioch con gran teatralidad—. Por otro lado, está claro que se llevó la peor parte. Sabía que las cosas no iban a mejorar, así que echó a correr. Y usted lo persiguió, primero por el paseo marítimo y después por la playa. Es usted un tipo corpulento, pero no está en forma. Seguramente nunca le habría dado alcance, pero estaba tan asustado que se lanzó al mar de todos modos. O puede que sí lo alcanzara... —Cash hizo una pausa—. Puede que sí lo consiguiera.

—¿Tengo que aguantar esto? —le preguntó Garioch a su abogado.

—Creo que el inspector Cash sería muy estúpido si piensa acusarte de algo así —especuló el abogado.

—Habrá otros testigos —les advirtió Cash—. Ni siquiera hemos hecho pública la descripción. Un bruto calvo y enorme con un tatuaje en el cuello que se pasea por las calles con los pantalones mojados. Piénselo bien, Tosh: sabe de sobra que lo vieron. Montaremos una bonita rueda de reconocimiento... Pero lo haremos una vez que hayamos traído a Billie. La someteremos a una intensa sesión.

Kaye avanzó medio paso, dispuesto a intervenir: le dio la impresión de que Garioch estaba preparándose para abalanzarse sobre la garganta de su torturador. Cash también pareció darse cuenta, pero se inclinó un poco más hacia aquel hombre.

—Puede que ella cometa perjurio, pero eso jugará en su contra en el tribunal. Acabará cayendo, igual que usted. ¿Sabe aquello que dicen en las películas de televisión: «móvil, medios y oportunidad»? —Cash levantó tres dedos—. En mi «rasca y gana» han aparecido tres lingotes de oro, Tosh.

Cash volvió a sentarse y juntó las manos. Garioch apoyó los nudillos contra el borde de la mesa y después se levantó lentamente.

—¿Le he dado yo permiso para marcharse? —preguntó Cash sin emplear un tono antipático.

—¿Puedo irme cuando quiera? —le preguntó Garioch a su abogado, que asintió—. Entonces me largo de aquí.

—Cuanto más difícil me lo pongan, mejor me lo pasaré —les advirtió Cash ambos.

Garioch lo miró, pero no dijo nada. Entonces se dio cuenta de que Kaye se interponía entre la puerta y él.

—Tenemos que hacer un trato —propuso Kaye—. Si a Paul Carter lo denunció su tío y usted tuvo algo que ver en ello... Ambos están muertos, ¿qué más da?

—¿Le he dado permiso para hablar? —dijo Cash en un tono casi excesivamente pausado.

Kaye no le hizo caso y mantuvo la mirada clavada en Garioch.

—Tenemos que hacer un trato —repitió en voz baja, a la par que le tendía una tarjeta de visita.

Garioch miró a Kaye y a Cash, y después al resto de ocupantes de la sala.

—Anda y que os den a todos —gruñó.

Luego apartó a Tony Kaye y abrió la puerta, no sin antes coger la tarjeta.

Fox se fue a casa a la hora de comer. Hasta el momento, las pruebas practicadas a su padre no habían sido concluyentes. Aún parecía una embolia, pero no sabrían más hasta que Mitch recobrar el conocimiento.

—¿No pueden provocárselo con una inyección de adrenalina o algo por el estilo? —preguntó Jude.

Jude había llorado más y el especialista le recomendó que saliera un rato del hospital. Fox se había ofrecido a llevarla a casa, pero ella insistió en coger el autobús.

—Eso es una estupidez —le dijo Fox—. ¿Vas a comportarte así por el resto de tus días?

Craso error. Jude intentó darle una bofetada y salió como una exhalación. Fox la vio desde el coche bajo la marquesina del autobús, de brazos cruzados y enfadada con el mundo.

Había hecho un buen crono y aparcó delante de casa justo antes de la una. Cuando salía del coche lo llamó Tony Kaye.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Fox.

—Creo que el inspector Cash está cabreado conmigo.

—Buen trabajo. —Fox pulsó el botón del llavero para cerrar el Volvo—. Entiendo que fuiste incapaz de cerrar la boca.

—Quizá le ofreció accidentalmente un acuerdo a Tosh Garioch.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Mostrarnos comprensivos con él ante el ahogo si nos habla de su jefe.

—¿A Cash no le gustó?

—No me lo pareció. Diría que está a punto de echarnos de la ciudad.

—En el club hay sitio para dos más —dijo Fox.

Se encontraba delante de la puerta.

—¿Alguna noticia sobre tu padre?

—Te llamo luego.

Fox colgó y se acercó a la ventana del salón para observar el interior de la casa. No había movimiento. De nuevo frente a la puerta principal vio los desperfectos que había sufrido la jamba. No quedaba gran cosa de ella. Había bastado con una palanca o un cincel. No pudo evitar pensar en los daños que había sufrido la puerta de Gallowhill Cottage. Estudió las propiedades vecinas. Era una calle tranquila, y la gente, muy reservada. El ladrón no habría tardado ni medio minuto en entrar. Pudo fingir que estaba o bien llamando al timbre, o bien realizando una entrega a través del buzón. Fox abrió la puerta con el pie y entró en el recibidor.

No parecía que faltara ninguno de los documentos que tenía sobre la mesa del comedor. Tal vez los hubieran leído, pero era difícil saberlo. Su ordenador portátil había desaparecido, junto con el cable y el cargador, aunque el televisor y el reproductor de DVD seguían allí. En la cocina, la radio y la tetera no estaban en su lugar habitual. En el piso de arriba, el contenido de los cajones estaba esparcido por el suelo. Su reloj bueno se había esfumado, pero el pasaporte no. El contenido del armario de la ropa también yacía en el suelo. Se sentó en la cama y apoyó la barbilla en las manos.

¿Merecía la pena denunciarlo? Sí, pero solo para obtener un número de referencia que facilitarle a la compañía de seguros. Dudaba que hubiese huellas. Un carpintero arreglaría la puerta. Quiquiera que fuese el autor, se había ido sin coger la copia de las llaves. No pensaban volver. Procuraron que pareciese un robo corriente y moliente, pero Fox no estaba convencido. Bajó de nuevo y observó los documentos que había sobre la mesa. En mayúsculas, impreso en la página situada en lo alto de la pila, aparecía el

nombre de Charles Mangold. Fox había anotado otros nombres, además de fechas y preguntas...

«Si hubiera estado aquí —se dijo—, ¿habrían intentado que pareciera un suicidio?».

—Contrólate, Malcolm —murmuró.

Intentó pensar en la cantidad de información que almacenaba en el portátil. Contenía más pensamientos y de forma más detallada que las notas escritas. No había tenido tiempo de añadir a Alison y Stephen Pears, y a Andrew Watson. ¿Había mencionado el libro de reparaciones de Francis Vernal? ¿Y la conexión entre Gavin Willis y el Dark Harvest Commando, más en concreto con el hombre llamado Ojo de Halcón? Fox creía que sí. No había impreso nada, pero había copiado el contenido de la carpeta en una memoria extraíble.

Una memoria extraíble que había desaparecido.

Y, con ella, el libro del profesor Martin.

Una memoria de cuatro libras y un viejo libro raído. Ningún ladrón que se precie se habría molestado en llevarse ninguna de las dos cosas. ¿Serían espías? ¿La División Especial? ¿Era la misma advertencia que había recibido Alan Carter, si bien en aquella ocasión todo había salido mal? Fox cogió el teléfono e informó del robo. Después salió y comprobó si el libro de reparaciones de Vernal seguía en la guantera del coche. Allí estaba. Llamó a los bungalós que flanqueaban el suyo, pero no había nadie en casa. Al otro lado de la calle, el señor Anderson, anciano y duro de oído, no había visto nada inusual.

—¿Un coche o una furgoneta? —insistió Fox, pero Anderson se limitó a agitar la cabeza y se ofreció a preparar té para los dos.

—En otro momento —le dijo Fox.

Probó con dos vecinos más, pero nadie había visto ni oído ningún vehículo. Tampoco a desconocidos.

Todo estaba tranquilo, como de costumbre.

Cuando llegó el coche patrulla, Fox les mostró su identificación y les enseñó los desperfectos. Uno de los agentes llevaba un dispositivo electrónico en el que tecleó los pormenores.

—¿Tiene el número de serie del portátil? —preguntó.

Fox fue a buscar la garantía. Podría haber dicho que no iba a aparecer, pero habrían querido saber por qué estaba tan convencido de ello.

—Nada que ver con Lothian y Borders, ¿cierto? —preguntó el otro agente. Fox negó con la cabeza.

—Entonces no está relacionado con el trabajo...

—No —mintió Fox.

—Al menos no le abrirán un expediente —comentó el agente.

—Es una bendición —añadió su colega.

—¿El sarcasmo es gratis? —preguntó Fox—. Solamente se abren expedientes por negligencia. Dudo mucho que un robo cuente como tal.

Los agentes ya se habían divertido a costa de Asuntos Internos, así que cesaron las risitas con suficiencia y le sugirieron que llamara a un equipo para que buscara huellas. Fox argumentó que no merecía la pena tomarse esa molestia.

—No esté tan seguro de eso, inspector —respondió el mayor de los dos—. En los últimos seis meses he acudido a varios robos en esta zona. Puede que el suyo esté relacionado.

—Y entonces atraparemos a esos cabrones... —añadió el más joven.

—Muy bien —respondió Fox.

El coche forense tardó una hora en llegar. Una joven entró con su caja de herramientas y se puso manos a la obra. Fox había devuelto el dormitorio a su estado habitual y la observó mientras vertía unos polvos en la puerta principal.

—No les costó mucho —dijo.

—No.

—Ni siquiera se han llevado la tele. Eso quiere decir que probablemente iban a pie.

—Sí.

La agente hizo una pausa.

—No voy a encontrar gran cosa aquí —reconoció.

Minutos después estaba en el salón. Fox le pidió que examinara la superficie de la mesa y encontró varias huellas.

—Probablemente sean mías —observó Fox.

La joven recogió algunas muestras y le tomó las huellas para cotejarlas. Fox recordó la escena que había vivido frente a la casa de Alan Carter. Todavía se preguntaba si había sido una suerte no haber estado presente.

Pero, si realmente lo querían allí, podrían haber elegido otro momento. Era relativamente fácil conseguir su dirección: una charla con la persona adecuada, o incluso la piratería informática. No figuraba en el listín telefónico, pero Jude sí. También podrían haberlo seguido desde la comisaría. O bien lo vieron salir de casa, o bien sabían que se dirigía al hospital después de su breve visita a la oficina.

¿Estarían escuchando sus llamadas telefónicas?

¿Habrían instalado micrófonos en su casa, oficina o coche?

Fox intentó desterrar aquella idea de su mente, pero sabía que le inquietaría el resto del día.

—¿Los del traje de lana le han facilitado un número de referencia? —preguntó la forense cuando hubo terminado en el dormitorio.

—¿Los del «traje de lana»?

—Los agentes —explicó con una sonrisa—. Había un inspector que los llamaba así.

—Me han dado un número de referencia, sí.

—Entonces lo único que puede hacer es presentar una denuncia y

comprarse una puerta más resistente la próxima vez.

Fox asintió.

—Podría haber sido peor, ¿no? —dijo ella con una sonrisa.

Fox pareció estar de acuerdo.

Se encontraban en la misma sala de reuniones de Mangold Bain. Como cabía esperar, Charles Mangold solo podía dedicarle unos minutos. No le ofreció bebida. El tiempo, como dijo Mangold, no lo permitía. Juntó las manos, rozándose con los labios la yema de los dedos, y escuchó lo que Fox quería exponerle.

—Han entrado en mi casa. Dejaron el material que usted me dio, pero se han llevado el portátil. En él tenía almacenado parte del trabajo que había realizado sobre el caso Vernal. Ahora tendrán su nombre...

Mangold le restó importancia a esto último.

—¿Quién cree que es el responsable?

—No estoy seguro. He tenido algunos encontronazos con una persona de la División Especial...

—Ah.

—Y anoche fui a ver a Alice Watts.

Mangold no se molestó en tratar de disimular su sorpresa.

—¿La chica con la que se veía Francis? ¿Dio con ella?

—Sí.

—¿Dónde está? ¿A qué se dedica? —Vio que Fox negaba con la cabeza—. ¿No? ¿Por qué?

—Tengo mis motivos.

Mangold pareció barajar la posibilidad de insistir, pero la mirada de Fox

denotaba que sería en vano.

—¿Le habló de Francis? —preguntó.

Fox asintió.

—¿Y bien?

—No lo amaba.

Mangold lo miró.

—¿Está usted seguro de eso?

Fox asintió de nuevo.

—¿Y por qué desapareció de la faz de la Tierra? ¿Tuvo algo que ver con su muerte?

—No lo creo. No directamente, al menos. Pero puede tranquilizar a Imogen Vernal. —Fox hizo una pausa—. Aunque no creo que esa haya sido su verdadera intención en algún momento. —Ambos cruzaron miradas—. Creo que lo que usted quiere en realidad es que se le caiga la venda de los ojos.

—Ah, ¿sí?

—Le irrita que durante todos estos años se haya aferrado a una imagen de su marido: el cruzado, el patriota. No importa lo que usted haya hecho por ella..., y eso incluye añadir su nombre al bufete de abogados. Nunca le ha dado lo que se merece, ¿verdad?

—No creo que este arrebato tenga objeto alguno, inspector.

Fox hizo caso omiso de la protesta.

—¿Por qué eligió a Alan Carter para que fuera su sabueso? Había tenido años para investigar la muerte de Vernal y apuesto a que eso es justamente lo que hizo. No llegó muy lejos. Pero sabía que Gavin Willis había dirigido la investigación original y tal vez descubriera que había sido mentor de Alan Carter. —Fox entrecerró los ojos—. No le interesaba lo que había descubierto. Se preguntaba cuánto intentaría ocultar. De ese modo comprendería mejor el papel que desempeñaba Gavin Willis. Y tenía usted

razón: Carter no le habló del coche de Vernal, por ejemplo, que durante todos estos años ha permanecido guardado en un garaje de Gallowhill Cottage. El recelo era mutuo: también había cosas que él no quería que usted supiera. Tal vez por eso aceptó el trabajo: así podía controlar la investigación y cerciorarse de que el barro no salpicara el nombre de Gavin Willis.

—No creo que esto nos lleve a ninguna parte —repitió Mangold con voz pausada pero temblando de ira.

Fox permaneció sentado en silencio unos segundos y después se encogió de hombros.

—Han aparecido un par de nombres más —dijo—. Para empezar, el de Andrew Watson.

—¿El actual ministro de Justicia?

—El mismo. ¿Lo conoce?

—No.

—Pero fue abogado antes de llegar al Parlamento.

—Es de otra generación y ejercía en Aberdeen.

—¿Era criminalista?

Mangold asintió.

—¿Qué tiene que ver Watson con la muerte de Francis? —Mangold arqueó una ceja—. ¿Está persiguiéndolo para que reabra la investigación?

—¿Le gustaría?

—Sería una pesadilla para Imogen.

—A lo mejor podría buscarse a alguien que la tomara de la mano...

La mirada de Mangold evidenciaba que, en su opinión, aquello había sido un golpe bajo.

—¿Cuál es el otro nombre? —preguntó.

Fox movió la cabeza lentamente, como diciendo que no tenía la menor importancia.

—He visto una foto de su cuñado.

—¿De Stephen Pears?

—Tomada en el New Club.

—Es miembro de él.

—Creía que la mayoría eran abogados y jueces.

—El espectro es bastante amplio —precisó Mangold.

—¿El ministro de Justicia también pertenece al club?

Mangold reflexionó unos instantes.

—Creo que no.

—¿Vernal conocía a Andrew Watson? —preguntó Fox—. Ambos eran abogados... Y nacionalistas.

—¿Watson no iba a la escuela cuando Frank murió? —Mangold realizó un cálculo mental—. No podía tener más de dieciséis o diecisiete años.

—La edad del idealismo —afirmó Fox—. También es una edad en la que uno está abierto a otras ideas.

Aunque tal vez no a la idea de que su hermana se estuviera acostando con un hombre que le doblaba la edad, un hombre casado, un hombre llamado Francis Vernal...

A falta de ordenador en casa, Fox regresó a Fettes con la esperanza de no tropezar con el inspector jefe. El boletín radiofónico anunció que a los tres sospechosos de Kippen probablemente los acusaran al final de la jornada, pero que en cualquier caso iban a permanecer bajo custodia, pues se había concedido una prórroga para realizar los interrogatorios. Fox sabía que después del caso de Megrahi, el gobierno escocés consideraría que todos los focos apuntaban a él y al sistema de justicia.

Junto al mostrador, el estatus seguía siendo crítico.

—¿Incluso ahora que han detenido a los malos? —preguntó Fox al agente de recepción.

—No sabemos cuántos siguen ahí fuera —respondió el hombre—. Y tal vez quieran venganza...

«Miedo»: Fox había percibido lo mismo al leer las noticias de 1985. El miedo era omnipresente. Cuando no se debía a la conflagración entre Estados Unidos y la Unión Soviética o a una glaciación inminente, era por otra causa. El miedo al delito parecía desbordar siempre las estadísticas. Ahora mismo, la gente se echaba a temblar por sus empleos y pensiones, por el calentamiento global y por la mengua de los recursos. Si algún día se resolvían esos problemas, otras preocupaciones ocuparían su lugar. Contempló la palabra crítico, pasó frente al rótulo y se dirigió hacia las escaleras.

Joe Naysmith se encontraba en la oficina de Asuntos Internos y saludó a Fox con la mano.

—¿Habéis terminado en Fife? —le preguntó Fox. Naysmith asintió—. ¿Y dónde está Tony?

Naysmith se encogió de hombros y le preguntó a Fox si quería un café.

—Claro —dijo, y se sentó delante del ordenador.

Sacó un billete de veinte libras del bolsillo, hizo con él un avión de papel y se lo lanzó a Naysmith. El joven lo miró.

—Esto es para el bote común —explicó Fox—. ¿Alcanza?

—De sobra.

—Bien —dijo Fox.

Después empezó a buscar información sobre Andrew Watson. Tal como había mencionado Mangold, el actual ministro de Justicia acababa de matricularse en la Universidad de Aberdeen cuando Francis Vernal murió. Fox leyó con atención, pero no encontró indicios de que Watson hubiera sido particularmente radical. Se había licenciado en Derecho y, más tarde, se había incorporado a un bufete de abogados. A los veintisiete años era asesor del Partido Nacional Escocés, y a los treinta y uno, miembro del Parlamento. El

líder del partido parecía profesarle un gran respeto. Como «chico en la sombra», se le reconocía haber ayudado al PNE a allanar el camino hasta el gobierno.

El billete de veinte libras pareció animar a Joe Naysmith. Se sentó con Fox y dejó que lo avasallara con sus ideas. Después se levantó a preparar más café mientras Fox enviaba a Tony Kaye un mensaje de texto preguntándole por su paradero. Cuando sonó el teléfono, imaginó que sería él, pero era Jude, que llamaba desde el hospital.

—Se ha despertado —dijo—. Pero no se encuentra bien...

Fox fue al hospital y entró en el aparcamiento detrás de un Rover que circulaba a paso de tortuga. Irritado, hizo sonar el claxon y exhortó al conductor para que acelerara. Después de un par de vueltas encontró un sitio vacío en la esquina opuesta al edificio y tuvo que pasar junto al Rover de camino a la entrada del hospital. El conductor tenía la misma edad que el padre de Fox y parecía asustado. El rótulo de crítico se reprodujo en su mente y se detuvo un momento, le dijo que lo sentía y siguió adelante.

Cuando llegó a la habitación, Mitch tenía los ojos cerrados y las manos juntas sobre el pecho. Jude estaba hablando con una mujer que decía llamarse Mae Ross.

—La señora Ross trabaja en Lauder Lodge —explicó Jude.

—Queríamos saber cómo se encontraba —añadió la señora Ross.

—Yo estaba disculpándome por no haberme puesto en contacto antes con ellos.

Fox asintió.

—Dijiste que estaba despierto —espetó.

—Bueno... Más o menos.

Fox se acercó a su padre. Le temblaron los párpados antes de abrirlos y tardó un momento en enfocar.

—¿Chris? —dijo su padre, arrastrando las palabras.

—Soy Malcolm —respondió, tocándole las manos.

—¿Malcolm?

El nombre apenas sonó inteligible.

—Es por culpa de la embolia —dijo la señora Ross. Después, al paciente, con una voz cantarina normalmente reservada a los niños—: ¡Todos estamos deseando tener de nuevo a nuestro cliente favorito en Lauder Lodge!

Su amplia sonrisa se desvaneció en cuanto Fox se volvió hacia ella.

—No es un cliente —dijo con brusquedad—. ¡Es mi padre!

La señora Ross parecía consternada.

—No lo he dicho con mala intención, señor Fox...

Jude parecía asombrada por el arrebató de su hermano y le puso una mano en el antebrazo.

—Chris —repitió Mitch Fox.

—Chris no, Malcolm —le dijo.

—¿El primo Chris? —dedujo Jude—. ¿El Chris de Burntisland?

—Chris está muerto —le explicó Fox a su padre—. Se cayó de la moto, ¿recuerdas?

Fox sacó del bolsillo la fotografía en la que aparecía Chris Fox saludando a Francis Vernal. La desdobló y se la puso a su padre delante de la cara.

—¿Lo ves? —dijo—. Es Chris. —Señaló el rostro del difunto—. Ese es Chris y yo soy Malcolm.

—Tranquilo, Malcolm —le dijo Jude, mientras la señora Ross lo miraba como si estuviese loco.

El personal médico tampoco bajaba la guardia. Fox bajó la foto y su padre adoptó de nuevo un semblante inexpresivo.

—Chris era siempre muy prudente cuando iba en moto —dijo Mitch Fox.

—No lo suficiente.

Pero en la mente de Fox empezó a formarse una pregunta, una pregunta

que solo una persona podía responder. Se volvió hacia Jude, que todavía lo tenía agarrado del antebrazo.

—Debo ir a un sitio. ¿Puedo dejarte aquí?

Jude asintió con cierto temor reflejado en la mirada. Fox le acarició la cara.

—Pero si hay cambios... —añadió.

—Te llamo...

—No tardaré mucho.

—Vuelve cuando puedas —le dijo Jude.

Incluso se las arregló para esbozar una tenue sonrisa, como si quisiera animarlo. Fox hizo algo que no había hecho en mucho tiempo: se agachó y la besó en la mejilla. Su hermana se levantó un poco para facilitarle las cosas.

Después se fue.

Cuando Fox llegó a la Jefatura de Stirling, la presencia de los medios de comunicación no había menguado y los agentes armados comprobaron exhaustivamente su identificación. Después envió un mensaje a la jefa de Policía: «Dígale a Jackson que estoy abajo».

Diez minutos después, el hombre de la División Especial se encontraba delante de él. Fox se tomó su tiempo para levantarse del asiento que había ocupado en su visita anterior.

—¿Qué demonios quiere? —le espetó Jackson.

—¿Ya los han acusado? —preguntó Fox con desinterés.

Jackson cruzó los brazos y no medió palabra.

—Anoche mantuve una agradable conversación con la jefa de Policía —continuó Fox—. Lamento que sintiera la necesidad de dejarlo al margen.

Jackson exhaló ruidosamente por la nariz. En ese momento sonó su teléfono y leyó el mensaje. Fox esperó hasta que volvió a prestarle atención.

—¿Le suena el nombre de Chris Fox?

Jackson lo miró y movió ligeramente la cabeza.

—Me preguntaba cuándo sacaría el tema —murmuró—. Vamos...

La misma recepcionista del día anterior entregó un pase a Fox, que siguió a Jackson por un pasillo en dirección a unas escaleras. Llegaron a otro pasillo, en esta ocasión con un agente armado de guardia que verificaba las identificaciones. Había dos salas de interrogatorio, una delante de la otra. Unos policías con chalecos antibalas estaban apostados frente a ambas. Jackson abrió una de las puertas.

—Eche un vistazo —dijo.

Desde el umbral, Fox vio a un hombre sentado a una mesa. Iba esposado y se negó a levantar la cabeza. Tenía la piel de un tono marrón claro, el pelo grueso y ondulado, y ojeras. No podía abrir el ojo izquierdo a causa de un moratón. Jackson cerró la puerta y miró a Fox.

—Primero objetivos militares y políticos, y después civiles: supermercados, instalaciones futbolísticas e incluso hospitales. Le daba igual quién muriera con tal de llamar la atención.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Fox.

—Existe una amenaza real y seríamos estúpidos si viviéramos en el pasado.

Jackson se percató de que los guardias estaban escuchando, así que enfiló el pasillo y pasó junto a unos agentes en mangas de camisa, que lo saludaron. Luego entró en una pequeña oficina que encontró vacía.

—Cierre la puerta —ordenó a Fox—. Es una amenaza real —repitió pausadamente el hombre de la División Especial—. Haremos todo lo que sea necesario para impedir que se materialice.

—Yo le preguntaba por Chris Fox—. Pensaba que hablábamos de eso. Cuando vi su apellido en los archivos creí que tenía que haber alguna conexión.

—¿Cuando hablamos en la cafetería?

—Ya lo sabía —confirmó Jackson—. No entendía por qué no lo mencionaba. Empezaba a pensar que tenía algo que esconder.

—¿Por ejemplo?

Jackson se encogió de hombros.

—¿Es pariente suyo?

—Primo. ¿Cómo es posible que figure en los archivos de la División Especial?

—¿No lo sabe?

Jackson parecía verdaderamente sorprendido. Fox notó que estaba

midiendo las palabras.

—Entre usted y yo —dijo Fox.

Jackson se tomó unos momentos más para aclarar sus ideas.

—Era representante sindical. Un representante radical. Nada le gustaba más que un piquete violento o enmarañar las cosas. Era miembro del Partido Comunista. Había muchos en Fife, pero se pasó al separatismo. Durante los primeros años fue un buen amigo de Francis Vernal. Ambos pergeñaban planes para celebrar marchas y demostraciones contra la realeza cuando venía de visita. Habría bastado con un exaltado armado con una pistola... —Jackson hizo una pausa—. Por aquel entonces era igual que ahora: una amenaza real...

—¿Y la División Especial hace todo lo que sea necesario para impedir que se materialice?

Jackson miró fijamente a Fox.

—No matamos a Chris Fox.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue un accidente de moto, simple y llanamente. Por tanto, si se trataba de eso...

—No.

—¿Entonces?

—No me gusta la idea de que la gente salga impune de un asesinato.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Jackson—. ¿Qué le dijo la jefa anoche?

—Nada que quiera que usted sepa. De lo contrario, ya se lo habría dicho.

—Su hermano está furioso con usted.

—Podré vivir con ello.

Jackson agachó la cabeza, como si estuviese mirándose los zapatos.

—Parece bastante normal, ¿no?

—¿Quién?

Jackson señaló hacia el pasillo.

—Siempre parecen de lo más corriente, acaso un poco más... motivados.

—¿Y qué los motiva?

Jackson solo acertó a encogerse de hombros.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Fox—. Ese ojo morado...

—Se ha dado un puñetazo él mismo. Así, cuando los medios de comunicación consigan su foto, parecerá que le han dado una paliza. — Jackson miró de nuevo a Fox—. No se preocupe. Asuntos Internos está al corriente y se ha tomado declaración.

—Perfecto entonces.

—Con respecto a su primo, estuvimos siguiéndolo, pero no fue nada serio. No lo consideramos una verdadera amenaza.

—¿Y quién era la verdadera amenaza?: ¿Vernal? ¿Donald MacIver? ¿O los soldados rasos como Ojo de Halcón?

—¿Cuál es el nombre real de Ojo de Halcón?

—¿No le suena de nada ese nombre? —Fox vio que Jackson negaba con la cabeza—. En ese caso, puede que tenga que darse otra vuelta por los archivos.

—Es más sencillo preguntárselo a usted.

—No sé quién es.

—No creo que tenga la menor importancia —especuló Jackson—. Fuera cual fuese la amenaza, lidiamos con ella en su momento.

Fox lo miró fijamente.

—Quiero hablar con los hombres que siguieron a Vernal aquella noche.

—Eso no va a suceder.

—Tengo que hacerlo si quiere deshacerse de mí.

—Y yo vuelvo a decirle lo mismo: no tuvieron nada que ver con su muerte.

—Necesito que me lo digan ellos.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Jackson pareció reflexionar.

—No es motivo suficiente, inspector —dijo antes de abrirle la puerta y anunciar que había llegado el momento de irse.

—Alguien ha entrado en mi casa —le informó Fox—. Imagino que si alguien accede a sus preciados archivos dentro de un par de décadas encontrará una mención a ese hecho.

—No andamos faltos de delincuentes ahí fuera.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —repuso Fox.

Ambos recorrieron de nuevo el pasillo, flanqueados por las salas de interrogatorios y los guardias.

—Espero que su padre se mejore —dijo Jackson mientras Fox entregaba el pase en recepción.

—Gracias.

Jackson le tendió la mano.

—Estamos en el mismo bando —dijo con énfasis—. No lo olvide.

—¿Cuándo volverá al sur?

—En un par de días, pero ya sabe dónde encontrarme si me necesita.

—Para serle sincero —dijo Fox—, espero no volver a verlo nunca más.

A las ocho de la tarde, Fox estaba sentado junto a la cama de hospital de su padre. Habían convencido a Jude para que se fuera a casa a dormir unas horas. Mitch también estaba dormido. Fox había parado en Lauder Lodge para recoger algunas cosas y se había llevado la caja de fotografías. Las había visto todas y se preguntaba qué historia intentaban hilvanar. Mostraban a una familia del siglo xx que no distaba mucho de cualquier otra. Con un techo bajo el que cobijarse y comida en la tripa. Viajes al mar y mañanas de Navidad. Allí estaba Malcolm, vestido con su camiseta favorita y el pelo más largo de lo que a su padre le gustaba, rasgando un papel de regalo. Y Jude,

posando con su madre en un auditorio. Debía de tratarse de un musical; a su madre le apasionaban. Padre e hijo siempre se quedaban en casa a ver series policíacas estadounidenses.

Burntisland de nuevo: Chris Fox, con Jude sobre los hombros. Y una en la que enseñaba su moto, con un trapo en la mano. «Radical... piquete violento... alborotador...». A Fox le habría gustado haberlo conocido. Si su padre no estuviera durmiendo, tal vez habría intentado hacerle algunas preguntas. La respiración de Mitch era irregular. En ocasiones parecía que iba a ahogarse y tosía varias veces sin despertarse. A Malcolm le pareció que tenía las mejillas hundidas. Todavía se alimentaba por medio de una sonda. Despierto era incapaz de ingerir nada. Fox trató de hacer caso omiso del catéter que asomaba por debajo de las sábanas y conectaba con una bolsa que colgaba del armazón metálico de la cama.

«Lo que hago es un trabajo policial —quería decirle a su padre—. Para bien o para mal, eso es lo que hago...».

Cuando empezó a vibrar su teléfono miró la pantalla. La identidad del que llamaba permanecía oculta. Se levantó y contestó, pasando frente al control de enfermería en dirección al pasillo.

—¿Sí?

—¿Es usted Malcolm Fox?

La voz sonaba claramente irritada.

—Sí.

—Me han dicho que tenía que hablar con usted.

—Ah, ¿sí?

El interlocutor se aclaró la garganta. Fox intuyó que el hombre debía de rondar los sesenta años.

—Yo estuve allí aquella noche. Me dijeron que quería más información.

—¿Habla de Francis Vernal? —Fox se detuvo—. ¿Usted lo siguió?

—Sí, era una operación de vigilancia.

—Tengo que llamarlo en otro momento. Permítame anotar su número...

—Puede que esté jubilado, pero no senil.

—Pues deme su nombre.

—¿Qué le parece Colin? ¿O James? ¿O Fred?

—¿Nada de nombres? —intuyó Fox.

—Nada de nombres —confirmó la voz—. Llevo mucho tiempo fuera del cuerpo y desde luego no les debo nada, así que escuche: oirá esto una vez y solo una.

El hombre hizo una pausa, como si esperara respuesta de Fox.

—De acuerdo —dijo Fox.

—Vernal conducía como un loco. Había bebido bastante antes de salir de Anstruther.

—¿Había estado allí todo el fin de semana?

—Con su amante —corroboró la voz—. De haber habido tráfico en aquella carretera, habría sido mucho peor. Oímos el accidente antes de llegar a verlo. Fue directo contra un árbol. El morro quedó destrozado y a él le faltaban varios dientes.

—¿Estaba inconsciente?

—Sí, pero respiraba... El pulso era constante. Si paraba otro coche y nos veía... Teníamos que evitarlo.

—Pero estuvieron allí el tiempo suficiente para registrar el coche.

—Era una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar.

—¿No se llevaron su dinero y su tabaco?

—Ya nos lo preguntaron en su momento.

—Puede que fuese su compañero...

—No.

—¿Existe la posibilidad de que lo confirme él mismo?

—Murió hace un año. Causas naturales, por si se lo preguntaba...

—Lamento oír eso. ¿Qué cree que ocurrió con el tabaco de Vernal y su

billete de cincuenta libras?

—No tengo la menor idea.

—¿Había una pistola en el coche cuando lo registraron?

—Pudo esconderla en muchos sitios.

—También había escondido treinta o cuarenta mil libras en efectivo.

—Ya me dijeron que lo mencionaría.

—Por lo visto, estaban guardadas en el maletero.

—No lo abrimos.

—¿Está seguro?

—No sabíamos nada de ese dinero.

—Habían estado siguiendo a Vernal. Debieron de verlo en las reuniones del Dark Harvest Commando, saliendo en dirección al coche y volviendo luego adentro.

—Jamás vimos dinero.

—¿Su topo no lo mencionó?

El hombre hizo una pausa antes de responder.

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—Demuéstreme que estuvo allí.

—¿Qué?

—De lo contrario, ¿cómo voy a saberlo?

Se impuso otro silencio prolongado.

—La razón por la que nos fuimos por piernas —dijo a la postre— es que empezó a volver en sí. La primera palabra que salió de su boca fue «Imogen». No nos lo esperábamos.

—¿Sabían ustedes quién era Imogen?

—Era su mujer. Obviamente sentía dolores y ella era la persona a la que quería ver. No a Alice, sino a Imogen.

—Pero lo dejaron allí. Ni pensaron en pedir ayuda...

—Éramos el servicio de vigilancia, Fox. Eso es lo que hacíamos y, de

todos modos, una llamada al médico no habría servido de nada, ¿no es así?
—Fox no respondió—. ¿Hemos terminado?

—¿Tenían en el punto de mira a una persona llamada Ojo de Halcón?

—Era miembro del DHC. El cabrón era huidizo.

—¿En qué sentido?

—Las pocas veces que intentaron seguirlo desapareció como por arte de magia o los descubrió. —El hombre hizo una pausa y repitió la pregunta anterior—: ¿Hemos terminado?

—No sé cómo puede vivir con ello —respondió Fox.

—Hemos terminado —dijo la voz.

La llamada se cortó. Fox se dio cuenta de que estaba apoyado contra la pared del pasillo. Descansó la cabeza en su fría superficie y contempló el grabado que colgaba de la otra pared. Después buscó el número de Alison Pears y llamó.

—¿Qué quiere? —le espetó ella.

—Quería darle las gracias por conseguir que Jackson hablara conmigo.

—Parece que no ha servido para que deje de darme la lata.

—Acabo de recibir una llamada de uno de los dos agentes que siguieron a Vernal aquella noche.

—¿Sí?

—¿Había hablado usted con ellos?

—No.

—¿No los conocía?

—Nunca mantuvimos contacto directo. Ellos eran espías, y yo, una policía novata. ¿Es todo lo que necesitaba saber?

—Bueno, ya que estamos...

—¿Sí?

—Casualmente, voy a su casa y poco después alguien entra en la mía.

—Siento oír eso. ¿Se llevaron algo?

—El ordenador portátil, la memoria extraíble, el libro del profesor Martin...

—Ya veo.

—¿Estoy siendo paranoico?

—¿Quién cree que lo hizo?

—No tengo ni idea. ¿Ha mencionado mi nombre a sus contactos de la División Especial?

—¿Contactos? Esto no es una novela de John le Carré, Fox.

—¿No ha hablado con nadie?

—Lo crea o no, tengo cosas más importantes que hacer.

Se impuso el silencio unos momentos y después le preguntó cómo se encontraba su padre.

—Gracias, pero no es asunto suyo.

Fox oyó un timbre y dedujo que Alison Pears estaba en casa.

—Debe de ser mi hermano —confirmó ella—. Quiere conocer las últimas novedades. ¿Podemos terminar esta conversación antes de que le abra la puerta?

—Eso depende de usted.

—Creo que no hay nada más que decir. Pero aguarde un momento...

La oyó abrir la puerta y decir al ministro de Justicia: «Vuelve a ser él. La segunda vez por hoy».

El teléfono cambió de manos y Fox escuchó la invectiva de Andrew Watson. Al cabo de ocho o nueve palabras, Fox colgó el teléfono y volvió junto a su padre.

Tony Kaye se citó con Tosh Garioch a las puertas del Hotel Dakota, en South Queensferry. Era un territorio neutral situado en el extremo del puente de Forth que daba a Edimburgo. El hotel era un moderno bloque de color negro con el nombre resaltado en neón y estaba ubicado en un centro comercial con un supermercado que abría hasta altas horas de la noche y poco más.

—Gracias por venir —dijo Kaye tendiéndole la mano.

Garioch vaciló un momento antes de ofrecerle la suya. No fue una prueba de fuerza, pero casi.

—He pensado que podríamos tomar algo —añadió Kaye con una leve sonrisa.

Garioch asintió y entraron. Al restaurante situado al fondo del bar parecía irle viento en popa: hombres de negocios comiendo solos y parejas susurrándose por encima de las bandejas de marisco. Había algunos taburetes libres, pero Kaye optó por un sofá. Garioch se sentó en la silla blanda de enfrente. Los separaba una mesa baja de madera.

—Me alegro de que conservaras mi número —dijo Kaye.

—Tuve que rebuscar en la papelería.

Garioch le mostró a Kaye la tarjeta, que había roto por el medio. En ese momento llegó el camarero y ambos pidieron una pinta. El policía no podía dejar de mirar el tatuaje. Les llevaron un platillo de frutos secos y Garioch se llenó la boca.

—Bueno, ¿de qué va ese acuerdo? —dijo.

Kaye se inclinó hacia delante.

—Creo que podemos ser benevolentes contigo. Tenías todo el derecho del

mundo a estar enfadado con Paul Carter. Llegasteis a las manos y se fue. Corriste detrás de él, pero tiraste la toalla cuando se metió en el agua. —Kaye se encogió de hombros—. No te preguntaremos hasta dónde lo seguiste. No mencionaremos las perneras mojadas. Se ahogó. No es culpa tuya que fuese tan idiota como para lanzarse al agua.

Kaye le dio tiempo para meditarlo. Llegaron las bebidas y las pagó, bebió un sorbo y empezó de nuevo.

—Si queremos ser más duros contigo, la versión será distinta: pegaste a un policía y lo perseguiste hasta que murió... Te metiste en el agua hasta que estuviste seguro de que no volvía a salir. —Hizo una pausa, volteando el contenido del vaso—. Pero para que funcione, necesitaremos información sobre Alan y Paul Carter.

—Ni siquiera perteneces al DIC —replicó Garioch—. Será Cash quien presente las pruebas en el juicio, no tú.

—Cash me escuchará a mí. Tendrá que hacerlo. —Kaye guardó silencio unos instantes—. Pero la culpa es mía. Tú estabas allí cuando me llamó mi compañero, le hablé de Paul Carter. Lo anoté en mi cuaderno, ¿no es así? «Paul Carter... Wheatsheaf...». —Kaye sacó la libreta y le mostró a Garioch la página relevante—. El problema es que, si se lo cuento a Cash, de repente habrá un elemento de premeditación. ¿Me entiendes, Tosh? No te encontraste con Paul Carter por casualidad. Estabas esperándole.

Kaye lo dejó ahí, concentrándose de nuevo en su bebida. Garioch tenía razón: él carecía de poder. Y eso de que Cash haría lo que él le dijera... No importaba: tan solo necesitaba mostrarse confiado en ese preciso momento.

—Alan fue bueno conmigo —dijo Garioch—. Me dio trabajo, y eso no es tan fácil cuando has estado en la cárcel.

—Y cuando te pidió un favorcillo, no pudiste negarte.

Garioch asintió.

—Paul solía ir a aquel club los viernes por la noche. Un par de veces

tuvimos que apartarlo de alguna mujer a la que estaba agobiando. Supuestamente, Billie y Bekkah tenían que seguirlo cuando saliera, charlar con él y presentar una denuncia.

—¿Aunque no hubiera hecho nada?

Garioch asintió de nuevo y agachó la cabeza entre sus enormes hombros.

—Una mujer ya había presentado una demanda, pero se asustó. Alan nos pidió a mí y a Mel que habláramos a solas con ella.

—¿Mel Stuart? —preguntó Kaye—. También ha estado en prisión, ¿verdad? ¿No resultaba un poco raro que ambos cobrarais un salario de un expolicía?

—Alan era un buen tipo. Con él sabías a qué atenerte.

—De modo que os pidió que presionarais un poco a Teresa Collins...

—Billie y Bekkah eran como una póliza de seguros —continuó Garioch—. Pero cuando salieron del club no lo vieron. Al cabo de un rato, a Bekkah le entraron ganas de mear, y fue entonces cuando apareció en su coche. No sabíamos que las recogería, pero nos vino bien.

—¿Tu jefe estaba satisfecho?

—Odiaba a su sobrino. Nunca llegué a entenderlo, pero las familias son así. Siempre hay rencillas.

—¿Nunca le preguntaste por qué lo hacía?

Garioch negó con la cabeza.

—¿Y la idea de implicar a las chicas fue de Alan Carter?

—Sí.

—¿Paul intentó algo con Billie y Bekkah?

—Fue tal cual lo contaron ellas.

—Motivo de más para que estuvieras furioso con él.

Garioch miró a Tony Kaye.

—Era por lo que le hizo a Alan —aseguró.

—En realidad, Tosh, no estamos tan seguros de que asesinara a tu jefe —

informó Kaye—. Lo cual significa que pudo morir por nada. Si uno tiene conciencia, me atrevería a decir que ese hecho pudo acabar complicándolo todo.

Kaye se levantó poco a poco.

—Te tomaremos declaración —dijo—. Será mejor que hables directamente con el inspector Cash y le cuentes todo lo que me has dicho.

—Pensaba que ibas a hablar tú con él.

—Y lo haré. Pero es más aconsejable que parezca que has tomado tú la decisión. Lleva a tu abogado. —Kaye estaba abrochándose el abrigo y señaló con la cabeza el vaso vacío de Garioch—. Y no bebas más esta noche. No quiero añadir conducción en estado de ebriedad a la lista, ¿de acuerdo?

Fox se había dormido en el sofá con la ropa puesta y de repente sonó el timbre. Tenía el cuello dolorido y se frotó los ojos antes de consultar la hora: faltaban cinco minutos para la medianoche. En televisión estaban retransmitiendo un informativo, pero apenas se oía. Fox se levantó y estiró la espalda. El timbre volvió a sonar. Descorrió las cortinas del salón y miró afuera. Después, fue al recibidor y abrió la puerta.

—Un poco tarde para hacer campaña —le dijo a Andrew Watson.

—Tengo que hablar con usted —repuso el político.

Frente a la puerta de Fox había aparcado un coche con el motor en marcha y un chófer al volante.

—Entonces será mejor que entre.

—¿Problemas? —preguntó Watson al ver los desperfectos en la puerta.

—Me han robado.

Watson no mostró interés alguno y siguió a Fox al interior de la casa.

—No estoy acostumbrado a que la gente me cuelgue el teléfono —dijo como si estuviera leyendo un guion.

Pero Fox no pensaba disculparse. Por el contrario, se sirvió en un vaso lo que quedaba de una botella de zumo de frutas y se lo bebió de un trago. No le ofreció nada al ministro de Justicia. Fox se sentó en el sofá y quitó el volumen del televisor. Watson permaneció de pie.

—Necesito saber qué está pasando —dijo.

—Pregúntele a su hermana.

—No me lo dirá.

—Entonces no puedo ayudarlo.

—¿Por qué está tan interesado Asuntos Internos?

—Eso queda entre ella y yo.

—Puedo convertirlo en un asunto de mi incumbencia.

—Estoy convencido de ello.

Watson le lanzó una mirada hostil.

—Está dirigiendo el caso más importante que hemos visto en este país desde hace años.

—Puede que desde Megrahi —coincidió Fox.

Los ojos del hombre del Partido Nacional Escocés estaban a punto de enrojecerse.

—Haré cuanto esté en mi mano para que no pueda acercarse a menos de veinte kilómetros de ella.

Fox volvió a frotarse los ojos, parpadeó para aclararse la vista, suspiró e indicó a Watson que se sentara.

—Prefiero quedarme de pie.

—Siéntese y escuche lo que tengo que decirle.

Watson tomó asiento, juntando las manos como si pretendiera favorecer la concentración.

—¿Recuerda que en su casa mencioné a Francis Vernal? —preguntó Fox.

—Sí.

—Su hermana acababa de salir de Tulliallan. Su primer encargo fue una

misión encubierta que consistía en hacerse pasar por alumna de la Universidad de Saint Andrews, matrícula y tutorías incluidas. La política estudiantil la acercó cada vez más a algunos grupos marginales. Por aquel entonces, ella transmitía toda la información que pudiera recabar.

—¿Está seguro de eso, inspector?

Fox le mostró las dos fotografías de la matrícula.

—¿Le suenan?

Watson las estudió sin dejar entrever emoción alguna.

—¿Y qué? —respondió al fin.

—Empezó a verse con Vernal y pasaban mucho tiempo juntos. Había estado con ella aquel fin de semana. Acababa de dejar la cuando su coche se salió de la carretera. De eso tenía que hablar con ella.

Fox observó a aquel hombre y calibró su reacción.

—No sabía nada —dijo Watson casi en un susurro.

—Esos grupos solían ser separatistas. No estaban tan alejados de su ideología.

—Lo recuerdo. Corrían malos tiempos para el PNE. Algunos estábamos un poco desesperados, un poco frustrados. Nos estaban marginando. Eso no volverá a suceder jamás, créame.

—Pero por aquel entonces...

—Fueron días difíciles —coincidió Watson.

—¿Conocía a algunos de esos grupos? Seed of the Gael, el Dark Harvest Commando...

—Solo de oídas.

—¿No llegó a conocer a Donald MacIver?

—No.

—¿Ni a Francis Vernal?

—Tampoco.

—¿Y no sabía nada acerca de las actividades de su hermana?

—Lo ignoraba por completo.

—Ahora que se lo he contado, ¿qué opinión le merece?

Watson lo meditó durante casi un minuto, se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No estoy seguro —respondió.

—Todos esos activistas tuvieron que ir a algún sitio —observó Fox—. Puede incluso que formen parte del gobierno.

—No hay espacio para agitadores y racistas en el partido moderno, inspector. —Watson pareció estudiar a Fox—. ¿Debo suponer que es usted sindicalista?

—Lo que yo sea es irrelevante.

—¿Seguro? Puede que esté desempolvando viejas enemistades y conspiraciones con la esperanza de destruir la reputación de algunos...

—¿Le dice algo el nombre de Ojo de Halcón?

Watson se mostró confuso por la pregunta y reflexionó un momento.

—Solo el personaje de *M.A.S.H.* —concluyó.

—Y *El último mohicano* —añadió Fox.

—También —dijo Watson. Parecía cansado, como si hubiera consumido toda su energía y su ira—. Está funcionando —dijo al fin, mirando fijamente a Fox—. Me refiero a la administración. Hace un cuarto de siglo, pocos pensaban que llegarían a ver al PNE en el poder y eso incluye a muchos miembros del partido. Pero hemos llegado. —Watson asintió—. Hemos llegado —repitió. Entonces se puso rígido—. Pero no podemos permitirnos otro Megrahi. Esas explosiones... Alison necesita toda su concentración, sin distracciones.

—Yo no tildaría un asesinato de distracción.

—¿Asesinato?

—Alan Carter, el hombre que investigaba la muerte de Vernal. Hicieron que pareciese un suicidio, pero fue una ejecución.

—No pensaré que Alison tuvo algo que ver...

—¿Por qué no? Si Carter sabía quién era y estaba a punto de delatarla...

—Eso, jamás. —Watson meneó la cabeza—. Usted no puede andar por ahí divulgando ese tipo de...

—Parece ser la única manera de llamar la atención —replicó Fox—. Al fin y al cabo, con usted funcionó.

—No puede tener esta historia acechándola —insistió Watson—. Alison ha trabajado duro para llegar a donde está.

—Me atrevería a decir que también cree que usted ha trabajado duro.

—Por supuesto.

Fox entrecerró los ojos.

—¿Es ella quien le preocupa o usted mismo? El puesto de ministro de Justicia parece estar maldito, ¿verdad? Debe de ser un incentivo tener a una jefa de Policía en la que poder confiar, sobre todo si también le procura unas líneas más en la prensa...

—¿A qué se refiere?

—¿Qué le parece un alto el fuego? Yo no hago nada hasta que sus terroristas sean condenados, usted vive su momento de gloria y después retomo el interrogatorio.

Watson lo miró.

—¿Qué querría a cambio? —preguntó, suavizando el tono.

—Nada. —Fox hizo una pausa—. Porque no va a ocurrir. Solo quería comprobar si picaba el anzuelo.

Watson se puso en pie súbitamente.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

Fox hizo caso omiso de su arrebató.

—A propósito, olvidé preguntarle de dónde ha sacado mi dirección.

—¿Qué?

—Mi dirección.

—Me la dio Jackson —respondió.

Fox asintió. El hombre de la División Especial sabía dónde vivía...

Watson se acercó a la ventana y volvió a su posición original.

—¿Serviría de algo intentar razonar con usted?

Fox se encogió de hombros.

—Entonces tendré que remitirle todo esto a su jefe.

—¿Y qué hará? ¿Pedir que me aparten del cuerpo? No olvide contarle lo de su hermana.

—¿Qué cree que ha hecho mal exactamente?

—Todavía estoy intentando averiguarlo. —Fox miró fijamente a Watson—. ¿Le gustaría ayudarme?

—¿Ayudarlo?

—Reabriendo la investigación sobre Vernal, pero esta vez como es debido. Iniciar una investigación pública. El MI5 y una agente de policía infiltrada lo estaban espionando. ¿Influyó eso en su muerte? ¿Hubo cortinas de humo después? ¿Y qué relación guarda todo ello con el asesinato de Alan Carter? —Fox se levantó poco a poco sin apartar la mirada de Watson—. Si usted obtuviera respuesta a esas preguntas, supondría un triunfo personal.

Pero el ministro de Justicia negó con la cabeza.

—El Dark Harvest Commando... El SNLA... Nadie quiere resucitar esos cadáveres.

—Nadie en su partido —corrigió Fox.

—Nadie y punto.

—Se sorprendería.

Watson seguía agitando la cabeza.

—¿Sigo estando solo?

La pregunta era retórica, pero Watson respondió de todos modos.

—Así es.

Tres minutos después, Fox vio por la ventana cómo se alejaba el coche. La

luz interior estaba encendida y el ministro repasaba unos documentos. En ese momento recibió un mensaje de texto de Jude.

«¿Estás despierto?».

Fox la llamó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. No quería molestarte si estabas durmiendo.

—Hablando del tema...

—No dejo de darle vueltas —confesó con un suspiro—. ¿Qué vamos a hacer con papá, Malcolm?

—No estoy seguro.

—No puede quedarse en el hospital para siempre.

—No.

—Pero si no mejora...

—Lauder Lodge tampoco le servirá de mucho —añadió Fox, acabando la frase por ella—. Me devanaré los sesos, Jude.

—Yo también.

Fox la oyó cambiar de postura y supuso que estaba en la cama.

—¿Recuerdas cuando éramos niños? —le preguntó—. Me colaba en tu cuarto y cantábamos juntos bajo las sábanas.

—Era nuestro *Top of the Pops*, hasta que mamá y papá nos oían. Llevaba años sin pensar en ello.

—Hace unos días estuve en un bosque —dijo Fox, acomodándose de nuevo en el sofá—. Me trajo recuerdos del Hermitage y de los paseos que dábamos, cuando me preferías a los demás chicos.

—Nunca te preferí a los demás chicos —bromeó Jude.

Fox sonrió y continuaron charlando. Tenía el mando a distancia en la mano y navegó por los canales. Programas de teletienda, astrología y concursos telefónicos. Retransmitían noticias, pero se decantó por un canal cómico. Acababa de empezar un viejo episodio de *M.A.S.H.* Ojo de Halcón, Trapper

John, Morritos Calientes y Radar. El actor Alan Alda interpretaba a Ojo de Halcón, con su flequillo, sus grandes zancadas y sus ocurrencias. Jude estaba hablando de una guarida que habían creado en un lugar secreto en el Hermitage. Pero Fox ya no se sentía tan cómodo y sostenía el mando a distancia con fuerza. Fingió un bostezo y se disculpó.

—Debería dejarte dormir —le dijo.

—Me encanta hablar contigo, pero me las estoy viendo y deseando para mantener los ojos abiertos.

—¿Nos vemos mañana en el hospital?

—¿A qué hora crees que llegarás? —preguntó Fox.

—Después de desayunar. ¿Y tú?

—Probablemente más tarde.

—¿Tienes cosas que hacer? —adivinó.

—Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, hermano.

Fox colgó el teléfono y fue a la cocina a prepararse un té fuerte. Otra noche habría pasado un rato reflexionando sobre el deshielo de su relación con Jude, pero eso tendría que esperar. Se llevó la taza al salón e intentó utilizar su teléfono móvil para acceder a Internet. La conexión era desesperantemente lenta, y la pantalla, demasiado pequeña. Después de leer un rato, decidió ir a Fettes y utilizar uno de los ordenadores de la oficina de Asuntos Internos. Cuando se disponía a marcharse, el teléfono empezó a vibrar. Según la pantalla, era Evelyn Mills. Dejó que siguiera sonando. Dos minutos después le llegaba un SMS: «Necesito hablar con alguien». Fox miró el mensaje con indecisión. Tenía la chaqueta puesta y las llaves del coche en la mano. El teléfono sonó de nuevo y lo cogió.

—¿Evelyn?

Pero era una voz masculina.

—Seas quien seas, esfúmate. Ella no te necesita.

Luego colgaron. Fox observó el teléfono. Probablemente era Freddie, su compañero.

—Muy bien —se dijo mientras avanzaba hacia la puerta.

—Es Stephen Pears —repitió Fox.

Eran casi las cinco de la madrugada y estaba sentado en la barra de la cocina de Tony Kaye. Se había pasado casi una hora intentando convencer a su amigo de que era cierto. Ambos hablaban en voz baja para no despertar a la mujer de Kaye. Al final, este suspiró, se rascó la nariz y propuso comer algo.

Cuando le puso la tostada delante a Fox, supo que no la probaría.

—¿Y todo esto por culpa de una emisión a las tantas de la noche en Comedy Channel? —preguntó Kaye, sirviendo más café.

—Sí.

—No te estarás volviendo loco después de esa visita a Carstairs...

—Ya te lo he dicho: Ojo de Halcón Pierce... Ojo de Halcón Pears. Estuvo en el equipo de tiro con arco en el instituto. Era un apodo obvio para él. Después de la universidad, supuestamente pasó un par de años «merodeando». Siempre ha hablado de ello con muchas vaguedades. Dice que tuvo varios trabajos por todo el mundo y volvió a Escocia con un montón de dinero. La primera vez que oyeron hablar de él en el sector de las finanzas fue a mediados de 1986 y tenía casi treinta millones listos para invertir. Los repartió entre dos empresas recién creadas y un año después había cuadruplicado sus acciones.

—¿Y te has enterado de todo esto a través de un periodista?

Fox asintió.

—Fui a las oficinas de *The Scotsman*. En el turno de noche solo había una persona y llamó al director de la sección de negocios.

—¿Preguntaron por qué estabas tan interesado?

—Les dije que era de la Unidad de Medios de Comunicación.

—¿Qué Unidad de Medios de Comunicación?

Fox se encogió de hombros.

—Les conté que estaba preparando un dossier de prensa sobre la jefa de Policía Alison Pears...

—¿Y para hacerlo tenías que pedir ayuda a los medios? —Kaye negó con la cabeza y se limpió las migas de pan de las comisuras de los labios—. ¿En plena noche?

—Era lo único que tenía —razonó Fox—. Y conseguí lo que necesitaba, ¿no es cierto?

—Pero eso no basta. El tipo de la foto no se parece en nada a Stephen Pears.

—Puedo preguntárselo.

Fox sacó del bolsillo la fotografía en la que aparecían Vernal, Alice y Ojo de Halcón. Estaba arrugada después de haber pasado por tantas manos.

—¿Y si lo niega? Le basta con eso, Malcolm.

Fox cogió la taza, pero la dejó de nuevo sin llegar a beber. Sabía que su amigo tenía razón. La foto no era suficiente. Ni tampoco lo eran las teorías.

Kaye bebió un poco de café y contuvo un eructo.

—Si es él —especuló—, su mujer tiene que saberlo.

—Yo no estaría tan seguro —repuso Fox—. Se conocieron hace doce años y llevan casados diez. Eso significa que se fijó en Ojo de Halcón por primera vez hace trece años. Sin barba, con el pelo corto, teñido de un color más claro, más grueso de cintura y cara...

—Tiene que haberlo sabido —insistió Kaye, limpiándose la boca otra vez.

Fox no dijo nada. Miró la tostada que tenía en el plato, con una capa de mantequilla amarillo pálido. La idea misma le provocaba arcadas. Volvió a guardarse la fotografía en el bolsillo mientras Kaye hablaba.

—Aun suponiendo que tengas razón y esto es hablar por hablar, no significa que puedas relacionar a Pears con nada. ¿Estás diciendo que mató a Francis Vernal y a Alan Carter?

—Tenía motivos suficientes.

—¿Porque su mujer había ascendido y no quería que nadie le aguara la fiesta?

—Eso por un lado —respondió Fox—. Además, él puede ingresar en la Cámara de los Lores. Un pasado terrorista no les sentaría demasiado bien a sus compañeros conservadores. Al margen de eso, realiza donaciones al partido.

Kaye lo miró.

—No puedes ir por ahí diciendo esas cosas, Malcolm. Al menos, sin disponer de pruebas.

—He buscado en Internet. Hace años, Pears dio una conferencia en Barbados, en el mismo momento en que un traficante de armas llamado William Benchley se ahogaba en su piscina. Benchley había vendido armas de contrabando traídas por los soldados de las Malvinas.

La mirada de Kaye cobró intensidad.

—Malcolm...

Fox levantó una mano.

—Lo sé, lo sé. Tal vez debería ingresar en Carstairs. —Hizo una pausa—. Pero ¿y si parte de ello es verdad?

Kaye apartó a un lado el plato vacío y levantó su taza de café.

—Con todo, dudo que estés en posición de hacer nada —dijo.

—Tal vez —reconoció Fox.

—Sin embargo, ya que esta noche contamos historias, puedo contarte la mía.

Fox puso todo su empeño en concentrarse en el relato de Tony Kaye sobre su encuentro con Tosh Garioch.

—De modo que a Paul Carter lo traicionó su tío —dijo Fox para concluir.

—No exactamente —respondió Kaye—. Garioch dice que, en efecto, Paul intentó mantener relaciones con Billie y Bekkah. Y Alan Carter presionó un poco a Teresa Collins, pero solo cuando presentó la denuncia original.

Fox estaba pensativo.

—El tío Alan quería asegurarse de que su reputación quedaba manchada.

—Odiaba profundamente a su sobrino, ¿verdad?

—¿Y por qué lo llamó aquella noche? ¿Lo llamó pero no llegó a hablar con él? —Fox miró a Kaye—. La agenda con el número de Paul anotado estaba a la vista de todos.

—¿Y?

—Después de comprobar las llamadas, saldría el nombre de Paul. Pero supongamos que esa llamada no la hizo Alan...

—... sino el asesino.

Fox asintió lentamente.

—Paul es hallado culpable, pero de repente ya no está en prisión preventiva. El juez que llevaba el caso no es amigo de la policía y lo deja salir, a la espera de la condena.

Fox esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —dijo Kaye.

—El juez Cardonald es miembro del New Club. Lo vi allí aquella vez que me cité con Charles Mangold.

—¿Y?

—Y Stephen Pears también es miembro.

—¿Pears consiguió que su amigo, el juez, pusiera en libertad a Paul Carter?

—Paul era el chivo expiatorio perfecto —argumentó Fox—. El proceso judicial había dejado bien claro que tío y sobrino se detestaban.

—Pero solo funcionaba si Paul volvía a la calle.

Kaye empezaba a parecer medio convencido.

—Son conjeturas —reconoció Fox—. Tú mismo lo has dicho. ¿Dónde están las pruebas?

—No siempre son necesarias pruebas para meterle miedo en el cuerpo a alguien —repuso Kaye—. Y lo sabemos por experiencia.

—¿Todavía crees que estoy loco?

—Puede que no tanto. —Tony Kaye se terminó el café—. Pero ¿qué piensas hacer al respecto?

—Tendré que pensar en ello.

Después de ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa, Fox aparcó frente a Mangold Bain. Eran las nueve y media de la mañana cuando vio llegar a la recepcionista, aunque se sentía incapaz de recordar su nombre. Necesitaba dormir.

Se prometió que lo haría al terminar con aquello.

Mangold llegó a pie y giró la cabeza al oír una puerta que se abría.

—Buenos días, inspector —dijo—. ¿Teníamos una cita?

—Sentía curiosidad por algo —explicó Fox—. ¿Conoce Colin Cardonald a Stephen Pears?

—¿El juez Cardonald? ¿Qué tiene eso que ver?

—Es una pregunta bastante sencilla —razonó Fox.

—Los he visto juntos —admitió Mangold.

—¿En el New Club?

—Sí.

—¿Son amigos?

—A Colin Cardonald le gusta hacer sus pinitos.

—¿«Sus pinitos»?

—Acciones.

—Siempre va bien tener a alguien como Pears que te dé algunos consejos —observó Fox.

—Yo diría que sí. —Mangold hizo una pausa—. ¿Todo esto guarda relación con Francis?

—En absoluto —mintió Fox—. Como le decía, es solo mera curiosidad.

—La suficiente como para abordarme frente a mi oficina.

Fox no pudo negarlo.

—Se halla usted cerca, ¿verdad?

Mangold bajó el tono de voz, aunque nadie podía oírlos, y dio un paso en dirección a Fox.

—Se intuye cierta pasión en sus ojos.

—No le va a gustar, ¿sabe? —respondió Fox.

—¿A quién?

—A la viuda. Si estoy en lo cierto y sale a la luz, lo culpará a usted. Es muy posible que acabe odiándolo.

El abogado agarró a Fox del antebrazo.

—¿De qué se trata? —susurró—. ¡Dígame qué ha descubierto!

Pero Fox negó con la cabeza y volvió al coche. Mangold se quedó frente a la ventanilla. Cuando Fox hizo girar la llave, el abogado golpeó el techo del Volvo con ambas manos. Todavía se encontraba este en medio de la calzada cuando Fox se alejó, decreciendo en tamaño e importancia en el espejo retrovisor.

TRECE

Llevó varios días organizarlo, pero valió la pena. Entre tanto, los presuntos terroristas habían sido acusados, condenados a prisión preventiva y enviados al centro penitenciario de Saughton, en Edimburgo. El ministro de Justicia había disfrutado concediendo entrevistas, alabando a su «fantástica hermana», para deleite de los periódicos sensacionalistas. El nivel de alerta en Fettes seguía siendo crítico, pero no tardarían en rebajarlo. La comisaría de Fife había escrito una carta a Lothian y Borders, felicitando al equipo de Asuntos Internos por su informe «ejemplar». Fox y sus compañeros ignoraban si los medios de comunicación estaban informados. Por lo visto, no apareció nada en la prensa. Se les daría una reprimenda a Scholes, Haldane y Michaelson, y eso sería todo.

Mitchell Fox había salido del hospital, pero no se instaló en Lauder Lodge, sino en el salón de su hijo. Fox había comprado una cama individual en Ikea y Tony Kaye lo ayudó a montarla. El único lavabo de la casa se encontraba en el piso de arriba, así que Fox buscó una silla con orinal. Jude prometió ejercer de enfermera una temporada, pero «no a diario». Mitch era lento y, en ocasiones, se mostraba confuso, y su discurso era incoherente, pero podía comer y beber con un poco de ayuda. Lauder Lodge advirtió a Fox de que no podría tener desocupada durante mucho tiempo la habitación de su padre, pero había pagado hasta final de mes, lo cual le daba cierto respiro. Por la noche, se sentaba a ver la televisión: él en el sofá y su padre tumbado en la cama. El anciano podía levantarse a lo largo del día, aunque resultaba un desafío vestirle. A menudo lo dejaban en pijama y albornoz.

El antiguo compañero de copas de Mitch, Sandy Cameron, lo había

visitado y aprobó el esfuerzo que estaban haciendo sus hijos: «Vuestro padre está orgulloso de vosotros. Lo veo en sus ojos». Cada noche le preparaba una cena y fingían cierta normalidad. Después, con independencia del tiempo que hiciera, Jude desaparecía en el jardín situado en la parte trasera de la casa para fumarse un cigarrillo —eran ya diez al día—, y Fox se sentaba en el sofá con el mando a distancia y el periódico vespertino. El salón estaba abarrotado, ya que la cama y el orinal ocupaban mucho espacio. La ropa de Mitch había quedado relegada a una maleta y una bolsa de basura en medio del pasillo. La mesa pequeña estaba cubierta por su parafernalia y habían cerrado la grande, de modo que todos los documentos de Fox estaban esparcidos por el suelo de su dormitorio.

Un fisioterapeuta debía visitar a Mitch un día a la semana, e incluso se habían planteado contratar a un logopeda. Le habían dado una pelota de goma que supuestamente debía estrujar veinte veces en cada mano, tres o cuatro veces diarias. La caja de zapatos que contenía las fotografías permanecía intacta sobre la mesita. Jude confeccionó una lista de la compra: cera para muebles, suavizante para la ropa, bolsas de aspiradora, bayetas, plancha y tabla de planchar. Le preguntó a su hermano cómo se las había arreglado todos esos años.

«Limpieza en seco», fue su poco convincente respuesta.

Stephen Pears debía dirigirse a los accionistas en una reunión que se celebraría el martes a las diez de la mañana en Edimburgo. El emplazamiento era el salón de baile de un venerable hotel del centro de la ciudad. El contacto de Fox en la sección de negocios de *The Scotsman* le habría proporcionado la información y también preguntó si Pears estaba en apuros.

—Porque al margen de cuanto se trate, inspector, no se refiere a un perfil sobre su hermana.

Fox le preguntó si circulaban rumores. A juicio del periodista, la aparente ausencia de habladurías no suponía el menor consuelo.

—En los tiempos que corren, parece que cualquiera puede ir a la bancarrota en cuestión de una hora.

—Si me entero de algo —le aseguró Fox—, usted será el primero en saberlo.

Los accionistas que se amontonaban en el salón de baile parecían haber prosperado sin alardes. Llevaban sus copias del informe anual y hablaban de los niveles de remuneración que la junta directiva estaba dispuesta a repartir. La mayoría parecía bastante entrada en años. Eran los tipos prudentes que no habían perdido demasiado durante la recesión pero que agradecerían recibir buenas noticias de parte de Stephen Pears y su equipo. Después habría una recepción en la que se servirían bebidas y canapés. Se pronunciaron nombres y se entregaron unos folletos relucientes. En la portada aparecía una pareja sonriente cogida de la mano en una mesa de restaurante. proteja sus sueños de futuro, decía el titular. Fox cogió una copia y vio que su nombre no aparecía en la lista de invitados. Mostró su identificación al personal sentado en la improvisada recepción y señaló a los hombres que tenía detrás.

—Vienen conmigo —anunció.

Los cuidadores de Carstairs se sentaron a ambos lados de Donald MacIver. Fox los había recogido a las ocho y cuarto de la noche. Gretchen Hughes insistió en que MacIver no debía recibir muchos estímulos. Fox había firmado los documentos, a sabiendas de que si sus jefes de la comisaría de Fettes se enteraban, le abrirían un expediente. Había mentido una y otra vez para convencer a Hughes y a sus compañeros de que sus acciones contaban con plena autorización y que sin la ayuda de Donald MacIver la investigación por asesinato podía verse obstaculizada. El propio MacIver estaba presentable, como si hubiera realizado un esfuerzo para la ocasión. Fox le preguntó cuándo puso un pie fuera del centro por última vez.

—Fue con motivo de una visita al hospital —recordó al fin—. Pensaban que era apendicitis. De aquello puede que haga cuatro o cinco años.

Todos habían llegado a la conclusión de que no necesitarían adoptar medidas de contención. Los cuidadores parecían entrenarse siempre que tenían tiempo libre y tal vez podrían manejar al paciente pasara lo que pasase. Durante el trayecto habían mantenido un diálogo sobre varias artes marciales y complementos dietéticos, mientras MacIver contemplaba el paisaje, respondiendo a las preguntas de Fox con una serie de gruñidos puntuados por algún que otro «sí» y «no» aislado.

—No ha habido muchos cambios —murmuró al entrar en la ciudad—. Algunas carreteras y edificios nuevos.

—Podemos dar un rodeo para no pasar por el Parlamento —propuso Fox.

—¿Para qué molestarse? —repuso MacIver.

—¿«Comprados y vendidos por oro inglés»? —citó Fox. MacIver asintió con lentitud y determinación.

Así pues, se dirigieron a George Street, aparcaron en una zona de pago y entraron en el hotel.

El salón de baile era más grande de lo necesario. Había ochenta o noventa sillas dispuestas en hileras de a diez. El equipo de Pears consistía en elegantes jóvenes de ambos sexos que escrutaban la sala en busca de posibles inconformistas y entregaban cuadernos y bolígrafos a quienes los necesitaran. No tardaron en detectar a Fox y sus invitados. Se quedaron en la parte posterior de la sala y no se movieron cuando les ofrecieron asiento. MacIver parecía un tanto agitado, pero los cuidadores no mostraron preocupación. Su color facial era lo que Fox denominaría «gris carcelario», pero imaginó que el suyo no debía de ser mucho mejor. Llevaba unas cuantas noches sin dormir bien, y no solo por la presencia de su padre en casa.

El escenario montado frente a la primera fila no parecía permanente. En él había una mesa larga cubierta de terciopelo azul y, sobre ella, cuatro tarjetas

con nombres impresos que Fox no alcanzaba a distinguir. Botellas de agua y vasos llenos; micrófonos y altavoces a izquierda y derecha. El público se saludaba con cortesía. Un joven se detuvo frente a Fox, pero estaba preparado. Le plantó su identificación a un centímetro de la nariz y le dijo que era agente de policía.

—Puedo decirlo más alto si quiere que se entere todo el mundo —propuso.

MacIver rezongó, ante lo cual el joven retrocedió y se unió a otros miembros del equipo. Alguien marcó un número de teléfono e inició una conversación entre susurros, tapándose la boca con la mano, como si temiera que le leyese los labios.

Bien: Fox tenía la esperanza de que la noticia llegara entre bastidores.

Sin embargo, tal vez la llamada se hubiera producido demasiado tarde, ya que aparecieron cuatro hombres por una puerta lateral. Se dirigieron con decisión hacia el escenario, subieron los escalones y se instalaron detrás de la mesa. Stephen Pears se tiró de las mangas de la camisa y comprobó si llevaba la corbata recta. Cuando lo presentaron, asintió y sonrió, observando toda la sala. Al fondo no solo estaban Fox, MacIver y los dos cuidadores, sino también el equipo que trabajaba para Pears, además de algunos asistentes que habían llegado con retraso. Una persona sentada en primera fila sufrió un ataque de tos y un empleado le llevó con presteza un poco de agua. Los cuatro hombres que ocupaban el escenario intentaron no distraerse. Estaban recitando un comunicado sobre los logros que había cosechado la empresa en los últimos doce meses. Fox solo tenía ojos para Stephen Pears, aunque este parecía concentrado en las filas de asientos: eran sus electores. No llevaba documentos consigo. En ese momento sonó un teléfono que nadie cogió, pero trató de no mostrarse irritado.

El cuidador situado junto a Fox le dio un ligero codazo para hacerle saber que su móvil era el culpable. Entonces dejó de sonar, pero medio minuto después volvió a suceder. El tono de llamada estaba configurado al máximo

volumen. Cuando Fox sacó el dispositivo del bolsillo y miró la pantalla, vio que era Tony Kaye, tal como habían planeado. El hombre que estaba leyendo el informe paró y recordó a la sala que debían apagar todos los teléfonos. La gente se volvió hacia Fox. Finalmente colgó, pero solo cuando comprobó que había concitado la atención de Stephen Pears.

Fox lo miró y asintió. Ya habían retomado la lectura del informe, pero el lenguaje corporal de Pears cambió. Estaba más rígido, menos seguro de sí mismo. Cuando miró por segunda vez al fondo de la sala, Fox pasó por delante del cuidador, tocó el brazo de MacIver y le susurró algo.

—¿Está usted bien ahí, señor MacIver?

Era una pregunta bastante inocente que MacIver respondió con el gesto que Fox deseaba.

—¿Seguro?

MacIver asintió de nuevo. Fox volvió a fijar la atención en el escenario y le dedicó a Pears una pequeña sonrisa satisfecha. Pears se pasó una mano por el pelo, se recostó en la silla y miró primero al techo y después a la mesa. El informe estaba tocando a su fin y lo invitaron a pronunciar unas palabras sobre el futuro. Los asistentes aplaudieron y Fox se unió a ellos. A MacIver no le gustaba el ruido. Se tapó las orejas con las manos y emitió un largo gemido. Cuando Pears se levantó y terminaron los aplausos, el gemido todavía era audible. Pears había cogido el micrófono, pero no dijo nada. Los cuidadores trataban de calmar a MacIver.

—No —dijo varias veces seguidas.

—Será mejor que lo saquemos de aquí —dijo el cuidador situado junto a Fox.

El inspector asintió.

—Iré en un minuto —repuso.

Toda la sala observó a MacIver mientras salía. Después las miradas se volvieron hacia Pears, a la espera de su habitual interpretación serena, su

contenido *tour de force*. Pears se había terminado el agua y estaban sirviéndole más. Al cabo de quince o veinte segundos inició su discurso.

Y estuvo bien. Fox dudaba que quien lo hubiera escuchado antes notara alguna diferencia.

«Es un buen actor», pensó.

Pero eso ya lo sabía. Al cabo de cinco minutos volvió a cruzar miradas con Pears y le dedicó un falso aplauso y un leve gesto de aprobación. Acto seguido se dirigió hacia la puerta y sacó el teléfono como si fuese a realizar una llamada.

MacIver estaba sentado en la recepción del hotel, pasando el dedo sobre la portada de un periódico matinal.

—Ha vuelto a la normalidad —le informó uno de los cuidadores a Fox.

Este se sentó junto a MacIver y le preguntó si había reconocido a alguien en el escenario. El anciano meneó la cabeza.

—¿Está seguro? —insistió Fox.

—Seguro —repitió MacIver.

Fox sacó su copia de *Proteja sus sueños de futuro*. El reverso consistía en retratos sonrientes de los protagonistas.

—¿Le suena? —preguntó Fox, señalando a Stephen Pears.

—Estaba en la sala.

—Así es.

—No lo conozco.

—Ha salido en televisión y en los periódicos. Su nombre es Stephen Pears. Estoy convencido de que lo conoció como Ojo de Halcón.

MacIver lo miró.

—Se equivoca —dijo.

—La guerra ha terminado —persistió Fox—. No hace falta mentir por una causa que está ganada.

Pero MacIver movió la cabeza de manera lenta y desafiante.

—¿Puedo volver?

—¿Volver?

Fox pensaba que se refería al salón de baile.

—A casa —precisó MacIver.

—Se refiere a Carstairs —añadió uno de los cuidadores—. ¿No es así, Donald?

—Eso es —confirmó MacIver—. No me gusta estar aquí. —Le lanzó una mirada fulminante al cuidador—. Y es «señor MacIver» hasta que me conozca mejor.

—Hace casi dos años que lo conozco.

—Todavía está en período de prueba.

—¿Qué le parece si volvemos un minuto al salón para que pueda oírlo hablar? —propuso Fox.

MacIver negó de nuevo con la cabeza.

—No queremos empeorar las cosas —advirtió el otro cuidador.

Fox consideró sus opciones. ¿No había conseguido lo que quería? MacIver estaba leyendo de nuevo, y les preguntaba a los cuidadores si tenían un lápiz.

—Yo tengo un bolígrafo —dijo Fox.

—Tiene que ser un lápiz —respondió el mismo cuidador—. Y no muy afilado.

Fox asintió. Entonces le llegó un mensaje. Tony Kaye le preguntaba si había funcionado.

«Más o menos», contestó Fox. MacIver estaba estudiando los retratos impresos al dorso del informe anual, pero perdió interés y volvió al periódico.

—Cuando guste, señor MacIver —anunció Fox—. Y me gustaría darle las gracias por todo.

MacIver se levantó y le echó un último vistazo al lujoso entorno.

—¿Rusos o árabes? —preguntó.

—Creo que no lo entiendo.

—¿Quién es el propietario? Tienen que ser unos u otros. Recuerde mis palabras. Y el año que viene o el siguiente se lo venderán a China. Una nación comprada y vendida...

Los cuidadores se miraron entre sí y uno de ellos puso los ojos en blanco.

—Ya estamos otra vez —soltó.

Durante el trayecto hacia la puerta, las protestas de MacIver se tornaron cada vez más ruidosas.

Fox dejó a los tres hombres en Carstairs y, a medio camino hacia Edimburgo, su teléfono empezó a sonar. Tenía una idea bastante aproximada de quién sería y prefirió no responder; al menos, no de inmediato. Al final vio una indicación de un área de descanso, así que puso el intermitente y se detuvo. No reconoció el número y no habían dejado mensaje. Sacó una grabadora digital del bolsillo. Joe Naysmith le aseguró que las pilas eran nuevas y que podría utilizarla de forma continuada durante ocho horas. Fox la puso en funcionamiento, marcó el número y activó el altavoz.

—¿Hola?

No era la voz que esperaba. Era una mujer y se oían conversaciones a su alrededor.

—Con Stephen Pears, por favor. Acaba de llamarme desde este número.

—Un momento...

El teléfono cambió de manos. En esta ocasión era una voz masculina.

—¿Sí? —dijo Stephen Pears.

—¿Disfrutando de los canapés? —preguntó Fox—. ¿Ha conseguido que los accionistas aprueben esos jugosos bonos para los directivos?

—¿Dónde está?

—Estoy conduciendo. Tenía que llevar de vuelta a Donald MacIver.

—¿El hombre que lo acompañaba? —dijo Pears con tono impostado.

—Su viejo amigo. —Fox hizo una pausa mientras pasaba un camión—. No tiene problemas de memoria...

—¿Qué cree que está haciendo exactamente?

—Asegurarme un poco el futuro —respondió Fox.

Sobrevino un silencio al otro lado.

—¿Estamos hablando de dinero?

—Puede. De lo contrario, es posible que su futuro no sea demasiado prometedor.

—Ah, ¿sí?

—No pensaba que fuera de esos.

—¿De esos?

—De los que se venden.

—¿Cuánto sabe usted de mí? Tiene mi número de teléfono, pero se lo di yo mismo a su mujer. ¿Encontró alguna pista en su pequeña incursión? Por cierto, no me importaría recuperar mi portátil si ya no lo necesita. Y el reloj. El libro del profesor Martin puede quedárselo. ¿Qué le pareció su tesis? Toda esa energía política malgastada...

—No sé de qué me está hablando.

—Por supuesto que no. Y nunca se hizo llamar Ojo de Halcón cuando formaba parte del Dark Harvest Commando. Nunca robó bancos y oficinas de correos, y jamás envió veneno ni cartas bomba a Londres. Nunca cogió ese dinero del coche de Francis Vernal después de pegarle un tiro en la cabeza.

—Todo eso suena a desvarío, inspector.

—Usted cuenta su versión, y yo, la mía.

—Acabará en una habitación de Carstairs junto a su amigo.

Fox chasqueó la lengua.

—Yo no he mencionado Carstairs, señor Pears. Pero ahora me hace dudar. ¿Lo reconocería John Elliot si le refrescamos un poco la memoria? Puede que despierten otros de su letargo. Últimamente la policía obra maravillas.

Cogeremos una foto reciente y modificaremos el color y el largo del pelo, le pondremos bar ba... Invertiremos el proceso de envejecimiento. Entonces lo veremos.

—¿Ver el qué?

—A Ojo de Halcón devolviéndonos la mirada. El hombre que quería derrocar al gobierno, el hombre que llevaba la anarquía en las venas. —Fox hizo una pausa—. Hasta que la avaricia se apoderó de él...

—Está cometiendo un error.

—No lo creo.

—Yo sí. —Pears guardó silencio unos instantes—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas más importantes que atender.

—Si lo hace, llamaré a la señora Pears, en su día Alice Watts. ¿Ha visto esa foto de los dos, cogidos del brazo en la manifestación frente a una comisaría?

—Haga lo que tenga que hacer, inspector.

—Por mí, no hay problema. Solo tengo que lanzar una moneda al aire para decidir de qué asesinato lo acusamos primero. ¿O fueron más de dos? Mi aritmética ya no es lo que era.

Fox colgó el teléfono, comprobó la calidad de la grabación y permaneció sentado unos minutos con las manos apoyadas en el volante. No había conseguido gran cosa, nada que se sostuviera en un juicio. En algún momento de su vida, Ojo de Halcón había aprendido a ser prudente. Fox estaba a punto de reanudar la marcha cuando volvió a sonar el teléfono. Era el mismo número de antes, de modo que encendió la grabadora.

—Parece que he tocado una fibra sensible —dijo.

—Soy un hombre al que le gustan los pactos, inspector. Si existe esa posibilidad, estoy dispuesto a pensármelo.

—Cuando no se sale con la suya, ¿toma las riendas el instinto asesino? —especuló Fox.

—Los negocios requieren cierta crueldad. Pero siempre es preferible llegar a un acuerdo.

—¿Y es usted un hombre razonable?

—A menos que me presionen demasiado.

Fox guardó silencio, fingiendo ponderar la situación.

—Tenemos que reunirnos cara a cara —dijo a la postre.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No creo que sea buena idea.

—En el monumento a Wallace. A las cinco de la tarde.

—Tengo planes para esta tarde.

—A las cinco, señor Pears.

Fox finalizó la llamada y observó el teléfono. El corazón le latía con fuerza, la sangre le silbaba en los oídos y advirtió un leve temblor en las manos.

Por lo demás, se sentía bien.

—No me gusta esto —dijo Joe Naysmith—. Está demasiado tranquilo.

A Fox tampoco le gustaba. Estaba sentado en el Volvo, hablando por teléfono con su compañero y miró el aparcamiento. La última vez que había estado allí era en pleno día y había algunos turistas. Ahora el lugar estaba casi desierto, a excepción de dos coches —que probablemente pertenecían a los empleados— aparcados al otro extremo y la furgoneta blanca en cuya parte trasera se hallaban agazapados Naysmith y Tony Kaye. Era su refugio de vigilancia, atestado de material para efectuar las escuchas. Apenas destacaba entre la multitud, pero allí no la había.

—¿No podíamos aparcar un poco más lejos? —preguntó Tony Kaye.

—La señal no es excepcional que digamos —respondió Naysmith.

Fox se llevó al pecho la mano que le quedaba libre. Debajo de la camisa, una tirita fijaba el diminuto micrófono a la piel. Naysmith prefería las tiritas a la cinta adhesiva corriente, ya que eran menos proclives a verse afectadas por el sudor. El cable del micrófono llegaba hasta la batería que Fox llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Está sentado encima de la antena? —preguntó Kaye.

—Dile que puedo atármela a la cabeza si os facilita el trabajo —respondió Fox.

Joe Naysmith transmitió el mensaje.

Habían necesitado una hora de papeleos antes de recibir autorización para utilizar la furgoneta y su contenido, pero bastaba con marcar unas cuantas casillas con una cruz. Fox era un experto en tales menesteres. En algún momento, alguien de mayor rango vería el formulario y haría preguntas, pero

eso sería más tarde. El depósito de la furgoneta estaba casi vacío. Fox le había entregado cincuenta libras a Naysmith y le dijo que hiciera un alto en la gasolinera de Queensferry Road.

—¿Lo pagas de tu bolsillo? —había preguntado Kaye.

—Mejor así —confirmó Fox.

—¿Por qué aquí? —quiso saber Kaye, en referencia al monumento a Wallace.

—Por la resonancia —respondió Fox.

Vio por el espejo retrovisor que estaban limpiando las mesas en Legends, con las luces apagadas tras otra jornada laboral. Faltaban diez minutos para la hora señalada y hacía media hora que habían llegado. Fox intentó adivinar en qué coche llegaría Pears. ¿El Maserati o el Lexus? Obtuvo respuesta al cabo de dos minutos, cuando el Maserati negro entró en el aparcamiento con gran estruendo.

—Llega pronto —dijo, y colgó el teléfono.

Fox lo observó mientras Pears circulaba junto a la furgoneta sin aminorar la marcha. Los otros dos coches estaban vacíos, así que se detuvo al lado del Volvo, pero dejó el motor encendido.

—Suba —ordenó Pears.

—¿Por qué no en mi coche?

Pears negó con la cabeza.

—Conozco mejor el mío.

Fox alcanzaba a oír la música que emanaba del equipo del Maserati: piano a ritmo de jazz. La noche que visitó la casa de Stirling sonaba algo similar.

—Eso es motivo para romper el acuerdo, inspector —añadió el financiero.

Fox vaciló. Entonces subió la ventanilla, quitó la llave del contacto y salió. Al dirigirse al Maserati mantuvo la mirada fija en el conductor. Pears estaba estudiando el aparcamiento a través de los retrovisores. Fox abrió la puerta del acompañante y subió. Pears llevaba guantes de cuero, una prenda de

aspecto anticuado con cierre de tachuelas. Cuando Fox se hubo sentado, Pears dio marcha atrás. Una vez fuera de la zona de aparcamiento, puso primera. Al pasar por delante de la furgoneta de vigilancia, pisó el freno.

—¿Quiere despedirse de sus amigos? —preguntó antes de tocar el claxon.

Luego arrancaron de nuevo y pusieron rumbo a la carretera principal. A medida que aumentaba el ruido del motor, Pears subía el volumen del equipo.

—¿Tan estúpido me considera? —gritó, mostrando los dientes mientras se abría paso entre el tráfico.

—Lo suficiente para que nos matemos —replicó Fox.

Acto seguido se puso el cinturón de seguridad. El coche había alcanzado ya los ciento treinta kilómetros por hora y Pears no daba señales de aminorar. No cesaba de mirar por el espejo retrovisor, hasta que se cercioró de que nadie podía seguirlo sin invadir su campo de visión.

—Tiene usted razón —reconoció Fox.

Se desabrochó la camisa y tiró de los cables hasta sacar la batería de su escondite.

—¿Lo ve?

Quitó las pilas y lo arrojó todo sobre el asiento trasero. Después se abotonó de nuevo la camisa.

—¿No lleva pistola? —preguntó Pears.

—No.

—¿Y el único refuerzo era esa vieja furgoneta?

—No me esperaba que esto fuera a ser *Los autos de choque*.

Pears captó la indirecta y levantó un poco el pie del acelerador, mirando de nuevo por el espejo retrovisor. Al final bajó el volumen de la radio.

—¿Vamos a un bonito lugar? —preguntó Fox.

No reconocía la carretera en absoluto.

—Solo estamos conduciendo —dijo Pears—. Conduciendo y hablando. — Miró a Fox—. Quiero que comprenda por qué todo ha tenido este desenlace.

—¿Necesito saberlo?

—Puede que vea las cosas desde otra perspectiva.

—¿Va a contarme por qué mató a Francis Vernal?

—Tendrá que retroceder más en el tiempo. Debe comprender cómo eran las cosas en los años ochenta.

—Estuve allí —replicó Fox.

—Pero ¿estuvo de veras presente o era como un sonámbulo? ¿Recuerda la mitad de las cosas que sucedieron en aquella época después de leer todos esos periódicos? ¿Las marchas y las protestas, el miedo? —Pears miró a Fox—. Sea sincero.

—A lo mejor estaba demasiado ocupado haciendo mi vida.

—Usted y varios millones más. Pero algunos queríamos cambiar el mundo y sabíamos que los políticos no iban a ayudarnos demasiado... A menos que los espoleáramos.

—¿Con cartas bomba y ántrax?

—¿Cree que el terrorismo no funciona? ¿Ha prestado atención a Irlanda del Norte últimamente?

—De acuerdo. Quería destruir el sistema, hasta el momento en que vio todo ese dinero en el coche de Vernal.

—Francis estaba convirtiéndose en un problema. Bebía demasiado y se iba de la lengua. El MI5 lo tenía controlado.

—¿Lo siguió usted aquella noche?

—Estaba vigilando la casa de Anstruther. Dos minutos después de que apareciera llegó otro coche. Su identidad era bastante obvia. Si Francis hubiera bebido un poco menos, los habría descubierto.

Fox reflexionó unos instantes.

—Cuando se fue, ¿siguió a Vernal y a los espías?

—Cuando les di alcance, el accidente ya se había producido. Los vi registrando el coche. No eran especialmente buenos. —Pears hizo una pausa

—. Cuando se fueron, me acerqué. Puede que Francis pensara que yo era uno de ellos. Estaba volviendo en sí y apuntándome con una maldita pistola. La agarré y se disparó. No pude hacer gran cosa después de aquello.

—Salvo llevarse el bote del Dark Harvest Commando del maletero.

—De acuerdo, me llevé el dinero.

—Hizo mucho más que eso. Aquellos dos agentes juran que no había ninguna pistola en el coche. Eso es porque la pistola era de usted y no de Vernal. Y no fue un accidente. Fue un disparo limpio en la sien, idéntico a la muerte de Alan Carter. Usted asesinó a Francis Vernal y acabo de averiguar por qué. —Fox hizo una pausa, esperando a que Pears dijera algo, pero parecía concentrado en la carretera que se extendía frente a ellos—. Usted mismo lo ha dicho: estaba vigilando la casa de Anstruther, lo cual significa que lo que le interesaba era Alice Watts. O sospechaba de ella o le gustaba. Yo me decanto por lo segundo. Usted se sentía atraído por ella; pero, por alguna razón, ella prefería acostarse con el abogado gordo y borracho. Me hago cargo de lo mucho que debía de exasperarle: usted con su chaqueta de cuero y sus gafas de sol, Don Forajido, derrotado por Francis Vernal. Si le metía una bala en la cabeza, Alice pensaría que era obra del MI5. Puede que necesitara llorar sobre su hombro.

Mientras hablaba, Fox no pudo evitar pensar en Charles Mangold e Imogen Vernal; otro caso de amor jamás correspondido.

—Pero antes de que eso ocurriera —continuó—, ella desapareció. Tenía usted dinero para salir del apuro y un asesinato que todo el mundo consideraba un suicidio. El grupo estaba deshecho, así que se alejó de él y se enamoró del sistema que antes odiaba.

Pears seguía sin mediar palabra, así que Fox continuó su discurso.

—Un día vi algo en Internet mientras realizaba una búsqueda: las cualidades que uno necesita para triunfar en los negocios son las mismas que

atesoran los asesinos despiadados. Ni empatía ni emoción... Cualquier medio es bueno para conseguir un fin.

Pears respondió con una media sonrisa.

—¿Sabía usted que Alice era una infiltrada? —preguntó Fox.

La sonrisa de Pears se desvaneció.

—No —reconoció.

—¿Cuándo volvieron a encontrarse?

—En una cena benéfica. Estaba ascendiendo en el DIC por la vía rápida.

—¿La reconoció?

—Casi de inmediato.

—¿Ella no lo recordaba?

—Yo había cambiado más.

—¿Se las arregló para ocultárselo? —Fox esperó una respuesta que no llegaba—. Hubo de llegar a la conclusión de que, en aquella época, Alice estaba espiándolos a usted y a sus amigos.

Pears asintió.

—No tenía demasiada importancia. Más tarde, no tendría ninguna. —Pears miró de nuevo a Fox—. Me había enamorado.

—De nuevo —dijo Fox.

—Como es debido —corrigió Pears—. Por primera vez.

—Debía saber que alguien acabaría descubriéndolo.

Pears se encogió de hombros.

—¿Me reconoció realmente MacIver sobre ese escenario?

—Sí.

—No le creo.

—No sabía a ciencia cierta de qué lo conocía —mintió Fox—. Por eso se puso nervioso. Pero al regresar a Carstairs...

—¿Con cierto estímulo suyo?

—Puede que un poco.

—No será el testigo más fiable en el juicio.

—Usted piensa que esto no va a llegar a los tribunales...

—Tiene razón. De hecho, todavía no sé muy bien qué quiere.

—¿Que qué quiero?

—Quiere que se sepa la verdad y, de paso, destrozarme la vida y acabar con la reputación de Alison. Usted piensa que soy un asesino despiadado que ha intentado cubrirse las espaldas.

—¿Cuando en realidad usted ha sido el caballero de brillante armadura de su esposa?

—Eso es.

—¿Alan Carter no tenía nada contra usted?

—Él conocía el nombre de Alison. Su compañero se ocupaba del «suicidio» de Vernal.

—¿Se refiere a Gavin Willis, el hombre que hizo un buen negocio vendiéndoles armas a usted y a los suyos?

—El MI5 no le quitaba el ojo de encima y le dijeron que tenía que obviar el nombre de Alice Watts. Le contaron que en realidad era agente de policía, que acababa de salir de la universidad y trabajaba como infiltrada. Si se hubieran molestado en darle un apodo que no fuese tan parecido a su nombre real... —Pears meneó la cabeza, denotando que ese error todavía le molestaba —. Carter encontró cosas escondidas en casa de Willis: una confesión, una pequeña póliza de seguros que incluía el nombre de Alice Watts y la información de que había sido un policía infiltrado, además de amante de Vernal.

—¿Sumó dos más dos e intentó chantajearlo? —dedujo Fox.

—Yo era quien tenía el dinero y él sabía que a los periódicos sensacionalistas les gustaría la historia. Era un tío repugnante. No había forma de razonar con él.

—A mí me cayó bien cuando lo conocí.

—Vio usted lo que él quiso que viera.

—¿Lo invitó a Gallowhill Cottage para que pudiera pagarle por su silencio?

—Sí.

—La puerta estaba abierta, así que entró. Él estaba sentado a la mesa. Era presa fácil, por así decirlo. Pero no mató al perro. Con quienes tiene problemas es con los humanos. —Fox hizo una pausa—. Puede que lo de Francis Vernal fuese un impulso, pero lo de Alan Carter requirió cierta preparación. Primero le pidió un favor a su amigo, el juez Cardonald. Había investigado al chantajista y conocía su historia con el sobrino. Con Paul Carter fuera de juego, solo tenía que preparar el escenario: llamar un par de veces a su teléfono móvil y atraerlo hasta la casa. Luego se fue a acurrucarse junto a su mujer. —Fox calló de nuevo—. ¿Qué tal voy?

—¿Acaso importa? No estoy oyendo nada que un tribunal pueda considerar incriminatorio.

—Eso es porque es usted bueno. —Fox hizo una nueva pausa—. Cardonald debió de ponerse furioso cuando el prisionero a quien acababa de poner en libertad era, de repente, sospechoso de asesinato. No le hará ningún favor a su reputación.

—Cardonald sabe dónde está. Le he hecho ganar bastante dinero a lo largo de los años.

—Además, imagino que sabe usted ser convincente cuando la ocasión lo requiere. ¿Qué hay del traficante de armas de la isla de Barbados? ¿También causaba problemas?

—No estará insinuando...

—Se llamaba Benchley.

—Lo sé. Se ahogó en su piscina.

—¿Y es pura casualidad?

—Por supuesto que sí.

Fox reflexionó unos segundos.

—Del coche de Vernal desaparecieron el tabaco y un billete de cincuenta libras.

—Entonces alguien debió de llevárselos; tal vez uno de los suyos, inspector.

Pears se permitió otra media sonrisa y puso el intermitente para tomar un desvío.

—Me da la impresión de que tiene usted un destino en mente —dijo Fox.

—Puede.

Pears estaba mirando de nuevo por el retrovisor. No había rastro de luces detrás de él. En ese momento sonó su teléfono y miró la pantalla sin responder.

—¿La jefa de Policía quiere saber dónde se ha metido? —preguntó Fox.

—Empiezo a preguntarme si está usted celoso.

—¿Celoso?

—Es una emoción muy normal —respondió Pears—, cuando uno ve que alguien posee algo que tal vez no puede conseguir. Es lo que le ocurría a Alan Carter. Da igual si es dinero, estatus o amor; puede volverte un poco loco. —Pears cambió de tercio—. ¿Cómo está su padre?

Fox lo miró fijamente.

—Sé que su matrimonio no duró demasiado —continuó Pears—. Tiene una hermana que por lo visto ha pasado apuros en algún momento, y ahora su padre ingresado en el hospital. Pero ya ha vuelto a casa, ¿verdad? No está en una residencia, sino con usted.

Fox seguía mirándolo y Pears lo sabía.

—La atención privada cuesta dinero —prosiguió—. Una hermana en paro puede ser una carga. Y entonces ve lo que Alison y yo hemos conseguido... No es que no trabajáramos duro, pero a veces también interviene la suerte. —Hizo una nueva pausa—. Sé que no busca dinero, pero eso no significa que

no sienta resquemor por la fortuna de los demás. —Pears le lanzó una prolongada mirada a Fox—. ¿Qué tal voy, inspector? —dijo, devolviéndole la pregunta a Fox—. El mundo ha perdido a un mujeriego alcohólico y a un chantajista. Tres hurras por el mundo...

—Creo que ya sé dónde estamos —aventuró Fox pausadamente mientras miraba por la ventanilla del acompañante.

—¿Dónde si no?

Pears se detuvo en el área de descanso y, al pisar con fuerza el freno, hizo que la gravilla saliera despedida. Luego apagó el motor y se volvió hacia Fox.

—¿Un paseo por el bosque? —dijo.

—Estoy bien aquí, gracias —respondió Fox.

Pero Pears se llevó la mano a la espalda y sacó una pistola.

—Guardo algunos *souvenirs* de los viejos tiempos —explicó, apuntando con el cañón al pecho de Fox.

—Se olvida de los testigos —dijo el inspector—. Para empezar, la furgoneta de vigilancia.

—No es precisamente un plan perfecto —reconoció Pears.

—¿Yo también me pegaré un tiro en la cabeza?

—Se ahorcará.

—Ah, ¿sí?

—En el escenario que tanto le obsesiona. Vi suficiente en su casa, con todos esos documentos y un ordenador lleno de conjeturas. Francis Vernal le llegó muy adentro. Si a ello le sumamos sus problemas recientes en el trabajo y un padre enfermo...

—¿Y decido acabar con todo? —Fox vio que Pears asentía—. ¿Qué estará haciendo usted todo este tiempo?

—Vinimos juntos hasta aquí. Usted propuso algunas teorías descabelladas. Me pidió que viniera a este lugar, pensando que significaría algo para mí.

Entonces la locura se apoderó de usted y echó a correr hacia el bosque. Lo dejé solo y me fui a casa.

—Aun así, todo saldrá a la luz: usted y Alice, Vernal y Alan Carter...

—Habrán rumores —admitió Pears—, pero dudo que los medios de comunicación les concedan mucho crédito. Tengo una legión de abogados a mi disposición y creo que los requerimientos están muy en boga. Créame, no permitirán que trascienda gran cosa. ¿Por qué no deja el teléfono móvil en el asiento de atrás? No lo necesitará.

Fox titubeó, pero Pears le hundió la boca de la pistola en las costillas. El inspector hizo una mueca de dolor, sacó el teléfono y lo arrojó por el hueco que había entre los dos asientos.

—Salga —ordenó Pears.

Entonces abrió la puerta, con el arma apuntando en todo momento a Fox. Este se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche. El aire era frío y limpio: aire de campo. Se encontraban junto al pequeño monumento erigido para conmemorar la vida de Francis Vernal.

«Un patriota».

Era una silenciosa carretera rural. Tal vez no pasara ningún coche en media hora, tiempo de sobra para que Pears llevara a cabo la ejecución. Y sin testigos. Se oyó un ladrido a lo lejos; un perro de granja, o acaso un zorro. Fox habría deseado ser como ellos: más rápido, esbelto y ágil.

Astucia. Siempre le quedaba la astucia.

Pears había cerrado la puerta del conductor y rodeó el Maserati para cerrar también la del acompañante.

—No suelen verse deportivos caros como este por aquí —observó Fox—. ¿Está seguro de que no quiere dejarlo en un lugar más discreto?

—Tendré que arriesgarme —respondió Pears—. Vamos.

—¿Y la cuerda? —preguntó Fox.

—Nos está esperando.

Pears señaló con la pistola la dirección que debían tomar.

—Lo ha planeado usted mejor de lo que yo pensaba.

—Lo leí hace tiempo. Un hombre se adentró en un bosque. Era demasiado viejo para colgar la soga de una rama alta, así que la ató a una más baja, metió el cuello dentro y se inclinó hacia delante todo lo que pudo...

—Y eso es lo que yo voy a hacer, ¿verdad? Creo que será mejor que me niegue y me lleve un balazo. Al menos, así podrán incriminarlo.

Pears se encogió de hombros.

—Es mi palabra contra la suya, pero usted no podrá hablar. Un cuerpo podría pasarse años aquí sin que nadie lo encuentre. —Volvió a señalar hacia el bosque—. Pero no pensemos aún en eso. Sigamos andando.

Fox avanzó unos pasos hasta que se encontró junto a la primera línea de árboles.

—Hay algo que nadie parece saber.

El inspector trató de sonar abatido, resignado a su destino.

—¿Qué?

—Pero imagino que usted sí.

Intrigado, Pears repitió la pregunta.

—El árbol con el que colisionó Vernal.

Pears reflexionó un momento.

—Probablemente fue ese —respondió, al tiempo que señalaba con la pistola.

En el momento en que no lo apuntaba a él, Fox agarró a Pears de la muñeca y se la retorció. Pears jadeó y separó los dedos de manera involuntaria. Cuando la pistola cayó al suelo, Fox la apartó de una patada. Pero Pears era el más fuerte de los dos y consiguió asestarle varios golpes mientras intentaba reducirlo. Fox solo tardó unos segundos en darse cuenta de que no iba a ganar aquella pelea; al menos, cuerpo a cuerpo. No veía la pistola, así que empujó a Pears y echó a correr.

Pears no lo siguió de inmediato, lo cual dio a Fox un poco de tiempo para sortear los árboles a toda prisa. Se encontraba a diez o quince metros de distancia. La oscuridad jugando a su favor, pero una bala perforó un tronco a escasos centímetros de su hombro izquierdo. Una astilla penetró en su mejilla. Le causó un profundo escozor. La dejó donde estaba y siguió adelante lo mejor que pudo.

No sabía cuán profundo era aquel bosque. ¿Cuánto tardaría en llegar a un claro donde se convertiría en blanco fácil? En el cielo brillaba una media luna oscurecida por una fina capa de nubes. Había luz suficiente para orientarse. Más que suficiente para Stephen Pears.

Una bala alojada en un árbol constituía una prueba. Pero ¿la encontraría alguien? Los tiempos habían cambiado, sí, pero la policía aún podía ser negligente. Se llevó las manos a los bolsillos. Si arrojaba algunas tarjetas de crédito, dejaría un rastro para Pears, pero también para los investigadores. Otra bala pasó silbando junto a él y golpeó la madera. Pears era corpulento y probablemente no utilizaba demasiado el gimnasio doméstico. ¿Tenía Fox alguna posibilidad de dejarlo rezagado?

No importaba. Eran las balas lo que debía dejar atrás, y eso era imposible.

Podía ser mejor estrategia que él, pero ¿cómo? La carretera era su mejor baza. Todo dependía de que algún coche pasara por allí, pero tal vez le sonreiría la suerte. Otra opción era regresar al Maserati. Pears no lo había cerrado, pero Fox no recordaba si había dejado la llave. Su teléfono estaba en el asiento trasero, al igual que la pequeña grabadora que le había pedido prestada a Joe Naysmith. La había arrojado allí junto con la batería, no sin antes ponerla en marcha. Todo lo que habían dicho en el coche estaría allí y sería audible, o eso esperaba.

Pero solo le resultaría útil si Pears no lo encontraba...

Otro disparo fallido. ¿Los oiría algún campesino? ¿Un cazador furtivo? El sudor recorría la espalda de Fox. Podía quitarse la chaqueta, pero era más

oscura que la camisa y no quería brindarle a su perseguidor un blanco más atractivo. Le dolía el pecho. Entonces recordó las punzadas que había sentido cuando cruzó el puente de la carretera de Forth. Con punzadas o sin ellas, esta vez debía seguir adelante.

El cuarto disparo alcanzó su objetivo. Fox notó el impacto en el hombro izquierdo. La bala encontró una trayectoria de salida y lo dejó entumecido. Estuvieron a punto de cederle las piernas, pero resistió. Notó una quemazón y luego el dolor que le recorría todo el brazo hasta las yemas de los dedos.

Apretó los dientes. Sabía que no podía detenerse ni un segundo. Le sangraba la herida. Se agarró la mano izquierda y se la llevó al pecho.

Y siguió corriendo.

Se arriesgó a volver la vista atrás, pero no había ni rastro de Pears. Se dio cuenta de que estaba acechándolo. Su perseguidor no permitió que el pánico se apoderara de él. Seguía transpirando su yo metódico. Estaba observando, escuchando y calculando. Estaba agotando a su presa. Permitiría que Fox corriera en círculos y después le daría caza. Fox maldijo su propia estupidez y continuó su avance. Le vinieron imágenes a la cabeza: Mitch y Jude; Imogen Vernal y Charles Mangold. Había sido este quien lo había llevado hasta allí.

No. ¿A quién pretendía engañar? El único culpable era él.

Paul y Alan Carter...

Scholes, Haldane y Michaelson...

Evelyn Mills y Fiona McFadzean...

Eran actores en el drama de su vida y muerte.

Alice Watts metamorfoseando en Alison Watson.

Ojo de Halcón ocultándose tras los ojos de Stephen Pears.

El comisario Jackson, salvaguarda de los secretos de Estado.

Chris Fox.

Y, de nuevo, Mitch y Jude.

Le invadieron esos pensamientos mientras se dirigía a una pendiente. El terreno estaba cubierto de musgo y hojas. Cada vez que respiraba, notaba en los pulmones un sabor a arcilla.

—¡Fox!

El grito de Pears le indicó que se encontraba a unos diez o quince metros de distancia. También denotaba irritación, lo que le dio una brizna de esperanza. Intentó sonreír, pero no pudo. Se relamió y tenía la saliva tan pegajosa como la cola industrial.

Y corrió.

—¡Fox!

«Sigue gritando, amigo. Así sabré dónde estás».

Cada movimiento le causaba otra sacudida de dolor en el hombro. La sangre le salpicaba los pantalones y los zapatos. Pensarlo le provocaba náuseas. Tragó fuerte y notó un sabor a hierro y bilis. Entonces llegó a un pequeño claro y se detuvo un momento para observar la soga que colgaba de la rama de un árbol, casi exactamente a la altura de sus ojos, con un extremo atado fuertemente al tronco.

«Muévete, Malcolm».

Divisó un montículo más empinado, una solitaria hilera de árboles y luego una brecha. Supo que tenía que ser la carretera. Mientras trepaba se vio obligado a apoyar la mano derecha en el suelo. Cuando se reincorporó, se encontraba a solo unos centímetros del asfalto. Miró a izquierda y derecha. Desde allí alcanzaba a ver el maletero del Maserati. El resto del vehículo permanecía oculto al otro lado de la curva. Fox tomó la dirección opuesta. Ahora estaba desprotegido. No se oía tráfico ni se veían luces a lo lejos. Le escocían los ojos y se enjugó el sudor. Siempre podía internarse en el bosque que se extendía al otro lado de la calzada. Sería más seguro, pero también se encontraría más aislado.

Un momento...

El cielo empezaba a clarear. Podía distinguir el contorno de los árboles. Y ahora podía oír el tenue rugir de un motor. Recordó a los pilotos locales, cuyos nombres estaban grabados en el monumento. ¿Se detendrían? ¿Serían sus frenos comparables a su tiempo de reacción? ¿Qué tópico resultaría huir de un pistolero para acabar atropellado por un adolescente con granos al volante de un Cosworth supertuneado!

El rugido era cada vez más fuerte. Se hallaba en una recta prolongada y empezó a quitarse la chaqueta. Ahora, la camisa más clara podía suponer una ventaja.

—¡Fox!

Se dio la vuelta. Pears estaba irritado. A Fox le pareció que había tropezado. Cojeaba y tenía la ropa y la cara manchadas de tierra.

Pears respiró hondo varias veces, se irguió y levantó la pistola. Fox se encontraba a apenas diez metros de distancia, pero el coche se acercaba, así que empezó a gesticular con el brazo ileso. Pears lo apuntaba cuando divisó el coche, que encendía y apagaba las luces y hacía sonar el claxon. Era un vehículo pequeño, pero con un motor potente. Fox trató de protegerse los ojos. Lanzó una mirada furtiva y vio que Pears estaba haciendo lo mismo. El coche se detuvo en seco y quedó cruzado en medio del carril. Entonces se abrió la puerta del acompañante.

—¿Pero tú quieres que te maten o qué, tío?

Era un niño. Tal vez ni siquiera hubiese cumplido los dieciséis años. Del coche salía una música atronadora. El conductor dejó el motor en marcha al salir y llegó otro coche. Salieron más niños, también con la música a todo volumen.

Fox estaba mirando a Pears, que había escondido la pistola y se disponía a retroceder.

—¿Eso es sangre? —le preguntó alguien a Fox—. ¿Te has estrellado con el coche o algo así?

Pears había desaparecido. Fox le preguntó al pasajero si podía utilizar su teléfono.

—Sí, claro.

Pero le temblaba demasiado la mano y tenía los dedos resbaladizos a causa de la sangre, así que recitó el número para que lo marcara el muchacho y le sostuviera el aparato mientras hablaba con Tony Kaye.

El Mondeo apareció un par de minutos después que la Unidad de Respuesta Armada. Fox había rendido informe a los cuatro agentes: tipo de arma, balas disparadas y dirección que había seguido el atacante. Los adolescentes se quedaron allí, nerviosos por si pudiera existir alguna intención oculta, pese a que Fox había intentado tranquilizarlos. Estaban apoyados en los coches, fumando y observando las armas. Cuando uno trató de hacer una foto, un gesto con un dedo bastó para disuadirlo.

Tony Kaye fue el primero en bajar del Mondeo, seguido por Joe Naysmith. El último agente armado se adentraba en el bosque cuando se acercaron a Fox.

—¿Te duele? —preguntó Naysmith, señalando la herida con la cabeza.

—Me arde —respondió Fox.

—¿Habéis llamado a una ambulancia?

Fox negó la cabeza.

—Has perdido bastante sangre.

—Es un rasguño —afirmó Kaye, echando un vistazo rápido al hombro—.

¿Quieres que vayamos a ver qué hacen? —preguntó.

Tras dudar unos instantes, Fox asintió.

—Vosotros no os mováis de aquí —ordenó a los adolescentes—. Y nada de teléfonos ni mensajes. ¿Entendido?

En el bosque reinaba el silencio. No se oían voces ni disparos, solo el

crujido de las ramillas al pisar.

—Habéis llegado muy deprisa —observó Fox.

—Al volante iba un loco —respondió Naysmith.

—¿Qué pensaba hacer contigo? —preguntó Kaye, abriéndose paso entre las ramas.

—Suicidio por ahorcamiento.

Kaye meneó la cabeza.

—Yo pensaba que ese tío era un profesional.

—Se ha salido con la suya otras veces.

—¿Exceso de confianza? —aventuró Naysmith—. ¿Y si llegamos antes que la Unidad de Respuesta Armada?

—Somos tres —protestó Kaye—. Con el humor que tengo, con pistola o sin ella se iba a llevar su merecido.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Naysmith al notar que Fox trastabillaba.

—Solo estoy un poco mareado. —Naysmith le ayudó a recuperar el equilibrio—. Me pondré bien, Joe; tranquilo.

Fox se enjugó el sudor de la cara con la manga que no estaba manchada de sangre.

Kaye miró a Fox para saber qué dirección debían seguir, pero este encogió el hombro bueno y se detuvo al escuchar un grito. Parecía que los agentes estaban dando el aviso prescriptivo.

—Tal vez por ahí —aventuró.

Los tres apretaron el paso. Se oyeron más voces, pero parecían moverse. Fox tuvo la sensación de estar desandando el camino que había recorrido. Parte de él le decía que se detuviera, pero siguió adelante, sudando a chorros.

Todos oyeron el motor del coche cuando arrancó, un sonido grave que se convirtió en un rugido.

—¿El Maserati? —dedujo Naysmith.

La Unidad de Respuesta Armada apuntaba con sus pistolas el parabrisas del coche, pero eso no bastó para disuadir a la figura sentada al volante. El coche salió a la carretera dando marcha atrás y aceleró con las luces apagadas.

—¡Al coche patrulla! —gritó uno de los hombres a sus compañeros—. ¡Ronnie, da el aviso!

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Kaye a Fox—. Puede que el Mondeo esté a la altura.

—Malcolm necesita vendaje —advirtió Naysmith.

Kaye no le prestó atención, pendiente de lo que decidiera Fox. Entonces oyeron un chirrido de neumáticos seguido por un impacto.

De nuevo, el Hospital Victoria.

A Fox no le cabía la menor duda de que el periodista Brian Jamieson estaría merodeando por los alrededores. Le habían desinfectado y cosido la herida. Los calmantes le recorrían el cuerpo y en el bolsillo llevaba una receta. Le vendaron el hombro y sentía un leve dolor si intentaba mover la mano izquierda. Le habían confiscado la chaqueta y la camisa como pruebas. Los forenses llegarían al lugar de los hechos cuando se hiciera de día para buscar casquillos de bala, la pistola y la soga.

No se había encontrado ningún arma en el coche. Pears debió de deshacerse de ella. Fox estaba en la sala de traumatología. La suya era la única cama. Un enfermero había anotado los daños sufridos: dos costillas rotas, lesiones en las rodillas y contusiones faciales.

—Por eso hay que llevar cinturón de seguridad —le dijo.

Una caja metálica colocada debajo de las sábanas aliviaba la presión de las piernas del paciente, que abrió los ojos cuando Fox entraba en la habitación. Había un policía de guardia junto a la puerta. Anotó el nombre de Fox y verificó exhaustivamente su identificación. Era comprensible: una sudadera con capucha y un pantalón de chándal prestados no eran el atuendo habitual de un policía.

—Creo que está durmiendo —dijo el agente.

Pero Stephen Pears estaba despierto para Fox.

—Encontraremos la pistola —le aseguró el inspector.

—¿Y qué demostrará eso? ¿Que le tenía tanto miedo que sentí la necesidad de utilizarla?

—¿Miedo de mí?

—De usted y de sus teorías disparatadas.

Pears intentó aclararse la garganta. Estaba muerto de sed. Miró la jarra de agua que había junto a la cama, pero Fox no estaba dispuesto a hacerle ese favor.

—No pensaré en serio que va a funcionar... —le dijo.

—Acababa de acusarme de asesinato —prosiguió Pears—. Me dijo que lo llevara hasta el lugar donde murió Francis Vernal. Me dio un ataque de pánico, pues pensé que tenía en mente un destino similar para mí.

Miraba a Fox con fiereza.

—¿Y eso es todo lo que se le ha ocurrido?

—Es todo lo que va a conseguir de mí.

Pears giró lentamente la cabeza y emitió un gemido de dolor apenas perceptible. Fox se tomó su tiempo, consciente de que en breve llegaría otra visita. En el momento justo se abrió la puerta. Alison Pears no le prestó atención a Fox y se acercó a la cama.

—¡Stephen! —exclamó, inclinándose sobre su marido para darle un sonoro beso en la mejilla—. ¿Qué ha ocurrido, por el amor de Dios?

—¿Te puedes creer que me han dejado aquí solo con ese loco? —respondió Pears.

Alison se incorporó y miró a Fox.

—Su marido pensaba matarme —le informó el inspector—. Igual que hizo con Francis Vernal y Alan Carter. Cuando vio que la soga no le servía, probó con una pistola.

—Váyase —dijo ella.

Fox meneó la cabeza lentamente. Alison Pears entrecerró los ojos.

—Es una orden, inspector.

Fox le sostuvo la mirada.

—Me pregunto desde cuándo lo sabía. Porque lo sabe, ¿no es cierto?

—¿Saber qué?

—Que se había casado con Ojo de Halcón. ¿Lo descubrió antes de la boda o después? No puedo afirmar con total seguridad que hayan hablado de ello. A fin de cuentas, es una vieja historia. Ambos eran otras personas. No es necesario hurgar en el pasado. Felices, sanos, ricos, viajando...

—Le estoy diciendo que se marche.

Su voz era casi un gruñido y mostraba toda la dentadura.

—¿Para que coincidan las versiones? —aventuró Fox—. No pueden permitir que este enorme y talentoso edificio se derrumbe. ¿Es eso lo que están pensando?

—Ya te he dicho que estaba loco —protestó Stephen Pears—. Está completamente obsesionado.

—Sí, a mí también me lo parece —añadió su esposa bajando un poco el tono de voz—. Obsesivo y paranoico. Ve conspiraciones por todas partes.

—Por todas partes —repitió su marido.

El silencio se abatió sobre la habitación. Fox se quedó quieto y asintió.

—¿Van a librar esta batalla? —preguntó.

—Haremos lo que sea necesario —repuso Alison Pears.

Fox asintió de nuevo y se llevó la mano al bolsillo. Sacó la pequeña grabadora digital y pulsó la tecla de Play. El altavoz era diminuto, pero con el volumen al máximo, la conversación se oía con bastante nitidez.

«—¿Va a contarme por qué mató a Francis Vernal?

»—Tendrá que retroceder más en el tiempo. Debe comprender cómo eran las cosas en los años ochenta...».

Fox avanzó un poco y pulsó de nuevo el Play.

«—De acuerdo, me llevé el dinero...

»—Lo que le interesaba era Alice Watts».

Fox clavó la mirada en los ojos de Alison Pears y avanzó un poco más la grabación.

«—¿Alan Carter no tenía nada contra usted?

»—Él conocía el nombre de Alison».

Y una vez más.

«—Era un tío repugnante. No había forma humana de razonar con él».

Fox apagó la grabadora y la sostuvo con el pulgar y el índice. Alison Pears pareció quedarse helada por unos momentos y entonces inhaló y exhaló antes de volverse hacia la cama.

—Eres tonto, Stephen, y empiezo a sospechar que siempre lo has sido.

Pears había cerrado los ojos, como si cada palabra renovara su aflicción. Alison se inclinó sobre él, agarrándose a la barra metálica de la cama mientras trataba de controlar la respiración. Se le había subido la sangre a las mejillas y se las frotó con los dedos, como si pretendiera borrar la coloración. Se pasó la lengua por los labios y miró de nuevo a Fox.

—No sabía nada de esto —declaró Alison—. Ha sido un *shock* total y absoluto.

Se recompuso la chaqueta y varios mechones de pelo. A Fox le recordó la transformación que había tenido lugar en su estudio, cuando respondió al teléfono.

—Hacen ustedes una buena pareja —concluyó—. Es difícil saber cuál de los dos es más frío. —Fox hizo una mueca con la boca sin dejar de mantener el contacto visual con Alison Pears—. Muy bien. Ustedes pueden contar su historia que yo contaré la mía. Sea como fuere, usted ha acabado casada con un asesino y dudo que eso sea compatible con el cargo de jefa de Policía. Supongo que incluso podría resultar un caso para que lo investigue Asuntos Internos.

Fox se había guardado la grabadora en el bolsillo y utilizó la mano ilesa para abrir la puerta. El agente que estaba de guardia intentó no mostrarse demasiado interesado en la conmoción que acababa de presenciar. Cuando

Fox salió al pasillo, giró la cabeza hacia Stephen Pears, pero este seguía con los ojos cerrados, así que entornó la puerta abandonándolo a su suerte.

CATORCE

No fue una gran bienvenida.

El padre de Fox estaba dormido en la cama del salón. Jude no había ordenado la casa. Había que llevar platos y tazas a la cocina y meter las revistas en una bolsa para reciclarlas. Le dio un beso en la mejilla y le dijo que se alegraba de verlo.

—¿Cuánto tiempo estarás de baja? —preguntó.

—Podré cuidar de papá, si te refieres a eso.

—No —dijo sin mirarlo.

Fox tenía las piernas rígidas de correr y todavía notaba una quemazón residual en los pulmones. Cada pocos minutos parecía revivirlo, pero les daba la misma respuesta a quienes le preguntaban: «Me encuentro bien».

Hasta el momento había evitado ver la cobertura televisiva. Recibió mensajes telefónicos de Evelyn Mills, Fiona McFadzean y Charles Mangold. Los había escuchado, pero sin llegar a responder. Hizo lo mismo con los mensajes de texto. ¿Qué se suponía que debía decirles? Se sentía mal por no haberle hecho caso a Evelyn Mills, pero no sabía qué hacer. Demasiadas relaciones se habían agriado a su alrededor; no quería arrojar más combustible a la tristeza generalizada.

Jude le preparó un té y él se sentó en el sofá, contemplando a su padre. Respiraba hondo y tenía la boca ligeramente abierta. Necesitaba que le lavaran el pelo y la habitación olía un poco a polvos de talco.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó a Jude cuando le acercó la taza.

—Ha habido muchas llamadas telefónicas, eso es todo. Y vino un vecino preguntando por ti. Un anciano que vive al otro lado de la calle.

—El señor Anderson —dijo Fox.

Jude asintió sin llegar a asimilar la información.

—En cualquier caso, me alegro de que estés aquí, porque tengo que salir un momento a comprar tabaco.

—¿Sigues fumando diez cigarrillos al día?

—¿Vas a soltarme un sermón?

Fox negó con la cabeza.

—Allá tú —le dijo.

Al cabo de un momento cogió el abrigo y le preguntó si necesitaba algo. Fox le dijo que no y se dio cuenta de que necesitaba dinero, así que sacó un billete de veinte libras del bolsillo.

—Gracias —dijo Jude—. ¿Seguro que no quieres un zumo de tomate ni nada?

—Seguro.

La puerta se cerró y Fox se quedó a solas con su padre. Apartó algunas cosas amontonadas sobre la silla situada junto a la cama y se sentó. Cogió a Mitch de la mano. Le temblaron los párpados y su respiración cambió, pero no llegó a despertarse. Fox sacó del bolsillo la foto en la que aparecía Chris ovacionando a Francis Vernal. Anotó los nombres de ambos al dorso y la guardó en la caja de zapatos. Entonces vio media botella de whisky en la repisa de la chimenea y otra de vodka al lado. El vodka —la bebida favorita de Jude— estaba casi vacío, y el whisky, prácticamente lleno. Fox miró ambas botellas, se levantó y fue hacia ellas. Quitó el tapón del whisky y olió el contenido. Sabía que sería muy fácil llevarse un trago a la boca y saborearlo antes de tragar. En lugar de eso, volvió junto a la cama, se mojó el dedo y se lo pasó por los labios a su padre, cuyos párpados empezaron a temblar de nuevo.

—Eso sí que es tratar bien a los pacientes —dijo Mitch Fox, que abrió los

ojos y le sonrió a su hijo—. Y ahora sírveme uno como Dios manda, ¿te parece?

Fox no discutió. Cogió dos vasos limpios y llenó uno con agua del grifo para él.

—A mí no me pongas de eso —le advirtió su padre.

Fox vertió un dedo de whisky en el vaso y se lo dio. Su padre consiguió incorporarse sin ayuda y propuso un brindis.

—Por nosotros —dijo—. ¿Quién es como nosotros?

—Muy pocos —recitó Fox, levantando el vaso—. Y están todos muertos...*

Fox observó a su padre beberse el whisky.

—Puedo ser policía cuando quiero —le dijo en voz baja—. Para que lo sepas.

—No serás tan bueno cuando tienes un agujero de bala en el cuerpo.

Mitch le tendió el vaso vacío con una mirada que parecía pedir más.

—Jude me matará si te emborracho.

—Entonces no habrás muerto en vano.

—Supongo que es cierto.

Fox sacó el tapón de la botella de whisky y le sirvió más.

IAN RANKIN

MALCOLM FOX

1. Asuntos internos

A nadie le gusta el Departamento de Asuntos Internos, dedicado a investigar a otros policías. Ahí es donde trabaja Malcolm Fox. Acaba de resolver con éxito un caso, así que debería sentirse satisfecho, pero sus problemas personales no lo permiten. Además, el trabajo nunca se detiene y un nuevo policía corrupto aparece en el horizonte.

2. Las sombras del poder

Parece que hay alguna que otra manzana podrida en el cuerpo de policía de Fife. Hasta allí se desplazan Malcolm Fox y su equipo de Asuntos Internos. Sin embargo, lo que encuentran allí no es un simple caso de corrupción, sino un asunto con fuertes implicaciones políticas, que hunde sus raíces en el pasado hasta desvelar antiguas tensiones entre Escocia y Londres.

IAN RANKIN

JOHN REBUS

1. Nudos y cruces

El secuestro y posterior asesinato de dos muchachas ha conmocionado a Edimburgo. Ahora acaba de desaparecer una tercera chica en las mismas circunstancias y todo el mundo se teme lo peor. El inspector John Rebus es uno de los policías que pretende dar caza al asesino. Ni su vida personal ni sus vicios se interpondrán en su camino.

2. El escondite

En una casa ocupada, aparece el cadáver de un yonqui. A nadie parece importarle, aunque el lugar está ornamentado con parafernalia satánica: una estrella de cinco puntas y dos velas consumidas al lado de un cuerpo dispuesto como si hubiera sido crucificado. Solo el inspector John Rebus tiene claro que esa muerte no es accidental.

3. Uñas y dientes

La ciudad se ve sumida en el terror: hay un psicópata suelto que mata y después ingiere una parte del cuerpo de su víctima. En calidad de experto en asesinatos en serie, el inspector John Rebus se desplaza hacia el sur a aportar sus conocimientos al caso. Allí Rebus no está en su ambiente y topa con algunos prejuicios... y también con una atractiva psicóloga.

4. Jack al desnudo

Durante una redada, la policía descubre a Gregor Jack, un popular político escocés, en compañía de una prostituta. Es un pequeño escándalo que puede desprestigiar a Jack. Y ese no será el único golpe que reciba: Elizabeth, su mujer, acaba de desaparecer. El inspector Rebus deberá descubrir qué hay detrás de todo ello.

5. El libro negro

Tras la brutal agresión a un colega muy cercano, el inspector Rebus empieza a investigar hasta tener entre manos un caso relacionado con el incendio de un hotel, un cuerpo no identificado y una larguísima noche de horror y muerte. Si quiere resolver el misterio, Rebus deberá enfrentarse a los oscuros secretos de su compañero.

6. Causas mortales

En pleno agosto, el festival teatral de Edimburgo está en su apogeo. Nadie podría imaginarse que en ese ambiente pueda aparecer un cadáver con evidentes signos de tortura. Todos los indicios apuntan a la culpabilidad de un grupo de activistas políticos. Rebus deberá esforzarse para acabar con el terror en una ciudad repleta de turistas.

7. Muerte helada

Mientras Edimburgo permanece sumida en el frío invierno, el inspector John Rebus se ve asediado por los interrogantes. ¿Han secuestrado a la hija del alcalde o solo se ha fugado de casa? ¿Por qué un concejal ahora destruye documentos que deberían haber sido eliminados hace años? ¿Y por qué recibe Rebus sorprendentes invitaciones?

8. Black and Blue

John Rebus simplemente intenta hacer su trabajo. Está tratando de atrapar a un criminal que podría llevarle hasta el legendario asesino John Biblia. Sin embargo, la suerte no está de su parte: está siendo objeto de una investigación interna dirigida por un policía que tiene buenas razones para querer acabar con él.

9. El jardín de las sombras

El inspector Rebus está abrumado por el papeleo que le está generando su actual investigación. A este trabajo tan pesado se le añaden más problemas: acaba de estallar una guerra entre bandas en las

calles de Edimburgo. ¿Podrá John Rebus enfrentarse a todo eso y además ocuparse de su hija, que acaba de ser atropellada?

10. Almas muertas

Una llamada de un antiguo compañero le trae al inspector John Rebus recuerdos y también un sentimiento de culpabilidad. Por si eso fuera poco, Edimburgo parece haberse transformado en un manicomio donde un chico ha desaparecido, un pedófilo frecuenta el zoo y un asesino convicto quiere jugar al ratón y al gato con Rebus.

11. En la oscuridad

Escocia está a punto de recuperar su Parlamento tras siglos de espera. El inspector John Rebus forma parte del comité de seguridad oficial. Todo tiene que salir a la perfección y dejar atrás viejas supersticiones. Una misión que se antoja difícil de conseguir cuando aparecen varios cadáveres vinculados al edificio que será sede del Parlamento.

12. Aguas turbulentas

Una estudiante ha desaparecido en Edimburgo y el inspector John Rebus tiene poca información para avanzar en la investigación. Tan solo cuenta con dos pistas: una muñeca de madera encerrada en un pequeño ataúd y una partida de rol que se juega de forma virtual. Afortunadamente, su compañera Siobhan Clarke le echará una mano.

13. Resurrección

Parece que el inspector John Rebus esta vez ha llevado demasiado lejos su insubordinación. Por ello, es enviado a un centro de la policía para someterse a un reciclaje profesional. Allí hay otros policías que, como él mismo, gozan de una dudosa reputación. Y también hay sombras que emborronan el pasado.

14. Una cuestión de sangre

Al norte de Edimburgo, un exmilitar irrumpe en un colegio privado y mata a tiros a dos jóvenes de diecisiete años. Un caso claro. El único interrogante que tiene que resolver el inspector Rebus es ¿por qué? El progresivo interés que siente el policía por el asesino le llevará a descubrir demasiados secretos y mentiras en torno a su figura.

15. Callejón Fleshmarket

El cuerpo de un inmigrante ilegal aparece en una zona de viviendas protegidas de Edimburgo. ¿Es un ataque racista o algo muy distinto? El inspector Rebus quiere entregarse de lleno al caso pero tendrá que enfrentarse a otras preocupaciones, como el cierre de su antigua comisaría o el fantasma de la prejubilación.

16. Nombrar a los muertos

En julio de 2005, los miembros del G8 se reúnen en Escocia. La policía no da abasto ante las numerosas manifestaciones de protesta y los altercados. Solo hay un policía que se ha quedado al margen de todo: John Rebus. No estará mucho tiempo de brazos cruzados, porque el aparente suicidio de un político le pone sobre la pista de un asesino.

17. La música del adiós

La carrera del inspector John Rebus está llegando a su fin. El policía intenta cerrar algunos asuntos antes de jubilarse, hasta que un caso se interpone en su camino. Un poeta ruso disidente acaba de morir en un atraco. Curiosamente aparece en la ciudad una delegación de hombres de negocios rusos. Y para Rebus estas casualidades huelen mal.

18. Sobre su tumba

Hace ya algún tiempo que John Rebus se ha retirado como policía, pero eso no evita que se vea inmerso en una extraña investigación. Una serie de desapariciones aparentemente sin relación entre ellas se produce desde hace años. Rebus quiere llegar al fondo del asunto. El problema es que parece que nadie más quiere.

19. La Biblia de las Tinieblas

John Rebus ha regresado al cuerpo de policía con menor graduación y un chip en su hombro. Ahora está trabajando en un caso de hace treinta años en el que parece que ha existido juego sucio. El policía Malcolm Fox también está investigando por su lado, y parece que pasado y presente van a colisionar de una forma letal.

20. Perros salvajes (X Premio RBA de Novela Policiaca, 2016)

La jubilación no va con John Rebus. Siobhan Clarke ha estado investigando la muerte de un importante abogado cuyo cuerpo fue hallado junto a una nota amenazante. En el otro extremo de Edimburgo, Big Ger Cafferty ha recibido una nota idéntica y una bala a través de la ventana. Entre tanto, el inspector Malcolm Fox aún fuerza con un equipo de agentes de Glasgow que está persiguiendo a una conocida familia de gánsteres. Así que cuando la inspectora Siobhan Clarke le pide ayuda, Rebus no necesita barajar demasiado sus opciones.

21. Mejor el diablo

En 1978, Maria Turquand fue asesinada en una habitación de hotel. Se investigó a los sospechosos, pero el culpable nunca apareció. John Rebus siempre tuvo la sensación de que algo se le escapaba a la policía. Ahora ha decidido recuperar el caso. Pero no es lo único que le preocupa al exinspector Rebus y a sus compañeros. Un aspirante a controlar las actividades delictivas en Edimburgo ha recibido una paliza. Todas las miradas recaen sobre un viejo conocido de Rebus: el gánster Big Ger Cafferty.

OTROS TÍTULOS DE IAN RANKIN EN RBA

Puertas abiertas

Mike Mackenzie tiene mucho tiempo libre y una pizca de maldad en su interior. Está buscando un pasatiempo para entretenerse y quizá darle un nuevo significado a su existencia. La casualidad quiere que en una subasta de objetos artísticos encuentre lo que busca. Ahora tiene la oportunidad de cometer el crimen perfecto.

- * Plataforma de televisión digital de Reino Unido. (*N. del t.*)
- * Organización de ayuda a víctimas de agresiones sexuales en Inglaterra y Gales. (*N. del t.*)
- * Historiador británico y catedrático de la Universidad de Columbia. (*N. del t.*)
- * Se trata de un brindis tradicional escocés: *Here's tae us / Wha's like us / Gey few / And they're a'deid.* (*N. del t.*)

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es